

PETER HARRIS

AUTOR DE *EL ENIGMA VIVALDI*

El Círculo Octogonus



de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Roma, invierno de 1939, el papa Pío XI, que ha lanzado débiles ataques contra el régimen de Hitler, se está muriendo. El Vaticano se agita ante la elección de su sucesor y en el mundo, que ya puede seguir las incidencias del cónclave a través de la radio, hay gran expectación por conocer el nombre del nuevo pontífice.

El Sicherheitsdienst —el servicio secreto nazi— ha puesto en marcha una operación con un siniestro y secreto propósito. Para conseguir su objetivo, los agentes de Hitler dispondrán de más de una tonelada de lingotes de oro.

La Santa Alianza —nombre tras el que se esconden los servicios secretos vaticanos— se moviliza y, ante la emergencia, recurre a una fraternidad secreta, el Círculo Octogonus, cuya fundación se atribuye a una enigmática mujer, Olimpia Maidalchini, y que siempre ha aparecido en los momentos de dificultad para la Iglesia. El Vaticano niega su existencia, pero en los pasillos de los palacios pontificios se rumorea acerca del Círculo Octogonus, siempre en voz baja.

Niccola Storzi, jesuita que ejerce la docencia en el Teutonicum de Roma, no dará crédito al contenido de un pergamino atado con una cinta roja, que identifica los mensajes de Octogonus y que, muy a su pesar, lo llevará a descubrir inquietantes secretos, que jamás hubiese deseado conocer.

L  **LIBROS**

Peter Harris

El Círculo Octogonus

PRIMERA PARTE

Roma, 13 de enero de 1939

La espuma en el pelo de tejón acarició su rostro y le trajo recuerdos de otro tiempo, cuando paseaba por la piazza de San Marco, con su madre agarrada del brazo, llena de orgullo porque su pequeño Niccola, que ahora le sacaba la cabeza —media uno ochenta y cinco—, era ya un *sacerdos Iesus*; un jesuita ante el que se abría un futuro pleno de esperanzas, como el que ella había soñado desde que derramaba ternura junto a su cuna de bebé.

Niccola Storzi recordaba que fue una tarde plomiza cuando entraron en una lujosa tienda de caballero donde su madre compró aquella brocha de afeitar. Acostumbrado a la sobriedad impuesta en sus años de seminario, el precio le pareció casi un dispendio.

«Ser sacerdote no significa renunciar a los placeres que Dios nuestro señor ha puesto a nuestro alcance», le dijo, mientras indicaba al dependiente que envolviese el estuche.

La mayor parte de las cosas que hacen más agradable la vida, estaba al alcance del bolsillo de la familia Storzi, una de las que habían configurado la historia de aquella ciudad. Entre sus antepasados se contaban ilustres marinos que rindieron importantes servicios a la República; poderosos mercaderes, que amasaron una fortuna considerable. A finales del siglo XIX, las últimas generaciones de Storzi se dedicaron a actividades financieras y a la especulación bursátil con resultados menos brillantes de lo que esperaban. Pero conservaban importantes propiedades, sobrados recursos para una vida placentera y gozaban de una envidiable posición social.

Empezó a rasurarse y recordó que fue entonces la última vez que vio a su madre con vida porque el corazón le jugó una mala pasada. Habían transcurrido ya más de siete años, entonces se encontraba en Alemania, de donde tuvieron que sacarlo rápidamente porque los nazis pretendían detenerlo. Oficialmente se dijo que Roma lo había reclamado para ejercer la docencia en uno de los más prestigiosos centros de estudios vaticanos.

Se vistió despacio, como si el colocarse cada una de las prendas de su indumentaria sacerdotal respondiese a un ritual. Sobre su impoluta sotana, ajustó a la cintura el fajín que distinguía a los jesuitas. Cogió de la mesilla de noche su

reloj de pulsera, un Omega de oro que su padre le había regalado cuando terminó el bachillerato y que era un reflejo del bienestar económico de su familia. Finalmente se puso un ligero abrigo de lana y se dejó caer sobre los hombros una bufanda.

Se prometió viajar a Venecia el primer fin de semana que tuviese libre, que sería el último de aquel mes, y pasar aunque solo fuesen unas horas con él. El viejo Storzi ya tenía setenta años cumplidos y había abandonado la judicatura, sin acogerse a la posibilidad de seguir ejerciendo, por disconformidad con el régimen fascista. Gozaba de una excelente salud y ahora dedicaba buena parte de su tiempo a lo que habían sido las grandes aficiones de su vida: la lectura y la filatelia. Poseía una extraordinaria colección de sellos en la que había invertido mucho tiempo y no poco dinero. A Niccola, que a veces tenía la sensación de tener olvidado a su padre, le tranquilizaba el hecho de que su hermano Alvisi viviese en Venecia.

La imagen que tenía de su padre era la de un hombre cariñoso y dedicado a la familia cuando se desprendía de la seriedad de la toga. Lo recordaba paseando por la finca que poseían en la campiña toscana, donde transcurrieron los veranos de su infancia y adolescencia, o encerrado en su biblioteca del palazzo Storzi sumido en una placentera lectura o inmerso en sus colecciones con una lupa y unas delicadas pinzas en sus manos, escudriñando los detalles de alguna pieza filatélica.

Jamás olvidaría el gesto que tuvo, cuando al cumplir los diez años, le permitieron acceder a las comidas familiares de los domingos en la mesa de los mayores. Sus pocos años y la falta de costumbre hicieron que derramase una copa de agua que mojó el delicado mantel. Su padre, como si fuese el gesto más natural del mundo, dio un suave golpe y derramó la suya. Nadie se atrevió a hacer el menor comentario.

Sonrió al recordar el cuadro que colgaba de una de las paredes de la biblioteca y que durante su infancia le producía una desazón inquietante: una mujer completamente desnuda, atendida por una sirvienta negra, sobre la que una especie de volcán situado al fondo derramaba una dorada e incandescente lluvia. Su desasosiego provenía de las pláticas del colegio, donde les hablaban del pecado de la carne como el más terrible de todos. Cuando escuchaba los castigos que el infierno reservaba a los fornicadores siempre le venía a la mente el cuadro de la biblioteca. Tampoco comprendía por qué, en su desnudez, no se protegía de las quemaduras que le producirían aquellas piedras candentes. Habrían de pasar algunos años hasta que tuvo conocimiento de que el lienzo de sus preocupaciones infantiles era una de las copias atribuidas a la mano de Tiziano, que el gran maestro había realizado sobre un asunto mitológico: Danae fecundada por Júpiter, en forma de lluvia de oro.

Eran ya las siete y veinticinco cuando Niccola Storzi, profesor de Sagrada

Escritura en el Teutonicum, salió de su aposento en la residencia que la Compañía tenía en uno de los laterales de la piazza de San Pedro, dentro de los límites del pequeño Estado vaticano, surgido, apenas hacía una década, en virtud de los pactos Lateranenses firmados por Su Santidad Pío XI y el Estado fascista italiano, regido por el dictador Benito Mussolini.

La figura del jesuita resultaba sugestiva cuando descendía por la solitaria escalera que conducía a la planta baja. Era un hombre apuesto: alto, pelo negro abundante, tez bronceada, grandes ojos también negros de mirada enérgica, en los que ocasionalmente asomaba un fondo de melancolía. A sus treinta y seis años resultaba un hombre atractivo, tanto como para que, a pesar de su condición sacerdotal, las mujeres le dirigiesen discretas miradas cuando se cruzaba con ellas.

Al salir a la calle alzó el cuello de su abrigo y se apretó la bufanda para proteger mejor su garganta. La mañana de aquel día de enero se presentaba despejada y fría, propia del invierno romano. La piazza de San Pedro estaba solitaria en aquellas primeras horas.

Se cruzó con dos monjas que lo saludaron con aire reverente.

—Buenos días, padre.

—Buenos días nos dé Dios —respondió mecánicamente.

Llegó puntual a su cita con Robert Leiber, el director del Teutonicum, quien tenía fama de persona adusta y poco comunicativa, producto de su altivez, rayana en la soberbia, según señalaban los rumores. Era la maledicencia de los indolentes y de los envidiosos, quienes no soportaban que fuese una de las pocas personas que gozaban de la confianza absoluta de Pío XI, además de tener acceso a sus dependencias privadas sin las restricciones impuestas a los demás.

Revisaron rápidamente el programa del trimestre, que era el motivo de la reunión y, después, cosa insólita, Leiber se interesó por pequeños detalles relacionados con la adaptación a sus nuevas tareas, mientras tomaban un café relajadamente. Fue el propio Storzi quien hubo de advertir a su superior acerca de la necesidad de poner punto final a tan placentera charla, porque se le echaba encima la hora de su primera clase.

Mientras se dirigía al aula, henchido de satisfacción por el trato que Leiber le había dispensado, el joven profesor pensaba en lo extraña que a veces resulta la condición humana y cómo, en muchas ocasiones, los rumores no sólo exageraban la realidad, sino que en absoluto respondían a la verdad. Nunca había imaginado que se preocupase por pequeños asuntos de su vida cotidiana o que se mostrase interesado por conocer cuestiones de su vida familiar, aunque había sido el director del Teutonicum quien lo había propuesto como profesor del centro.

Aprovechó un momento de la distendida conversación mantenida para manifestarle su agradecimiento, Leiber había comentado: « Los caminos del

Señor son inescrutables y ni una simple hoja cae de un árbol sin su consentimiento. ¿Quién sabe si su venida a Roma es el primer paso hacia un camino que usted ni siquiera puede imaginar en estos momentos?» .

Aquel día la clase se había desviado hacia un tema que poco tenía que ver con su programa de Sagradas Escrituras. Un comentario acerca de la herejía de los albigenses, a los que Storzi había calificado como «el mayor peligro a que la Iglesia se había enfrentado a lo largo de su historia», suscitó un largo, intenso y hasta vehemente debate. Fue una pena que la campana anunciase la conclusión de la clase.

—Mañana continuaremos.

Los seminaristas, decepcionados por el tañido de la campana abandonaron el aula en silencio; solo se escuchaba un rumor de pasos y aleteo de sotanas. Vio salir al último de sus alumnos y, como siempre, anotó en un cuaderno las impresiones que había recibido de sus pupilos. Estaba concentrado en esa tarea cuando la inesperada presencia de un desconocido lo sobresaltó:

—¿El padre Storzi?

Ante él había un hombrecillo que vestía un deslustrado abrigo gris. Su mirada recordaba a la de los búhos.

—¿Quién es usted?

—¿Es usted el padre Niccola Storzi? —insistió el desconocido.

El jesuita se sintió incómodo. Era más lógico que se hubiese presentado antes de preguntar.

—Sí, yo soy Niccola Storzi.

Sacó un recio y apaisado sobre de papel crema y se lo alargó por encima de la mesa.

—Me han ordenado que le entregue esto.

Storzi, que ni siquiera hizo ademán de cogerlo, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Eso carece de importancia. Me han ordenado que entregue esto al padre Storzi —reiteró como si fuese una cantinela. Miró el sobre que todavía continuaba en su mano y añadió—: Personalmente.

A Niccola le molestaba tanta descortesía, pero decidió cogerlo.

Sorprendido por sus maneras, el jesuita lo siguió con la mirada hasta que desapareció; cojeaba ligeramente de su pierna izquierda, lo que no era obstáculo para que caminase sin hacer ruido. Pensó que una serpiente sería menos silenciosa.

El sobre estaba sellado con lacre negro. Una mujer vestida con una túnica o toga, portando una cruz y una espada.

A su mente acudió el símbolo de la justicia. Una mujer vestida con una túnica que portaba una espada, pero en la otra mano sostenía una balanza. Allí había una

diferencia sustancial.

Aparte del lacre, no se apreciaba ninguna otra marca. Únicamente el reluciente sello, estampillado en un círculo de unos tres centímetros de diámetro. Lo abrió con delicadeza para no romper el lacre.

Su contenido lo desconcertó. Se trataba de una fina vitela de pergamino, cuidadosamente doblada y atada con una delgada cinta de seda roja. Deshizo el lazo y el pergamino crujó suavemente. Tenía la forma de un octógono y era de una calidad excelente.

El texto estaba escrito por la experta mano de un pendolista en letra gótica, con trazo grueso y firme. Al leerlo no pudo evitar una exclamación de sorpresa:
—¡Santo cielo!

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN NOMBRE DE DIOS

Mañana, que se contarán catorce días del mes de enero del año del nacimiento de Nuestro Señor de mil novecientos treinta y nueve, vuestra reverencia acudirá sin falta, a las diez de la noche, a la escalinata de la piazza de Spagna. Por su propio bien no comentará con nadie el contenido ni la existencia de este mensaje.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

Nervioso lo dobló como si quisiese ocultar su contenido a unos ojos invisibles y murmuró entre dientes:

—¡El Círculo Octogonus existe!

Después de mucho cavilar acudió al padre Ludovisi, de la orden de predicadores; el monje era una de las mayores autoridades en materia de sigilografía.

Lo visitó en su pequeño despacho —cubil lo llamaba Ludovisi como respuesta al mote Lupus, que le daban a causa de su huraño carácter— donde desarrollaba desde hacía casi medio siglo su trabajo como *scriptor* de la biblioteca vaticana.

Se presentó como profesor del Teutonicum, pensando que ésa era una buena credencial. Muy pronto comprobó que los rumores que circulaban acerca de Ludovisi respondían a su imagen de persona arriscada y poco comunicativa, aunque no era menos cierto que se mostró correcto y vivamente interesado por el sello, después de haberlo examinado durante un buen rato, sin abrir la boca y bajo la mirada expectante del jesuita.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó sin dejar de mirarlo.

Storzi no pudo evitar un momento de vacilación, pese a haber previsto una respuesta a la previsible pregunta.

—Lo encontré en un arcón, entre viejos papeles —mintió sin pudor.

La duda del jesuita no escapó a la perspicacia de Lupus.

—¿Viejos papeles?

—Ajá.

—¿Vacío? ¿No tenía nada dentro?

—Nada. Estaba vacío.

Los ojos del dominico, protegidos por unas pobladas y picudas cejas, lo miraron con dureza.

—No es verdad, me está mintiendo. Pero no me extraña. Como buen jesuita, usted sigue la tradición de su orden. Este sobre y el lacre del sello son demasiado nuevos para que haya aparecido entre viejos papeles.

A Niccola se le encogió el estómago. Era cierto: la fama de Lupus no desdecía de su carácter.

—Si me ha mentado en eso, he de suponer que también lo hace cuando me dice que lo encontró vacío.

Notó cómo un sofocante calor invadía su cuerpo y explotaba en el rostro, estaba abochornado. Sintió deseos de salir corriendo, pero el propio *scriptor* lo sacó del apuro.

—¿Tiene usted prisa?

—Ninguna. —Niccola acompañó esta negación con un movimiento de cabeza.

—Tome asiento.

Hasta ese momento el dominico no lo había invitado a hacerlo.

—Gracias.

—Aunque no se lo merece, voy a contarle a usted una historia.

El *scriptor* lo miró con malicia:

—¿Ha oído hablar de Olimpia Moidalchini?

—¿Olimpia Moidalchini? —repitió sin haberse recuperado todavía del varapalo.

—Sí, Olimpia Moidalchini, la cuñada de Juan Bautista Pamphili, más conocido como Inocencio X —le aclaró Lupus.

El jesuita negó con la cabeza. Le vino a la memoria el espléndido retrato del pontífice guardado en la Galería Doria Pamphili, pintado por Velázquez.

—¿No ha estudiado usted historia de la Iglesia? —le preguntó Ludovisi con sorna a la vez que se levantaban sus picudas cejas.

—Claro, en los años de seminario.

—¿Y no le hablaron de Olimpia Moidalchini?

—Creo que no, y si lo hicieron, no lo recuerdo.

—En ese caso no le hablaron —sentenció con contundencia el dominico—. ¡Cuando uno tiene noticia de esa mujer no resulta fácil arrinconarla en los pliegues de la memoria!

—Lo lamento.

—¡Déjese de lamentaciones! ¡Bastante tenemos ya con Jeremías! Escúcheme con atención, tal vez aprenda usted algo.

El anciano *scriptor* agitó el sobre que tenía en la mano.

—Este sello es un homenaje a Olimpia. Ella es la mujer que aparece representada. La espada y la cruz simbolizan la defensa de la Santa Madre Iglesia incluso por medio de las armas si fuese necesario, eso es lo que representa la espada que porta.

—¿Por qué un sello como homenaje a Olimpia Moidalchini?

Las cejas de dominico se levantaron en un gesto de hostilidad. No le había gustado la interrupción.

—Era una mujer muy capaz. La más inteligente de todos los familiares del Papa, aunque no era de su misma sangre. Ella sugirió a Inocencio el nombre del cardenal Panciroli para que ocupase la Secretaría de Estado y fuese el responsable de la Santa Alianza.

—¿La Santa qué? —Storzi no había podido evitar la pregunta.

—Por lo que veo tampoco sabe nada de la Santa Alianza.

—Bueno... sé que fue una coalición de monarcas absolutistas, formada tras la

derrota de Napoleón, para hacer frente a la difusión de las ideas que la Revolución francesa había esparcido por Europa, como consecuencia de las guerras napoleónicas.

Ludovisi se quedó muy serio, mirando al jesuita.

—¡No diga usted pamplinas! ¡La Santa Alianza es el nombre con que se conoce al servicio de espionaje vaticano!

—¿Espionaje vaticano? —La pregunta estaba a medio camino entre la sorpresa y la confirmación.

—¡No me vaya a decir que tampoco ha oído hablar del asunto!

—Bueno... sí... algo, pero solo como un rumor, un comentario dicho en voz baja...

—En este caso, sepa usted que los rumores son ciertos, cosa que no siempre es así, como tendrá ocasión de comprobar. Aunque todavía... ¿Cuánto tiempo me ha dicho que lleva aquí?

—Algo más de un año.

El *scriptor* hizo un gesto de condescendencia.

—Eso explica parte de su ignorancia.

—¿Existe realmente un espionaje vaticano?

—Claro, criatura, organizado como tal por lo menos desde 1566, bajo el pontificado de Pío V. Aunque no va usted a encontrar ningún rótulo que le indique el lugar donde están sus oficinas.

—¿Qué tiene que ver la Santa Alianza con Olimpia Maidalchini?

—Fue ella quien la dirigió durante algunos años. Se dice, aunque no se puede afirmar, que incluso creó un servicio de contraespionaje.

Ludovisi se percató de la extrañeza del jesuita. Pensó que eran demasiadas sorpresas en tan poco rato.

—Me parece que lo estoy escandalizando, pero debe usted saber que todo servicio de espionaje tiene su propio contraespionaje. Nadie está a resguardo de que el enemigo introduzca un espía en su propia organización, eso que llaman un «topo». Algunos han hablado de la existencia de una organización secreta que responde al nombre de Círculo Octogonus. Se dice también que ese sello —el *scriptor* señaló el sobre que había dejado en la mesa— es el de esa sociedad secreta.

Fue como una explosión en sus oídos. ¡El Círculo Octogonus!

Piero Ludovisi acababa de establecer la relación entre el sello y los firmantes del pergamino, sin que él le hubiese dicho nada. Apretó las manos contra sus muslos en un intento de evitar que su temblor lo delatase. Por fortuna, la mesa que los separaba jugaba a su favor. Trató de dar un tono de naturalidad a su voz:

—¿Ha dicho Círculo Octogonus?

—Sí, por lo que veo tampoco le suena ese nombre.

—Algún rumor, algún comentario dicho en voz baja.

El dominico supo que otra vez le estaba mintiendo. El *scriptor* se pasó la mano por su cabeza, como si deseara asentar un pelo inexistente.

—En todo esto hay algo que me intriga.

Temiendo importunar, Storzi le preguntó:

—¿Qué es eso que lo intriga?

Piero Ludovisi apretó los labios e inclinó ligeramente la cabeza.

—Hace muchos años que no salía a la luz nada relacionado con el Círculo Octogonus. Recuerdo que cuando yo llegué aquí se hablaba de que habían actuado unos años antes.

—¿Recuerda la fecha?

—¿De mi llegada o de la actuación de Octogonus? —preguntó con socarronería.

—Me refiero a la actuación.

—Se decía que fue en el verano de 1889.

—¿Qué ocurrió?

—Aunque como todo lo relacionado con Octogonus no pasa de ser un rumor, se contaba que sus agentes intervinieron para alertar a la guardia suiza de que los liberales habían organizado un complot para apoderarse de los restos de Pío IX. Esos impíos querían aprovechar su traslado a la basílica de San Lorenzo Extramuros, para robarlos con el criminal propósito de arrojarlos al Tíber. Gracias a esa advertencia, los suizos hicieron frente al ataque que, efectivamente, se produjo cuando el cortejo cruzaba una estrecha calleja. La guardia logró hacerse fuerte en una posada, hasta que acudieron refuerzos y pudieron llegar a su destino. A los pocos días apareció muerto el cabecilla de los atacantes. Aquel cadáver dio mucho que hablar.

—Tal vez solamente fuesen habladurías.

—Es posible —asintió.

—¿Por qué dice que el cadáver de ese cabecilla dio mucho que hablar?

—Esa historia se la contaré otro día.

Cogió el sobre y se lo alargó a Storzi.

—Guárdelo bien. Y ahora márchese. Ya lo sabe todo acerca de ese sello, incluso, quizá, demasiado.

Ludovisi se puso de pie trabajosamente por causa de la artrosis que torturaba sus huesos, dando por terminada la visita.

—¿Por qué dice usted eso? —El jesuita también se había puesto de pie.

—Guarde el sobre y márchese.

—Quiero que sepa que le estoy muy agradecido.

—Ande, márchese ya —lo conminó otra vez.

Cuando Niccola se disponía a cerrar la puerta del cubil, la voz del *scriptor* sonó a sus espaldas.

—Si quiere un consejo, no diga a nadie que tiene un sobre lacrado con el sello

del Círculo Octogonus.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Por su propio bien.

Conforme se acercaba a la piazza de Spagna notaba cómo se le aceleraba el pulso. A lo largo de las interminables horas transcurridas desde que recibió el extraño mensaje, había tomado decisiones que iban desde olvidarse del pergamino y del Círculo Octogonus hasta acudir a la cita. Era consciente de que quien se escondía detrás de aquel nombre tenía numerosos datos de su persona, mientras que él lo ignoraba todo acerca de ellos; eso lo situaba en clara desventaja. Había perdido la cuenta de las lecturas realizadas, buscando algo que le proporcionase una pista.

Repasó mentalmente su reunión con Piero Ludovisi para convencerse de que no había vulnerado el silencio que le imponían.

Por la vía Condotti comprobó que los comerciantes retiraban ya los productos expuestos en las aceras. La gente caminaba con prisa, Niccola no sabía si para combatir el frío cada vez más intenso o para recogerse en sus hogares, antes de que la noche cayese definitivamente sobre la ciudad.

Eran más de las nueve y media cuando desembocó en la piazza de Spagna. Los comercios estaban ya cerrados y la plaza mostraba un aspecto solitario y triste. El tiempo amenazaba lluvia y en el ambiente flotaba un olor a tierra mojada.

La única persona que se veía era un castañero en la esquina de la vía Condotti, que ya recogía sus bártulos a toda prisa, consciente de que, con la amenaza de lluvia, no habría más clientes. Tampoco había muestras de vida en la imponente escalinata que subía hasta la iglesia de la Trinità dei Monti.

Miró en todas direcciones sin percibir nada que le llamase la atención. Con los nervios había caminado más deprisa de lo previsto y para matar el tiempo, se acercó hasta la pequeña plazuela donde se alzaba la columna erigida, en 1857, en conmemoración de la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción. Estaba frente al palacio de la embajada de España. También allí la soledad era la nota dominante.

Recordó que había escuchado en la radio noticias que señalaban, como inminente, la derrota de la República española contra la que se habían sublevado los militares. Las tropas franquistas estaban a las puertas de Barcelona, si es que no habían entrado ya en dicha ciudad. Aquellos pensamientos lo distrajerón momentáneamente, lo suficiente para no percatarse de que dos individuos se le habían echado encima.

—¿El padre Storzi?

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Es usted el padre Storzi? —insistió el mismo que le había hecho la

pregunta.

—Sí, yo soy Niccola Storzi.

—¡Acompáñenos! —Al jesuita no le gustó el tono.

—¿Es una orden?

—Tómelo como le parezca, pero vendrá con nosotros.

—¿Y si me niego?

—Vendrá. Por las buenas o por las malas.

Storzi miró a izquierda y derecha, sin ver a nadie. El castaño de la esquina había desaparecido. ¡Había sido un estúpido al no tomar ninguna precaución!

Las formas de aquellos individuos le parecían tan groseras, que trató de plantarles cara. Solo entonces se dio cuenta de que, hábilmente, se habían colocado uno a cada lado, impidiéndole cualquier vía de escape.

—No voy con ustedes si antes no me dicen adónde vamos —los amenazó, consciente de que era una bravata.

Para su sorpresa, obtuvo una respuesta:

—Lo llevaremos a un lugar discreto y le aseguro que no tiene nada que temer. Simplemente alguien quiere hablar con usted.

—¿Quiénes son ustedes? —Niccola trataba de ganar tiempo por si aparecía alguien a quien pedir ayuda.

—Sabe de sobra quiénes somos.

—No sé quién es el Círculo Octogonus.

Se escuchó el suave ronroneo del motor de un coche que se aproximaba por detrás, subía por la vía Condotti. Sin apenas darse cuenta se vio en su interior.

Acababan de raptarlo.

El avión procedente de Londres en que viajaba D'Arcy Osborne aterrizó bruscamente en el aeropuerto de Roma. Su jefe inmediato en el Foreign Office lo había convocado para que informase con todo detalle sobre la situación en el Vaticano.

Con su habitual altivez, Osborne había dejado claro que los días del Papa estaban contados. Aunque desde las ondas de Radio Vaticano y desde las páginas de *L'Osservatore Romano* se hablaba de una ligera afección y de que el Santo Padre realizaba una vida normal, la verdad era que llevaba meses postrado en la cama y que apenas intervenía en nada.

El secretario de la embajada, que lo esperaba desde hacía varias horas, estaba muy nervioso. Cuando el coche que había ido a recogerlo cruzaba la verja que separaba el pequeño jardín de la calle, se acercó hasta el vehículo. Había preferido no acudir al aeropuerto, por si llegaba a la legación alguna noticia más.

Antes de poner el pie en el suelo el embajador supo que lo aguardaba un asunto de extrema gravedad. Por un momento pensó que el Papa había fallecido.

—Señor, tenemos que hablar inmediatamente —casi lo conminó el secretario.

—¿Puedo quitarme el abrigo, soltar el sombrero y saludar a *lady* Osborne? —ironizó con flemma.

—Por supuesto, señor, le presento mis disculpas. Solamente la gravedad del asunto me ha llevado a...

—En ese caso, Adams, vayamos directamente a mi despacho —indicó *sir* D'Arcy, atusándose una de las guías de su pelirrojo bigote.

—Pero *lady* Osborne, señor...

—Podrá aguardar unos minutos. ¡Primero la obligación y después la devoción!

El secretario cerró la puerta del despacho y después de que el embajador lo invitara a sentarse, le entregó una delgada carpeta.

—Vea esto, señor.

Había dos documentos. Un texto cifrado remitido desde Londres y su transcripción manuscrita. *Sir* D'Arcy se caló unas gafas redondas y de una montura metálica tan ligera que apenas se veía y se sumió en la lectura.

—Sus prisas, Adams, están más que justificadas. —El embajador se quitó las gafas—. No hay un minuto que perder. Si se confirma esto —golpeó con el índice la carpeta—, podemos encontrarnos con una crisis que echará más leña al incendio que amenaza a Europa. ¡No podemos perder un minuto! —Sus últimas palabras sonaron como la orden final de un coronel a su regimiento.

Pulsó un timbre que había sobre la mesa y al instante una mujer de mediana edad apareció por una puerta lateral. Tenía el pelo recogido en un moño, iba vestida con discreción y llevaba unas gafas que denotaban una fuerte miopía.

—Bienvenido, señor. ¿Ha tenido buen viaje?

—Muchas gracias, Helen. Todo ha ido a pedir de boca.

—¿Qué desea el señor?

—Es muy urgente que hable con el embajador de Francia.

—Ahora mismo, señor.

—Por favor, dígle a *lady* Osborne que ya estoy en casa.

—¿Algo más, señor?

—Nada más. ¡Esa llamada, lo antes posible!

Aquella misma tarde y con pocos minutos de diferencia llegaban a un discreto reservado del Café de París, en vía Veneto, los representantes diplomáticos de Gran Bretaña y Francia —*sir* D'Arcy Osborne y *monsieur* François Charles-Roux— para mantener una entrevista. Habían escogido aquel lugar para que se difundiese la noticia de la reunión y se especulase con ella.

—También nuestros informes señalan que la situación es mucho más grave de lo que pensábamos hace sólo unos días —señaló con orgullo el británico, mientras sacaba de su chaleco un cortapuros para preparar un habano que crujía al hacerlo girar entre sus dedos.

—Cuestión de días. Todo indica que no más de un par de semanas, a lo sumo tres —apuntó el francés, tratando de dejar sentado que su información era mejor.

—Quizá menos, en todo caso queda claro que es necesario actuar sin pérdida de tiempo. ¿Ha realizado usted algún contacto?

El embajador galo dio un sorbo a la copa de coñac que sostenía entre sus manos y en sus labios apuntó una ligera sonrisa.

—Mucho más. Ya he mantenido una reunión con todos nuestros cardenales.

A D'Arcy la noticia lo cogió de improviso. Su colega había aprovechado bien sus días de ausencia en Roma. Encendió el puro con metódica parsimonia y expulsó lentamente el humo.

—¿Están todos los cardenales franceses en Roma?

—Todos.

Osborne disimulaba su sorpresa. ¿Qué hacían todos los cardenales galos en Roma, salvo que hubiesen comenzado los primeros movimientos de cara a un

cónclave inminente? Si albergaba alguna duda acerca de lo inmediato de la muerte de Pío XI, acababa de desecharla. Miró al francés y observó cómo Charles-Roux estaba hinchado como un pavo.

—¿Han manifestado sus eminencias alguna posición sobre el asunto que nos ocupa? —*Sir* D'Arcy dio una larga chupada a su puro cuya punta brilló incandescente.

—Sus eminencias han manifestado su apoyo a nuestro candidato, salvo Tisserant que se inclina por el cardenal Maglione, antiguo nuncio en París. Pero esa divergencia no debe preocuparnos. El argumento que ha esgrimido para prestarle su apoyo es su declarado rechazo al nazismo. Llegado el momento, no vacilará en apoyar a nuestro hombre.

—¿Cuántos votos serán necesarios para ganar el cónclave?

—Quien salga elegido necesita el apoyo de dos tercios del colegio cardinalicio; en total el número de eminencias que se encerrarán en la capilla Sixtina será de sesenta, lo que supone —el francés simuló hacer cálculos— que será imprescindible un mínimo de cuarenta y dos apoyos.

—Eso significa que tenemos por delante una tarea ingente y no disponemos de mucho tiempo.

Charles-Roux apuró su copa de coñac y encendió un cigarrillo egipcio, que sacó de una pitillera de oro. Expulsó el humo y comentó:

—Cierto, pero su excelencia no debe olvidar que el tiempo corre para todos por igual.

El británico lo miró a través de la nube de humo que los envolvía.

—¿Qué quiere usted decirme?

El embajador francés, consciente de que, al menos en aquella ocasión, había ganado por la mano al representante de Londres, no pudo evitar una sonrisa de suficiencia que al insufrible Osborne sentó como una puñalada.

—Los otros también están en la carrera, aunque en estos momentos les llevamos ventaja. Tal y como están las cosas, mi opinión es que una muerte rápida de Pío XI nos beneficia mucho más que nos perjudica.

El rostro de Osborne se alteró levemente, casi de forma imperceptible, aunque el gesto no pasó desapercibido para un viejo zorro como François Charles-Roux.

—¿Podría ser más explícito?

—Por supuesto, mi querido D'Arcy, será un placer.

Como en otros terrenos de la convulsa realidad que se vivía en la Europa de aquellos meses Francia y Gran Bretaña también irían de la mano en un asunto de capital importancia como era la elección de un papa que se enfrentase a las dictaduras totalitarias y en particular al creciente poder de Hitler. En Europa los católicos eran millones y el eco de la voz del Vaticano resonaba hasta en los más apartados lugares del planeta. Irían de la mano, pero sería Francia quien

marcaría la pauta en cada momento.

Hacía semanas que, tanto el gobierno francés como el británico, esperaban una declaración del Papa que condenase abiertamente la política seguida por los nazis en relación con los judíos y con los experimentos raciales que se estaban realizando en el misterioso Rasse-Heirat Institut. Sabían que el Papa tenía sobre su mesa varios informes que señalaban, tanto las injusticias que soportaban los judíos, como las inseminaciones artificiales de mujeres con semen «ario», y que en numerosos hospitales bajo el control de los nazis, en aplicación de las leyes raciales, se estaba esterilizando e incluso acabando con la vida de las personas con deficiencias. Tenían conocimiento de que desde finales del verano anterior el jesuita John Lafarge había entregado a Su Santidad el borrador de una encíclica que iba mucho más allá de la publicada en 1937: *Mit brennender Sorge* (Con profunda ansiedad), que fue introducida de forma clandestina en Alemania y leída durante las homilias del Domingo de Ramos en numerosas iglesias católicas del Reich. Ahora se trataba de una condena explícita del nazismo y sus aberraciones. Inexplicablemente, la nueva encíclica no había visto la luz.

Cuando François Charles-Roux concluyó su larga explicación la noche había caído sobre la capital italiana. Los dos diplomáticos abandonaron el Café de París.

Sir D'Arcy Osborne, arrellanado en el asiento trasero de su reluciente Packard, rumiaba, molesto por haber quedado en inferioridad, sobre lo que su colega le había contado. Era un buen plan, pero no le cabía duda de que podía mejorarse. Encendió otro puro y suspiró al pensar en la larga noche de trabajo que le esperaba.

Aquella misma tarde en un edificio de la vía de la Conciliazione, cuya puerta de carros estaba en una discreta calle secundaria, los cardenales Schuster, Fossati y Dalla Costa, titulares de las sedes arzobispaes de Milán, Turín y Florencia habían mantenido una breve reunión con otro de los diplomáticos acreditados ante la Santa Sede, el representante del Reich ante el Vaticano, Diego von Bergen.

Cuando Maurilio Fossati y Elia dalla Costa, quienes habían ensalzado en sus respectivas diócesis la política practicada por Hitler y Mussolini como los principales baluartes para hacer frente a la amenaza del comunismo triunfante en la Unión Soviética, se hubieron marchado, el diplomático alemán le preguntó al arzobispo milanés, cuya postura era más radical que la de sus compañeros:

—¿Su eminencia está dispuesto a jugar todas las bazas que pongamos en sus manos?

—Mi querido Von Bergen, como siempre a lo largo de mi ya dilatada existencia, yo estoy dispuesto a acatar la voluntad del Altísimo.

El alemán no pudo evitar una sonrisa, que ocultó llevándose a la boca la larga

boquilla con la que fumaba.

—¿Conoce su eminencia cuál es esa voluntad en el asunto que nos ocupa?

—Por supuesto, mi querido amigo, por supuesto. Su voluntad es que unamos nuestras fuerzas para hacer frente a los tres grandes enemigos de la Iglesia, el ateísmo encarnado por los bolcheviques, la maldad que representan los judíos y la relajación de las costumbres y de la moral a que nos ha conducido el liberalismo.

Von Bergen se puso de pie. La imagen del diplomático resultaba impresionante; tomó su abrigo, su bastón —un adorno de su indumentaria— y su sombrero, y formuló una última pregunta al purpurado, antes de marcharse:

—¿Puedo hacerle a su eminencia una pregunta indiscreta?

—Mi querido embajador no hay preguntas indiscretas, la indiscreción está en las respuestas. ¡Pregunte, pregunte!

—¿Cuáles son sus posibilidades reales de acceder al solio pontificio?

Ildefonso Schuster, cuyo porte nada tenía que envidiar en majestuosidad al del diplomático alemán —era un verdadero príncipe de la Iglesia— meditó unos segundos la respuesta:

—Las posibilidades son elevadas; materializarlas en el cónclave dependerá del esfuerzo que realice usted, de nuestro común amigo Pignatti y del trabajo que hagan Fossati y Dalla Costa.

—Sin embargo, son muchos los que apuestan por el secretario de Estado.

Ahora fue el cardenal quien esbozó una leve sonrisa.

—Es cierto que el cardenal Pacelli es *papabile* pero, excelencia, ya conoce el dicho: quien en el cónclave entra papa, sale cardenal.

El viaje que Niccola Storzi se vio obligado a realizar fue corto, apenas un cuarto de hora. Aparcaron en una calle solitaria y mal alumbrada delante de una villa de dos plantas, ante la que se abría un amplio jardín cerrado por una verja.

Le dio mala espina que el coche se marchase inmediatamente.

Uno de los individuos abrió la verja y atravesaron el jardín. Por todas partes los matojos y la hierba crecían salvajes. El mismo que abrió la verja pulsó varias veces un timbre; a Niccola le pareció que había utilizado una cadencia, a modo de contraseña. Poco después, un tipo con aspecto de mayordomo les abrió la puerta sin hacer preguntas. Entraron en un amplio vestíbulo pobremente iluminado, pero amueblado con gusto.

Lo introdujeron en una estancia de regulares dimensiones, que se abría a la derecha, y que al igual que el resto de la casa estaba mal iluminada. Algunas zonas quedaban sumidas en la penumbra, lo que contribuía, junto al desasosiego de su ánimo, a que percibiese el lugar con tintes tenebrosos.

Envuelto en la oscuridad y sentado tras un bufete había un individuo vestido

con sotana. Cuando Niccola vio su rostro tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa. Era la última persona a quien esperaba encontrar allí.

—¡Padre Leiber! ¿Qué hace usted aquí?

Por toda respuesta el director del Teutonicum le indicó un sillón delante del bufete y lo invitó a tomar asiento.

—Ustedes pueden retirarse, aguarden en el vestíbulo —ordenó a quienes lo habían conducido hasta allí.

Desconcertado, Niccola fijó sus ojos en el rostro de Leiber que estaba suavemente iluminado por la luz amarillenta de una lámpara de mesa, cuya pantalla era de pergamino; la luz marcaba un círculo fuera del cual reinaba la oscuridad.

—Relájese, Storzi —la voz de Leiber sonaba muy suave, casi meliflua—, está demasiado tenso.

Se dio cuenta de que sus manos estaban crispadas sobre los brazos del sillón, como si fuese un náufrago agarrado a una tabla de salvación.

—¿Por qué me han traído aquí? —preguntó con voz temblorosa.

—Porque tenemos que hablar.

Storzi aspiró todo el aire que cabía en sus pulmones, intentando relajarse.

—Usted puede hablar conmigo sin necesidad de que me traigan a la fuerza esos... esos...

—Desahóguese, diga lo que quiera, ¡sin miedo!

—¡Esos matones!

Leiber dejó escapar una ligera risa.

—No lo son, pero si eso le satisface...

—¡Me han traído contra mi voluntad! ¡Por la fuerza!

—Se han limitado a cumplir órdenes.

—¿De quién?

—Mías, por supuesto.

—¡Si tenía interés en hablar conmigo, podíamos haberlo hecho en el Teutonicum o donde usted hubiese señalado!

—Quien habla con usted en el Teutonicum es el director del colegio.

—¡Usted!

—Se equivoca. En este momento usted no está hablando con el director del Teutonicum.

—¡No me diga! —le espetó con ironía, pero antes de que la última sílaba hubiese salido de su boca ya estaba arrepentido de haberla pronunciado.

—Con quien usted está hablando en estos momentos es con el responsable del Círculo Octogonus.

Las dos últimas palabras pronunciadas por Leiber habían sido como un martillo golpeando su cabeza. Acababa de descubrir quién dirigía la sociedad secreta sobre la que circulaban tan extraños rumores y también que Robert Leiber era capaz de controlar los registros de su voz, según impusiesen las circunstancias.

Se sintió tan abrumado que, aunque hubiese querido, no habría podido hablar. Tras un breve silencio Leiber comentó:

—El orden es algo fundamental para el ser humano, mi querido amigo. Significa que cada cosa debe estar en su sitio y que hay un sitio para cada cosa, por eso está usted ahora aquí y por eso el responsable del Círculo Octogonus no ha hablado con usted en el Teutonicum. Pero dejémonos de formulismos —abrió los brazos en un gesto de condescendencia—, creo que le debo una explicación.

Niccola se limitó a asentir con la cabeza y el director del Teutonicum encendió un cigarrillo.

—Supongo que habrá escuchado alguno de los rumores que circulan sobre el Círculo Octogonus. —De la boca de Leiber salía humo al mismo tiempo que las palabras—. Muchas de las cosas que se cuentan son producto de imaginaciones enfermizas, alimentadas por el recomendable y necesario secreto que a lo largo del tiempo ha envuelto a nuestra organización. Supongo que Lupus le habrá explicado algo sobre nosotros, aunque me temo que lo que le haya dicho no responda a la verdad.

Al escuchar el nombre del *scriptor* no pudo evitar un estremecimiento. Estaba claro que lo habían sometido a una estricta vigilancia. ¡Había sido un iluso, además de un incauto, si creyó que no estarían detrás de sus pasos en todo momento!

Leiber dio una larga calada a su cigarrillo, convirtiendo en ceniza una buena parte.

—Padre Storzi, antes de proseguir, será necesario que me responda a una pregunta.

—¿Qué quiere saber? —Había tenido que hacer un gran esfuerzo para que las palabras salieran de su boca.

—¿Estaría usted dispuesto a sacrificar su vida por la Santa Madre Iglesia? — Niccola notó cómo un ligero temblorillo agitaba sus piernas.

—Disculpeme, no lo entiendo.

—Dispuestos al dolor por el tormento, en nombre de Dios —las palabras salieron de su boca con solemnidad.

—No... no sé lo que exactamente... exactamente quiere usted decir —era

poco más que un balbuceo.

—¿No recuerda el *rapporto rosso*?

—¿El *rapporto rosso*? ¿A qué se refiere?

El rostro de Leiber se contrajo ligeramente tras la nube de humo, cuyas volutas desaparecían al salir del reducido círculo de luz que proyectaba la lámpara para perderse en las tinieblas que envolvían la estancia.

—¿No se lo explicó Lupus?

—No, porque nada le dije acerca del mensaje.

—¿Recuerda el mensaje que recibió ayer?

—Por supuesto.

—*Rapporto rosso* es el nombre que reciben, desde hace siglos, los mensajes que enviamos y que recibimos en el Círculo Octogonus. Siempre llevan una cinta de seda roja.

—¿Qué es lo que se quiere de mí?

—Primero tendrá que responder a la pregunta que le he hecho. No tengo prisa, tómese todo el tiempo que considere necesario. No todos los días se le plantean a uno cuestiones de esta envergadura.

Niccola dejó que transcurrieran los segundos y comprobó cómo ganaba algo de tranquilidad a medida que pasaban. Leiber había encendido otro cigarrillo y no aparentaba impaciencia.

Cuando habló se sorprendió de su propia seguridad.

—Al recibir el orden sacerdotal entregué mi vida a la Iglesia. Mis convicciones de entonces no han hecho sino acrecentarse con el paso del tiempo.

—¿Hasta el tormento, si fuera preciso? —insistió Leiber.

Al responsable del Círculo Octogonus le encantó el momento de vacilación que percibió en su compañero de orden, pero más aún la respuesta que salió de sus labios.

—Ignoro las circunstancias, pero mi voluntad está dispuesta al sacrificio.

—Muy bien, Niccola. —Storzi se percató de que por primera vez a lo largo de la conversación lo llamaba por su nombre—, relájese porque todavía está tenso y la noche va a ser larga. Voy a explicarle lo que, en realidad, es el Círculo Octogonus.

Albert Hartl, responsable del departamento de Asuntos Religiosos del Reich, una de las secciones del Sicherheitsdienst, el servicio secreto de los nazis, salía agotado, pero satisfecho de la larga reunión que había mantenido en el cuartel general de la Gestapo, en la berlinesa Prinz Albrechtstrasse con los máximos responsables de la organización policial. Había asistido el mismísimo Heinrich Himmler y el jefe del servicio secreto Reinhard Heidrich. Su presencia ponía de manifiesto la importancia que se le había dado a la reunión.

Hartl había escalado posiciones gracias a su formación y a su habilidad para estar en el sitio adecuado en el momento preciso. Era consciente de que la operación que había previsto significaba, si todo salía como lo había planeado, la gran ocasión de su vida.

El hombre que con gran esfuerzo había conseguido introducir en el corazón del Vaticano, empezaba a rendir sus primeros frutos. Lo único que Hartl no controlaba era la decisión final, y el tiempo apremiaba. Las noticias que llegaban de Roma señalaban que la vida de Pío XI se apagaba. Era consciente de que ni siquiera un hombre tan poderoso como Himmler podía decidir, sin hablar con el Führer, un asunto donde se necesitaban tres millones de marcos en lingotes de oro. En este extremo su hombre en el Vaticano había sido muy claro. Nada de papel moneda, ni de bonos del Estado, ni deuda pública. Lingotes de oro de veinticuatro quilates.

Se ajustó la gabardina y abrió el paraguas para protegerse del agua nieve y echó a andar por la acera de la Prinz Albrechtstrasse. Pasaría un momento por su oficina, resolvería lo más imprescindible y se marcharía al apartamento de Monika, una escultural belleza que trabajaba en un *cabaret* de la Herrenstrasse, el famoso club Pigalle, entre cuyos muslos se relajaba de las tensiones del servicio secreto.

Hartl sentía verdadera devoción por Monika Gessler, la *streaker* del Pigalle. En el Amt II, nombre con que se denominaba el departamento de asuntos religiosos del Sicherheitsdienst que él dirigía, todo el mundo sabía de su adoración por aquella mujer. Se contaba que la había conocido una noche en que, después de concluir su actuación, se había acercado hasta su camerino, como hacían tantos admiradores, con la vana ilusión de que aceptase compartir una copa con él. Allí había comenzado una relación que duraba ya varios meses. Circulaba el comentario de que el mayor deseo de Hartl era que ella abandonase aquel trabajo y que se desnudase solamente para él. La Gessler le hacía concebir esperanzas de que así sería, pero le decía que necesitaba estar segura de que el amor que le juraba no era simplemente un capricho pasajero, no quería dejar su trabajo y verse luego abandonada. Monika le pedía continuamente pruebas de su devoción.

Estaba tendido en la cama y relajado, saboreando el whisky que ella le había preparado, a la par que pellizcaba suavemente uno de aquellos pezones que lo volvían loco, cuando el sonido estridente del teléfono rompió la placidez del momento.

—¡Quién coño será! —gritó malhumorado.

Le producía un malestar casi patológico que su amante recibiese llamadas cuando estaba con él.

Monika le acarició el pecho y descolgó el auricular.

—¿Dígame?

—¿Está el obersturmbannführer Hartl? —Era una voz ronca.

—¿Quién lo llama?

—Soy Günther, señora.

A la joven la encantaba que la llamasen de aquella forma. Le recordaba tiempos mejores de su vida.

—Toma, cariño. —Se volvió hacia él y le dio el teléfono—. Es Günther.

A pesar de que Hartl era consciente de que únicamente un asunto de extrema gravedad llevaría a su ayudante a llamarle a casa de Monika, cuando habló al teléfono sus palabras sonaron a reproche:

—¿Qué ocurre?

—Disculpe, señor, pero el asunto es de la máxima urgencia, no me lo perdonaría si no le informase inmediatamente.

—¡Deje que sea yo quien determine la importancia de ese asunto tan urgente como para que me moleste!

—Le pido disculpas, señor, pero creo que coincidirá conmigo en la importancia de lo que tengo que decirle.

—¡Al grano, Günther!

—Lo han llamado de la Cancillería.

—¿De la Cancillería? —Instantáneamente se había puesto tenso—. ¿Qué querían?

—Llamaban de la secretaría particular del Führer, señor. —Günther había bajado la voz al comunicarle aquello.

Albert Hartl se incorporó y pegó la espalda al cabecero de la cama.

—¿Quiere repetir eso último?

—Señor, lo llamaban de la secretaría particular del Führer.

Monika Gessler se percató de la importancia de la llamada, su instinto de mujer le decía que había ocurrido algo muy gordo. Cogió la sábana y cubrió su desnudez, como si se protegiese de una amenaza invisible.

—¿Qué querían?

—Mañana por la mañana, a las diez menos cuarto deberá usted estar allí.

—¿Han dicho para qué?

—El Führer lo recibirá a las diez.

—¿Bromea usted?

—¿Cree el obersturmbannführer que yo me atrevería a bromear con algo así?

—No, no lo creo porque si se le ocurriese sería lo último que haría en su vida.

Günther no se sintió aludido y se limitó a comentar:

—Supongo, señor, que he hecho bien en llamarle.

—Perfectamente, Günther. Ha cumplido usted con su deber. —Por el tono de

sus palabras podía deducirse que Hartl empezaba a relajarse. Entre el vello de su pecho podían verse minúsculas gotas de sudor. Tapó el teléfono con la mano, se inclinó y, con expresión triunfal, susurró al oído de su amante—: El Führer me recibirá mañana.

—Supongo que será algo muy importante —comentó ella.

Hartl no la escuchó porque estaba dando algunas instrucciones a su ayudante. Cuando terminó, tiró de la sábana que cubría las opulentas formas de Monika y llenó de besos aquel cuerpo que cada noche despertaba encendidas pasiones en cientos de hombres que pagaban por ver cómo la Gessler, poniendo morbo en cada uno de sus movimientos, se desnudaba en el escenario.

Volvieron a hacer el amor con furia descontrolada y cuando Hartl, jadeante, se dejó caer sobre el cuerpo de su amante, estaba exhausto. Permaneció un buen rato con la cara hundida en sus pechos y cuando se volvió sobre su espalda, murmuró:

—Si mañana todo va bien, se nos abre un camino de rosas.

—¿Qué quiere el Führer?

Hartl se incorporó, la miró y se sentó en el borde de la cama.

—Es posible que pongamos en marcha una importante operación.

—¿Dónde?

—No te lo puedo decir.

Ella hizo un mohín.

—¿Ves como no tienes confianza en mí?

—Esa operación se desarrollará en Roma —concedió Hartl.

Monika encendió un cigarrillo y alargó una mano para acariciar la espalda de su amante, pero éste se había levantado y estaba vistiéndose.

—¿Te marchas?

La miró y al verla tendida en la cama sintió una punzada de celos. Tenía los muslos abiertos y parecía ofrecerse de nuevo.

—Tengo que preparar minuciosamente esa reunión. El Führer tiene que aprobar la propuesta. ¡Mi propuesta! He sido yo quien la ha presentado. Mañana nos jugamos el futuro. Si la suerte se alía con nosotros vendrá un tiempo con el que ni siquiera me atrevo a soñar.

—¿Tan importante es eso de Roma?

El obersturmbannführer dudó.

—Prométeme que no dirás nada a nadie.

—Si me quisieses como dices, tendrías más confianza en mí.

—¡Está bien, se trata de algo muy importante, tanto como para que se necesiten tres millones de marcos en lingotes de oro! ¡El propio Hitler en persona será quien tome la decisión!

—¿Has dicho tres millones? ¿En lingotes de oro?

—Exactamente, eso he dicho.

—¿De qué se trata?

—Mañana te lo contaré. Ahora tengo que marcharme, no puedo perder un minuto.

—¡Así que estar conmigo es perder el tiempo! —Monika hizo un mohín de falso disgusto.

Se acercó a ella, la besó suavemente en los labios y acarició su mejilla con la mano.

—No sé cómo puedes decir una cosa así. Sabes que estaría dispuesto a dar mi vida por ti.

Ella lo atrajo a su boca, lo besó primero con suavidad y después con pasión, luego le ofreció sus pechos y Albert chupó sus pezones.

—Tonto, es una broma.

—Necesitamos un papa que apoye a nuestro Führer.

—¿Un papa qué apoye al Führer?

En pocos minutos, mientras acababa de vestirse, Hartl le explicó los detalles más importantes de una operación que había sido bautizada como Eitles Gold.

Cuando Robert Leiber concluyó su narración, apenas interrumpida por algunas preguntas puntuales, Niccola Storzi estaba agotado y hambriento.

La historia del Círculo Octogonus era densa como las tinieblas de la noche. Durante más de cuatro horas, Leiber desgarnó los hechos que habían convertido a la sociedad secreta en una organización rodeada de un halo de misterio, que los rumores asociaban a un mundo tenebroso que mejor era ignorar.

Era cierto lo que se decía *sotto voce* acerca de que sus miembros habían vigilado, espiado, extorsionado, alentado revueltas, promovido conspiraciones e incluso matado por su propia mano cuando había sido necesario. Lo habían hecho sin preguntar. Su lema no era una frase, sino algo que en numerosas ocasiones sus agentes habían convertido en realidad. Al señalar que habían matado, también informó a Niccola que muchos de ellos habían muerto en acto de servicio, pagando con su propia vida, algunos de ellos sometidos a terribles tormentos.

Le explicó que en varias ocasiones los agentes del Círculo Octogonus cambiaron el curso de la historia y estuvieron detrás de situaciones que los escolares estudiaban en sus libros de textos. Ellos habían sido quienes armaron la mano que dio muerte al rey Enrique IV de Francia, un bribón en palabras de Leiber, que se había jactado de que su conversión al catolicismo estaba motivada por el hecho de ser coronado rey en París. Pero ellos habían hecho justicia unos años después, armando el brazo de Ravaillac. También estuvieron en la gloriosa jornada conocida como la «Noche de San Bartolomé» donde los hugonotes franceses pagaron sus maldades a manos de los buenos católicos. A veces sus empresas no se vieron coronadas por el éxito; muy grave fue el fracaso cosechado con el plan de huida elaborado para sacar al rey Luis XVI y a su esposa María Antonieta de la Francia revolucionaria, al ser detenido en Varennes el carruaje donde viajaban. En su opinión, aquél fue un caso de verdadera mala suerte. El monarca y su esposa pagaron con su vida las consecuencias de aquella jornada aciaga.

La del Círculo Octogonus era una historia llena de éxitos y también de fracasos, pero siempre presidida por el sacrificio.

—Por supuesto, el Vaticano jamás ha reconocido la existencia de Octogonus, ni lo hará jamás. Ha habido épocas en que papas, disconformes con sus acciones,

decretaron su disolución. Pero las necesidades de la Santa Madre Iglesia siempre han hecho que estuviese presente.

—Supongo que la falta de reconocimiento legal deja en una posición muy difícil a sus integrantes —comentó Niccola.

—La misma posición en que se encuentran los espías de cualquier Estado. Tal vez entienda usted ahora mucho mejor el significado de nuestro lema, el que siempre encabeza los *rapporti rossi*.

En la cabeza de Niccola rondaba una pregunta desde hacía mucho rato. Si le estaban contando todo aquello, resultaba evidente que el propósito no era darle a conocer una historia que desde hacía siglos se movía por las tenebrosas aguas del misterio, la oscuridad y el secreto más hermético. Pensó que había llegado el momento de formular esa pregunta:

—Padre Leiber, todo lo que usted ha contado es sumamente interesante. Jamás hubiese pensado que el Círculo Octogonus protagonizara algunos de los hechos que usted me ha revelado. Pero ¿cuál es la causa por la que usted me ha contado todo esto?

Leiber encendió su enésimo cigarrillo.

—Hace cuatro horas usted dijo que al recibir las órdenes sacerdotales entregó su vida a la Iglesia, y que el paso de los años no ha hecho sino acrecentar esa decisión, hasta el punto de que su voluntad de sacrificio es total.

—Así es... pero sigo sin entender.

—El Círculo Octogonus quiere encomendarle una misión.

—¿Una misión? —Niccola se puso de pie, nervioso—. Yo... yo solo soy un sacerdote, un simple profesor que trata de... de...

—No sea modesto, Storzi, y siéntese, por favor. Usted es brillante, tiene una sólida formación y domina varios idiomas. Además su familia lo educó para que se desenvolviese en los círculos sociales más selectos de su Venecia natal, la sociedad a la que usted pertenece.

—Pero... pero... eso no cualifica para... para...

—¿Para ser un agente del Círculo Octogonus? —Leiber soltó una carcajada.

—Yo... yo no soy un hombre de acción. Mi vida es...

—Olvídese de libros de aventuras y de lo que el cine nos muestra. En ocasiones la vida de un agente secreto puede resultar hasta aburrida. ¡Imagínese que se trata de vigilar a una persona! ¡Puedo asegurarle que en muchas ocasiones son horas y horas muertas, pendientes de pequeños movimientos! Todo depende de la misión que se encomiende.

No salía de su asombro. Lo que el padre Leiber le estaba proponiendo era que se convirtiese en uno de los agentes de aquella sociedad secreta. Trató de desechar la idea por irreal.

—Queremos que se encargue de una misión muy importante para el futuro de la Santa Madre Iglesia.

Por un momento deseó haberse tapado los oídos e imitar el ruido de los automóviles, como hacía con su institutriz cuando era pequeño y no quería escuchar lo que le decía. Sintió dolor físico.

—¿Qué misión? —preguntó al fin, inquieto porque sabía lo que la pregunta significaba. Era como dar el primer paso por un camino que no deseaba transitar.

Leiber lo miró a los ojos a través de la densa humareda que había convertido la atmósfera en asfixiante.

—Eso queda para más adelante, primero tendrá que aceptar.

—¿Sin saber de qué se trata? ¡Imposible! —Se puso otra vez de pie.

—Síntese, padre Storzi. —Las palabras de su director eran suaves, pero sonaron como una orden.

—Necesito estirar las piernas, estoy entumecido. —Una respuesta tan simple, le pareció en aquel momento un gesto de audacia, casi un desafío.

—Bien —concedió Leiber—, si de esa forma se siente mejor... En todo caso necesito una respuesta.

—¿Tiene que ser ahora?

—En otras circunstancias, podríamos permitirnos unos días, pero en estos momentos no podemos. Sepa que se trata de una misión de suma importancia para la Iglesia, a la que usted ha entregado su vida. En cualquier caso, sepa que no vamos a exigirle algo que atente contra su conciencia.

—Usted ha hablado de asesinatos, de extorsión, de violencia...

—Lo que le vamos a proponer, si acepta formar parte de nuestra sociedad, se encuentra muy lejos de esas realidades.

—Sin embargo, podría ser que...

Leiber lo interrumpió.

—Puedo jurarle por lo más sagrado que no vamos a pedirle que mate a nadie, ni que actúe violentamente, salvo que tenga que hacerlo para defender su propia vida.

Se levantó y se acercó a Storzi, le pasó un brazo por encima del hombro y casi como un susurro, le comentó al oído:

—Piense que en sus manos podría estar el destino de la Iglesia. —Leiber comprobó cómo sus palabras lo hicieron estremecerse—. Al menos el destino inmediato —añadió como si quisiese restar importancia a lo que acababa de decir.

Storzi, a quien el amigable gesto de echarle el brazo por encima lo había conmovido, miró a los ojos de su superior. Estaba implorando con la mirada.

—Niccola —otra vez lo llamó por su nombre de pila, tratando de asestar un golpe definitivo a las debilitadas defensas de Storzi—, ¿cree que encomendaríamos una misión como la que le tenemos reservada a una persona que no gozase de todo nuestro crédito?

Lo que salió de su boca apenas fue un murmullo:

—Hágase la voluntad de Dios.

La reunión había sido muy breve. Apenas veinte minutos en los que el Führer, en presencia de Heinrich Himmler, el todopoderoso jefe de la Gestapo, y del máximo responsable del servicio secreto nazi, Reinhard Heidrich, había dado el visto bueno a la operación bautizada como Eitles Gold.

Hitler se limitó a formular una serie de preguntas relacionadas con los riesgos de la operación y con sus posibilidades de éxito —garantías las había llamado—, así como con las personas que se encargarían de llevarla a cabo.

Fue el obersturmbannführer Albert Hartl quien había respondido a todas de ellas. No en vano había sido Hartl quien había logrado introducir en el cerrado mundo del Vaticano al topo que daría algunos de los pasos imprescindibles para convertir en realidad los objetivos de la operación.

Había dado muestras sobradas de su habilidad para moverse en terrenos escurridizos. El caso del padre Rossberger era una muestra de ello, permitiéndole pasar de ser un simple informante del servicio secreto a ocupar sus primeros cargos de responsabilidad, pero pusieron de manifiesto hasta dónde era capaz de llegar con tal de hacer realidad sus propósitos.

En aquellos tiempos, corría entonces el año 1933 y los nazis acababan de llegar al poder, era estudiante y entabló amistad con el padre Rossberger. Con el tiempo, llegaron a intimar lo suficiente como para que el sacerdote le confiase que era el responsable de una red cuyo objetivo era oponerse al creciente poder de los nazis, y que el propio seminario servía de refugio y cobertura a destacados miembros de la resistencia al nazismo en el interior de Alemania. Hartl lo denunció al servicio secreto y a los pocos días Josef Rossberger fue detenido y salvajemente torturado para que confesase toda la información que poseía. Lo más terrible de todo fue que la persona en quien había confiado pidió asistir a sus sesiones de tortura. Meses después se celebró una pantomima del juicio contra Rossberger y Hartl participó en calidad de testigo. Su testimonio resultó decisivo para la condena del acusado.

Desde entonces no había dejado de subir peldaños en su carrera, convertido en un azote para sacerdotes y obispos. En el Sicherheitsdienst algunos lo llamaban, jocosamente, el Inquisidor, pero se cuidaban mucho de decirlo en su presencia.

Cuando Albert Hartl llegó a su despacho en el Amt II, estaba de un humor excelente. Era algo extraordinario dado el carácter taciturno de su jefe. Todos supieron que la reunión con el Führer había transcurrido de forma satisfactoria, porque se podían contar con los dedos de una mano las ocasiones en que el obersturmbannführer había sonreído a alguno de sus subordinados. Veía en ellos competidores, más que colaboradores, gente dispuesta a traicionarle a la primera oportunidad que tuviesen con tal de progresar en el complejo entramado del

Sicherheitsdienst.

Ordenó a Günther que no se le molestase bajo ningún concepto y se encerró en su despacho. Quería darle la gran noticia a Monika, porque iba a pedirle que se convirtiese en su esposa. Aquel cuerpo que adoraba sería solo para él.

Albert Hartl estaba visiblemente enojado cuando ordenó a Günther a través del teléfono:

—¡Venga a mi despacho!

A los pocos segundos escuchó unos golpecitos en la puerta.

—¡Pase!

—*Heil Hitler!* —gritó Günther extendiendo su brazo derecho y golpeando los tacones de sus botas.

—*Heil!* —respondió el obersturmbannführer con vigor.

—Localice a Keller.

—Sí señor, ¿algo más?

—Sí, tome —sacó del bolsillo de su pantalón un billete de diez marcos—; después de localizar a Keller, vaya a la floristería de la esquina y que envíen a *frau* Gessler un ramo de rosas rojas con esta tarjeta.

Cuando Günther llegó a la puerta, después de realizar el saludo de rigor, preguntó a su jefe:

—¿Sabe si Keller está en Berlín?

El obersturmbannführer, que ya había concentrado su atención en los papeles que tenía sobre su mesa, alzó la vista con cara de pocos amigos y le gritó:

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Haga lo que le he ordenado! ¡Localícelo!

Günther se escurrió sin que se escuchase el chasquido de la puerta al cerrarse.

Un cuarto de hora después aún no le habían pasado la llamada. Hartl descolgó el teléfono y, después de insultar a su asistente, le preguntó:

—¿Por qué no me pone con Keller?

—Señor, llamamos a su casa, pero no contesta. Estamos tratando de localizarle por otras vías. En el momento que lo tengamos...

Colgó con un manotazo y pensó en las opulentas formas de Monika al recordar que Herbert Keller era hombre de muchas mujeres. Tuvo que aguardar otra media hora hasta que la estridencia del timbre lo sobresaltó.

—¡Dígame! —gritó al auricular.

—*Herr* Keller al aparato, señor.

—¿Está en Berlín?

—No señor, está en un lugar de Suiza.

—¿Cómo lo han localizado?

—A través de una de sus amigas, se llama Herta.

—¡Pásemelo!

—A la orden, señor.

—¿Albert?

—¿Qué tal, Herbert?

—Creo que quieres hablar conmigo.

—Así, es. Necesito que realices un trabajo para nosotros.

—¿Una información?

—No exactamente, se trata de algo muy confidencial y de suma importancia. Tengo entendido que no estás en Berlín.

—Así es, estoy fuera.

—¿Acaso sigues perdiendo el tiempo buscando viejos papeles y ajados pergaminos?

—Eso que tú desprecias contiene algunas de las esencias de nuestra historia y constituyen importantes piezas de nuestro pasado. Me parece que a tu jefe no le gustaría oírte hablar en esos términos.

—¿A quién, a Heydrich?

—Más arriba. Ya sabes el interés que el Reichsführer tiene por todo lo relacionado con nuestros ancestros.

—En estos momentos Himmler está mucho más interesado en otros asuntos. Por eso te llamo.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo por teléfono.

—¿Acaso no te fías?

—Nunca se sabe quién puede escuchar a través del teléfono y lo que tengo que confiarte es importante.

—En ese caso, tendrás que esperar por lo menos una semana, antes de siete u ocho días no podré estar en Berlín.

—¡Una semana! ¡No puedo esperar ese tiempo! ¡Es un asunto urgente!

—Lo siento Albert, pero es imposible que esté antes en Berlín.

—¿Dónde estás?

—En Suiza, en un monasterio perdido entre los Alpes.

—¿En qué sitio? —Hartl estaba desconcertado.

—En un hermoso lugar, un valle en medio de los Alpes.

—Perdido en un valle alpino no es mucho decir.

—En una localidad llamada Engelberg, al sur de Lucerna.

Hartl anotó el nombre.

—Puedo enviar un automóvil para que te traigan a Berlín. Estarías aquí en menos de veinticuatro horas.

—Ni se te ocurra. Estoy a punto de cerrar un trato que me permitirá vivir tranquilamente una temporada, pero necesito algunos días para rematarlo. En este negocio es como si el tiempo se detuviese, las prisas son malas consejeras y puedes espantar la presa.

—¡Te necesito aquí con urgencia!

—Ya te he dicho que lo siento, no podré estar en Berlín antes de una semana, siempre y cuando las cosas discurran sin dificultades.

El obersturmbannführer se separó el teléfono de la oreja y lo miró con cara de asco, como si el aparato tuviese la culpa de que Herbert Keller se encontrase en plenos Alpes suizos.

Desde hacía varios años aquel antiguo benedictino, cuyo aspecto se desdecía mucho de la estampa tradicional de un monje, recorría medio mundo buscando manuscritos antiguos para las bibliotecas de clientes selectos.

Todo empezó cuando, algunos años atrás, fue desterrado a otra abadía de su orden, en pleno desierto de Siria, como castigo impuesto por el prior de su convento a causa de lo desarreglado de su vida. Le gustaban los placeres terrenales, incluidos la bebida, el juego y las mujeres.

En la biblioteca del antiguo monasterio siríaco encontró numerosos códices de un valor extraordinario. El avisado Keller engatusó al prior y consiguió su autorización para comerciar con aquellas joyas bibliográficas, que permitirían hacer frente a la magra economía del cenobio. Vendió a unos anticuarios de Alepo varios de los manuscritos que reportaron unos saneados ingresos a la comunidad y pusieron fin a una dura época de penurias. No dijo que los dos más valiosos, escritos en copto y con numerosas páginas miniadas, se los había reservado para sí.

Cumplido el retiro, abandonó aquel inhóspito lugar alejado del mundo para regresar a su comunidad. Pero durante aquellos meses el padre Herbert había tomado otra decisión, abandonar también unos hábitos que lo obligaban a una vida de penitencia y mortificaciones.

Se dedicó a comprar libros y manuscritos antiguos por las zonas más recónditas de los países del Occidente europeo para vendérselos a coleccionistas, multimillonarios caprichosos e incluso a bibliotecas y otras instituciones poco escrupulosas en lo tocante a la procedencia de lo que les ofrecía.

Hizo buenos negocios en la España que se desgarraba en la contienda civil comenzada en 1936 y también en el Portugal de Salazar. Incluso gozó de cierto trato de favor por parte de las autoridades franquistas, porque al vender algunas de sus adquisiciones a la recién creada Ahnenerbe, el general Karl Wolf, de las Waffen-SS, le facilitó cartas de presentación para sus amigos españoles. Entre sus clientes también se encontraban destacados miembros de la curia, porque eran numerosos los que quedaban embelesados ante aquellas joyas del pasado.

Una de esas operaciones la llevó a cabo con uno de los más relevantes

purpurados del Vaticano. Se trataba de una obra excepcional, un manuscrito de herboristería y botánica, en el que había numerosas recetas para fabricar ungüentos, pócimas y cremas para mejorar la salud y la belleza corporal, con más de doscientas extraordinarias ilustraciones, buena parte de ellas a página completa; fechado en 1509 y atribuido a Caterina Sforza.

Aquella venta había tenido la ventaja adicional de crearle un nombre en los círculos vaticanos, lo que le proporcionó varios clientes entre los compañeros del cardenal, deseosos de hacerse con alguna maravilla de similar valor bibliográfico con la que presumir ante sus amistades.

Keller tenía afición a la buena vida: los mejores vinos, los más lujosos hoteles y las más espectaculares mujeres. Necesitaba mucho dinero y no siempre había a mano un pergamino o un códice manuscrito que le reportase una venta rápida y sustanciosas ganancias. Pasaba épocas de dificultades porque con los ingresos de un comercio tan inestable no le era posible mantener su tren de vida. Esta circunstancia y sus conexiones con jerarcas del nazismo a través de la Ahnenerbe lo llevaron a realizar labores de espionaje cada vez de mayor entidad. Aprovechaba las facilidades que tenía para desplazarse, protegido por su conocida actividad de compraventa de viejos papeles, para realizar ciertos trabajos tanto para la Abwehr, el servicio de inteligencia del Reich, como para el Sicherheitsdienst, el espionaje del propio partido nazi.

Por aquellos vericuetos conseguía el dinero que sus excesos requerían. Así había conocido, entre otros, a Albert Hartl, un fanático nazi cuyo mayor deseo era que el Reich de los Mil Años, que Hitler había vaticinado y los voceros del régimen esparcían a los cuatro vientos, se convirtiese en una realidad.

—Herbert —el obersturmbannführer trató de que su voz tuviese un registro de solemnidad—, te estoy hablando de una operación de tres millones de marcos.

Hubo unos segundos de silencio en la línea.

—¿Estás de broma? —comentó en voz baja, como si temiese que alguien más hubiese escuchado lo que acababa de oír.

—¿Tengo fama de bromista?

Lo que Albert Hartl acababa de decir era una verdad incuestionable. Muchos podían considerarlo una compañía poco recomendable, un ser depravado, pero nadie en su sano juicio se atrevería a decir que era un bromista.

—¿Quieres repetir la cifra?

—Te estoy hablando de tres millones de marcos, Herbert. Tres millones de marcos en lingotes de oro. ¡Podrías conseguir un buen pellizco!

Lo que llegó al oído de Hartl fue un largo silbido.

—¿Qué tendría que hacer? —La displicencia de Keller había desaparecido.

—Por lo pronto venir a Berlín sin perder un minuto.

—Eso ya lo sé.

—No pretenderás que te lo explique por teléfono.

Hartl sabía que había tocado la única fibra sensible del antiguo benedictino. Disfrutó, sin interrumpirlo, del prolongado silencio que otra vez se había producido.

—¿Herbert, estás ahí?

—¿Cuánto será mi parte?

—De eso hablaremos en Berlín, pero puedo asegurarte que multiplicarás por diez las ganancias del negocio en el que estés metido. ¿Qué me dices?

—Está bien...

—En ese caso —el obersturmbannführer no lo dejó terminar—, vente inmediatamente para Berlín.

—Un momento, Herbert. Si tienes tanta prisa, tendrás que enviarme el coche que me has prometido; de lo contrario tardaría más de tres días en hacer el viaje.

—Dime dónde estás exactamente.

—Ya te lo he dicho, en un pueblecito llamado Engelberg, al sur de Lucerna.

—Quiero saber dónde te alojas.

—En un hotel llamado Alpino. No tiene pérdida, es el único del pueblo.

Hartl lo garabateó en una cuartilla.

—¿Cuánto tardarán en recogerme?

—Lo menos posible. Espero que tengas un buen viaje —se despidió, cortando la comunicación.

Herbert Keller colgó el teléfono suavemente, mientras hacía cálculos sobre el tiempo que tardarían en recogerlo; como mínimo emplearían doce horas. Ése era el tiempo que tenía para cerrar el negocio que lo había conducido hasta aquel apartado lugar.

El sonido del despertador lo sacó, con un sobresalto, del profundo sueño de diez horas en que quedó sumido desde que a las nueve de la mañana llegara a su dormitorio, agotado y abrumado por una mezcla de responsabilidad, incredulidad y preocupación.

Al bajarse de la cama, sin que las brumas de la somnolencia hubiesen despejado su cabeza, había sentido cómo un escalofrío recorría su espalda. No era producto del frío por haber abandonado la protección de las mantas.

La decisión que lo ligaba al Círculo Octogonus había sido muy dolorosa. Era consciente de que acababa de dar un paso que haría girar su vida de forma radical. Una vida que, voluntariamente, había decidido dedicar a la Iglesia. Leiber no le había dicho todavía nada acerca de qué era lo que esperaban de él.

En sus años de juventud pudo tomar una senda muy diferente. Su acaudalada e influyente familia le hubiese abierto caminos en cualquier dirección, en el mundo de las finanzas o prepararle una brillante plataforma profesional. Pero decidió renunciar a todo ello —incluida la belleza de Sandra Benelli, una de las más hermosas jóvenes de la Venecia de su juventud, que se le había insinuado en

diferentes ocasiones— para entregarse al estudio, la oración y la vida sacerdotal. Era cierto que también había soñado con una brillante carrera eclesiástica y que lo tenía todo a su favor. Su llegada al Teutonicum, después de su experiencia alemana, suponía un primer y significativo paso... y ahora todo podía quedar truncado porque se le requería para una misión que ni la más fértil de las imaginaciones podía soñar como trabajo para un sacerdote. Únicamente lo había convencido la garantía ofrecida por Leiber de que, con la misión que se le encomendase, era como mejor podía servir a la Iglesia en los difíciles momentos que siempre suponía la llegada de un nuevo pontificado.

Las relaciones entre las potencias estaban cargadas de tensión, pese a las rimbombantes declaraciones realizadas después del pacto de Munich firmado el año anterior. Para Gran Bretaña, el sacrificio de Checoslovaquia, que había entregado a Alemania el territorio de los Sudetes, suponía la paz en Europa para dos décadas, así lo había proclamado el primer ministro Chamberlain a su regreso a Londres. También los franceses se habían mostrado exultantes, pero Storzi conocía la verdadera cara del nazismo y era lo suficientemente horrible como para percibir que el mundo caminaba hacia un conflicto generalizado.

Por otro lado, estaba la amenaza del comunismo, imperante en la flamante Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y sus deseos de expansionismo. Con ese panorama, los tambores de guerra redoblaban sin cesar, y un viejo zorro de la política, como era Winston Churchill, el líder de la oposición conservadora en Gran Bretaña, señaló que en Munich lo que se firmó fue el comienzo de la guerra en el plazo de un año.

Eran las ocho de la tarde, disponía de dos horas antes de acudir a una cita en una casa de la vía de los Giubbonari al otro lado del Campo dei Fiori, cuya plaza estaba presidida por la estatua de Giordano Bruno, en recuerdo de que en aquel lugar había sido quemado hacía más de tres siglos, por haberse enfrentado al poder de Roma. Acudiría para consumir su pertenencia a una sociedad que despertaba los mayores temores en ciertos ambientes eclesiásticos.

Aguardó a que diesen las diez en el reloj de Sant'Agnese in Agone, en la piazza Navona, para llamar en la casa número 14, embutida en una especie de callejón, que la semiocultaba de la vista de los transeúntes. Dio los golpes convenidos, uno-espacio-dos.

La calle estaba desierta, no se veía un alma.

Escuchó cómo se descorría un cerrojo y se sorprendió cuando en lugar de abrirse la puerta, vio, a través de un postiguito, el rostro huesudo y macilento de un individuo malencarado.

—¿Qué desea? —Era una voz rasposa.

—Castel de Sant'Angelo.

Sin decir palabra, cerró el postiguito y abrió la puerta que daba a un interior pobremente amueblado y sumido en una penumbra, que apenas lograban

romper las titilantes llamas de unas velas colocadas en candelabros de madera. Atrancó la puerta, cogió uno de los candelabros y con un gesto lo invitó a seguirle.

Era un hombrecillo que mediría poco más de metro y medio, aunque al estar encorvado daba la sensación de ser, incluso, más pequeño. Vestía una sotana negra muy raída y de paño pobre.

Cruzaron un patio. Abrió una puerta con llave y entraron a una estancia, mucho mejor iluminada y con un mobiliario que desdecía de la austeridad exhibida hasta entonces.

—Aguarde aquí —le ordenó el hombrecillo, que se perdió por una puerta que había al fondo, semioculta por una cortina también de brocado.

Era una estancia amplia. En el centro había una labrada mesa de nogal y alrededor media docena de sillas de estilo español, con asientos y respaldos de cuero primorosamente repujados y policromados. Sobre la mesa pendía una lámpara de bronce, donde lucían numerosas bombillas que proporcionaban una excelente iluminación. Niccola notó bajo sus pies la mullida alfombra y lamentó tener sucias las suelas de sus zapatos. En una de las paredes había un mueble aparador sobre el que colgaba un lujoso espejo que le trajo añoranzas de Venecia.

Apenas había posado sus ojos sobre el lienzo, que casi cubría un testero —una escena campestre en la que dos hombres vestidos a la usanza del siglo XV o XVI y dos damas desnudas le recordaron la escuela que había alumbrado su ciudad natal durante la plenitud del Renacimiento—, cuando una voz sonó a su espalda. Era Leiber.

—Supongo que la decoración le resultará vagamente familiar.

Storzi lo saludó con medida cordialidad. Todavía no sabía cómo había de relacionarse en su nueva situación.

—Cierto, padre Leiber, se nota la mano de algún veneciano.

—Salvo las sillas, todo respira aires de su ciudad: alfombra, cortinas, mobiliario, espejos y pintura. Hemos querido que se sintiese como en casa.

Storzi no pudo evitar que una arruga se dibujase en su entrecejo. Recorrió con la mirada la estancia y preguntó algo perplejo:

—¿Acaso se ha decorado la estancia para esta ocasión?

—En efecto, mi querido amigo —Leiber se acercó hasta él y le estrechó la mano como muestra de calurosa bienvenida—. Todo tiene resonancias venecianas para adaptar el lugar a las raíces de nuestro nuevo hermano. Lamento el escaso tiempo de que hemos dispuesto, por eso las sillas no responden a nuestro deseo, aunque reconocerá que no desmerecen.

Storzi no sabía si darle las gracias, cuando entró un individuo que portaba una bandeja de plata en la que había un pergamino enrollado. Se presentó como Luigi Riva.

Aquel hombre, a quien no conocía, iba a ejercer funciones de padrino en la ceremonia que convertiría a Storzi en miembro de pleno derecho del Círculo Octogonus.

El hombrecillo que le había franqueado la entrada apareció otra vez. Llevaba dos candelabros de plata maciza que colocó en los extremos de la mesa; antes de retirarse apagó la luz. La estancia, sumida ahora en una suave penumbra, tenía algo de acogedora invitación.

Entonces hicieron acto de presencia dos eclesiásticos que vestían los ropajes propios de su alta dignidad: sotana púrpura y faja de seda del mismo color, y tocaban su cabeza con solideo igualmente rojos.

¡Eran dos cardenales! ¡Dos príncipes de la Iglesia!

Los miró fugazmente, con cierto pudor, y reconoció a uno de ellos; era Vladimir Lechodowski, el general de los jesuitas, el llamado Papa Negro. Tenía encomendada la dirección de la Radio Vaticana. Al otro no pudo identificarlo, aunque su rostro le resultaba vagamente familiar. Con paso solemne los dos cardenales se situaron junto a Leiber, flanqueándole, como si lo escoltasen. En aquel instante Niccola se percató de cuál era el verdadero poder del Círculo Octogonus.

—Antes de comenzar vuestra ceremonia de iniciación he de advertiros —Leiber utilizaba un lenguaje protocolario como si correspondiese al siglo XVII— que aún estáis a tiempo de rechazar vuestro ingreso en nuestro Círculo. Por eso os pregunto: ¿Deseáis con toda vuestra alma, con todo vuestro corazón y con todo vuestro ser ingresar como miembro de la Sacrosanta Hermandad del Círculo Octogonus, con los derechos y obligaciones que conlleva ser un *miles Christi* a las órdenes del Sumo Pontífice?

—Sí, deseo.

—¿Juráis solemnemente ante estos testigos —Leiber miró a derecha e izquierda— guardar absoluto secreto de vuestra pertenencia a nuestra Sacrosanta Hermandad, aunque el precio fuese vuestra propia vida?

—Sí, juro.

—¿Juráis acatar las órdenes que recibáis y proceder a su cumplimiento, sin sombra de duda o vacilación?

—Sí, juro.

—Por este juramento quedáis ligado de por vida como *miles Christi* de nuestra Sacrosanta Hermandad que nunca os abandonará, ni en la alegría ni en la tribulación. Hermano Niccola, sed bienvenido por siempre jamás al seno del Círculo Octogonus que os acoge como miembro y como tal os protegerá. Cumplid con vuestras obligaciones y seréis recompensado en esta tierra y en la vida perdurable. Si no lo hacéis, que la maldición de Dios Todopoderoso caiga sobre vuestra cabeza y nuestra Sacrosanta Hermandad os demande lo que en justicia corresponda.

Storzi estaba sobrecogido.

—Vuestro padrino —continuó Leiber— será el hermano Riva y los testigos de vuestra irrevocable decisión los hermanos Lechodowski y Pandiani, aquí presentes.

Después le entregó el pergamino que había en la bandeja y lo invitó a leerlo en voz alta, con la rodilla derecha hincada en el suelo. Niccola hizo lo que se le ordenaba.

—Admite, oh Dios, creador del Cielo y de la Tierra, a este tu siervo Niccola para que en tu Nombre, tres veces santo, ayude con su mente y con su cuerpo a que ni los poderes del mal ni las puertas del Infierno puedan prevalecer sobre nuestra Santa Madre Iglesia, por los siglos de los siglos. Igualmente manifiesto ante vosotros, hermanos, mostrarme dispuesto al dolor por el tormento, en el nombre de Dios. Amén.

—Amén —repitieron los presentes.

—Alzas —le ordenó Leiber—. Ahora, procedamos a la firma de la declaración que nuestro hermano acaba de pronunciar. Vos primero, Niccola.

Los dos cardenales, Riva y el propio Leiber firmaron el documento. Luego los purpurados se retiraron con la misma solemnidad con que habían llegado.

Concluida la ceremonia, apareció el jorobado, encendió la luz y retiró los candelabros.

Niccola Storzi acababa de convertirse en miembro del Círculo Octogonus.

A continuación, en una pequeña habitación habilitada como comedor, Leiber, Riva y Storzi cenaron, a la vez que trataban de relajarse.

—A partir de este momento nuestro trato, en ausencia de otras personas, será todo lo familiar que corresponde a hermanos.

Niccola interrogó a Leiber con la mirada.

—Quiere decir que nos hablaremos de tú —aclaró Leiber.

Riva, que era hombre de pocas palabras, alzó su copa.

—¡Por el hermano Niccola!

El cristal tintineó al chocar.

—Ahora continuarás con tu ritmo normal de vida —le indicó Leiber—, acudirás a tus clases, mantendrás tus estudios y seguirás fiel a tus costumbres; tu canal de comunicación será el que ya conoces: el *rapporto rosso*, que también utilizarás en caso de necesitar asistencia. Es posible que por razón de tu misión debas viajar a Alemania, para lo cual tienes una cobertura perfecta; eres profesor del Teutonicum y has pasado varios años en ese país, tales viajes no tienen por qué extrañar a nadie.

—Mi presencia en Alemania podría resultar complicada —comento Storzi inquieto.

—No acudirías con tu identidad; los nazis estarían esperándote.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Hemos quedado en que nos tutearíamos.

—Disculpa, pero es que...

—No tiene importancia. Te facilitaríamos una identidad falsa para que tu estancia en Alemania no te traiga complicaciones.

Niccola dudó si su incorporación al Instituto Alemán de Teología había sido simplemente un primer paso para introducirlo en el Círculo Octogonus.

En un momento determinado, Leiber le hizo entrega de un sobre de recio papel y abultada forma.

—En ese sobre llevas pergaminos, lacre y cinta de seda roja para elaborar los *rapporti rossi* que consideres necesarios; los depositarás en el lugar que ahí se te indica. Siempre irán firmados con el nombre secreto con que te conocerán los integrantes del Círculo, nadie en la organización, salvo quienes hemos sido testigos de tu ingreso en Octogonus, sabrán de tu verdadera identidad, salvo que hayas de realizar una misión que requiera el concurso de otros hermanos.

—¿Cuál es ese nombre secreto?

—Para Octogonus serás « el Mensajero » .

Estaban en los postres cuando Niccola preguntó por el modo de actuar en caso de urgencia.

—Como te he dicho, a partir de este momento tu conexión con Octogonus serán los *rapporti rossi*, además de la relación con el hermano Luigi.

—Pero si se trata de un caso de extrema urgencia ¿no existe un número de teléfono al que poder acudir?

Leiber y Riva intercambiaron una mirada en torno a la mesa se hizo un silencio tan espeso que resultó desagradable.

—No es habitual dar esta información a un neófito, pero como prueba de confianza voy a facilitarte un número de teléfono, que usarás solamente en caso de absoluta necesidad. Si alguna vez lo marcas, comprobarás que el teléfono ha sido descolgado, pero no escucharás ninguna voz. Habrás de pronunciar, a modo de saludo: « Por la cruz y por la espada » , graba estas palabras en tu memoria y no olvides pronunciarlas. Solamente entonces te preguntarán quién eres, deberás dar el nombre que te identifica como miembro de Octogonus. Quien lo escuche habrá de responderte con nuestro lema: « Dispuestos al dolor por el tormento, en nombre de Dios » , ésa será tu garantía de que la persona con quien hablas es la adecuada.

—¿Cuál es el número? —Niccola hizo ademán de sacar su estilográfica.

—¡Ni se te ocurra! —protestó Leiber visiblemente molesto—. Memorízalo porque no es difícil: ocho mil setecientos sesenta y cinco, y recuerda que debes usarlo solamente en situaciones extremas.

Era pasada la medianoche cuando el Mensajero caminaba por las oscuras y solitarias calles de Roma. El frío intenso hizo que se levantase el cuello de su abrigo y se ajustase la bufanda. Decidió dar un paseo para llegar a su residencia.

Cruzaría el Tíber por el puente de Sant'Angelo, bordearía la pétrea mole que había servido de refugio a numerosos papas en momentos de dificultad, para entrar en la Ciudad del Vaticano por la vía de la Conciliazione.

A pesar de que la comida con Leiber y Riva había supuesto una cierta relajación, la ceremonia de incorporación a Octogonus lo había impresionado. No tanto por la liturgia del rito como por la presencia allí de dos de los hombres más poderosos del Vaticano. Significaba que el poder de la sociedad era enorme. Estaba convencido de que extendería sus tentáculos hasta los lugares más insospechados.

Cruzaba el puente y se detuvo un momento para asomarse al río, cuyas aguas bajaban algo agitadas por causa de la tormenta que había descargado horas antes. La luna, que aparecía y desaparecía entre las nubes que cruzaban el cielo, brillaba sobre las aguas del Tíber, testigo y, en ocasiones, protagonista de la historia de Roma. ¿Cuántos secretos podría contar aquel río que formaba parte de la esencia de una ciudad cargada de historia? Secretos como aquel del que ya formaba parte desde hacía unas horas.

Se sintió perdido en medio de una ciudad que no era lo que a plena luz del día aparentaba. En Roma había demasiadas tinieblas y él ya formaba parte de ellas.

La imagen de Herbert Keller retrepado en el asiento posterior del Mercedes que lo llevaba a Berlín, envuelto en la humareda de su habano, distaba mucho de su verdadero estado de ánimo. Estaba de un humor de perros. Los dos individuos que ocupaban los asientos delanteros aparecieron por Engelberg poco después de las siete de la tarde, cinco horas antes de lo previsto en el peor de los casos. Su presencia había estropeado un negocio en el que esperaba embolsarse no menos de dos mil libras esterlinas, que estaba ya tocando con la punta de los dedos.

El párroco de la localidad alpina era un hombre rudo y algo tozudo. Pero la situación en que se encontraba la cubierta de su iglesia lo obligaba a rendirse ante su proposición. Ya tenía comprador para aquella joya de la que el sacerdote ignoraba su verdadero valor: una primera edición de la famosa Biblia de Plantin, impresa en Amberes, bajo la supervisión de Benito Arias Montano, el humanista a quien Felipe II de España había encomendado la organización de la biblioteca de El Escorial; un aristócrata español estaba dispuesto a pagar bien aquella rareza bibliográfica, dirigida por un compatriota suyo o hacía más de tres siglos y medio.

Era auténtica, la había examinado cuidadosamente hasta en sus más mínimos detalles: el papel, la tinta, los caracteres, la encuadernación. Todo encajaba, incluso la procedencia. Engelberg, la pequeña población de tres mil habitantes, perdida en las fragosidades alpinas —estaba a más de mil metros de altitud— pertenecía al cantón de Obwalden y se emplazaba a la sombra del majestuoso Titlis, en cuya cumbre reinaban las nieves perpetuas. Durante siglos permaneció bajo la influencia de un enorme cenobio benedictino, construido en el siglo X y que había marcado la historia de la zona; el monasterio había ardido en diferentes ocasiones, pero siempre había sido reconstruido. Su influencia decayó a mediados del siglo anterior y la biblioteca que conservaba se dispersó. Una parte de ella fue a parar a la iglesia parroquial.

La primera noticia de la existencia de tan atractivos ejemplares había llegado a conocimiento de Keller, el año anterior cuando se había desplazado hasta aquel recóndito lugar con motivo de la celebración del campeonato del mundo de esquí alpino de 1938. Él no era esquiador, pero satisfizo el capricho de una jovencita, enamorada de los deportes invernales, a la que deseaba llevar a la cama y se resistía a sus proposiciones. Allí, la chica —una esbelta y atractiva rubia—,

agradecida, le permitió a Herbert gozar de sus encantos.

El antiguo benedictino, convertido en playboy, también disfrutó de la joya de la gastronomía local, el queso sbrinz, y de paso conoció al párroco con el que ahora pretendía cerrar un sustancioso negocio para sus siempre necesitados bolsillos.

Los de la Gestapo apenas le habían permitido hacer una llamada para presentarle sus excusas al párroco por marcharse a toda prisa, por causa de « un asunto familiar grave », y rogarle que le aguardase unos días; volvería lo antes posible y se mostraría generoso con su paciencia.

El coche que Hartl le había enviado no había salido de la capital de Reich, que era la base sobre la que había realizado sus cálculos, sino de Munich cuya proximidad a la frontera helvética acortó considerablemente el tiempo de viaje.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Berlín?

El que hacía las veces de acompañante del conductor miró la hora e hizo cálculos.

—Si todo transcurre con normalidad, al amanecer.

—Eso significa que viajaremos toda la noche —protestó Keller.

—En efecto, en Berlín aguardan impacientes su llegada. Por si le sirve de consuelo, sepa que una vez que estemos en territorio del Reich nos detendremos a comer algo.

El exbenedictino hizo una mueca.

—Es la primera noticia agradable que recibo de ustedes.

El conductor lo miró a través del espejo retrovisor con cara de pocos amigos. Comprobó que su pasajero daba un trago al contenido de una licorera de petaca. Éste se quitó el abrigo, se tendió en el asiento y se arropó con él, luego cerró los ojos.

—Si estoy dormido cuando llegue la hora de la cena, tengan la amabilidad de llamarme.

Si Keller pretendía dormir, el conductor se lo puso difícil: a las curvas y a la pendiente de las carreteras de montaña por las que circulaban añadió frenazos y acelerones, que no tenían más objetivo que fastidiarlo.

Cansado, sin afeitar, con la ropa arrugada, somnoliento y de un humor que a lo largo del viaje no había hecho sino empeorar, llegaba Herbert Keller a la sede del Servicio Secreto del partido nazi, el Sicherheitsdienst. Eran las ocho y media de la mañana cuando el coche que lo había traído de Engelberg aparcaba ante el discreto edificio donde los nazis habían montado su centro de espionaje.

El Amt II estaba en la quinta planta, pero no pudieron utilizar el ascensor porque unos operarios reparaban una avería. Mientras subía la escalera no paraba de murmurar entre dientes algo ininteligible.

Los tres hombres se detuvieron ante un despacho cuya puerta vigilaba

Günther, desde una mesa que era como un puesto de observación donde controlaba todo lo que se movía en la planta.

—¿El despacho del obersturmbannführer Hartl? —preguntó uno de los policías cuyo aspecto, embutidos en largos abrigos de cuero negro, era menos desaliñado que el ofrecido por Keller.

—¿Quién pregunta por él?

—Dígale que está aquí la persona que tenía que venir de Engelberg.

A Keller le molestó que ni siquiera lo llamase por su nombre. Le dirigió una mirada aviesa.

—¿Puede repetir el nombre?

—Engelberg, cantón de Obwalden, Confederación Helvética.

—Un momento, por favor. —Günther golpeó con los nudillos la puerta del despacho y, sin aguardar respuesta, entró cerrando tras él. Instantes después el propio obersturmbannführer salía a recibir al viajero. Presentaba un aspecto excelente, vestido con elegancia, pero sin estridencias, afeitado y descansado.

Su imagen contrastaba con la de Keller, quien llevaba el abrigo echado por los hombros y con el player's que acababa de encender colgando de sus labios, lo que añadía un elemento negativo más a su deprimente aspecto. Cualquiera podría confundirle con un vagabundo a no ser por la calidad de sus prendas y por la excelente piel de la maleta que arrastraba consigo.

Los de la Gestapo recibieron al obersturmbannführer con un taconazo y el grito ritual:

—*Heil Hitler!* —El brazo extendido en un movimiento cargado de marcialidad.

—*Heil Hitler!* —La respuesta tenía mucho menos vigor; tal vez, sorprendido por la pobre imagen de su amigo, quien, sin extender el brazo, había levantado la mano con aire desganado y pronunciado un *heil* que fue poco más que un murmullo.

Hartl reaccionó con rapidez, estrechando la mano a los de la Gestapo.

—¡Caballeros! ¡Acaban de prestar un gran servicio al Reich al traer a Berlín en tan poco tiempo a *herr* Keller! ¡Su presencia aquí, en estos momentos, es imprescindible! ¡Informaré debidamente a sus superiores! Ahora, caballeros, si lo desean, Günther les acompañará hasta la cafetería donde podrán reponer fuerzas después de un viaje tan largo. ¡Günther, acompaña a los caballeros; todo corre de mi cuenta!

—¡A la orden mi obersturmbannführer!

—Yo no desayuno —protestó Keller.

Hartl hizo un gesto a los agentes indicándole que no hiciesen caso. Acompañados por Günther se perdieron por las escaleras.

Apenas se había cerrado la puerta del despacho y sin dar tiempo a que Hartl le preguntase por el viaje, el exbenedictino se desahogó a gusto:

—¿Sabes que eres un maldito cabrón? ¡Aunque tú no eres el único culpable!

—¿Cabráon? ¿Culpable? —Hartl no parecía inmutarse por los insultos—. ¿Así llamas a quien te quiere tan bien? ¿A quién va a ofrecerte la posibilidad de que seas un hombre rico durante una larga temporada?

Keller se quitó el cigarrillo de la boca, a medio consumir, lo aplastó en un cenicero de grueso cristal y se desprendió del abrigo, que echó sobre el brazo de un sillón.

—¡Eso está por ver! Por lo pronto lo único que has hecho ha sido estropearme un buen negocio, que, efectivamente, me hubiese permitido vivir de forma adecuada durante una temporada.

—¡Bah! —Hartl le pasó el brazo por encima del hombro—. Una minucia cuando te explique la misión que tengo reservada para ti. Comprobarás que no te he hecho venir en balde de ese perdido rincón de Suiza.

Keller hizo un gesto de duda.

—Ya veremos.

—Lo veras, lo verás. —Se frotó las manos e invitó a su amigo a sentarse.

—Hay algo que me tiene intrigado —comentó Keller.

—¿El qué?

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Tú sabes lo indiscretas que son algunas mujeres —y soltó una sonora carcajada.

—Ya. —El antiguo fraile apretó los labios.

—El motivo por el cual te he hecho venir...

—Un momento, Albert —lo interrumpió—, antes de explicarme nada, podrías pedir un buen desayuno. Yo he hecho el mismo viaje que esos dos a los que acabas de invitar.

A Keller le dolían todos los huesos del cuerpo, le escocían los ojos como si tuviese arena y estaba hambriento.

—Perdona mi falta de hospitalidad. Tienes toda la razón, pero es que lo que he de explicarte...

—Mejor con el estómago lleno.

Hartl lo miró con condescendencia.

—Para haber sido fraile, tienes poca resistencia.

Keller chasqueó la lengua y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Por eso colgué los hábitos.

Mientras daba cuenta de un suculento desayuno, el obersturmbannführer fue explicándole la misión que había de llevar a cabo.

El antiguo fraile no perdía detalle, aunque daba la sensación de prestar más atención a la comida que a las palabras. Hartl le indicaba que todos los indicios apuntaban a que los días de Pío XI estaban contados. Su vida pendía de un hilo y

no se alargaría más allá de dos o tres semanas. Eso significaba que habría de celebrarse un cónclave y, en poco tiempo, los destinos de la Iglesia católica estarían en manos de un nuevo pontífice. A continuación ponderó la enorme influencia moral que el Papa ejercía sobre millones de personas. Por último, señaló lo importante que era para el Reich, para las demás potencias europeas y para los Estados Unidos de Norteamérica el papel que tuviese el nuevo pontífice. Mientras, Keller deglutía la última salchicha y apuraba el zumo de naranja. Después se limpió los dientes con la lengua, produciendo un ruido desagradable, cogió el último cigarrillo de su paquete de player's, que estrujó en su mano y dejó sobre la bandeja de la comida. Lo encendió y expulsó el humo lentamente.

—Todo lo que has dicho está muy bien, pero ¿qué pinto y yo en todo eso?

Era consciente de lo grosero de su actitud, pero estaba deseoso de hacerle pagar alguna factura por haberlo sacado de Suiza de la forma en que lo había hecho. Con Herta ya ajustaría cuentas más tarde.

—Necesitamos que sondees la opinión de los cardenales.

—¿Yo? —Había puesto cara de incredulidad—. ¿Quieres repetir eso?

—Sí, queremos que sondees la opinión de los cardenales de cara al cónclave que se avecina. Sabemos que tienes relaciones, digamos comerciales, con alguno de ellos.

—Efectivamente, son simples relaciones comerciales, son bibliófilos que muestran interés por obras raras, códices iluminados, manuscritos antiguos, incunables... y yo trato de proporcionárselos. Nada más.

El obersturmbannführer tamborileó con los dedos sobre la pulida superficie de su mesa.

—¿Y si les ofrecieses a esos clientes algo tan extraordinario con lo que ni siquiera se atreven a soñar?

Keller abandonó la lasitud a la que se había entregado hasta entonces. Sus músculos se pusieron en tensión y las neuronas de su cerebro se alertaron.

—¿A qué te refieres?

Un destello de malicia brilló en los ojos de Hartl.

—Ofrecerles la posibilidad de hacerse con algo tentador.

—¿Qué entiendes tú por algo tentador?

—¿Qué tal una Biblia de las Cuarenta y dos Líneas? ¿Tal vez, una primera edición, la de 1581, de la *Jerusalén libertada*, de Torcuato Tasso? ¿Por qué no un beato mozárobe profusamente ilustrado con escenas del Apocalipsis procedente de España?

El antiguo benedictino no pestañeaba, ni se dio cuenta de que la ceniza de su cigarrillo había caído sobre su regazo.

—¿Bromeas?

—Hablo en serio. También podríamos añadir una primera edición de las obras completas de Erasmo de Rotterdam, la publicada por Froben con el título

de *Opera omnia Desiderii Erasmi* y así hasta una treintena de títulos.

Levantó la carpeta de piel que había sobre su mesa, sacó un folio pulcramente mecanografiado y se lo extendió a Keller, quien, conforme avanzaba en su lectura, aumentaba el esfuerzo para que sus manos no se agitasen temblorosas.

—Esto... esto es increíble.

Levantó la mirada y la fijó en los ojos del obersturmbannführer.

—¿Cómo habéis logrado haceros con esto?

Hartl se encogió de hombros.

—Te supongo enterado de que los judíos del Reich están pasando por dificultades.

—Claro que lo sé; pero ¿qué quieres decir?

—Desde hace unos meses ha corrido el rumor entre las familias más acaudaladas de que la mejor forma de obtener un visado para sus pasaportes es...

—Es entregar los mejores ejemplares de sus bibliotecas —completó Keller.

—Bueno, no se trata solamente de las piezas más valiosas que atesoran sus bibliotecas, también es posible lograr los visados con pinturas, bronce, tapices, alfombras, joyas, muebles, marfiles y otras cosillas.

—¿Por ese procedimiento se está permitiendo a algunas familias judías abandonar el país?

—Solo en casos muy concretos.

El antiguo benedictino asintió con varios movimientos de cabeza.

—¿Quién ha hecho la selección que contiene este papel?

—Yo.

—¿Tú? Ignoraba que tuvieses experiencia en este terreno —ironizó.

—Digamos que me he documentado para la ocasión —puso un acento de falsa modestia.

—Cuando ayer hablamos por teléfono mencionaste tres millones de marcos en lingotes de oro. ¿Qué tiene que ver eso con estos libros?

—Lo que te estoy presentando es el cebo, la parte importante viene a continuación y ahí es donde entran en juego los lingotes de oro.

—No comprendo...

—Muy fácil, mi querido amigo. —Hartl se puso de pie y empezó a pasear por el despacho, hablaba como si se dirigiese a un gran auditorio—. Los libros son el señuelo con que engatusar a tus amigos de la Curia. Les ofreces algunas de esas obras, muy difíciles de conseguir, luego les indicas el precio que, evidentemente, estará a la altura de tan raros y extraordinarios ejemplares, señalando que sus dueños, dado lo agitado de los tiempos, no quieren papel moneda que puede convertirse en humo, sino que exigen su pago en oro. Por último, tú mismo, puedes ofrecerles sumas fabulosas en el caso de que se

muestren dispuestos a votar en el cónclave que se avecina en una determinada dirección. Algo tan sencillo como poner en la papeleta el nombre adecuado a nuestros intereses y como el voto es secreto... Para esa operación tenemos tres millones de marcos en lingotes de oro del Reichbank.

Keller se pasó varias veces la mano por su mandíbula, lo que le recordó que estaba sin afeitar. Movi6 la cabeza en un gesto de duda. Estaba impresionado, jamás en su vida de traficante de obras de arte, al fin y al cabo eso eran los c6dices miniados, los incunables o los viejos manuscritos, habia soñado con algo así. Las ganancias que habia en aquel negocio podian ser tan extraordinarias que no tendria que volver a viajar hasta lugares apartados y tratar con rústicos párrocos, suspicaces abades o aristócratas arruinados ansiosos de dinero. Podria retirarse para el resto de sus días y darse a la gran vida, ésa que tanto le agradaba. Pero lo que Hartl le estaba planteando era mucho más complicado que una transacción de envergadura, se trataba una operación política de altos vuelos y, por añadidura, muy peligrosa.

¡Aquella gente intentaba sobornar a algunos cardenales para conseguir en el cónclave una votación acorde con sus intereses particulares!

¡Pretendían comprar la elección del papa!

—Eso es muy complicado. ¡No te imaginas lo que es moverse por los complejos vericuetos vaticanos!

—¿Otro café? —le ofreció Hartl.

—Sí, por favor.

Mientras lo servía, el obersturmbannführer comentó:

—Supongo que ahora encontrarás razonables las prisas y que te hayamos sacado de... de... —no recordaba el nombre del lugar.

—... de Engelberg.

—... de Engelberg —repitió Hartl—, de la manera en que lo hemos hecho.

Aunque no replicó, Keller asumió por primera vez en su fuero interno que Albert llevaba razón, aunque las formas no habían sido las más adecuadas y, desde luego, era imperdonable que Herta se hubiese ido de la lengua.

—Esos tipos que has enviado a Suiza son dos gorilas.

—Simplemente cumplían con su deber. Pero ¡vamos Herbert, eso es agua pasada, una tontería comparado con lo que tenemos por delante! ¿Qué me contestas?

Keller trató de ganar tiempo sopesando los pros y los contras, su cabeza se movía entre el temor y la codicia.

—Necesito tiempo, tengo que pensarlo.

Hartl lo miró fijamente.

—Lo siento, pero tiempo es lo que no puedo darte. Ya te he dicho que la vida del Papa pende de un hilo y el cónclave va a echársenos encima. Si te hemos traído con tantas prisas es porque no podemos perder un solo día. Cuando salgas

de esta habitación, será con una decisión tomada.

La forma en que pronunció las últimas palabras, hizo que Keller sintiese un escalofrío. Le estaba diciendo que si no aceptaba su propuesta habría cometido el mayor error de su vida. En aquel instante el antiguo beneditino supo que no tenía opción. El individuo que estaba sentado frente a él no iba a aceptar una negativa y mucho menos después de lo que ya le había contado. Recordó cómo había traicionado al padre Rossberger y lo que se contaba sobre el morbo con que asistió a sus sesiones de tortura. Probablemente los dos gorilas que lo habían llevado hasta allí aguardaban al otro lado de la puerta con instrucciones precisas. Su instinto de supervivencia, que lo había salvado de situaciones muy comprometidas a lo largo de su azarosa existencia, le estaba advirtiendo.

Optó por obtener todas las ventajas a su situación.

—¿Cuánto será mi parte?

El responsable del espionaje nazi en materia religiosa no se molestó en disimular una amplia sonrisa.

—Supongo que he de tomar esa pregunta como un sí a mi propuesta.

—Puedes considerarlo así.

Eso está mejor, mucho mejor.

Hartl se daba suaves golpecitos en la palma de su mano con un abrecartas de plata en cuya empuñadura había grabada una calavera y las runas de las SS. Meditaba la respuesta más adecuada.

—Todo lo que puedas sacar de la operación. Tus ganancias dependerán de tu habilidad a la hora de negociar con sus eminencias.

—¿Podrías ser un poco más explícito?

—Ofrecerás los libros y serás tú quien le ponga precio. Conoces el mercado lo suficiente como para aquilatar su valor. No deberás excederte en ningún sentido. En todo caso, sabes mejor que nadie que se trata de obras por las que se pagarían sumas muy importantes.

—Efectivamente —asintió Keller.

—La valoración que hagas te dará el montante que habrás de ofrecer a los cardenales. A cambio de esas sumas les pedirás un pequeño esfuerzo, simplemente un voto, que es secreto.

—¿Eso significa que puedo ofrecer la suma de tres millones de marcos para que sus eminencias se hagan con las piezas de esta lista?

—No, estamos hablando de la mitad y de ella habrá que deducir un porcentaje para hacer frente a diversos gastos.

A Keller no le gustó la reducción, pero guardó silencio. Millón y medio de marcos en lingotes de oro era algo que no alcanzaba a imaginar.

—¿De qué porcentaje estamos hablando?

Aunque Hartl lo tenía todo meticulosamente estudiado, simuló hacer cálculos.

—Digamos que entre un quince y un veinte por ciento.

—La cifra ofrecida disminuye de forma considerable. Solamente quedaría un millón doscientos mil marcos.

—¿Solamente? —ironizó el obersturmbannführer—. ¡Herbert, estamos hablando de una auténtica fortuna!

Keller se dio cuenta, demasiado tarde, de que había dicho una tontería. Los nervios y la tensión del momento, sumados al cansancio de una noche sin dormir le estaban pasando factura. Se defendió con un argumento vulgar.

—No pierdas de vista que me enfrento a dificultades extraordinarias.

—No olvides que no estarás solo.

¿Era una advertencia? ¿Una forma de decirle que estarían vigilándole de forma permanente? ¿Estaba indicándole que en la operación intervendrían otras personas? Ninguna de las dos opciones era de su agrado. No estaba acostumbrado a trabajar en equipo, él era un lobo solitario. No tenía que dar cuentas a nadie ni depender de otros; esas circunstancias, entre otras, lo habían llevado a abandonar los hábitos.

A pesar de que el cansancio hacía mella en él, era consciente de que cuando saliese de aquel despacho sería para ponerse en movimiento.

—Es lógico suponer que antes de tomar cualquier iniciativa, me darás todos los detalles.

—Por supuesto. Tenemos algunos hombres en Roma que te serán de gran ayuda. Uno de ellos tiene buenas relaciones en la Curia y será un importante punto de apoyo para tus gestiones con los cardenales. Sin embargo, es imprescindible proteger su identidad. Bajo ningún concepto aparecerá relacionado con esta operación. ¿Te he dicho que la hemos bautizado Eitles Gold?

—Oro Puro. —Aquellas dos palabras rezumaban codicia en su boca.

Keller asintió con un leve movimiento de cabeza. Hartl disfrutaba con el momento. El exbenedictino preguntó:

—¿Cuántos votos habrá que conseguir?

—Los que nos permitan una elección favorable.

—Eso no responde a mi pregunta, quiero un número concreto.

—Para elegir al papa hacen falta cuarenta y dos votos...

—¿No pretenderás comprar cuarenta y dos votos? ¡Esa cifra es inalcanzable! —gritó Keller, poniéndose de pie con gesto contrariado.

—Te alteras con demasiada facilidad. Supongo que es producto del cansancio.

—¡No se pueden comprar cuarenta y dos votos! ¡Un cónclave no es un mercado! —Apuró la taza de café que sostenía en la mano.

—Ni es necesario. Tus esfuerzos habrán de concentrarse en una cuarta parte de esa cifra, diez, tal vez doce votos.

—Sigue siendo un número excesivo, ni siquiera conozco a tantos cardenales. He trabajado con cinco o seis e ignoro cómo reaccionarán ante una propuesta como la que estamos barajando. ¡Lo que me pides es un imposible!

—Sé que no es tarea fácil, sobre todo porque no disponemos del tiempo que sería deseable, pero no debes olvidar que cuentas con un instrumento extraordinario. Los cardenales, al fin y al cabo, son hombres de carne y hueso, con sus debilidades y sus puntos débiles.

No sabes hasta qué punto, pensó Keller.

—He visto voluntades —prosiguió el obersturmbannführer— muy tercas ablandarse ante el oro. Piensa que podríamos encontrarnos con un cesto de cerezas.

—¿Un cesto de cerezas?

—Sí, unas se enganchan a las otras. Se dice que hay pocos sitios en el mundo donde los rumores circulen con mayor profusión y celeridad que en el Vaticano. Lo que ofrecemos es una verdadera tentación, hasta podríamos llevarnos alguna sorpresa.

El antiguo monje negó con la cabeza, pero lo hizo con poca convicción. Hartl había conseguido amansarlo. Ahora Keller sabía, exactamente, a lo que tenía que enfrentarse.

Encontrarse con un *rapporto rosso* en el suelo de su propio apartamento, al regresar de sus clases del Teutonicum, puso en guardia a Niccola Storzi. Apenas habían transcurrido unos días desde que se había convertido en miembro del Círculo Octogonus.

Cogió el aplastado pergamino —lo habían introducido por debajo de la puerta — atado con su delgada cinta roja, se sentó ante su pequeño escritorio y leyó con avidez su contenido.

Además del lema, apenas había dos líneas.

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN EL NOMBRE DE DIOS

En la librería de Tardoni, en la vía de la Conciliazione hay un sobre para El Mensajero. Acuda a recogerlo esta tarde, antes de las seis.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

Conocía la librería y también al librero. Un viejo gruñón, que protestaba por casi todo, pero que poseía la mejor librería de Roma en materia de Sagradas Escrituras, con el añadido, nada desdeñable, de tener una amplia sección de obras de segunda mano, la mayor parte de ellas descatalogadas y en muchos

casos difíciles de conseguir.

Había conversado con él en varias ocasiones y, pese a lo difícil de su carácter, le había solucionado sus necesidades bibliográficas con una profesionalidad envidiable. ¿Sería miembro de Octogonus?

Aguardó a que llegase la tarde con nerviosismo creciente. Los minutos anteriores a la hora señalada los dedicó a pasear por la acera de la librería, confundido entre los peregrinos que por allí pululaban, husmeando las tiendas de recuerdos y objetos piadosos.

Cuando entró, lo recibió una bofetada de aire caliente con aromas de papel. Tardoni estaba encorvado sobre el mostrador y ajustaba cuentas. Miró a Niccola por encima de unas lentes que parecían cortadas por la mitad.

—Buenas tardes —saludó sin que el librero se molestase en contestar.

Se acercó hasta el mostrador sigilosamente, como si temiese molestar.

—¿Qué desea? —El viejo gruñón se había incorporado, a Niccola le dio la sensación de que le había costado trabajo enderezar su columna.

—Verá, creo que tiene un sobre para mí.

—¿Un sobre para usted? ¿A qué nombre?

No sabía muy bien cómo explicárselo, porque el *rapporto rosso* era muy escueto y no se atrevía a decirle su nombre en Octogonus. ¿Quién podía ser aquel cascarrabias? El *rapporto rosso* nada decía al respecto.

El librero dejó que transcurriesen unos segundos, mirándole a la cara y disfrutando con la incomodidad que la duda producía en el jesuita. Trascurridos unos segundos debió de apiadarse de sus dificultades porque, con una sonrisa burlona apuntada en sus labios, le comentó:

—Aguarde un momento.

Storzi resopló, descargando tensión.

La soledad de la librería lo reconfortó. Miró hacia la calle a través del cristal del escaparate y contempló a la gente caminando por la acera. La vida continuaba su curso. Era él quien llevaba algunos días viviendo en la anormalidad.

El viejo librero se había perdido tras una cortina de pesado terciopelo en cuyo centro, bordado con hilos de oro, aparecía un complicado dibujo con numerosos arabescos de formas retorcidas. Niccola creyó descubrir un anagrama.

No es posible. Se trata de mi imaginación. Había descubierto que entre aquellos barrocos ropajes se escondían una «C» y una «O». ¡Las iniciales del Círculo Octogonus!

La aparición del librero cortó sus pensamientos. El viejo, que traía un sobre, lo miró por encima de sus lentes y se cercioró de que no podía escucharle nadie más.

—¿Cuál es su nombre?

—Soy el padre Storzi, Niccola Storzi.

Instintivamente, apretó con fuerza el sobre que sostenía en sus manos, como si lo que acababa de escuchar no hubiese sido de su agrado.

—¡Deje de decir tonterías! ¿Quién es usted?

El jesuita miró al librero a los ojos. Lo que vio en ellos le infundió confianza.

—¿Le suena el Mensajero?

En aquel momento entraron dos clientes.

—¡Tome! —Su tono era imperativo—. ¡Tome y márchese rápidamente!

Mientras regresaba a su apartamento no dejó de pensar en el contenido del sobre que acababa de entregarle Tardoni. Era de recia textura y muy delgado.

Lejos de miradas indiscretas, en el seguro refugio de su apartamento, lo abrió y sacó de su interior otros dos sobres más pequeños. Uno de ellos contenía mil marcos alemanes, un billete para Berlín en un tren que salía de Roma al día siguiente a las catorce horas y catorce minutos y un folio con instrucciones, donde se indicaba que debería tomar aquel tren a la capital alemana, cuya llegada estaba prevista a las diecisiete horas y veinte minutos del día siguiente. Tenía reservado alojamiento en una pensión situada en una callejuela a la espalda de la Invalidenstrasse, a nombre de Rolando Brancuso, que era el nombre que figuraba en el pasaporte que le adjuntaban, representante de tejidos, residente en Roma, en la piazza de Santa Maria in Trastevere.

La explicación que se daría en Roma acerca de su viaje sería la asistencia a un curso sobre arqueología bíblica de la época de los patriarcas, que se impartiría en la Universidad de Berlín. La cobertura era perfecta dada su especialización en Sagradas Escrituras. Aunque por supuesto no asistiría, serviría para dar una explicación a su ausencia del colegio durante varios días; en el sobre también había un programa del curso por si alguien hacía alguna pregunta indiscreta. Por último, le indicaban la dirección de una cafetería, la Grossdeutschland, situada en el número 44 de la Giesbrechtstrasse, a la que debía acudir a las diecinueve horas del mismo día de su llegada a Berlín. Allí le pediría al camarero que atendía la barra el ejemplar del *Tagesblatt* del día. Como respuesta, en lugar de entregarle el periódico, le indicaría una persona a la que había de presentarse como El Mensajero, ella le facilitaría la información que debería traer a Roma.

El otro sobre tenía escrito con letras mayúsculas que habían sido remarcadas para que resaltasen:

NO ABRIR. ENTREGAR A SU CONTACTO
EN LA GROSSDEUTSCHLAND,
DESPUÉS DE RECIBIR LA INFORMACIÓN.

Estaba desconcertado porque, a pesar de que las instrucciones eran precisas, ignoraba la causa de aquel inesperado viaje que se le antojaba peligroso. Para Niccola Storzi viajar a Alemania, aunque lo hiciese bajo nombre supuesto, era un grave riesgo.

Tuvieron que sacarlo a toda prisa de Berlín porque su vida corría un serio peligro, había soportado un intento de agresión y, con posterioridad, recibido amenazas por su desafiante actitud ante las tropelías que los nazis cometían cada vez con mayor descaro.

Se levantó y comenzó a pasear de un lado para otro. Por un momento pensó en llamar al número que Leiber le había facilitado para situaciones de urgencia, pero acabó descartando esa posibilidad. No podía poner en marcha un mecanismo que solo debía utilizar en caso de emergencia. Aunque tenía los nervios alterados, no se encontraba en esa situación.

Trató de serenarse y analizar los hechos con la mayor frialdad posible.

Le había llegado un *rapporto rosso*, lo cual entraba dentro de los esquemas de funcionamiento de Octogonus. Había acudido al sitio que le señalaban y recibido un sobre que contenía instrucciones de viajar a Berlín, incluida una cobertura para explicar su ausencia de Roma. En realidad, eso era todo, no había nada más. Tenía previsto el transporte y el alojamiento, así como una identidad falsa para protegerlo. Conocía la ciudad adonde lo enviaban porque había residido en ella durante varios años y hablaba el idioma con fluidez. Lo único que tenía que hacer era establecer un contacto, recibir una información y regresar a Roma, aunque esto último no estaba indicado de manera explícita. Llegó a la conclusión de que el mayor problema estaba en la vestimenta de seglar que había de utilizar para adoptar la personalidad del tal Brancusso. Pensó que le serviría el único traje que tenía, el mismo que había utilizado para escapar de las iras de los nazis.

Recordó que sus problemas con ellos comenzaron cuando se leyó en las parroquias alemanas la encíclica del Santo Padre *Mit brennender Sorge*, el domingo de Ramos de 1937. Él lo había hecho en la misa dominical de la iglesia del convento de los benedictinos y añadió comentarios de su propia cosecha. Tuvieron que sacarlo del templo por la sacristía y pocas semanas después trasladarlo a Roma.

Herbert Keller llegó al apartamento que compartía con Herta Linz. Cuando ella abrió la puerta, sin mediar palabra, recibió una bofetada que le hizo trastabillar hacia atrás, hasta chocar con la pared golpeándose en la cabeza. Allí quedó paralizada, con un hilillo de sangre brotando de la comisura de su boca y, en sus ojos, la mirada de un animal asustado que recibe un castigo inesperado.

Keller soltó la maleta, se acercó hasta la joven, vestida con una elegante bata de seda roja, que se había abierto por el escote y dejaba ver una generosa parte

de sus voluminosos pechos. Con una mano la agarró con fuerza por el cuello, apretando su cabeza contra la pared, y con la otra la abofeteó de nuevo. Las marcas de sus dedos aparecieron en su blanco rostro, en forma de líneas rojizas.

Con dificultad, Herta dejó escapar un gemido sordo. Su labio inferior manaba sangre en abundancia.

—¡Eres una zorra mal nacida! ¿Quién te has creído que eres para decirle a nadie dónde estoy? ¿Quién? ¡Dímelo! —A la vez que preguntaba le apretaba con fuerza en la garganta.

Apartó la mano del cuello y le propinó un puñetazo en el estómago que la hizo doblarse hacia delante, de su boca salió un grito de dolor y luego un insulto:

—¡Eres un hijo de puta!

Herta Linz, una atractiva joven de veintiocho años, que trabajaba por las tardes como secretaria en una empresa de mobiliario para oficinas y que se había convertido hacia pocos meses en la amante de turno de Keller, cometió un grave error porque la madre de éste, fallecida poco antes de que él ingresase en la orden de San Benito —fue la crisis sufrida por ello lo que le llevó a tomar tal decisión—, era lo único sagrado que aquel materialista descreído conservaba. Keller no tenía más principios que el disfrute de los goces materiales que la vida podía ofrecerle y había convertido el hedonismo en el principio filosófico que la regía. Eso y el recuerdo de su madre.

Se volvió hacia la mujer que instintivamente se había llevado las manos a la boca, como si con el gesto tratara de borrar de sus labios las palabras que acababa de pronunciar. Ella conocía la devoción, en buena medida morbosa, que sentía por su madre. Solo la humillación y el maltrato recibidos la habían llevado a atacarle por donde más podía dolerle.

Un destello de ira brillaba en los ojos del antiguo fraile, cuando intentó agarrarla nuevamente por el cuello.

Con una finta Herta lo sorprendió y, zafándose, echó a correr por el pasillo, buscando el refugio que suponía el cuarto de baño. Pero con la velocidad, el vuelo de su bata la perdió. Con un fuerte tirón hizo que perdiese el equilibrio y cayese de bruces. Keller se abalanzó sobre ella y la volvió bruscamente, la bata se abrió y dejó ver la blanca desnudez de la mujer, que solo llevaba puestas unas bragas negras de encaje.

Se montó a horcajadas sobre ella, tiró de sus brazos hacia arriba, juntando las muñecas por encima de su cabeza. Mientras la sujetaba con una mano con la otra deshizo la lazada del cinturón, que utilizó para atarla. Ella retorció su cuerpo en un intento desesperado e inútil por soltarse, pero él apretó las rodillas contra sus caderas y logró inmovilizarla.

—¡La puta eres tú!

Las palabras salieron de su boca como escupitajos.

Tiró de ella, arrastrándola por el pasillo hasta el dormitorio. Allí, la humilló,

haciéndole que lamiese sus zapatos, mientras él se divertía golpeándola con un largo calzador que utilizaba a modo de fusta e insultándola con los calificativos más degradantes. Cuando consideró que se había divertido bastante, la desató y le ordenó que recogiese sus pertenencias. Tenía diez minutos para abandonar el apartamento.

Mientras Herta Linz, avergonzada en lo más íntimo de su ser, recogía sus pertenencias, sorbiendo las lágrimas para no darle a aquel energúmeno la satisfacción de verla llorar, Keller, sentado en una descalzadora, trataba de relajarse fumando un cigarrillo.

Se vistió rápidamente con lo primero que encontró y echó sus pertenencias a puñados en una maleta. Estaba viviendo los peores momentos de su vida.

Caminaba hacia la puerta del apartamento, arrastrando la maleta, que tenía un peso excesivo para el agotamiento que la invadía, cuando Keller, que la seguía por el pasillo, le gritó:

—¡Eh! ¡Aguarda un momento!

Sacó un billete de veinte marcos, lo arrugó y se lo arrojó a la cara.

—¡Todas las putas cobran por sus servicios!

Ella, que ya había abierto la puerta, lo miró y, haciendo acopio de dignidad, le gritó sin alterarse:

—¡Fraile del demonio! ¡Maldito sea el momento en que te conocí!

Keller se asomó al hueco de la escalera por la que ya bajaba y volvió a llamarla puta, cerrando después con un portazo. Miró el reloj y comprobó que no disponía de mucho tiempo, apenas tres horas para ducharse, afeitarse, preparar un equipaje para una ausencia de varias semanas y trasladarse a la estación, donde tendría que verse una hora antes de la partida del tren con el obersturmbannführer.

El tren que le llevaría a Roma saldría de la Schlesischer Bahnhof a las dieciséis treinta y llegaría a su destino sobre las doce del mediodía. Hartl le había dicho que era un tren especial, que no efectuaría ninguna parada por lo que tardaría entre seis y siete horas menos de lo que se empleaba en un viaje normal. Se trataba de un pequeño convoy, fuertemente escoltado por miembros de las Waffen-SS porque en una caja acorazada iban tres millones de marcos en lingotes de oro, grabados con el águila del Reich.

Pagó el precio de la carrera y se apeó; mientras se ponía el abrigo y calaba su sombrero, el taxista se afanaba en sacar su equipaje del maletero. Llegaba con algunos minutos de adelanto.

Keller no se percató de que un mozo, que se había acercado para hacerse cargo de las maletas, fue apartado bruscamente por dos individuos que se aproximaron con aire marcial, nada más verlo llegar.

—¿Herr Keller? —preguntó uno de ellos.

—¿Sí?

—El obersturmbannführer Hartl nos ha dado instrucciones de que lo acompañemos hasta su presencia. Hace unos minutos que aguarda —lo apremiaron los policías.

Miró su reloj con ostentación.

—En efecto, hemos quedado... exactamente dentro de quince minutos.

A los de la Gestapo no les gustó su insolencia, pero no dijeron nada. Se hicieron cargo de su equipaje y lo invitaron a que les acompañase al interior de la estación.

Había mucho ruido y todo estaba abarrotado. El grandioso vestíbulo de la Schlesischer Bahnhof —una gigantesca estructura abovedada de hierro y ladrillo—, presidido por un enorme reloj y flanqueado por dos grandes banderas con la esvástica que colgaban del techo hasta unos tres metros del suelo, señalaban de forma inequívoca el omnipresente poder del nuevo Estado. Era un hormiguero de gentes que caminaban en todas direcciones. El mismo trajín podía verse en las salas de espera, donde se amontonaban voluminosos equipajes y algunos chiquillos se las ingeniaban para corretear por un lugar donde apenas había espacio para caminar. Bajaron hasta la zona de andenes donde la presencia policial era perceptible por todas partes. En un rincón, estrechamente vigilados por miembros de las Waffen-SS, podía verse a un grupo de unas veinte personas, todas ellas llevaban cosidas a sus ropas, en lugares bien visibles, unas grandes estrellas amarillas; en sus entristecidos semblantes podía percibirse la incertidumbre.

Entraron en una dependencia sobre cuya puerta un cartel indicaba que estaba prohibido el paso. Evidentemente la prohibición no rezaba para ellos. Uno de los policías golpeó con los nudillos y un individuo orondo, cuya indumentaria denotaba su pertenencia a algún departamento de los ferrocarriles, les abrió. Al fondo, al otro lado de una mampara, sentado junto a una estufa, estaba Albert Hartl.

—Informe al obersturmbannführer que *herr* Keller ha llegado.

No fue necesario porque el responsable del Amt II se dirigía ya hacia ellos.

—Aguarden un momento fuera. —Y al comprobar el volumen de las maletas, añadió—: Estén pendientes del equipaje.

—*Heil Hitler!* —saludaron los policías con el brazo extendido.

—*Heil Hitler!*

Después de cerrar la puerta, invitó a Keller a que abriese uno de los tres paquetes que había sobre una mesa. Cogió el más pequeño, el papel era recio y estaba atado con una delgada cinta de seda negra, lo abrió y al contemplar su contenido, contuvo la respiración. Acarició la cubierta de un pequeño volumen, en cuarto menor, la piel de su encuadernación estaba teñida de rojo y decorada

con una tupida, minuciosa y delicada trama vegetal. Lo abrió casi con veneración, las guardas eran de aguas sobre seda. Cuando vio el título, justo debajo de un escudo de armas, primorosamente dibujado por un miniaturista excepcional y policromado con esmero, Keller no pudo evitar un silbido que al obersturmbannführer le recordó el que había escuchado por teléfono cuando lo localizó en los Alpes suizos.

—¡El libro de horas de María de Flandes! ¡Esto vale una fortuna, Albert!

—Vale un voto.

Con el cuidado de quien sabe lo que tiene entre las manos, Keller pasó algunas páginas. Eran finas vitelas, tan bien conservadas que daba la sensación de que los más de quinientos años transcurridos, desde que la mano del anónimo artista llevase a cabo aquel primor, no habían pasado por ellas. Pensó con ironía que María, la condesa de Flandes, debió de rezar muy poco a lo largo de su vida. Las letras capitales eran impecables, la tinta brillaba como si la hubiesen utilizado el día anterior. Las miniaturas que orlaban muchas de las páginas ofrecían colores limpios e intensos. Hojeó el volumen y comprobó que tenía al menos medio centenar de ilustraciones a página completa. El oro de los fondos se había mantenido sin desperfectos, el maestro iluminador que había decorado aquellas páginas era un verdadero artista; más aún, era un genio. Las imágenes estaban llenas de fuerza porque las figuras se movían con naturalidad componiendo escenas. El autor había elevado la línea del horizonte, al gusto de los pintores flamencos de los siglos XIV y XV, para que los fondos de paisaje fuesen mucho más ricos; se había valido de los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento para ofrecer realidades de la vida cotidiana de alguna de las populosas ciudades de Flandes o de Borgoña en la Baja Edad Media, donde una poderosa burguesía daba tono a la vida urbana. ¡Aquello era una auténtica joya!

—¿Por qué no miras los otros ejemplares? —Lo invitó Hartl.

El segundo paquete era mucho mayor. Estaba envuelto con el mismo papel y atado también con cinta de seda negra. A diferencia del pequeño libro de horas, se trataba de un infolio de unos cuarenta centímetros por veinticinco. Estaba encuadernado de forma mucho más tosca, en piel de becerro sin teñir y carecía de decoración. Todo en él respiraba antigüedad y era más sobrio que el ejemplar que acababa de ver. Ni siquiera el título estaba estampado en el lomo.

La piel crujió al abrirlo, como si protestara porque violasen la intimidad de su contenido. Cuando el exbenedictino vio una de las páginas miniadas que representaba una escena del Apocalipsis, calibró inmediatamente el valor de lo que tenía en sus manos. ¡Aquello era un códice de la Alta Edad Media! Probablemente del siglo IX o tal vez del VIII.

—¡No me lo puedo creer! —Los ojos del traficante brillaban de forma especial.

—Como verás no te había exagerado —comentó Hartl con vanidad—. Vas

bien pertrechado.

—¿Sabes cómo se denominan estos manuscritos? —preguntó, como si no hubiese escuchado las últimas palabras.

Hartl afirmó con la cabeza, pero Keller, ensimismado con lo que tenía en las manos, ni siquiera la prestó atención.

—Se llaman beatos.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó el obersturmbannführer con una ironía que Keller no estaba en condiciones de captar, embebido en la contemplación del beato.

—Porque el más famoso de estos códices fue ilustrado por un iluminador que firmaba con el nombre Beatus. Debíó de ser un monje vinculado a un convento del norte de España, Santo Toribio de Liébana. Es un tipo de literatura que tomó como referencia el Apocalipsis de san Juan y que surgió casi exclusivamente en España. Estuvo asociada a los mozárabes.

El obersturmbannführer dejó la ironía, impresionado con los conocimientos de Herbert. Tal vez su tiempo de monje no fue tiempo perdido y, posiblemente, sus actividades mercantiles le habían llevado a documentarse a fondo sobre todo lo relacionado con códices, impresos y manuscritos. Lo tenía considerado como un vividor, que abandonó la austeridad del monasterio para estrujar los placeres que la vida podía ofrecerle. En todo caso, Keller era un vividor ilustrado.

—¿Quiénes eran los mozárabes?

Keller, quien no apartaba la vista de las páginas del volumen, que hojeaba con cuidadoso deleite, respondió de forma casi mecánica.

—Cuando se produjo la invasión musulmana de la península Ibérica, muchos de sus antiguos habitantes permanecieron en las tierras que cayeron en poder de los conquistadores, pero se mantuvieron fieles al cristianismo. Al parecer, los seguidores de Mahoma no tenían gran interés en que sus nuevos súbditos se convirtiesen, porque de esa forma les imponían mayores cargas fiscales. A esas gentes que permanecieron bajo dominio musulmán, pero conservando su religión, se les llamó mozárabes.

—Muy curioso.

—¡Tengo un cliente para esto! —exclamó Keller, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, sin acabar de dar crédito a lo que tenía entre las manos.

—¿Un cliente, dices?

—Un cardenal español. Vendería su alma al diablo por poseer una obra como ésta.

—Eso significa que la suerte es nuestra aliada —apuntó Hartl.

—Puedes darlo por seguro. Aunque... —titubeó un momento—, aunque el precio que vamos a pedirle...

—No disponemos de mucho tiempo, ¿por qué no miras el tercero?

Keller abrió el paquete con manos temblorosas, ante sus ojos apareció un

volumen de mediano tamaño y gruesas hojas de pergamino.

—¡Por todos los demonios! ¡Esto... esto es un códice bizantino! ¡Mira, mira! —señalaba una página ilustrada en tonos sepia—. ¡Es de la escuela siríaca!

—Es el llamado *Codex Sinaiticus* —indicó Hartl.

—¡Increíble!

—Pues lo tienes en tus manos.

El obersturmbannführer miró el reloj.

—Bien, escúchame con atención. —Hartl tenía que sacarlo de la ensoñación que la contemplación de los libros le había producido—. Como pudiste comprobar esta mañana, tenemos algunas obras de características similares, aunque soy consciente de que se trata de ejemplares únicos y resulta arriesgado hablar de similitudes. Quiero referirme a que su valor también es excepcional.

—Una cosa es ver su referencia escrita en un papel y otra muy diferente tenerla entre las manos —comentó un Keller vivamente emocionado.

El responsable del Amt II sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó.

—Contiene la relación de obras de ya viste esta mañana, son las que podrás ofrecer, constituyen tus cartas de presentación, como si fueses un embajador. Para dar mayor crédito a tus gestiones puedes llevarte esos tres volúmenes.

—¿Me los confías así como así?

—No exactamente.

Hartl sacó otro sobre de un portafolios y extrajo de él un pliego con unas líneas mecanografiadas, tomó su estilográfica y la depositó sobre la mesa.

—Has de firmarme ese recibo.

Keller estampó su firma en el papel, sin apenas leerlo.

—Confías demasiado en un papel.

—Yo no lo necesitaría, pero las cosas deben hacerse con un orden y un método. A mí me basta con tenerte bajo control. —El obersturmbannführer guardó su estilográfica y sopló sobre la firma para que la tinta se secase más rápidamente.

—¿Bajo control dices?

—Así es.

—Roma es una ciudad muy grande.

—No más que Berlín.

—¿Por qué lo dices?

Hartl esbozó una sonrisa maliciosa.

—¡Bah! No tiene importancia.

—¡No, no! Eso lo has dicho por algo.

—Está bien. ¿Por qué has expulsado de tu apartamento a Herta Linz, después de golpearla y humillarla esta mañana?

El color desapareció del rostro de Keller.

Hartl envolvió los libros cuidadosamente y los introdujo en una cartera.

—No debes preocuparte por tu seguridad, el tren donde viajas a Roma es un fortín. Cuando llegues a la estación de Roma, Taras Borodajkewycz te estará aguardando.

—¿Quién es Taras? —preguntó Keller tratando de recuperarse del impacto recibido.

La persona que te dará apoyo en Roma. Siempre que hablemos te referirás a él como «el contacto». No se te ocurra pronunciar su nombre, ¿entendido?

—No hay problema.

—Insisto, no pronuncies su nombre bajo ningún pretexto.

Keller asintió y Hartl le entregó otro sobre.

—Ahí llevas una fotografía para que lo puedas identificar, un vez que la hayas memorizado, rómpela. Como te he dicho, cuando llegues a la estación estará esperándote. Te acompañará al hotel Eden, que es donde tienes reservado alojamiento. Llevas también los números de teléfono y las direcciones de nuestra embajada en Roma y ante el Vaticano.

—Todo perfecto.

—En las embajadas —prosiguió Hartl— no saben nada de tu misión, pero los embajadores trabajan en pro de una elección favorable a los intereses del Reich. Si surgiese algún problema no se te ocurra acudir a ellos, te pones en contacto conmigo. En cualquier caso, me informarás cada día sobre la marcha de tus negocios, ya conoces la forma segura de hacerlo. En este sobre hay una bonita suma de dinero en marcos y en liras para hacer frente de forma generosa a tus necesidades —el obersturmbannführer era conocedor de sus otras aficiones.

—Todo un detalle por tu parte.

—En el hotel harás la inscripción con tu verdadero nombre y darás como profesión la que figura en tu pasaporte: marchante de obras de arte. Sin embargo, aquí —Hartl agitó el sobre que retenía aún en su mano— llevas un pasaporte a nombre de Hans Kränkel, tiene su residencia en Viena. Espero que no tengas que hacer uso de él. Utilízalo solamente en caso necesario; se trata del propietario de una cervecería, la Reichbierkeller, en la Kartnerstrasse. Si alguien indaga se puedes dar explicaciones. Todos los datos son verídicos, es soltero y está de viaje en el extranjero. ¿Alguna pregunta?

Keller, que parecía un tanto recobrado del impacto que le había producido el comentario sobre Herta Linz, negó con la cabeza.

Hartl le entregó el sobre, estrechó su mano y le deseó buena suerte. La operación Eitles Gold estaba en marcha.

Su objetivo: comprar los votos necesarios para que el pontífice que saliese del cónclave tras la muerte de Pío XI fuese proclive al nazismo.

El sonido de las ruedas desplazándose sobre los raíles acabó por adormecerlo. Niccola Storzi ofrecía, sentado en el vagón del tren que lo llevaba a Berlín, el aspecto de un viajante de comercio con su traje oscuro pasado de moda, que sor Benedetta había dejado impecable tras una limpieza a fondo y un buen planchado. Completaban su imagen, un sombrero de fieltro y una maleta de refuerzos metálicos en las cantoneras.

Sin embargo, un examen más detenido de su figura podía hacer pensar otra cosa. Su aspecto emanaba un cierto aire aristocrático, que distaba mucho de llevar la vida rutinaria de un viajante de comercio, el reloj que lucía en su muñeca señalaba una elevada posición económica y también sus zapatos, perfectamente lustrados, denotaban una calidad muy por encima de las posibilidades de un trabajador.

En su mismo compartimento viajaban otras tres personas: dos mujeres y un hombre. Una de ellas era una señora madura que rondaría los cincuenta años, vestida con la dignidad que le daba un traje de chaqueta de terciopelo verde, desgastado por un uso prolongado. Cubría su cabeza con un sombrerito a juego, tan pasado de moda como el traje. Tenía sobrepeso sin llegar a ser obesa y se había presentado como María Cassani, maestra en una pequeña localidad a orillas del lago de Garda, adonde regresaba después de asistir en Roma al acto de entrega de distinciones a aquellos educadores en quienes el gobierno quería simbolizar los avances del Estado fascista. María les enseñó, orgullosa, el diploma que le habían entregado.

La otra mujer era mucho más joven, no habría cumplido los veinticinco años —resultaba extraño que viajase sola— y se mostró mucho más reservada que la laureada maestra. Apenas había abierto la boca para decir que su nombre era Petra, a secas. Tenía buen tipo y vestía un traje a la moda: chaqueta entallada, falda a media pierna, ajustada en la cintura y caderas y con vuelo por abajo, medias de cristal con costura y zapatos de tacón alto. Tenía un rostro agradable enmarcado por una ondulada melena castaña. Algo en su aspecto ofrecía, sin embargo, ciertas estridencias que rompían el aspecto de joven de buena familia. Además de viajar sola, los zarcillos que adornaban sus orejas eran demasiado grandes, el rojo con que pintaba sus labios los hacía resaltar demasiado y, pese a

su reserva, sus ademanes resultaban excesivamente desenvueltos.

El hombre que completaba el compartimento tendría cuarenta años, vestía un traje de paño inglés con dibujo príncipe de Gales, de buena confección. Aunque hablaba italiano correctamente lo hacía con un marcado acento francés. Su nombre, *monsieur Cliquet*, señaló su origen. Indicó que dejaría el tren en Milán para tomar un expreso que al día siguiente salía desde la capital lombarda con destino a París.

Cuando Niccola indicó que era viajante de comercio, *monsieur Cliquet* puso cara de extrañeza, pero se cuidó mucho de hacer comentario alguno, se acomodó en su asiento y quedó oculto tras las páginas de un ejemplar de *Il Popolo d'Italia*, concentrado en su lectura.

Entre sueños, Niccola rememoró el momento en que dijo a sus padres que deseaba ser sacerdote, más concretamente jesuita, y cómo la imprevisible mano del destino lo había conducido hasta aquel tren que lo llevaba a Berlín, aunque, en realidad, no sabía muy bien adonde.

Recordó la cara de su padre y su reacción, primero de extrañeza y después de rechazo. El poderoso juez Storzi había pensado para su hijo una brillante carrera judicial en Roma o, en su defecto, la dirección de los negocios familiares en su Venecia natal. Niccola había sido hasta entonces un destacado alumno de bachillerato, cuyo último año cursó en un colegio de Londres para aprender inglés. Después de cursar tres años en la licenciatura de derecho, presentaba el mejor expediente de su promoción hasta aquel momento y los veranos en Alemania le habían proporcionado soltura en el dominio de su lengua. Hablaba francés, aprendido con la institutriz que se encargó de su educación infantil. Tenía por delante el envidiable futuro que su familia podía proporcionarle.

Su padre no deseaba verlo con hábitos, aunque también pudiese hacer una brillante carrera eclesiástica. Prefería que le llenase el palazzo Storzi de nietos que alegrasen su vejez. Esa tarea habría de quedar para su hermano Alvisè. Fue su madre quien lo entendió y le dio su apoyo desde el primer momento. Sin su ayuda, tal vez, no hubiese conseguido doblegar la férrea voluntad del juez.

Adormilado con el traqueteo, le asaltó la idea de cómo hubiese transcurrido su vida si a los veinte años no hubiese ingresado en el seminario. Desde luego, no viajaría en aquel tren con destino a una cita a ciegas en una cafetería de nombre tan pomposo como Grossdeutschland —la Gran Alemania—, en una compañía tan variopinta como la que iba en el compartimento. Tampoco estaría involucrado en los manejos de una secta secreta cuya misión era, según le había detallado Leiber, estar al servicio del Papa y defender los intereses de la Iglesia en cualquier circunstancia y situación.

En menos de una semana su vida había dado tal giro que tenía una sensación de vértigo, lo que le producía un desconcierto permanente. El espléndido futuro que parecía iniciarse con su actividad profesoral en el Teutonicum podía irse al

traste y también, por qué no, su propia vida.

Pensó en la reacción del camarero ante su petición de un ejemplar del *Tagesblatt* y se preguntó: ¿Quién sería el individuo con quien había de entrevistarse? ¿Cuál era exactamente la misión que lo llevaba a Berlín? ¿Qué era lo que Octogonus esperaba de él? ¿Cuánto tiempo tendría que estar en la capital alemana? Incluso se planteó: ¿Por qué Leiber no le había comunicado nada durante la cena? ¿Qué había podido ocurrir en tan poco tiempo? ¿Cuál era la razón última de aquel precipitado viaje? ¿Lo estarían poniendo a prueba?

Demasiadas preguntas y Niccola Storzi no tenía respuesta para ninguna.

Antes de dormirse recordó que ya estaba en la estación cuando se dio cuenta de que, con las prisas y los nervios, también llevaba encima su verdadero pasaporte. Tuvo que meterse en uno de los retretes del servicio de caballeros y ocultarlo en su bolsa de aseo.

La recepción ofrecida por el rey Víctor Manuel III en el palazzo del Quirinal a la representación diplomática acreditada en Roma, a la que también habían sido invitados los embajadores que ejercían sus funciones ante la Santa Sede, resultó brillante y agitada.

El Duce hizo un discurso fuera de lugar en el ámbito diplomático, pero a tono con la imagen que Mussolini, como responsable del gobierno, quería ofrecer al mundo de una Italia moderna, en auge y expansión.

Todo se había cuidado hasta el más mínimo detalle para que el espíritu del fascio con sus delirios de grandeza imperial, manifestada en multitud de símbolos que recordaban las glorias de la Roma de los césares, fuese el que impregnase de protagonismo la regia recepción. Aquella parafernalia, aparte de vincular a la monarquía más de lo que ya estaba a las veleidades de la política, había parecido excesiva a un importante sector de la representación diplomática. No obstante, el acto transcurrió entre sonrisas, muestras de amabilidad y cumplidos.

Las formas galantes que imperaban en la vida diplomática no habían impedido, sin embargo, que en los corrillos por los que pululaban camareros pulcramente uniformados con bandejas de exquisitos canapés y copas de champán, se comentase la politización, cada vez mayor, de la monarquía en las maneras y modos de conducir la política italiana por el gobierno fascista.

El embajador alemán ante el Vaticano, Diego von Bergen, aprovechó el momento —siguiendo el criterio de que lo que está a la vista de todos está mejor guardado que bajo siete llaves— para comentar a su colega italiano, Bonifacio Pignatti, algunos aspectos relacionados con el cónclave que se avecinaba.

El italiano se mostraba optimista, aunque expresó matices.

—La mayor parte de la Curia estaría de acuerdo con un planteamiento acorde con nuestros intereses, por la simple razón de que nos consideran la

muralla más eficaz contra el avance de los bolcheviques. Ahora bien, no admitirían la candidatura del arzobispo de Florencia. Monseñor Dalla Costa se ha creado demasiados enemigos por cuestiones de rivalidad entre diócesis y por ciertos asuntos personales.

—¿Asuntos personales?

—Sí, cuestiones menores, mi querido Diego, pero que a la larga tienen mucha importancia y se terminan pagando en el momento más inoportuno.

—Su eminencia el arzobispo de Florencia no es el único candidato que el Reich vería con buenos ojos. Para Berlín hay otras opciones.

Por un momento, Pignatti se desentendió de la conversación. Hizo una cortés inclinación de cabeza, alzó su copa y dedicó una sonrisa deslumbrante a dos damas que, cogidas del brazo, cruzaron a su lado. Tenía fama de galanteador, aunque en sus aventuras era de una discreción absoluta.

—¿Disculpe, excelencia, me decía usted de otras opciones?

A Von Bergen no le había gustado la distracción. Sus palabras sonaron ligeramente más duras. Sus formas, aunque cortesanas, tenían un fondo agreste, el propio de una familia de junkers prusianos, más propicios al combate que a la reverencia.

—Decía que Elia Dalla Costa no es nuestra única opción.

—¿Por quién apostaría Berlín?

El alemán clavó sus pupilas, de un azul acerado, en los negros ojos del italiano, que tenían algo de ensoñadores. No era extraño que hubiesen seducido a tantas mujeres como se decía.

—Fossati, de Turín, también sería una buena opción.

Bonifacio Pignatti, para desesperación del germano, dedicó momentáneamente su atención a otra dama que lucía un escotado traje de satén negro que se adaptaba como un guante a las esculturales formas de su cuerpo.

—¿Conoce su excelencia a Donatella Pellegrini?

Diego von Bergen no pudo ocultar su malhumor.

—¿Cree usted que deberíamos posponer nuestra conversación para un momento más adecuado?

—En absoluto, mi querido amigo. Pero hablar del asunto que tanto interesa a nuestros gobiernos no es incompatible con el arte sublime de apreciar la belleza. Si Fossati es la otra opción que maneja la Cancillería del Reich, los deseos de Berlín están muy lejos de materializarse.

—¿Cree su excelencia que tampoco goza del beneplácito de la Curia?

—Por lo que yo sé, así es —comentó casi con desinterés, atraído por la gracia de Donatella.

Al comprobar que la joven estaba a la distancia adecuada, el italiano se las compuso para acercarse a saludarla. No hacerlo habría sido de mala educación. Diego von Bergen se movía entre la cólera y el desconcierto.

—Permitidme, excelencia, que os presente a la señorita Pellegrini.

Pignatti tomó su mano, apreciando la suavidad de unos dedos largos y delicados, y la besó suavemente, apenas un leve roce de sus labios.

—*Cara Donatella!* ¡Siempre eres un placer para los ojos! Permite que te presente al embajador del Reich ante la Santa Sede. *Herr* von Bergen, la señorita Donatella Pellegrini.

El germano agachó la cabeza con gesto enérgico a la par que daba un sonoro taconazo.

—¡Es un placer, señorita Pellegrini!

La conversación de los diplomáticos, para desesperación del germano, se vio interrumpida durante unos minutos. Hasta que la joven se marchó, después de que el italiano le susurrara unas palabras al oído, aprovechando que su colega llamaba la atención de un camarero.

—Ha sido un placer, señor embajador —se despidió Donatella.

—El placer ha sido mío, señorita. —Von Bergen adoptó otra vez una posición llena de marcialidad.

Aunque familiarizado con las formas diplomáticas, quedaba claro que Diego von Bergen era un acabado exponente a la aristocracia de su país, que durante generaciones habían constituido la columna vertebral del poderoso ejército alemán.

—Nadie diría, mi querido embajador, que buscamos la forma de colaborar de cara al cónclave que se avecina. —Pignatti cambió su copa de champán. No tuvo que llamar al camarero porque había uno pendiente de satisfacer cualquier deseo.

—¿Cuál sería, en su opinión, el candidato más adecuado para gozar de apoyos sólidos entre los curiales?

—Podría ser el arzobispo de Milán, aunque tiene ciertos inconvenientes.

—¿Ildefonso Schuster?

—Exacto.

—¿Qué apoyos cree su excelencia que podría tener?

—Eso es más difícil de precisar, pero teniendo en cuenta que la Curia supone aproximadamente la mitad de los votos del cónclave, en un primer momento podría estar entre doce y quince.

Von Bergen hizo mentalmente la cuenta. Su rostro no expresaba precisamente alegría.

—No son suficientes.

—Tal vez sí.

—¡No llega ni a la mitad de los curiales! —protestó el alemán, elevando la voz más de lo debido.

—No se altere, mi buen amigo. —Pignatti dedicó a otra dama una de sus seductoras sonrisas.

—No salen las cuentas —murmuró en voz mucho más baja.

—Disculpe, pero, en las presentes circunstancias, su excelencia debería situarse en los mecanismos que mueven los complejos engranajes de la elección de un pontífice.

—Las cifras son las cifras, Pignatti.

—Es cierto, pero en un cónclave es muy importante tener una sólida base de partida a la que incorporar nuevos elementos. La pregunta obligada, mi querido colega, es ver si hay algún otro candidato con más posibilidades.

El alemán rumiaba las últimas palabras del italiano.

—Tenemos ante nosotros los casos de Dalla Costa y Fossati, habrá que trabajar en ellos —dejó caer Pignatti.

—¿Puede ser más concreto?

—Ninguno de los dos estaría en la lista inicial de apoyos para el arzobispo de Milán. Porque, tal vez, alienten su propia candidatura. Pero si se les convence de sus escasas, por no decir nulas posibilidades, pienso que no vacilarían en prestar su apoyo a Schuster.

Verdaderamente al sur de los Alpes las cosas funcionaban de forma muy diferente a como sucedían en su Prusia natal.

—Tengo entendido —Pignatti dio un tono de confidencialidad a sus palabras, como si revelase un secreto— que Dalla Costa tiene una desmesurada afición por los viejos códices y los antiguos manuscritos. Tiene fama de bibliófilo.

—¿Por qué me dice eso?

El italiano hizo una mueca de complicidad.

—Le hablo de Eitles Gold.

En los ojos de Von Bergen se dibujó la sorpresa.

—¿Eitles Gold?

—Le estoy hablando de la operación puesta en marcha por su gobierno para buscar apoyos entre los miembros del colegio cardenalicio. Como verá, conmigo no necesita disimular.

—No comprendo...

—¡Vamos, vamos, no es necesario que mantenga esa actitud...!

—Le aseguro a su excelencia —el alemán se había puesto aún más serio de lo que ya estaba— que ignoro de qué me está hablando.

Por primera vez en toda la noche Bonifacio Pignatti perdió la sonrisa que no había dejado de lucir.

—¿No está informado?

—Insisto en que no sé de qué me está hablando.

En aquel momento el embajador italiano ante la Santa Sede se dio cuenta de que si Diego von Bergen no estaba representando un papel —cosa poco probable conociendo la rigidez del germano— había cometido un desliz imperdonable. Un desliz que no podía permitirse alguien de su experiencia y con una carrera tan

importante como para haberle conducido a un destino como el Vaticano, una de las prioridades diplomáticas de los gobiernos italianos.

La actividad en la legación diplomática alemana ante la Santa Sede fue intensa hasta muy avanzada la noche. El embajador había realizado diversas gestiones que culminaron con el envío de un mensaje cifrado dirigido al mismísimo Von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores del Reich.

En el ministerio se produjo un enorme revuelo.

A las tres de la madrugada Von Bergen se había retirado a sus aposentos, dejando instrucciones muy precisas de que, si se recibía alguna noticia por muy insignificante que pareciese, se le llamase inmediatamente. El mensaje que esperaba llegó poco después de las ocho de la mañana. Al embajador le ahorraron la petición, pues estaba decidido a solicitar permiso y trasladarse a Berlín, para informar al Ministerio de Asuntos Exteriores acerca de la conversación mantenida con Pignatti.

El texto era muy escueto, debía viajar por el medio más rápido y con la mayor urgencia a la capital del Reich.

Su secretario le informó de que salía un vuelo a las diez de la mañana, que llegaba a Berlín a las dos y media. Si se daba prisa podría tomarlo, gracias a los privilegios que le ofrecía su estatus diplomático.

En efecto, con diez minutos de retraso sobre la hora prevista el cuatrimotor de la compañía aérea Lufthansa aterrizaba en el aeródromo de Tempelhof. Un Mercedes aguardaba al embajador para trasladarlo hasta el ministerio, en la Wilhelmstrasse, sin pérdida de tiempo.

Unas horas después de que aterrizase el avión en que había viajado Diego von Bergen, llegaba a la Anhalter Bahnhof, la enorme central ferroviaria de la zona sur de Berlín, el tren en que viajaba Niccola Storzi. Se había retrasado casi una hora por lo que disponía del tiempo justo para acudir al lugar de su cita, llevando consigo su escaso equipaje.

Cinco minutos antes de las siete, un taxi lo dejaba en la puerta de la cafetería Grossdeutschland. En Berlín hacía mucho frío, la temperatura era por lo menos diez grados más baja que en Roma. Se puso el abrigo, apretó sobre su cabeza el anticuado sombrero de fieltro del que no se había desprendido desde que salió de Roma para ocultar la coronilla que identificaba su condición sacerdotal, pagó al

taxista y entró en el local.

Lo recibió una vaharada de olor a tabaco y una densa atmósfera cargada de humo. La cafetería estaba muy concurrida y daba la sensación de que todos los clientes estuviesen fumando. Al Mensajero el humo no le molestaba y le encantó que el local estuviese lleno, así su presencia pasaría mucho más inadvertida. Pensó que quien había elegido el lugar había contado con ello. También llegaron hasta sus oídos los compases de una sonatina y entre nubes de humo distinguió un pequeño estrado que había al fondo, donde un cuarteto de cuerda interpretaba una alegre pieza musical. A pesar del bullicio, los acordes se elevaban, como un telón de fondo, por encima del ruido. Resultaba agradable, aunque para los músicos el ambiente debía de resultar poco estimulante.

Se acercó hasta la barra sorteando mesas, todas ellas ocupadas. Ante su vista surgió el primer problema porque se encontró con que había tres hombres atendiendo la barra. ¿A cuál dirigirse? Vaciló un instante.

—¿Qué desea el señor?

—Tiene el *Tagesblatt*.

—¿Cómo dice? —Puso cara de extrañeza.

Supo que no era su hombre.

—Un café con leche, por favor.

El camarero se retiró para cumplimentar el encargo y Niccola aprovechó que cruzó ante él otro de los hombres que atendían la barra para preguntarle por el diario:

—Por favor, el *Tagesblatt*.

El camarero, que se movía con diligencia, pareció alcanzado por un dardo. Se detuvo y miró al individuo que le había pedido el periódico. Se acercó y en voz baja le indicó:

—Una señora le aguarda en una de las mesas del fondo. Lleva un traje de chaqueta con el cuello y los puños de piel, tiene la cabeza cubierta con un sombrero a juego, pequeño y adornado con una pluma. —Se alejó rápidamente y continuó con su tarea.

¡Una mujer! Ni siquiera se le había pasado por la imaginación aquella posibilidad. ¿Significaba eso que en Octogonus también había mujeres? Se le vino a la mente lo que el *scriptor* le había contado de Olimpia Maidalchini. No tenía por qué causarle tanta sorpresa.

Sin embargo, supo que su falta de experiencia para relacionarse con mujeres —apenas si había ejercitado el sacramento de la penitencia— significaba un problema añadido para el trabajo que había de afrontar.

El café que acababan de servirle significó para él la posibilidad de ganar unos minutos antes de presentarse como El Mensajero. Puso una buena cantidad de azúcar, que removió con parsimonia a la vez que lanzaba furtivas miradas hacia el lugar indicado. Había mucha gente y le costó cierto trabajo identificar a la

mujer del traje con los adornos de piel. Mientras se tomaba el café, se preparó para el encuentro como si tuviese que afrontar un examen decisivo. Recordó que tenía que presentarse con su nombre de Octogonus.

Se abrió paso hasta la mesa donde la mujer aguardaba. Aparentemente estaba distraída, leyendo una entrevista que realizaba Ursula von Kardoff a Seville Row, el famoso modisto, en las páginas de una revista de moda femenina. A Niccola le costó un esfuerzo adicional que las palabras saliesen de su boca.

—Disculpe, soy la persona que usted espera.

La mujer levantó la vista y lo miró a los ojos, el jesuita hubiese deseado no pasar por aquel trance. Apenas había tenido tiempo para abordar una situación tan inesperada. Había sido un estúpido porque tenía que haber contemplado la posibilidad de que su contacto fuese una mujer.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

Niccola Storzi se quedó por un momento en suspenso, desconcertado ante la mujer que estaba delante. Tenía los ojos de un verde intenso con reflejos azulados, su cutis era muy blanco y delicado, matizado por un toque de maquillaje y la boca, muy perfilada con carmín de tonos suaves, era jugosa. El óvalo de la cara, ligeramente alargado, enmarcaba unas facciones perfectas. El pelo, que se adivinaba largo, era cobrizo y lo llevaba recogido de tal forma que el sombrero parecía brotar de sus cabellos. La elegancia con que vestía no disminuía un ápice la sensualidad que emanaba de su cuerpo.

La mujer dejó la revista sobre la mesa y descruzó las piernas. El ruido de la seda de sus medias hizo que a Storzi se le erizase el pelo de la nuca, fue como si todos los ruidos del local hubiesen desaparecido y solo llegase a sus oídos el crujir de la seda. Algo aturdido, apenas tuvo capacidad para reaccionar.

—Soy el Mensajero.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para sostener la mirada de la mujer. Era como las que había visto en el cine.

—¿Quiere sentarse? Ha llegado usted —comprobó la hora en un elegante reloj de pulsera— diez minutos tarde.

Azorado, pidió disculpas. Colocó la maleta de forma que no estorbara y con torpeza, sin quitarse el abrigo ni el sombrero que ocultaba su afeitada coronilla, se sentó en la silla que quedaba más alejada de la mujer. Se acercó un camarero y ella le indicó que no deseaba nada, señalando con un gesto la taza de té, casi vacía, que había sobre el mármol de la mesa.

—Agua mineral con gas —pidió él.

Se hizo un silencio momentáneo, un tanto embarazoso.

—¿Acaba de llegar a Berlín?

—Así es, hace una hora a la Anhalter Bahnhof.

—¿Viene de Roma?

Niccola no sabía si debía contestar, pero pensó que no tenía sentido mentir.

—Sí, el tren salió ayer a las dos y cuarto.

—¿De la madrugada?

—No, no de la mañana.

—Eso significa... eso significa que ha estado casi treinta horas de viaje.

—En efecto.

—Supongo que después de tantas horas, estará usted muy cansado.

—Bueno... En realidad, no he hecho otra cosa que estar sentado.

La mujer esbozó una sonrisa que tuvo un efecto relajante en el turbado ánimo de Storzi. Había dulzura en la expresión de sus ojos y en el movimiento de sus labios, se sintió reconfortado. ¿Sabrá que soy sacerdote?

—Aunque no haya hecho nada, tendrá ganas de descansar. Una noche entera soportando el traqueteo del tren es muy desagradable. Yo no lo entretendré mucho.

El camarero llegó con el agua mineral, sirvió una pequeña cantidad en la copa y se retiró. Niccola dudó si debía preguntarle su nombre, nunca se había visto en una situación ni remotamente parecida. Se decidió al pensar que no hacerlo sería de mala educación.

—Si no es indiscreción, ¿cómo he de llamarla?

Ella lo miró a los ojos y él bajó la cabeza.

—Llámemme Magda.

Buscó por los bolsillos, estaba acostumbrado a su sotana y se le hacía complicado buscar algo, trataba de encontrar su paquete de cigarrillos. Necesitaba fumar, lo relajaba cuando estaba nervioso.

—¿Le molesta?

—En absoluto. —Hizo un gesto elocuente hacia la cargada atmósfera del local.

—Ya veo... el ambiente es irrespirable.

—Escúcheme con atención. Es muy importante que no pierda ningún detalle de lo que voy a decirle.

Storzi asintió concentrando su atención en la boca de Magdalena.

—Simule que mantenemos una placida conversación, como dos viejos conocidos o como dos amigos. —El Mensajero notó cómo se ruborizaba—. Asienta con gestos, sonría si no le resulta muy molesto y pregunte algo de vez en cuando.

—¿Qué es lo que he de preguntarle?

—Cualquier cosa. Lo que sea, con tal de no levantar sospechas.

—Está bien, lo intentaré.

—En Berlín están convencidos de que la muerte de Pío XI es cuestión de semanas, quizá de algunos días. Pero en todo caso, se da por hecho que al Papa la vida se le acaba. Lo que significa que se convocará un cónclave para elegir a su sucesor.

—Creo que corre usted demasiado.

—Hasta ahora no le he dicho nada que tenga que memorizar, salvo el nombre del Papa —ironizó.

—No me refiero a su narración, sino a que nadie sabe el tiempo que vivirá Su Santidad.

A Magdalena le llamó la atención que denominase al Papa de aquella forma. Lo miró con curiosidad y Niccola se dio cuenta de que había cometido un error. Tenía que ser más cuidadoso con sus expresiones o sería igual que llevar puesta la sotana.

—Se librará una intensa batalla —continuó ella— en torno a esa elección, porque en Europa los católicos son muchos millones y un gesto del Papa tiene un valor extraordinario, incluso para quienes no comulgan con la Iglesia de Roma. En consecuencia, todas las potencias europeas están sumamente interesadas. El enfrentamiento se producirá, básicamente, entre los gobiernos totalitarios y las democracias; es decir, Alemania e Italia por un lado, y Gran Bretaña y Francia por otro.

—Está usted planteando en términos políticos lo que es un proceso cargado de espiritualidad.

—Para los nazis —prosiguió sin inmutarse por la matización—, cuyas relaciones con el Vaticano son difíciles a pesar del concordato firmado en 1933, un papa que condenase sus planteamientos supondría un contratiempo importante. No pueden perder de vista, aunque están empeñados en la paganización de la sociedad alemana, que el sur es profundamente católico, como también lo es Austria, hoy territorio incorporado al Reich. Van a utilizar todos los medios a su alcance para conseguir un papa proclive a su ideología y considerarán un mal menor si el elegido se limitase a guardar un significativo silencio, como ha venido ocurriendo hasta ahora.

Al jesuita no le gustaban las afirmaciones que Magdalena estaba haciendo, dando por sentadas cosas que distaban mucho de la realidad tal y como él la percibía. Se percató de que la mujer que tenía enfrente lo atraía como un imán. Señaló con un hilo de voz:

—La encíclica *Mit brennender Sorge* fue una acusación en toda regla.

—Supongo que lo dice porque antes le he comentado que debe decir alguna cosa —ironizó de nuevo.

—No, lo digo porque la Iglesia católica muestra un claro rechazo a muchos de los principios que alientan el nazismo. Pío XI se marchó a Castelgandolfo cuando Hitler visitó Roma a principios de mayo del año pasado. Lo hizo para no tener que recibirle, además dio órdenes expresas de que durante los días que el Führer permaneciese en la ciudad los museos vaticanos estuviesen cerrados para evitar, de ese modo, que los pudiese visitar. Incluso dio instrucciones muy concretas de que *L'Osservatore Romano* no publicase una sola línea sobre la

visita.

Magdalena lo miró con una sonrisa, apenas apuntada, en sus seductores labios. Niccola se dio cuenta de que por segunda vez, en un espacio de tiempo tan corto, había vuelto a equivocarse.

Al fondo seguía sonando la música.

—Todo eso fueron silencios. No hubo una condena explícita y esa actitud, como ya le he comentado, es algo que los nazis consideran una ventaja para sus criminales planes; en todo caso un mal menor. Pero como le he dicho aspiran a más. Saben que la actitud del actual Papa es de rechazo creciente a sus acciones, por eso se han preparado para apostar fuerte en el cónclave.

—¿Por qué dice una cosa así?

—Porque han puesto en marcha una operación de gran envergadura.

—¿Con qué propósito?

—Intervenir en la elección del sucesor de Pío XI.

—Eso es imposible en un cónclave. ¿Acaso no sabe que los cardenales están incomunicados con el exterior, una vez que se inician las votaciones para elegir al sumo pontífice?

—Sí, pero antes de encerrarse para votar en la Capilla Sixtina no están aislados.

—¿Qué insinúa?

—Ya se lo he dicho, han montado una gran operación.

Niccola estaba desconcertado.

—¿Qué clase de operación?

Magdalena dio un sorbo a su taza de té, donde quedaba un resto frío, y miró alrededor. Instintivamente, bajó el tono de su voz.

—Una operación de tres millones de marcos.

—¡Eso es una suma fabulosa!

—Baje la voz, lo van a oír. Ya lo creo que es una suma fabulosa, sobre todo si de lo que estamos hablando es de lingotes de oro. El dinero, después de lo que ocurrió al concluir la Gran Guerra, puede convertirse en simple papel.

Niccola recordó que Alemania, para pagar las exorbitantes indemnizaciones de guerra impuestas en el tratado de Versalles, devaluó la moneda hasta límites increíbles. Un litro de leche llegó a valer millones de marcos, igual que ocurrió con un kilogramo de pan y con todos los artículos de primera necesidad.

—Con el ambiente que se respira por toda Europa, el dinero puede ser algo poco atractivo en determinados ambientes.

El Mensajero asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Eso le da una idea de la importancia de la operación —prosiguió Magdalena—. No solo se trata de una cifra fabulosa, como usted ha dicho, sino que dicha suma se ha previsto en lingotes de oro del Reichbank.

—¿Dice que ya se ha previsto?

—La operación se ha puesto en marcha con una celeridad extraordinaria. El propio Hitler, que ha sido informado personalmente por los servicios de espionaje nazis, ha dado su aprobación.

—¿La Abwehr está implicada?

—No lo sé, ¿por qué lo pregunta? —Magdalena hizo un gesto de extrañeza.

—Acaba de decir que los servicios de espionaje...

—Creo haberme referido el espionaje nazi, el Sicherheitsdienst.

—Discúlpeme, Magda —era la primera vez que la llamaba por su nombre y le costó trabajo hacerlo, pero le encantó—, no acabo de entender.

—Los nazis han montado un servicio de espionaje paralelo al del Reich, probablemente porque no se fían de Canaris, a quien en círculos internos llaman despectivamente « el Griego », aunque el almirante tiene, por ahora, la confianza de Hitler.

—Ya comprendo.

—Como le digo, la operación ya está en marcha. El oro salió ayer de Berlín en un tren especial que partió de la Schlesischer Bahnhof. A la operación la han bautizado con el nombre de Eitles Gold.

Estaba impresionado. Lo que aquella mujer le estaba contando resultaba poco menos que increíble. Además de bella, era inteligente. Repentinamente tuvo un sobresalto. Una operación en la que los nazis ponían en juego tres millones de marcos en oro, destinados a un fin poco confesable, aunque todavía ignoraba el uso que pensaban darle, había de ser algo que muy pocas personas conocieran. ¿Cómo sabía todo aquello? ¿Por qué estaba confiándose a un desconocido, aunque se había identificado con un nombre en clave? La miró a la cara y quedó turbado por su belleza, a la que no era ajeno el velado fondo de tristeza que brillaba en sus ojos.

—¿Cuál es su destino? —le preguntó.

—Roma.

—¿Quiere repetirlo?

—Roma, posiblemente el oro ya esté allí.

Si en aquel momento le hubiesen dado un puñetazo en el estómago la sensación hubiese sido menos desagradable. ¡Aquello solamente podía significar una cosa! Aunque sabía la respuesta, era consciente de que tenía que formularla. Bebió el agua de su copa hasta vaciarla y la rellenó de nuevo.

—¿Qué van a hacer los nazis con ese oro?

La mujer apuró el inexistente té en su taza.

—¿No se lo imagina?

—Dígame usted.

—Van a comprar el voto del número necesario de cardenales para que el cónclave elija un papa a la medida de sus intereses.

Nicola se sintió en la obligación de rechazar lo que sus oídos acababan de

escuchar.

—Eso, eso... es sencillamente imposible.

Magdalena esbozó una suave sonrisa.

—Se nota que usted es sacerdote, aunque vista de seglar y oculte su coronilla con un sombrero.

Pensó que era inútil negarlo.

—¿Ya sabía que era sacerdote?

—No, no lo sabía, pero su actitud lo delata. No lleva puesto un letrero donde lo diga, pero cada vez que abre la boca...

Lo mortificó otra oleada de calor. Pidió disculpas, se puso de pie y se quitó el abrigo. El gesto los sacó momentáneamente de la conversación. Cuando se sentó, Niccola insistió con voz baja, pero rotunda:

—Los príncipes de la Iglesia rechazarían un soborno, aunque fuese en oro, para hacerle el juego a Hitler o a cualquier otro.

Magdalena lo miró a los ojos y él no pudo resistir.

—No juegue a la inocencia. Además, ¿quién le ha dicho a usted que el soborno será en oro?

—Usted.

—Yo no.

—¡Cómo que no! —Había alzado la voz.

—No grite, por favor.

—Disculpe, Magda, pero es usted quien me ha dicho que los tres millones de marcos, que han salido con destino a Roma, son lingotes del Reichbank —Había bajado tanto el tono, que parecía avergonzarse de sus propias palabras.

—Cierto.

—¿Entonces...?

—A algunos cardenales, amantes de las joyas bibliográficas, van a ofrecerles ejemplares valiosísimos. Toda una tentación. El oro será solo el medio de pago para que puedan hacerse con el ejemplar que han soñado a lo largo de su vida.

Storzi estaba cada vez más turbado. Lo que aquella mujer le estaba contando era increíble. Únicamente una mente perversa podía haber ideado un plan tan diabólico y, desde luego, contando con que hubiese cardenales tan corruptos, dispuestos a vender algo tan sagrado de forma tan ignominiosa. Supo que era una indiscreción absoluta, pero le resultó imposible evitar la pregunta.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

Magdalena lo miró otra vez a los ojos y de nuevo Niccola los bajó.

—Ésa es una pregunta muy extraña.

—¿Por qué dice eso?

La mujer se encogió de hombros, dando al gesto un toque de feminidad.

—Usted es un agente del Círculo Octogonus, ¿no?

El Mensajero pensó que era un mal agente o cuando menos demasiado

inexperto para una misión como la que le había caído encima. Era lógico que en aquellos ambientes no se hiciesen preguntas como la que él acababa de formular, pero no lo había podido evitar.

—¿Usted también pertenece a Octogonus?

Antes de responder, Magdalena apuntó una sonrisa.

—¡Qué locura está diciendo!

—¿Entonces?

Estaban tan embebidos en la conversación que no se dieron cuenta de que en aquel momento varios individuos avanzaban hacia ellos; al darse cuenta, Magdalena palideció. Eran agentes de la Gestapo embutidos en sus negros y largos abrigos de cuero. Eran como un torbellino y a su paso rodaban mesas y sillas, mientras que la gente se apartaba en medio del revuelo que su presencia había originado.

Niccola apenas tuvo tiempo de echarse a un lado para evitar que lo arrollasen. Sin saber cómo, se vio junto a Magda, que había bajado la cabeza y cerrado los ojos. Pudo percibir el temblor de su cuerpo y escuchar cómo murmuraba una oración que sonó extraña a sus oídos.

Los policías pasaron de largo y se precipitaron sobre el estrado donde estaban los músicos, cuyos instrumentos dejaron de sonar. Uno de ellos había desaparecido, mientras que otros dos se habían levantado y trataban de escabullirse por una puerta lateral; el cuarto, aferrado al violín, estaba paralizado. Entonces se escuchó el ruido sordo de varios disparos. Magdalena se agarró al brazo de Niccola, quien se estremeció al recibir el contacto de un cuerpo femenino.

Los músicos que huían no lograron su propósito. La policía los redujo con brutalidad, esposándolos como si fuesen malhechores. Los sacaron del local a golpes y empujones. El aspecto que ofrecían los apresados era el de unos pobres maltratados, en cuyo rostro se reflejaba un rictus de resignación cargado de tristeza; ninguno de ellos parecía herido.

—¡Continúen, señores, continúen! —exclamaban los policías a la vez que se abrían paso entre la gente.

—¡Continúen! ¡Los delincuentes ya están detenidos! ¡Disculpen las molestias, pero es por su seguridad!

Poco a poco el revuelo se apagó hasta desaparecer. A Niccola le extrañó que la gente volviese a sus charlas y a sus bebidas, como si lo que acababa de ocurrir fuese normal. Ni siquiera les alteró que en la calle hubiese tendido un cadáver, el de uno de los músicos del cuarteto que hasta aquel momento les amenizaba la tarde.

Magdalena había palidecido.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy mal, creí que venían a por mí. Lo siento por esos pobres desgraciados.

—¿Por qué los han detenido?

Exhaló un profundo suspiro.

—Por un delito gravísimo: son judíos. Ahora ya tiene respuesta a su última pregunta.

Estaba tan alterado que ni siquiera la recordaba.

—¿Qué le había preguntado?

—Quería saber por qué estoy haciendo esto.

Recordó la plegaria que había salido de sus labios cuando parecía que los de la Gestapo se abalanzaban sobre ellos. ¡Así que Magdalena era judía! ¡Una judía colaborando con el Círculo Octogonus!

Niccola dio un sorbo al contenido de su copa que milagrosamente se mantenía sobre la mesa.

—Disculpe, ¿quiere tomar algo?

—Sí, por favor. Un poco de agua me vendría bien.

Llamó la atención del camarero, que tardó algunos minutos en atenderlos porque, después del paso de la policía, el trabajo se le había acumulado.

—Supongo que de esta forma trata de ayudar a su pueblo.

—Así es, porque la voz del Papa es una voz autorizada, que no debe permanecer en silencio. Cuando a lo largo de la historia se ha levantado para clamar contra mi pueblo hemos sufrido toda clase de vejaciones, y persecuciones; hemos pagado un precio altísimo. Ahora tiene que denunciar lo que está ocurriendo en Alemania con los judíos. El mundo entero tiene que saberlo y el Vaticano es un altavoz muy potente, bien lo sabemos nosotros. También lo hago por ayudarme a mí misma. Si no quiero perder la vida, he de salir de Alemania lo antes posible.

—¿No puede hacerlo?

—No, hace tiempo que a muchos de nosotros nos retiraron los pasaportes. Ahora nos buscan y nos acosan como a alimañas. Usted acaba de ser testigo de la brutalidad de los nazis. Creo que tiene que entregarme un sobre.

Niccola asintió.

—Contiene dos pasaportes, uno para mí y otro para mi hermana, esa documentación nos dará la posibilidad de abandonar el país. Pero ahora escúcheme con atención, de lo contrario todo lo que le he contado servirá de poco. Grabe este nombre en su memoria: Herbert Keller. No lo olvide, Herbert Keller. Es la persona que ofrecerá los señuelos a algunos cardenales, en forma de libros raros y muy valiosos. Los tentará con ejemplares únicos en el mundo, poco menos que un sueño inalcanzable para un bibliófilo. Ha viajado a Roma en el mismo tren donde va el oro. Ofrecerá primero las obras, cuyos precios, lógicamente, serán exorbitantes, después planteará la posibilidad de entregarles el dinero necesario para su adquisición a cambio de su voto en el cónclave.

—¡Santo Dios!

Storzi tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no santiguarse. Algo había aprendido a lo largo de aquella conversación.

—Si ustedes eliminan a Keller habrán dado un gran paso para abortar la operación Eitles Gold.

—En realidad, recuperarán el oro que invierten. Lo utilizan solamente como un instrumento.

—No exactamente. Su propósito, además de conseguir el voto de los bibliófilos, es el de hacerse con algunos más, pagándoles directamente con los lingotes de oro.

Niccola movió la cabeza varias veces como si negase sus propios pensamientos.

—Resulta tan increíble...

—No lo ponga en duda. Lo han planificado todo con meticulosidad. Como le he dicho la operación ya está en marcha, si no se dan prisa, puede que todos sus esfuerzos sean inútiles. Ahora, si no le importa, ¿quiere entregarme el sobre? Hágalo con el mayor disimulo.

—¿No tiene nada más que decirme?

A Storzi, quien inicialmente sintió algo parecido al pánico cuando descubrió que su enlace era una mujer, le resultaba ahora penoso ponerle final a aquel encuentro.

—Ya le he dado toda la información. No debe olvidar ni el nombre de Herbert Keller, ni los manejos que va a llevar a cabo. Supongo que no será muy difícil saber qué cardenales son bibliófilos. Le recuerdo que es de suma importancia tener en cuenta que la operación Eitles Gold ya está en marcha, tanto Keller como el oro han debido de llegar a Roma.

—¿No sabe nada acerca del lugar donde ese Keller se aloja o dónde han ocultado el oro?

—Lo lamento. Puedo darle un dato poco relevante, que quizá le sea de utilidad. Keller fue benedictino, dejó los hábitos hace algunos años porque le tiene demasiado apego a las cosas terrenales. Le gusta disfrutar de los placeres que ofrece la vida: buenos restaurantes, los mejores hoteles, bellas mujeres...

—Esos datos son de gran importancia, serán de mucha ayuda para buscarle por Roma.

Storzi llamó al camarero y pidió la cuenta. Aprovechó que tuvo que sacar la billetera para coger el sobre de los pasaportes y deslizárselo a Magdalena, rozó la mano de la mujer y su cuerpo le respondió con un agradable cosquilleo.

—¿Le importaría una pregunta indiscreta?

—Usted hágala.

—¿Por qué no ha dado esta información por teléfono?

Magdalena apuntó una sonrisa.

—¿Quién habría traído entonces los pasaportes? Para una judía todo es muy

complicado en Alemania.

—Podrían habérselos facilitado en la nunciatura.

—¿Y si algo salía mal, implicar al Vaticano?

Niccola se dio cuenta de lo estúpido de su planteamiento.

—¿Sabe una cosa?

Niccola se encogió de hombros.

—Su inocencia llega a ser conmovedora.

Ella se puso de pie, dando por terminado el encuentro.

—¿Puedo hacer algo por usted? —Él también se levantó.

Magdalena le dirigió una mirada triste.

—Me temo que no.

Ahora pudo comprobar que era una mujer en la plenitud. En un gesto que le pareció casi una osadía, cogió el abrigo y le ayudó a ponérselo. Le rozó los hombros y la proximidad hizo que le llegase un discreto olor a Worth Bleu, el perfume de moda en media Europa. No pudo resistirse:

—No sé cuánto tiempo voy a estar en Berlín. Supongo que, después de lo que me ha contado, tendré que salir rápidamente hacia Roma, pero me gustaría volver a verla.

Magdalena se dio media vuelta y quedaron uno frente al otro, casi rozándose.

—No me parece que sea lo más conveniente.

—Por favor. —Era casi una súplica.

—No considero acertado volver a vernos en público. Sería tentar a la suerte y ya ha sido testigo de lo que, en cualquier momento, puede ocurrir aquí.

—¿Tiene que ser en público?

Temió que la ironía de que Magdalena había hecho gala en la primera parte de su encuentro se manifestase de nuevo.

—¿No tendría inconveniente en que nos viésemos en privado?

—En absoluto.

—¿Cuánto hace que no ha estado a solas con una mujer?

Niccola no pudo evitar que el sonrojo cubriese su cara, ni supo interpretar la mirada de ella. Se hizo un breve y punzante silencio. Sintió una alegría incontentible al escuchar lo que le proponía:

—¿Sabe dónde está la Bendlerstrasse?

—Sí, al otro lado del Tiergarten, paralela al canal Landwehr.

—Lo espero mañana a las doce en el número 14, primera planta. Le ruego que sea puntual. Si no ha llegado a las doce y media entenderé que no le ha sido posible acudir.

El jesuita no sabía cómo había podido enredarse de aquella forma. Estaba citándose con una mujer a solas en su apartamento. Sin embargo, se sentía contento de que las cosas hubiesen rodado de aquella forma.

—Será mejor que me acompañe a la salida para no levantar sospechas, allí

nos despediremos.

La vio alejarse por la acera hasta que se perdió entre el bullicio de la gente. La vida transcurría ajena a lo ocurrido, como si la Gestapo no hubiese matado a una persona y detenido de forma brutal a otras tres. Se sentía presa de emociones encontradas. Estaba desconcertado y contento a la vez. Desconcertado por verse inmerso en una situación que jamás hubiera imaginado. Estaba involucrado en una operación cuyo objetivo era comprar el voto de un grupo de cardenales de cara a un cónclave, que se pensaba inminente, para que el nuevo papa condescendiese con las atrocidades que los nazis estaban llevando a cabo. Hasta aquella tarde hubiese dado su vida defendiendo que tal cosa era imposible, estaban hablando de los príncipes de la Iglesia católica, los depositarios del mensaje que Cristo dio a sus apóstoles. Se sentía desconcertado porque en Alemania la gente asistiese, en medio de una indiferencia cómplice, a un acto tan brutal como el que había ocurrido delante de sus narices. Desconcertado por su actitud ante la mujer que acababa de cruzarse en su vida.

Contento porque mañana iba a volver a verla.

A su llegada a la Estación Central de Roma le aguardaba un individuo que lo condujo en un taxi hasta un apartamento donde mantuvo su primer encuentro con Taras Borodajkewycz, el hombre que el Sicherheitsdienst había logrado introducir en el Vaticano y que sería su contacto en Roma para todo lo relacionado con Eitles Gold.

A Keller no le gustó que no estuviese aguardándole en la estación, según el plan previsto, pero guardó un discreto silencio. Le informó que sus primeras visitas serían a los cardenales Gerardini y López-Riga, después a Dalla Costa, con los tres había tenido negocios con anterioridad. A partir de ahí, sería Taras quien marcaría la pauta.

El espía insistió varias veces a lo largo de la entrevista en que lo más importante era la seguridad. Incluso pareció no gustarle demasiado que empezase sus gestiones al día siguiente.

—¿Sabe cómo localizar a Gerardini, a López-Riga o a Dalla Costa?

—Tengo unos números de teléfono de anteriores ocasiones.

—Muy bien, ándese con mucha cautela. Es preferible no avanzar a dar un paso en falso. En caso de duda, no haga nada y acuda a mí, bajo ningún concepto podemos poner en peligro el éxito de Eitles Gold.

Cuando abandonó el piso para trasladarse al hotel Eden y tomar la habitación, Keller se sentía incómodo. Taras Borodajkewycz, con quien había quedado para almorzar al día siguiente, le parecía un presuntuoso arrogante.

La dirección que le habían dado era un piso en la vía del Corso, muy cerca del palazzo Doria Pamphili. Cuando Herbert Keller cruzó las recias puertas de madera y bronce que daban acceso al lujoso vestíbulo del inmueble, se sintió inmerso en el mundo donde le gustaba desenvolverse. Suelo enmoquetado, paredes enteladas, lámparas de bronce y cristal tallado y espejos con dorados marcos de retorcidas formas.

Como si se materializase de la nada, un portero le salió al paso y le preguntó:

—¿Qué desea el señor?

Herbert se había quitado el sombrero y liberaba sus manos con estudiada parsimonia de los guantes de piel. Se abrigaba con un gabán de excelente paño y

mejor corte.

—¿El cardenal Gerardini?

El portero arrugó la nariz y sus gafas, que parecían sacadas de un baúl de antigüedades, se movieron de forma extraña.

—¿Tiene concertada cita con su eminencia?

La palabra cita en boca de aquel hombrecillo le hizo pensar, por antítesis, en un encuentro con una cortesana de las que en Roma ejercían desde tiempos inmemoriales. Recogió la manga de su abrigo para que quedase a la vista el ostentoso reloj de oro que lucía en su muñeca y con un punto de malicia comentó:

—La cita es a las doce, exactamente dentro de tres minutos.

—Aguarde un momento, por favor.

El portero fue hasta una mesa que le servía de recepción, accionó con una energía que parecía impropia de su físico la manivela de una centralita telefónica y descolgó uno de los dos teléfonos.

—¿Me ha dicho usted que se llamaba?

—No se lo he dicho. —El antiguo beneditino se mostró displicente.

El portero recibió mal la respuesta.

—¿Su nombre, por favor?

—Keller, Herbert Keller.

—¿Puede repetirlo?

—K-e-l-l-e-r.

Marcó un número de dos cifras en el dial y aguardó pacientemente, tamborileando con los dedos de su mano libre sobre el cristal que protegía la superficie de la mesa. Herbert se mantuvo a cierta distancia, vuelto de espaldas, aparentando concentrar su atención en un lienzo de grandes proporciones, en el que se representaba la Adoración de los Reyes Magos. Era una obra barroca, donde los juegos de luces y de sombras marcaban contrastes muy vivos, el Niño Jesús era un foco de luminosidad.

—Reverendo —Keller prestó atención— ha llegado un tal señor Keller, dice que tiene una cita con su eminencia.

Se imaginó la respuesta por las palabras del portero.

—Sí, reverencia... desde luego, lo que su eminencia disponga... Por supuesto... Por supuesto.

Colgó el auricular y elevó la voz:

—Señor Keller, su eminencia le aguarda. Es la tercera planta...

Mientras subía en la dorada jaula de madera con relucientes aplicaciones de latón y bronce, sin el ruido estridente que habitualmente producía el mecanismo que impulsaba los ascensores, daba vueltas en su cabeza a la forma de abordar la parte delicada de la conversación. Mostrar el libro de horas que llevaba en sus manos no representaba problema alguno, las dificultades estaban en la forma en

que había de ofrecerle la financiación.

El ascensor lo llevó hasta la tercera planta, salió a un amplio rellano donde se repetía el buen gusto que había contemplado en el vestíbulo del inmueble. Pulsó el timbre y casi instantáneamente se abrió la puerta. Un joven sacerdote lo condujo hasta el amplio gabinete donde aguardaba Gerardini, quien lo recibió con medida amabilidad, vistiendo las ropas de su dignidad cardenalicia. Le dio a besar su anillo pastoral, un notable rubí engarzado en platino, y le puso, en un gesto amistoso, una mano en el hombro, enviándole un mensaje diáfano:

Eres bien recibido, pero yo soy la autoridad.

Le preguntó por su viaje desde Berlín y por su llegada a Roma, congratulándose de que todo hubiese transcurrido a plena satisfacción.

Gerardini era un sesentón que se conservaba bien. Alto, ligeramente entrado en carnes, el pelo plateado y abundante le daba un aire añadido de dignidad a su porte de verdadero príncipe de la Iglesia. Desde un punto de vista ideológico era un *zelanti*, es decir, formaba parte del grupo de la Curia que se mantenían como independientes en medio de la controversia política que agitaba a Europa.

Lo invitó a tomar asiento en un sillón estilo Luis XIV, tapizado en seda amarilla y blanca. El joven sacerdote que lo había introducido aguardaba, en actitud casi de recogimiento, a que se le diese alguna instrucción o se le invitase a retirarse.

—¿Desea tomar alguna cosa, *herr* Keller?

—Nada eminencia, muchas gracias.

—Puedes retirarte, Marco. —El sacerdote hizo una ligera inclinación de cabeza y desapareció silenciosamente, cerrando la puerta.

—Bien, mi querido Keller, veamos qué nos trae. Tengo que reconocer que ha logrado intrigarme con sus palabras de ayer, espero que respondan a la realidad.

—Su eminencia va a tener la ocasión de comprobarlo inmediatamente.

Con mucha parsimonia deshizo los lazos que cerraban la cinta que ataba el paquete, quitó el recio papel que lo protegía y apareció un delicado envoltorio de seda que Keller abrió con sumo cuidado, como si temiese dañar el contenido. Era puro teatro de experimentado vendedor. No tocó el libro, dejando que fuese el cardenal quien lo tomase en sus manos.

Ante los ojos de Gerardini apareció la maravillosa encuadernación del libro de horas de María de Flandes. Lo cogió casi con ternura y lo abrió con la actitud del devoto. Herbert aguardaba en respetuoso silencio, rebosante de satisfacción al verlo embebido y escrutando hasta las más mínimas reacciones del purpurado. De vez en cuando, el cardenal acariciaba alguna de las finas vitelas donde la escritura parecía cobrar relieve. Se extasiaba ante las ilustraciones que profusamente decoraban aquella obra, que había servido para canalizar la devoción de una condesa de Flandes hacia seis siglos. Era como si a través del tiempo pudiese acariciar las manos de la egregia dama que, se suponía, había

pasado largas horas de oración con aquella joya entre sus manos. Aunque su estado de conservación señalaba un escaso uso o un trato exquisito.

Transcurrían los minutos con un Gerardini silencioso y embelesado en la contemplación del volumen, que no parecía cansarse de mirar y disfrutar bajo la atenta mirada del antiguo benedictino.

—Tómelo como una metáfora —dijo al fin Gerardini—, pero abrir sus páginas y acariciarlas es como descubrir los encantos de una hermosa mujer y gozar de ellos.

—Éste es un placer reservado a muy pocos, eminencia.

El cardenal alzó la cabeza y miró fijamente a Keller.

—¿Dónde lo ha conseguido?

El alemán levantó las manos con las palmas extendidas, hizo un ligero movimiento de hombros y pidió excusas.

—Lo siento, eminencia, pero no puedo revelárselo. Os diré, simplemente, que pertenece a una familia que atraviesa un mal momento.

El cardenal pensó que ésa era una buena noticia. Si atravesaba un mal momento, tendrían necesidad de vender para salir de apuros. Tal vez consiguiese hacerse con él sin que el desembolso le resultase oneroso. Era consciente de que la negociación con el individuo que tenía delante resultaría dura. Lo sabía por experiencia.

—Ciertamente no ha exagerado —concedió Gerardini—, pero mis finanzas no están en su mejor momento —matizó inmediatamente—. ¿Cuánto pide?

Keller trató de calibrar la cifra justa. No asustar a su comprador, aunque sabía que estaba atrapado.

—Su eminencia ha de saber que apenas me han dejado margen de maniobra. Piden una cifra que consideran la cantidad mínima que han de recibir.

—¿Cuánto? —apremió Gerardini.

—Cincuenta mil.

—¿Cincuenta mil liras? ¡Es una suma demasiado elevada!

Herbert hizo un gesto de preocupación.

—No son liras, eminencia. Estoy hablando en marcos alemanes.

—¡Eso es una locura! —El purpurado soltó el libro como si le quemase en las manos.

—La obra los vale, eminencia. —Keller se mostraba humilde.

Gerardini se levantó y comenzó a pasear por el gabinete. Al cabo de un rato, sentenció malhumorado:

—No dispongo de esa cantidad. Incluso si dispusiera de ella me parece un precio abusivo. ¡Imposible!

El antiguo fraile, un auténtico maestro en el arte de la interpretación, señaló con una vocecilla que aparentemente tenía dificultades para salir de su cuerpo.

—No vaya su eminencia a tomarlo como un desaire, pero posiblemente

podría ayudarle.

Gerardini, que en aquel momento estaba de espaldas, se volvió y lo miró con expresión de sorpresa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Veréis, eminencia, he tenido conocimiento de que el gobierno alemán está deseoso de establecer algún tipo de colaboración con determinadas personas.

El cardenal torció el gesto.

—¿Qué quiere decir algún tipo de colaboración?

—No lo sé con exactitud, pero si su eminencia estuviese interesado podría indagar, desde luego con absoluta discreción.

—¿No puede ser más explícito?

Keller miró la mesita que tenía delante, donde reposaba el libro de horas, y vio un cenicero de cristal. Sacó su paquete de player's.

—¿Le importa a su eminencia que fume?

—No, no. Ahí tiene un cenicero —el cardenal hizo un gesto con la mano.

Encendió el cigarrillo y expulsó el humo de la primera calada.

—Tengo entendido que el gobierno de Alemania está dispuesto a retribuir generosamente ciertas colaboraciones a miembros de la Curia. —Nervioso, dio otra calada a su cigarrillo y expulsó el humo antes de continuar—. Esas colaboraciones estarían relacionadas con la posición que los cardenales mantuviesen de cara a la elección del próximo pontífice porque, en Alemania, se da por sentado que la vida de Pío XI pende de un delgado hilo que no tardará en romperse.

—¿En qué consistiría esa colaboración? —El tono empleado por Gardini denotaba dureza.

—No puedo precisárselo a su eminencia con exactitud, pero estaría relacionado con el apoyo a un determinado candidato.

El cardenal unió sus manos en la espalda y se detuvo ante el amplio ventanal que iluminaba el gabinete. Estaba de espaldas a Keller, quien aguardaba su reacción, con creciente inquietud. Así permaneció un buen rato rumiando sus pensamientos.

La figura de Gardini resultaba impresionante recortada sobre el cristal. Los segundos pasaban con una lentitud desesperante para el antiguo fraile.

—¿Me equivoco si digo que la pretensión del gobierno alemán es comprar el voto de algunos de los integrantes del cónclave que se avecina?

En un primer momento, Keller no supo cómo interpretar las palabras del purpurado. Al estar de espaldas no contaba con la ayuda que podía proporcionarle la expresión de su rostro. No sabía si iba a echarlo de allí a patadas o era la forma de avanzar en la propuesta que había dejado caer. Con mucha cautela se limitó a afirmar que era una forma muy dura de plantear la cuestión. El cardenal, sin volverse, hizo una nueva pregunta:

—¿Cuál es la cantidad que los alemanes estarían dispuestos a poner sobre la mesa?

Una pregunta como aquélla era lo mejor que podía llegar a sus oídos. Más animado, continuó mostrándose cauto, nunca se sabía con un miembro de la Curia. Además, Gerardini era florentino y por Roma circulaba el dicho de que los naturales de la bella capital de la Toscana podían apuñalarte en el momento en que te abrazaban y te daban un beso en la mejilla.

—No podría decirse con exactitud, pero suponga su eminencia que hablamos de una suma respetable.

—En ningún caso, mi querido amigo, puede calificarse de respetable la compra de un voto.

—Su eminencia ha de disculpar mi torpeza, lo que quería decir es que, en todo caso, la suma ha de ser considerable.

—¿Podría aventurar una cifra?

La silueta de Gerardini, recortada sobre el ventanal parecía agigantarse cada segundo que pasaba. Continuaba de espaldas, inmóvil.

—No sé... tal vez podría alcanzar...

—¿Los cincuenta mil marcos? —Se había dado la vuelta, sorprendiéndole. En su mirada había algo difícil de describir, pero que resultaba sobrecogedor. A Keller le costó trabajo que las palabras saliesen de su boca. Ahora no era teatro.

—Pudiera ser.

El cardenal se acercó hasta donde el alemán permanecía sentado y éste se sintió tan intimidado, que un impulso interior le hizo ponerse de pie. Los dos hombres se midieron frente a frente, separados por la mesita donde reposaba el libro.

—Podría estudiar la oferta, si fuese el doble de esa cantidad. —Las palabras de Gerardini sonaron rotundas, contundentes.

—¿Significa eso que su eminencia estaría en disposición de asumir las indicaciones de Berlín?

El prelado se acercó hasta su mesa y sacó un habano de una caja de piel, lo cortó con la precisión del experto por uno de sus extremos y lo calentó con una larga cerilla por el otro, antes de encenderlo definitivamente. No se molestó en ofrecerle uno a Keller, era una forma de manifestarle su superioridad, de decirle otra vez que era él quien controlaba la situación.

—Digamos que es probable.

—¿Solo probable? —preguntó envalentonado.

—Mi querido amigo, probable es más que posible. Simplemente, todavía no se da por seguro.

—¿Y cuándo podría su eminencia darme seguridades?

Gerardini fijó su mirada en el puro que había empezado a fumar.

—Antes sería necesario aclarar algunos pormenores.

Keller aguardó a que fuese más explícito, pero como la aclaración no llegaba, terminó por preguntar:

—¿Cómo por ejemplo?

—Por ejemplo, ¿cómo se efectuaría el pago? ¿Intervendría alguna otra persona? ¿Cuántos votos intenta conseguir el gobierno alemán por ese procedimiento? ¿Si fuesen varios, qué tipo de relación habría entre los cardenales que aceptasen el ofrecimiento? ¿Cómo se llevaría a cabo el control de ese voto, siendo secreto y en cónclave? Es decir, aislados del mundo exterior. Como verá, querido Keller, se trata de numerosas interrogantes, cuya respuesta necesito antes de dar las seguridades que usted me pide. Además, antes de tomar una decisión, tendría que conocer el nombre del candidato por el que apuesta el Reich.

—Me parece muy razonable su posición, eminencia. En este momento yo no estoy en condiciones de dar satisfacción a sus inquietudes, aunque podría responderle a algunas de las cuestiones planteadas.

—Pues hágalo.

—El pago se haría en oro, lingotes del Reichbank y no habría otra persona en la negociación. El deseo del gobierno alemán es conseguir por este procedimiento el voto de al menos una docena de integrantes del cónclave.

Gerardini frunció el ceño.

—Haría falta una auténtica fortuna para cubrir ese objetivo.

—Por los datos que poseo, el Reich está dispuesto a no escatimar esfuerzos en esta operación.

—¿Quién más está al tanto de todo esto?

—¿Se refiere su eminencia a otros miembros del colegio cardenalicio?

—Sí.

—Creo que su eminencia es el primero.

—Esa respuesta no me satisface. Necesito certezas, no creencias.

—Su eminencia es el primero.

Gerardini hizo una mueca difícil de interpretar.

—¿Cuál es la causa de ese honor?

—La relación que su eminencia tiene conmigo.

El prelado señaló el libro de horas de María de Flandes.

—Supongo que lo ha utilizado como cebo.

—Yo no utilizaría esa palabra para referirme a su eminencia. Digamos que su amor por los libros ha sido un elemento importante a la hora de tomar una decisión.

—¿Quién más está al tanto de la propuesta que me ha hecho?

—Nadie.

—¿Estaría dispuesto a jurarlo?

—Por lo que usted me pida.

—Está bien, no es necesario, pero he de reflexionar. Necesito setenta y dos horas. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto, eminencia. Sin embargo, debe saber que en ese tiempo visitaré a algún otro miembro de la Curia.

—¿Tendrá conocimiento de nuestra conversación? —En la frente de Gerardini se había dibujado una arruga.

—Puede dar por seguro que no. Lo mismo que su eminencia no sabrá a quién puede llegarle otra propuesta.

—Me parece justo —sentenció el cardenal—. Si no tiene inconveniente, nos veremos pasado mañana a la misma hora y en este mismo lugar.

—Como su eminencia disponga.

Mientras Keller recogía el libro y lo envolvía con menor primor que el puesto a la hora de mostrárselo al cardenal, éste se acercó a su bufete y pulsó un timbre disimulado. Instantes después apareció el sacerdote que lo había conducido hasta el gabinete.

—Marco, acompaña a *herr* Keller.

Estaba ya en la puerta cuando el purpurado comentó:

—La próxima vez no olvide usted explicarme qué procedimiento piensan emplear para controlar los votos. Y, por supuesto, quién sería el candidato a apoyar.

El encuentro con aquella mujer había turbado su espíritu. La tentación de la carne no había significado un problema grave para él, salvo en los primeros tiempos del seminario. En su juventud apenas vivió algunos escarceos amorosos con compañeras de la universidad y, con otros amigos, había acudido en dos ocasiones a un burdel de Venecia. La primera vez, nervioso ante una perspectiva desconocida, lo hizo por no quedarse atrás del resto de sus amigos. Tenía dieciséis años y fue la manera como celebraron el final de su bachillerato. La segunda en una noche de alcohol, cuando estaba ya estudiando derecho.

Desde que había salido de la Grossdeutschland no había podido apartar de su cabeza la imagen de Magda y no, precisamente, por causa de la información que le había facilitado. En su mente resonaba el crujido de la seda de sus medias. Era la mujer más hermosa que había conocido. Apenas sabía de ella, pero Niccola se sentía atrapado, pese a la consciencia del peligro que ello encerraba para un hombre de su condición.

El taxi lo había dejado en la puerta de la pensión Weissense, en un callejón a la espalda de la Invalidenstrasse. Era un lugar discreto y acogedor. La dueña, *frau* Harpe, viuda de un suboficial muerto en Verdún, en la Gran Guerra, lo recibió como si fuese un cliente habitual, lo acompañó hasta su habitación, pequeña pero limpia, y le informó de que la tenía reservada para tres noches. A *frau* Harpe le llamó la atención que Rolando Brancusso hablase alemán de una forma tan correcta. « Sin acento, como un berlinés » .

Storzi improvisó una mentira, indicando que, aunque su padre era italiano, su madre era alemana, berlinesa.

La respuesta llenó de alegría a la patrona, que le sugirió no demorarse porque el horario de la cena estaba a punto de terminar. Aunque aquella noche gozaría de una especial consideración, después de un viaje tan largo.

Una vez a solas sintió una punzada de nostalgia. En realidad, hacía poco más de un año que se había marchado para salvarse de las cárceles nazis y trasladarse a Roma como profesor del Teutonicum. Pero pronto esos pensamientos volaron de su cabeza, porque en su mente continuaba presente la imagen de Magda. Ni siquiera sabía su apellido y tampoco si aquél era su verdadero nombre.

Deshizo su equipaje, aquella maleta con la que intentaba adquirir aire de viajante de comercio, y bajó al comedor donde había otros dos clientes, que ya terminaban su colación. A todos llamó la atención que no se quitase el sombrero.

La cena le proporcionó un rato en que apartó de su mente la imagen turbadora de la mujer que acababa de conocer. Pero cuando de nuevo se encontró en la austera soledad de su dormitorio, se sintió mal. No podía quitársela de la cabeza. Siguiendo un impulso se puso el abrigo, cogió su sombrero y sus guantes, y salió a la calle. Tomó un taxi y le indicó una dirección próxima a la Bendlerstrasse.

Cuando dejó el taxi caminó dos manzanas hasta llegar a ella. Deambuló por la acera de los impares y a la altura del número 14 comprobó que se filtraba luz a través de las cortinas en dos de las ventanas de la primera planta. Supuso que ella estaba allí y trató de imaginarse qué estaría haciendo. Se detuvo un instante, cruzó la calle y comprobó que la puerta estaba cerrada y el vestíbulo sumido en la oscuridad.

Una simple ojeada le había bastado para percatarse de que se trataba de un inmueble de calidad, a tono con el barrio donde estaba emplazado. Magda debía de pertenecer a una familia acomodada. Una familia judía acomodada. La calle estaba solitaria y silenciosa, como si la vida hubiese desaparecido de ella, quizá porque la temperatura era muy baja. Se frotó las manos enfundadas en sus guantes para ahuyentar el frío y continuó caminando. Sintió deseos de gritar su nombre. No quiso pensar en lo que habría hecho si la puerta de la casa hubiese estado abierta.

Al llegar al cruce con la Postdamerstrasse, tomó un taxi al que indicó la dirección de su pensión. Si en aquel paseo nocturno había buscado alivio a su desazón, se había equivocado.

En su cabeza martilleaba una frase de su madre:

«Ser sacerdote no significa renunciar a los placeres que Dios nuestro señor ha puesto a nuestro alcance».

Estaba seguro de que su madre no se refería a los placeres que atormentaban su mente.

Herbert Keller se sentía eufórico. No podía haber empezado con mejor pie. Pensaba que con Gerardini era cosa hecha. Había visto brillar la codicia en los ojos del cardenal, aunque le preocupaba la astucia del toscano. Su última pregunta sacaba a la superficie los profundos recovecos de un espíritu taimado.

¿Cómo tenían pensado controlar un voto secreto en un lugar donde el acceso estaba vetado a quien no perteneciese al colegio cardenalicio?, se preguntó también Keller. Aunque era una cuestión que a él le traía sin cuidado, estaba claro que el Amt II tenía que haber pensado en ello. Trataría de recabar información de Hartl, por si tenía que hacer alguna indicación a sus «clientes»

en ese sentido y sobre todo porque tenía que dar una respuesta al cardenal. Se lo preguntaría cuando lo llamase para informarle de cómo marchaba la operación.

Tenía previsto aprovechar la jornada. Almorzaría con Taras Borodajkewycz en un pequeño restaurante cercano al Eden, y para las siete había concertado la segunda de sus citas con otro miembro de la Curia, un cardenal español.

Luego le tocaría el turno al arzobispo de Turín. A partir de ese encuentro tendría que ser Taras quien le indicase los movimientos más adecuados. Hartl le había ponderado la habilidad del « topo » para relacionarse en las más selectas esferas del poder vaticano, donde presumía de tener excelentes contactos. A Keller le pareció un bocazas presuntuoso, muy pagado de sí mismo. Era posible que fuese una actitud premeditada para ocultar su verdadera personalidad. Quizá bajo una apariencia de teólogo experimentado y conocedor de los mecanismos que movían los complicados engranajes de la Curia, se escondía el pilar más importante del Sicherheitsdienst en el Vaticano.

Pronto saldría de dudas porque a partir de las visitas programadas, sería Taras quien, con sus contactos en aquel círculo hermético y cerrado, tendría que facilitarle el acceso a los monseñores, aunque él podría hacer todavía otro par de gestiones.

El tiempo de que dispondría entre ambas reuniones lo emplearía en dejarse ver por el elegante café Greco, donde, según le había informado un conserje del Eden, después de una adecuada propina, podría encontrar a alguna señorita dispuesta a alegrarle su estancia en la ciudad. Al parecer allí todo era muy discreto, casi confidencial, según le había explicado el conserje.

Borodajkewycz, un vienés de origen ucraniano, ya lo aguardaba en un reservado del pequeño restaurante donde se habían citado. Keller, que llegaba con unos minutos de retraso, le pidió disculpas. Había tenido que ir hasta el hotel para dejar a buen recaudo, en una caja fuerte, el libro de horas de María de Flandes.

A los postres habían analizado detenidamente la situación. Otra vez, en opinión de Keller, el topo había alardeado más de lo conveniente para alguien que se dedicaba a una actividad tan discreta como el espionaje. El antiguo benedictino había ratificado la negativa impresión que le había producido en su primer encuentro. Volvió a parecerle presuntuoso y pagado de sus importantes relaciones dentro de la Curia. En un momento de la conversación hasta se había mostrado despectivo con las gestiones realizadas por Keller, indicándole que su sensación de euforia por la actitud mostrada por Gerardini no estaba justificada. En opinión de Borodajkewycz era un asunto menor, aunque el vienés le reconocía cierta importancia.

El momento más embarazoso del almuerzo se había producido cuando le explicó con detalle la entrevista que acababa de mantener, se mostró disconforme, y hasta indignado con el hecho de que Herbert hubiese considerado

como buena —si bien no había nada cerrado— la cifra de cien mil marcos para hacerse con el voto del cardenal, si éste finalmente aceptaba la proposición. Pareció apaciguarse algo cuando le comentó que a esa cantidad habría que restarle la mitad en concepto del importe en que había tasado el libro por el que su eminencia había mostrado gran interés.

Borodajkewycz no abandonaba su actitud displicente cuando, como colofón a la comida, daba pequeños sorbos a su copa de licor.

—Ya verá, ya verá. En los próximos días caerán como frutas maduras, a racimos —comentaba con desdén—. Jamás he visto un lugar donde la codicia tenga mejor asiento. ¡Ah! ¡Si los conociese como yo!

—¿Cuántos cree usted que podemos abordar, sin poner en peligro la operación?

El vienés puso cara de no entender.

—¿Ha dicho poner en riesgo la operación?

—Sí, eso he dicho. Ayer usted insistió varias veces en la importancia de la discreción. Imagínese usted por un momento que uno de los cardenales rechaza la propuesta y decide hablar.

—¡Eso es imposible! —Pronunció las tres palabras de una forma que no admitía discusión.

Estaba claro que el espía del Sicherheitsdienst pisaba un terreno seguro. Sus afirmaciones a lo largo de toda la comida habían sido formuladas con la rotundidad de quien domina una situación.

Herbert hizo un gesto de duda y preguntó, como si temiese ofender:

—¿Ni siquiera se lo puede plantear como una hipótesis? ¿Como una simple posibilidad?

—No es posible, mi querido amigo. Las personas a quienes abordaremos están implicadas en asuntos lo suficientemente oscuros como para que sean los primeros interesados en que nada se remueva. Una declaración pública sobre la existencia de una operación de compra de votos con vistas al cónclave promovería tal escándalo que conmovería hasta los mismísimos cimientos del Vaticano. Eso es algo que en modo alguno interesa a nuestros amigos porque se destaparían las alcantarillas y no puede imaginarse la mierda que saldría por ellas. El primero en pagar las consecuencias sería quien hiciese una cosa así. ¡Si usted supiese lo que yo sé!

—Sin embargo —insistió Keller—, siempre existe la posibilidad de morder una manzana que no esté podrida.

Borodajkewycz fijó los ojos en el ambarino líquido de su copa.

—En eso tengo que darle algo de razón, ése es el único riesgo que corremos. Lo que significa que antes de que tome cualquier iniciativa, habrá de tener seguridades. Pero quédese tranquilo *herr* Keller, para eso estoy yo aquí. Para indicarle dónde hay que morder.

Acostumbrado a la cautela que imponía un negocio como el de la compraventa de joyas bibliográficas, donde el sigilo y el misterio eran bazas fundamentales, o al silencio que cubría las tareas de espionaje que había realizado —nada ni remotamente comparable con la operación Eitles Gold—, las palabras del sujeto que tenía enfrente no hicieron sino ratificar la mala impresión que le había producido el día anterior.

Herbert sabía lo meticulosos que eran los servicios de espionaje alemanes y prueba de ello eran las precisas instrucciones que Hartl le había dado al despedirlo en la Schlesischer Bahnhof. De acuerdo con ellas, Borodajkewycz debería haberle esperado en la cafetería de la estación y no había sido así. ¿Un gesto para ponerle de manifiesto que era él quien movía los hilos de aquel entramado? ¿Una forma de dejarle claro que él era un simple peón y que el control lo ejercía él?

Sin embargo, el hecho de ser el hombre de confianza del Sicherheitsdienst en el Vaticano y, sobre todo, que le hubiesen confiado una fortuna de tres millones de marcos en lingotes de oro, hizo que no diese importancia a las pequeñas modificaciones en el plan establecido y concediese crédito a afirmaciones tan rotundas.

—¿Tiene ya algún nombre concreto a quien pueda dirigirme? —preguntó Keller.

El sacerdote vienes dio otro sorbo a su copa y meditó la respuesta.

—Aún debemos aguardar unos días. La selección de las piezas ya está hecha, pero he de asegurar algunos detalles.

—Tenía entendido que habíamos de movernos sin prisas, para evitar errores, pero que el tiempo corría en nuestra contra.

—Todavía disponemos de tiempo más que suficiente —sentenció Borodajkewycz—, el Papa aún aguantará algunas semanas.

Keller se acordó de las prisas que la Gestapo se había dado para sacarlo de Engelberg y estropearle un bonito negocio. Borodajkewycz era el experto y quien controlaba los mecanismos de una operación, a la que él había sido incorporado en el último momento. Su papel era de mero intermediario para sondear a algunos miembros de la Curia, con los que tenía una relación puramente mercantil, con el objetivo de ampliar el número de cardenales que podían sumarse a Eitles Gold. Sin embargo, su olfato de negociante —al fin y al cabo aquello era un negocio— le decía que había algunas piezas que no encajaban en el complicado rompecabezas puesto en marcha. Decidió preguntarle acerca de la forma de controlar los votos sobre el posible candidato.

—Una cuestión que esta mañana ha surgido en mi visita a Gerardini ha sido la relativa a la forma de controlar un voto que es secreto y que se emite en un lugar donde únicamente están los miembros del colegio cardenalicio. ¿Cuál será el procedimiento para controlar los votos? Es algo que no parece fácil y su

eminencia está muy interesado en saberlo y, la verdad sea dicha, también a mí me ha picado la curiosidad. Asimismo quiere conocer, antes de decidirse a aceptar nuestra oferta, el nombre del *papabile*.

El vienésapuró el contenido de su copa y chasqueó la lengua en un gesto que a Herbert le pareció una expresión de vulgaridad.

—Primero tendrá que mostrar una mejor disposición a colaborar, no vamos a enseñarle todas nuestras bazas, sin que él descubra sus cartas. Gerardini sabe de sobra por dónde caminan nuestras preferencias. Sepa que estamos hablando del arzobispo de Turín, o el de Florencia y por qué no el de Milán, Ildefonso Schuster, quien ha hecho algunas declaraciones que podría suscribir el propio Führer.

La respuesta del espía no aportaba gran cosa, pero Keller pensó en Elia Dalla Costa. Resultaría cómico buscar la compra de su voto, si él iba a ser el candidato.

La visita de Von Bergen a Berlín había removido las aguas en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Allí se desconocía una operación denominada Eitles Gold y, en un primer momento, se barajó la posibilidad de que todo fuese una añagaza de Pignatti. No obstante, el embajador ante la Santa Sede hizo ver a sus superiores la gravedad de la situación, en caso de que dicha operación fuese real. Ante su insistencia y, sobre todo, por la importancia que en aquel momento se daba a los asuntos relacionados con el Vaticano, se pusieron al habla con la Abwehr, utilizando los canales habituales de consultas sobre operaciones catalogadas como secretas.

Dos altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores se trasladaron hasta el número 74 de la Tirpitz Ufer Strasse, sede del espionaje alemán, donde mantuvieron una breve entrevista con Josef Müller, el hombre de confianza de Canaris en Roma, que casualmente se encontraba en Berlín. Müller afirmó ignorar de qué le estaban hablando.

El espía se había limitado a señalar, con cierto desdén:

—Podrían preguntar a los del Sicherheitsdienst.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque esos muchachos son capaces de cualquier cosa.

Los jocosos comentarios de Müller tuvieron graves repercusiones porque desde el Ministerio de Asuntos Exteriores decidieron preguntar en el Sicherheitsdienst por una denominada operación Eitles Gold que ya estaba en marcha.

En el cuartel general de Reinhard Heydrich se encendieron todas las alarmas.

El embajador Von Bergen había escuchado, en boca de su colega italiano, las dos palabras que denominaban la operación y que estaba relacionada con la búsqueda de apoyos para el cónclave que se avecinaba. Se quedaron estupefactos cuando supieron que Bonifacio Pignatti también había aludido a la

afición del cardenal Dalla Costa por los manuscritos antiguos.

Las relaciones del servicio de espionaje nazi con la Abwehr eran de franca rivalidad y sus máximos responsables, Reinhard Heydrich y Wilhelm Canaris, se profesaban tal hostilidad que alguna vez había faltado poco para que llegasen a las manos. En reiteradas ocasiones se habían planteado conflictos de competencias entre los espías de uno y otro servicio, y se habían culpado mutuamente de interferencias que habían hecho fracasar misiones importantes.

El máximo responsable de la Abwehr exigió explicaciones cuando supo que, efectivamente, había en marcha una operación denominada Eitles Gold de la que no estaba informado. Más aún, lo desconocía absolutamente todo.

Al final Canaris tuvo que morderse le lengua porque desde la Cancillería del Reich le indicaron que se trataba de una operación especial a la que el propio Hitler había dado el visto bueno. Que el máximo responsable de la Abwehr inclinase la cabeza, no significaba que se olvidase del asunto. Dio instrucciones a Josef Müller para que, con la máxima discreción, tratase de conseguir detalles de aquella operación encubierta. Por su parte, a Diego von Bergen se le facilitaron algunas explicaciones, las imprescindibles para que intentase sonsacar a Pignatti la vía por donde había logrado enterarse de que Eitles Gold estaba en marcha. También se le ordenó que regresase inmediatamente a sus funciones diplomáticas en el Vaticano. La situación era tan delicada que no permitía alejamientos de un punto donde iban a tener lugar importantes acontecimientos.

El viaje de Von Bergen a Berlín sirvió para que en el Sicherheitsdienst cundiese un gran desconcierto.

Su prioridad en aquellos momentos era encontrar al topo que tenían metido en las alturas de su propia organización. Sus temores apuntaban en dos direcciones. Por una parte, en la posibilidad de verse envueltos en un monumental escándalo, si se hacían públicas sus maquinaciones. Porque si tal cosa ocurría perderían cualquier posibilidad de influir en el cónclave. Por otra, tenían un grave problema en su seno, aunque las palabras del embajador italiano, acerca de las aficiones del arzobispo de Florencia, señalaban, con muy poco margen de error, hacia dónde tenían que dirigir sus pasos.

En las últimas horas la operación Eitles Gold había dado un giro espectacular. Aunque no abandonaban su objetivo, Heydrich había considerado prioritario que la crisis no les estallase en las manos y se convirtiera en una catástrofe por la que Hitler pediría cabezas. Eran conscientes de que la información no se había movido más allá de media docena de personas —en determinadas circunstancias podían considerarse una muchedumbre—, por lo tanto de allí se había tenido que filtrar información. Estaban hablando de los escalones superiores del Sicherheitsdienst. En aquel momento todos eran presuntos culpables porque en un estado policíaco, como era la Alemania de Hitler, todos eran sospechosos en condiciones de normalidad. Si había una situación anormal, se pasaba de la

presunción de sospecha a la de culpabilidad.

Después de haber estado en una reunión con el mismísimo Adolf Hitler, Albert Hartl estaba convencido de que su posición mejoraría de forma sustancial en los meses siguientes. Se sentía lleno de optimismo cuando, poco después de las ocho de la mañana, abandonó el apartamento que compartía con Monika Gessler.

Apenas habían transcurrido cinco minutos desde que saliera a la calle, cuando el timbre de su apartamento sonó con insistencia. Con aspecto adormilado y apenas cubierta su desnudez con un diminuto salto de cama, a Monika se le quedó atragantada la protesta que iba a salir de su boca. Esperaba encontrarse a un Albert que habría olvidado alguna cosa, y se vio empujada, sin ninguna consideración, por uno de los tres matones que irrumpieron violentamente en el apartamento.

Necesitó algún tiempo para percatarse de lo que ocurría, aunque ante sus ojos estaba materializándose el temor que había presidido su vida desde hacía muchos meses.

La única resistencia, ofrecida inicialmente, fue la de hacerles saber que aquella era la casa del obersturmbannführer Albert Hartl, a lo que uno de los individuos respondió que precisamente por eso habían entrado en ella. A continuación, añadió con sorna que también estaban al corriente de que era la puta que calentaba su cama.

El miedo de Monika a las privaciones y al dolor físico desde su infancia le había producido terror. Bastó un breve interrogatorio para que respondiese con detalle a lo que le preguntaron.

A la Gestapo le había resultado tan fácil la confesión que hubo un momento en que pensaron si no se trataría de una trampa, urdida con habilidad por aquella *schwarze jude* —perra judía—, para ganar tiempo. Los de la Gestapo habían quedado sorprendidos cuando, además de confesar su sangre judía, les contó una increíble historia acerca de una operación bautizada como Eitles Gold en la que se invertiría la fabulosa suma de tres millones de marcos en lingotes de oro, destinada a conseguir los votos necesarios para que el próximo papa fuese un aliado del Reich.

—Si nos has mentido, tendrás tiempo para arrepentirte —la intimidó uno de los policías, exhibiendo ante su cara la incandescente punta del cigarrillo que

estaba fumándose.

La mujer, acurrucada en un sillón, bajo la débil protección de una manta, gimíó ante la amenaza. Solo entonces se dio cuenta del grave error que había cometido, la policía sabía mucho menos de lo que ella se había imaginado. Sus temores le habían jugado una mala pasada.

Por un instante pensó en el futuro que le aguardaba: uno de los campos de trabajo donde —se decía en voz baja— los judíos eran explotados, en condiciones inhumanas, hasta el agotamiento y la muerte.

Una corriente de aire entró por la ventana que uno de los policías había abierto, Monika sintió frío pese a la protección de la manta.

Por la mente de Ruth Wissemann —ése era su verdadero nombre— pasó, como una cinta de cinematógrafo, el radical cambio que había sufrido su vida en los últimos dos años. Sus padres la habían mimado hasta extremos indecibles, dándole todo lo que deseaba. Le habían consentido caprichos que a su hermana mayor jamás le hubiesen permitido. Era la pequeña de la casa, la niña mimada de una familia de judíos adinerados, dedicados desde hacía cinco generaciones al comercio de las piedras preciosas, con establecimientos en Amsterdam, París, Londres y Roma. Había viajado en los mejores trenes y se había alojado en los hoteles más lujosos, disfrutado de todo lo que la vida puede ofrecerle a una rica heredera. Practicó el tenis y ejercitó la natación, mientras cursaba sus estudios de bachillerato y posteriormente los primeros años de química en la Universidad de Berlín.

Su vida cambió cuando, poco después de la llegada de los nazis al poder, comenzaron primero privándoles de los derechos ciudadanos y posteriormente sometiéndolos a una persecución cada vez más intensa. Las dificultades para continuar con su próspero negocio se fueron acumulando y poco a poco se produjo a su alrededor un vacío cada vez mayor. Fue extremadamente doloroso ver cómo amigos de toda la vida les volvían la espalda. Todo porque los Wissemann habían cometido el grave delito de ser judíos.

Apenas un par de familias les mantuvieron su amistad, aunque de forma discreta. Sin embargo, fue suficiente para que la víspera de la detención de sus padres, recibiesen un aviso poniéndoles alerta sobre lo que iba a suceder. Su padre tomó entonces una decisión heroica. Él y su esposa se sacrificarían para darles una oportunidad de salvación a sus dos hijas. Las obligaron a trasladarse a otro barrio de Berlín, donde poseían un piso, les facilitaron dinero en metálico, una buena provisión de diamantes —su padre siempre había dicho que era un valor más seguro que el propio oro— y les dio un consejo: que improvisasen una nueva identidad y trataran de salir de Alemania lo antes posible. Sus socios de Londres podrían ayudarles si lograban llegar a Gran Bretaña, allí las cosas no eran como en Alemania. Antes de despedirse les dio el nombre y el número de teléfono perteneciente a un hombre de quien ni ella ni su hermana habían oído

hablar jamás. También una advertencia: únicamente acudirían a él en caso de extrema necesidad.

Se despidieron la víspera de la desaparición de sus padres. Nunca volvieron a saber de ellos, salvo que habían sido sacados de Berlín en un tren de mercancías, junto a muchas otras personas, judíos como ellos, que partió con destino desconocido de la Friedrichstrasse Bahnhof. El dinero que su padre les proporcionó se acabó a los pocos meses. Su hermana y ella decidieron que vender los diamantes las pondría en un grave peligro porque levantaría sospechas. Fue entonces cuando ella decidió buscarse la vida. No le gustaba pensar en la forma como había llegado a la situación en que se encontraba: bailarina de *streptase* en el Pigalle, el famoso *cabaret* de la Herrenstrasse, y amante de un nazi repulsivo.

Así habían transcurrido algunos meses más, hasta que ella y su hermana habían decidido utilizar el número de teléfono que su padre les facilitó la víspera de su partida. Aquel contacto iba a proporcionarles los ansiados pasaportes que les permitirían abandonar Alemania, pero a cambio les pidió información que estaba al alcance de Ruth. Lo que la joven le contó iba mucho más allá de lo que habían podido imaginar. Buscaban datos para proteger a los sacerdotes de la animadversión de Hartl y se habían encontrado con la operación Eitles Gold.

Los últimos días transcurrieron muy deprisa. Su hermana le había dicho que sus penalidades tocaban a su fin, porque tendrían los ansiados pasaportes. En aquel momento Ruth Wissemann estaba comprobando que sus ilusiones se iban al traste.

En un instante tomó la decisión más dura de su vida.

Aprovechó un momento de descuido de los policías, muy relajados después, de haber obtenido un valioso caudal de información, para abalanzarse sobre la ventana y arrojar al vacío. Se escuchó un ruido seco y su cuerpo, tras caer a peso desde una altura de cinco plantas, quedó inerte sobre las frías losas de un patio de vecinos.

Niccola Storzi había pasado una de las peores noches de su vida. Había rezado durante horas, tratando, mediante el recurso a la oración, de poner bálsamo en su atormentado espíritu y encontrar una luz en medio de las tinieblas. Le aterrorizaba pensar la forma que en su ánimo había prendido aquella atracción.

Recordaba que en sus años de seminarista sus profesores le advertían, una y otra vez, sobre los peligros que suponía la atracción de la carne. El padre Margheratti había llegado a afirmar que el mal que azotaba al mundo estaba encarnado en la mujer desde el principio de la creación, desde los tiempos de nuestros primeros padres. Cuando Niccola escuchaba afirmaciones como aquéllas, pensaba en su madre y no comprendía las afirmaciones del padre

Margheratti. ¡Cómo iba su madre a ser la representación del mal! Durante la larga noche fue consciente de que, si acudía a su cita con Magdalena, podía deslizarse por una pendiente cuyo final no imaginaba, pero el recuerdo de sus piernas al moverse, el crujir de la seda de las medias lo fustigaban como si estuviese en la antesala del infierno y allí le mostrasen los instrumentos del castigo.

A lo largo de la noche había decidido no acudir a su cita con Magdalena por lo menos media docena de veces para, a continuación, arrepentirse. Una y otra vez lo vapuleó el tormento de la duda. Al amanecer tomó la decisión final, acudiría para ver a aquella mujer que no podía sacar de sus pensamientos para cumplir con su palabra, luego se marcharía en el primer tren que lo llevase hacia Roma. Era consciente de que esa decisión era una fórmula para engañar a su conciencia.

La víspera, a su regreso del paseo que le condujo hasta la Bendlerstrasse, *frau* Harpe le había dado, cuando se disponía a recoger de la pequeña recepción de la pensión la llave de su habitación, un sobre que habían dejado para entregárselo en mano. Estaba dirigido a Rolando Brancusso y lacrado con un sello que garantizaba su confidencialidad; un sello que él ya conocía sobradamente. En su interior había un *rapporto rosso* con un texto muy breve.

Las órdenes de Octogonus eran tajantes:

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN EL NOMBRE DE DIOS

Es urgente que regrese a Roma. Hágalo en el primer tren que salga de esa ciudad.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

A pesar de las instrucciones de Octogonus, su decisión era firme. Acudiría a su encuentro con Magdalena y luego tomaría el primero de los trenes que le condujera hasta Roma.

Se levantó temprano, se afeitó, se lavó y se vistió sin prisas. Bajó al pequeño comedor y *frau* Harpe le sirvió un copioso desayuno. Luego pidió la cuenta y, ante la extrañeza de la patrona, se vio en la obligación de explicarle que, en la carta que le había entregado la víspera, le indicaban que regresase a Roma lo antes posible. No le decía la verdad, pero tampoco mentía.

Poco después de las nueve y media el Mensajero, embutido en su abrigo y con el sombrero, que se había convertido fuera de la intimidad de su habitación

en algo imprescindible, se dirigía a la Anhalter Bahnhof. Dejó la maleta con sus pertenencias en la consigna de equipajes, pagó a nombre de Rolando Brancusso por una tarifa de veinticuatro horas y guardó el resguardo en el bolsillo de su abrigo. Sabía que en la Alemania de Hitler la policía podía registrar sus pertenencias, pero tal circunstancia solamente le produjo malestar porque en su equipaje no encontrarían ninguna cosa que pudiese comprometerlo. Por eso, su verdadero pasaporte, a nombre de Niccola Storzi, lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón. En el abrigo su mano tocó el sobre donde estaba el *rappporto rosso* que todavía conservaba. Pensó que ya tenía que haberse deshecho de él, lo haría en la primera ocasión que tuviese.

Le informaron de que el único tren a Roma tenía fijada su salida a las trece horas y cuarenta y cinco minutos y que ya no saldría otro hasta el día siguiente a la misma hora. Pidió información sobre los trenes que partían para Italia. Había otros dos y se decidió por un expreso a Milán que salía a las diecinueve veinticinco y tenía prevista su llegada a la capital lombarda al mediodía siguiente; desde allí le resultaría fácil desplazarse hasta su destino y se dijo a sí mismo, como una forma de autojustificar la decisión que acababa de tomar, incumpliendo las órdenes de Octogonus, que el retraso no sería significativo. Al fin y al cabo todos los caminos conducían a Roma.

El ambiente que se respiraba en el barrio donde estaba el piso rezumaba placidez. Como había vislumbrado la noche anterior todo indicaba que era una zona residencial donde vivía gente acomodada. Lo denotaba el aspecto de los edificios, las tiendas, la indumentaria de los transeúntes, los vehículos que circulaban. Todo hablaba de tranquilidad y sosiego.

Desde que salió de la estación de ferrocarril había deambulado por calles apartadas y alejadas de las zonas que había frecuentado durante su estancia en la ciudad. Lo peor que podía ocurrirle era encontrar a algún conocido y tener que dar explicaciones. Había comprado el diario nazi *Völkischer Beobachter* y lo había hojeado mientras tomaba un café en la barra de una cervecería. El diario estaba dedicado en más de un setenta por ciento a alabar los logros de la Nueva Alemania y a ensalzar la figura del Führer. Se había sentido asqueado. Después de arrojar el diario a una papelera y pasar los últimos minutos de espera, curioseando ante los escaparates de algunos establecimientos —se distrajo momentáneamente ante una tienda de electrodomésticos, donde se mostraban los últimos adelantos en la tecnología del sonido— enfiló la Bendlerstrasse cinco minutos antes de las doce.

A pesar de que su decisión de verse con Magdalena era firme, mientras salvaba los últimos metros que lo separaban de la dirección que ella le había dado, tuvo que vencer una íntima resistencia. Como si algo en su interior le

repite que estaba a punto de cometer un grave error.

La lujosa puerta del inmueble estaba abierta y daba acceso al amplio vestíbulo que la víspera apenas había tenido ocasión de vislumbrar. Era sobrio y elegante, muy alejado de la ostentación habitual en muchos de ellos. Se alegró de no ver al portero por ninguna parte, y decidió que no merecía la pena utilizar el ascensor para subir a la primera planta. En el rellano había dos puertas, por su aspecto dedujo que una era la principal y la otra la de servicio. Pulsó el timbre y aguardó, presa de una tensión que le afectaba al estómago. Por un momento, pensó si habría alguien más con Magdalena. Pasaron unos segundos sin obtener respuesta lo que hizo que sintiese la tentación de marcharse, pero en lugar de hacerlo volvió a pulsar el timbre.

Se había precipitado, porque apenas apagado el ruido, escuchó cómo se describía un cerrojo y sonaba el chasquido de la cerradura que abría la puerta. La imagen de Magda apareció ante él y Niccola se quedó mirándola a los ojos, sin saber qué decir. Todos los ensayos mentales que había preparado para el momento se le evaporaron instantáneamente.

—Ha sido usted muy puntual —comentó ella, consciente de las dificultades del Mensajero.

—Sí. —Niccola miró su reloj—. Son las doce en punto, la hora en que habíamos quedado.

Se hizo a un lado y lo invitó a pasar. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el sacerdote tuvo la sensación de que se cerraba mucho más que una puerta de madera.

—Sígame, por favor, en el salón estaremos más cómodos.

Turbado, avanzó tras ella por un largo pasillo, cuyas paredes estaban empapeladas con un dibujo de rayas verticales, que acentuaba la altura del techo. Magdalena vestía un bonito traje con un dibujo de pata de gallo, en tonos marrones. Hasta un inexperto, como era su caso, podía apreciar la calidad del tejido y la elegancia de la hechura, zapatos de tacón y unas medias tan finas que solo la costura señalaba su existencia.

El salón era amplio y muy luminoso, gracias al doble ventanal que se abría a la calle. Las cortinas estaban recogidas, pero unos visillos quitaban las vistas del exterior.

Ella le pidió el abrigo y el sombrero.

—Si me permite... —iba a pronunciar su nombre, pero no lo sabía, dudó por un momento—. No sé cómo se llama, solo que usted debía presentarse ayer, en la cafetería, como el Mensajero. ¿Quiere que me dirija a usted por ese nombre?

Se dio cuenta de que un asomo de duda brillaba en los ojos del jesuita y decidió darle tiempo, el que emplearía en colgar en un perchero que había junto a la entrada las prendas que sostenía en sus manos.

—Aguarde un momento, por favor.

Se demoró demasiado y Niccola supuso que estaba dándole tiempo para que tomase una decisión. El sonido de sus tacones por el pasillo le anunciaron que se acercaba. Su imagen, al entrar de nuevo en el salón, casi lo aturdió. Ignoraba si lo que le ocurría desde hacía menos de veinticuatro horas era que se había enamorado, en todo caso aquella mujer ejercía sobre él una atracción intensa. Aunque en la mirada de Magdalena se mantenía el velado fondo de tristeza que había percibido la tarde anterior, sus ojos infundían serenidad y confianza.

—Mi nombre es Storzi, Niccola Storzi, mi familia es de Venecia. —No había sido necesario que ella le preguntase.

Se acercó hasta donde él permanecía de pie, lo miró a los ojos sin pestañear, y en esta ocasión el sacerdote sostuvo la mirada.

—El mío es Magdalena Wissemann y desde hace cinco generaciones mis antepasados viven en esta ciudad.

En aquel momento sonó el timbre, ella miró su reloj e hizo un gesto de extrañeza.

—¿Espera a alguien?

Magdalena negó con la cabeza.

—¿Le extraña? —preguntó Niccola con inquietud.

—Nunca viene nadie y mi hermana siempre llama antes por teléfono. Además, habíamos quedado en vernos esta tarde. Aguarde aquí un momento, por favor.

Se alejó por el pasillo, hasta él llegaba nítido el sonido de sus tacones, roto por un nuevo y largo timbrazo. Escuchó la voz apagada de Magdalena, preguntando:

—¿Quién es?

Los gritos que escuchó hicieron que se le erizase el vello del cuerpo.

—¡Abra a la policía! ¡Rápido!

Hubo un breve silencio en que los nervios la atenazaron. No sabía qué hacer. Aumentó su confusión escuchar otra vez la voz autoritaria que sonaba al otro lado de la puerta y que la conminaba a abrir:

—¡Abra inmediatamente!

—Aguarde un momento, es sólo un instante.

Magdalena corrió hasta el salón, lo hizo de puntillas para no hacer ruido. Apareció con el dedo índice en la boca, indicando silencio. Cogió a Niccola por la mano —el sacerdote sintió un cosquilleo en el estómago—, y tiró de él hasta la cocina, a la par que le susurraba muy cerca del oído:

—Es la policía y viene a por mí. Cuando ellos estén dentro, trate de huir por la puerta de servicio, sólo tiene que girar la llave. Hágalo con cuidado. Si le descubren aquí, no le auguro nada bueno.

—¿Por qué viene la policía?

A Magdalena se le agolparon las lágrimas en los ojos.

—Soy judía. Un crimen que no se perdona en la Alemania de Hitler.

—Yo... yo... podríamos intentar hacerles frente, huir los dos y...

—¡Si no abre inmediatamente, echamos la puerta abajo!

—¡Abra! —Los gritos retumbaban desde el otro extremo del pasillo.

—¡Ya va! ¡Ya va! —gritó Magdalena, y prosiguió con voz queda—: Se lo agradezco, pero eso es una tontería. No tendríamos la menor posibilidad. Usted tiene una importante misión. Ha de llevar hasta su destino la información que ayer le di.

Lo cogió de la mano y tiró de él hasta la cocina. Otra vez sonó el timbre, gritos amenazadores y golpes en la puerta.

Magdalena Wissemann se despidió de él con un beso en la mejilla.

—¡Abra o echamos la puerta abajo!

—Huya lo más rápido posible. Que tenga suerte.

Cerró la puerta de la cocina y, alzando la voz, respondió al requerimiento:

—¡Ya va! ¡Ya va!

Desde su improvisado refugio el Mensajero pudo escuchar cómo los miembros de la Gestapo irrumpían en el piso dando gritos y profiriendo amenazas. Creyó percibir que eran dos los individuos que entraban. Le parecía un acto de cobardía marcharse dejándola en sus manos, pero enfrentarse a aquellos matones suponía una locura. Ya había cometido un error y mejor era no cometer otro.

Poseía una información de gran valor para abortar una operación abominable y también para poner al descubierto las maquinaciones de los nazis, que parecían no detenerse ante nada con tal de alcanzar sus objetivos.

Sin hacer ruido, aprovechó la confusión del momento, desplazó el cierre de la rejilla y comprobó que no había nadie en el rellano, abrió sigilosamente la puerta y decidió no bajar hacia el vestíbulo. Lo más probable era que en la puerta hubiese otros policías aguardando. Subió por las escaleras, pensando que podía ser una trampa, pero no había otra alternativa. Tuvo suerte, porque la puerta que daba acceso a la terraza estaba abierta.

Se agazapó tras un pilar y dejó que pasasen unos minutos. Poco a poco el frío se le iba metiendo en los huesos y fue entonces cuando se dio cuenta de que se había dejado su abrigo. Nervioso, se palpó los costados y comprobó que llevaba consigo la cartera con el dinero y su pasaporte a nombre de Rolando Brancusso. Pero en su abrigo estaba el billete del tren con destino a Milán, el resguardo de la consigna a nombre de Rolando Brancusso y el *rapporto rosso* que había cometido el error de no destruir. Si los nazis reparaban en el abrigo, sabrían que la persona a la que tendrían que buscar se llamaba Rolando Brancusso. Se llevó la mano a la cabeza en un gesto instintivo, tampoco podría cubrir su coronilla con el sombrero. Tuvo la convicción de que era cuestión de tiempo, tal vez de muy poco tiempo, que la Gestapo se lanzase en su búsqueda, como sabuesos detrás de las pistas que había dejado en casa de Magdalena Wissemann.

Sintió una oleada de pánico que vino a sumarse al frío, cada vez más intenso, que se apoderaba de su cuerpo agazapado como un conejo que espera su final. Pensó que antes o después subirían a la terraza. Se asomó con cuidado a la calle y comprobó que, al menos había acertado, subiendo allí. Aparcado junto a la acera de enfrente había un coche, un pequeño Volkswagen negro y dos individuos con el inconfundible aire de la policía del régimen, aguardando junto a él. Miró el reloj y comprobó que los otros llevaban ya siete u ocho minutos con Magda.

Eso significa —pensó— que o están interrogándola o buscando algo.

Se movió casi de puntillas y comprobó que tenía la posibilidad de pasar a la terraza del inmueble colindante. Era más seguro que permanecer allí. Saltó el murete que las separaba y observó que, sin grandes dificultades, podía acceder al edificio que había a su espalda y que daría a la calle paralela a la Bendlerstrasse. Superó otro muro de poco más de un metro y pensó que actuaba como lo haría un ladrón que pretendiese robar. Llegó a la puerta de la terraza y la encontró cerrada.

Apretó con fuerza, haciendo más ruido del conveniente, pero no pudo abrirla. Había tenido mucha suerte al encontrar abierta la puerta de la otra terraza, lo habitual era que estuviesen cerradas. Se sintió angustiado porque estaba convencido de que antes o después los de la Gestapo subirían para buscarlo. Junto a aquella puerta cerrada se sintió como en una ratonera.

Oteó el panorama de tejados y terrazas que se abría ante sus ojos en busca de una decisión, cuando escuchó ruido al otro lado de la puerta. Se le aceleró el pulso, no era posible que subiesen por la escalera de otro inmueble para apresarlos. Se escondió detrás de una pared y aguardó con el corazón bombeando sangre a toda velocidad, sentía en las sienes los movimientos de sus venas y un acaloramiento producto de su excitación. Escuchó introducir la llave en la cerradura y cómo las bisagras de la puerta chirriaban al girar.

No tenía nada con que defenderse.

Vio cruzar una mujer enjuta que, sin esfuerzo aparente, llevaba un cesto rebosante de ropa blanca. Se dirigía hacia unos tendederos que cruzaban la terraza.

¡Iba a tender la colada!

Pero lo verdaderamente importante era que la puerta había quedado abierta. Aguardó a que la mujer iniciase su tarea para escabullirse escaleras abajo.

Ahora tendría que enfrentarse a otros problemas, el primero de ellos cómo disimular su coronilla sacerdotal y hacer frente a la información que los nazis iban a encontrar en el bolsillo de su abrigo. El último recuerdo de Magdalena, llevándole a la cocina para ponerle a salvo, estaba grabado en su mente a fuego, todavía le cosquilleaba el estómago al recordar la suavidad de sus labios al besarlos y el tacto de su mano, cuando lo cogió para ocultarlo en el improvisado refugio que, por el momento, había permitido salvarlo de las garras de la policía

nazi.

Bajó las escaleras y cruzó deprisa el vestíbulo en dirección a la calle justo en el momento en que el portero, con un fajo de cartas en la mano, hacía un comentario al cartero acerca del frío que hacía. Sin detenerse, se alejó rápidamente.

Mejor que no fuese testigo de la escena que tenía lugar en aquellos momentos en el salón de la casa de Magdalena Wissemann.

El conserje del Eden se había ganado la propina que Keller le deslizó en la mano. Efectivamente, el café Greco era un lugar agradable y tranquilo, donde se encontraba fácilmente compañía femenina, cuya relación podía ir desde un simple flirteo, mientras se compartía una copa, hasta adentrarse por los vericuetos de ajustar el precio por una noche de sexo. Todo ello presidido por formas galantes. Era también, desde hacía muchos años, lugar de encuentro de artistas y escritores. Herbert se dejó cautivar por las formas y maneras de una jovencita de negra melena, grandes ojos y formas rotundas. Después de compartir una relajada conversación —para su asombro la chica sabía de arte, recordándole a las instruidas cortesanas que, en época renacentista, no solo ofrecían sexo, sino interesante conversación—, acompañada de una copa de champán, acordó una cita con ella. La invitaría a cenar en el restaurante del Eden y pasarían juntos la noche en la habitación de su hotel.

Poco antes de las seis Keller tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para abandonar a la joven y prepararse para acudir a su cita con monseñor López-Riga. Tenía que pasar por el hotel para recoger el beato mozárobe con que pensaba seducirlo para incorporarlo a la nómina de Eitles Gold.

Mientras caminaba hacia el Eden —la distancia que había desde el café Greco al hotel era un agradable paseo— rememoró pasajes de la conversación con Taras Borodajkewycz.

Decidió contarle a Hartl, cuando al día siguiente hablase con él de acuerdo con el plan establecido, la sensación que le producía aquel individuo. Su experiencia y sobre todo su olfato le decían que allí había algo que no encajaba en la forma de trabajar que tenían los servicios secretos alemanes, tanto la Abwehr del almirante Canaris como el Sicherheitsdienst de Heydrich. Había realizado trabajos para ambos y todo había estado calculado al milímetro, detallado con precisión germánica.

Al pedir en recepción la llave de su habitación, con ella le entregaron un mensaje.

—*Herr Keller*, debe usted llamar urgentemente al número que está anotado en ese papel.

Se dio cuenta de que era uno de los números que Hartl le había dado y supo

que sólo podía ser un anuncio de problemas. Comprobó la hora, si se daba prisa podía hablar con Berlín, antes de acudir a su cita con el cardenal.

—¿En qué cabina puede darme línea? —preguntó al recepcionista, dando por sentado que una llamada desde el vestíbulo era más segura que desde su habitación. Allí tendría que pasar por la centralita del hotel y se multiplicaban las posibilidades de que alguien escuchase su conversación. Las cabinas tenían línea directa con el exterior para llamadas a grandes capitales, aunque el número al que iba a llamar quedase reflejado. No le dio importancia cuando el propio Hartl no había tenido problema en facilitarlo a la recepción del hotel.

—Puede hablar por la número uno, *herr* Keller.

Asintió con una sonrisa forzada y se encerró en la cabina. Marcó el número del despacho de Hartl en el Amt II. Lo más que podrían saber, si alguien se interesaba, era que se trataba de un número de Berlín, pero no obtendría ninguna otra información. Escuchó con tensión creciente el sonido de la llamada. Tuvo que esperar seis tonos hasta que le llegó la voz de Hartl.

—¿Dígame?

—Soy Keller.

—¡Por todos los diablos! ¿Dónde te has metido?

A Hartl el tiempo transcurrido desde que le dejase el mensaje se le debía de haber hecho eterno, aunque, según le habían anotado en el papel que le acababan de entregar, apenas habían transcurrido tres horas.

—Estoy cumpliendo tu encargo.

—¡Escúchame con mucha atención! —No podía disimular un tono de irritación.

—Siempre que me hablas, lo hago —murmuró Keller.

—Escucha sin interrumpirme. Antes de nada, ¿el teléfono desde el que hablas es seguro?

Maliciosamente, Keller guardó silencio.

—¿Me escuchas?

—Perfectamente.

—Entonces ¿por qué no contestas?

—Para no interrumpirte.

—¡No seas imbécil! —clamó el obersturmbannführer—. ¿Es segura esa línea?

—Estoy en una de las cabinas del vestíbulo del hotel.

Hubo un breve silencio.

—Como no me fio, límitate a la mínima información y no pronuncies ningún nombre. En caso de duda y o sabré cómo preguntarte.

—Estas cabinas tienen línea directa con el exterior.

—Deja, deja, nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—Se ha producido una filtración. —La voz de Hartl sonaba irritada y

cavernosa.

—¿Qué quieres decir?

—El embajador italiano ante la Santa Sede sabe lo que traemos entre manos. También, al menos de forma global, cuál es su objetivo. Incluso sabe la manera de ganarnos algunas voluntades. Ayer se lo explicó a nuestro embajador.

A Keller se le había demudado el rostro, tenía un nudo en la garganta y le costaba trabajo hablar porque apenas podía articular palabras. El responsable del Amt II aguardaba alguna reacción al otro lado del teléfono. Al fin, con mucha dificultad exclamó:

—¡No es posible!

—¡Pues ha ocurrido!

—¡Te juro que...!

—¿Con quién has hablado del asunto? —lo interrumpió el obersturmbannführer—. Antes de responder piénsalo bien, Herbert. No debes olvidar a nadie.

A Keller le sobró todo el tiempo que le ofrecía.

—La única persona con quien he hablado ha sido con el contacto.

—¿Nadie más?

—Bueno, también he hablado con un cliente. Un bibliófilo, le he ofrecido el libro de horas de María de Flandes.

—¿Le has hecho alguna insinuación sobre nuestros propósitos?

—Algo más que una insinuación.

—¿A qué hora has hablado con él?

—Esta mañana a las doce.

—¿Con nadie más?

—Así es.

—Ningún comentario a ninguna otra persona —insistió Hartl.

—A nadie más.

—¿Estás seguro?

—Completamente. ¡Puedo jurártelo!

—¡Vaya garantía! —exclamó con desprecio el responsable del Amt II—. En ese caso, no tenemos más que dos posibles fuentes para localizar la filtración.

—¿Dos posibilidades, dices?

—O el contacto o tú.

Keller sintió una punzada en el estómago.

—¿Yo? ¡Yo no conozco al embajador italiano!

—¿Puedes demostrármelo?

El exbenedictino se dio cuenta de que a veces es más difícil demostrar la inocencia que esconder la culpabilidad.

—¿Cuándo has tenido conocimiento de la filtración?

—Esta mañana.

—¿Puedo saber cómo ha sido?

—No te lo puedo explicar por teléfono.

Se hizo un breve silencio, Keller estaba abrumado. No sabía qué responder, a pesar de que era inocente. No había cometido ninguna indiscreción, entre otras razones porque no había tenido tiempo para ello. En ese momento en sus ojos brilló un destello de esperanza. Su cerebro trabajó durante unos instantes a toda velocidad, trataba de poner en orden sus ideas. Había vislumbrado su tabla de salvación, pero no podía cometer ningún error. Las consecuencias podrían resultar fatales.

—Creo que eso que acabas de explicar me exime de culpa.

—¡Aclárate! ¡Estoy deseando que me des un argumento para poder defenderte! ¡He sido yo quien te ha metido en la operación! ¡Tu defensa es mi propia defensa ante la superioridad!

El obersturmbannführer había tenido un día tan agitado, que todavía no había tenido tiempo de llamar a Monika.

—Si nuestro embajador se enteró ayer de la operación resulta prácticamente imposible que fuese yo. Llegué a la estación de Roma unos minutos después del mediodía. Por cierto que el contacto no estaba aguardando allí, como me habías dicho.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Porque no he tenido posibilidad y porque entonces no le concedí mayor importancia.

—¿Cómo se puso en contacto contigo?

—Un individuo me abordó y me dijo que el contacto lo había enviado y que, por razones de seguridad, me esperaba en un lugar más discreto. Fue ese individuo quien me llevó hasta el lugar donde me aguardaba.

—No debiste hacer una cosa así —lo recriminó Hartl.

—¿Qué tenía que haber hecho?

—Marcharte al hotel y explicarme lo que había ocurrido.

Keller dejó escapar un suspiro de hastío.

—Albert, estaba cansado. Habían sido veinte horas en el tren y tampoco me pareció que fuese tan grave. ¡Al fin y al cabo el sujeto de la estación conocía mi nombre y me identificó, además me dijo que lo había enviado el hombre con el que yo tenía que verme!

—¿Adónde fuiste?

—Tomamos un taxi y me llevó a un apartamento, donde me aguardaba el contacto.

—¿Dónde está el apartamento?

Apenas había formulado la pregunta, cuando ya estaba arrepentido; antes de que le respondiese, ya estaba indicándole:

—¡No me lo digas!

—No podría decírtelo, pero no muy lejos de la estación.

—¿Qué hiciste después?

—Fui al hotel, me registré y tomé la habitación.

—¿A qué hora fue eso?

—No puedo precisártelo, pero en el libro de registro estará recogida la hora. Calculo que serían cerca de las tres. Recuerdo que mi estómago estaba protestando.

—¿Dónde almorzaste?

—En el restaurante del propio hotel. También eso tiene que estar registrado. La factura quedó cargada a la cuenta de mi habitación.

—¿Y después? ¿Qué hiciste después?

—Subí a mi habitación, deshice el equipaje y me di un largo baño.

—Lo mismo podías haber estado haciendo cualquier otra cosa —protestó Hartl.

—¡Claro! ¡Podía haber llamado al embajador italiano y decirle: excelencia tengo una importante noticia que comunicarle...!

—¡No seas imbécil! —Lo cortó el responsable del Amt II—. ¡Estoy poniéndote en la tesitura en que lo van a hacer quienes te interroguen! ¡Te aseguro que pueden ser muy persuasivos, mientras formulan sus preguntas!

—¡Es que fue eso lo que hice! —gritó descompuesto.

—Pero no puedes probarlo.

—Nadie podrá probar que estuve en otro sitio. Después del baño, llamé a mi primer cliente para concertar la cita que he tenido con él esta mañana.

—¿Desde dónde llamaste?

—Desde la habitación del hotel, supongo que la llamada estará registrada.

—¿Qué hora era?

Hartl apuntaba en una cuartilla todos los datos que Keller le estaba facilitando.

—No puedo decírtelo con exactitud, pero fue entre las seis y media y las siete. Eso se puede comprobar fácilmente.

—¿Y después?

—Aguardé en mi habitación a que me confirmasen la cita y la hora.

—¿Cuánto tiempo esperaste?

A aquellas alturas de la conversación en la voz de su interlocutor podía percibirse un tono de ansiedad revelador de que el obersturmbannführer pensaba que, en aquellos datos, estaba también su tabla de salvación.

—Tuvo que ser por lo menos una hora.

—¿Por qué dices eso?

—Porque acababa de mirar el reloj y eran las ocho menos cinco. Puedo jurarte que el tiempo se me hizo eterno, aunque lo aproveché para trazar la estrategia a seguir en la reunión que iba a tener.

—Supongo que la llamada la recibiste en la habitación.

—En efecto.

Keller escuchó un suspiro de alivio a través del auricular, parecía que sus explicaciones estaban serenando los alterados nervios del obersturmbannführer.

—¿Qué hiciste después?

—Di un breve paseo, regresé al hotel, pedí que me subiesen la cena a la habitación y me acosté. Estaba muy cansado y tenía una importante reunión al día siguiente.

Hartl recapituló mentalmente. Aunque quedaban algunos vacíos, la explicación era coherente y podía presentar numerosas pruebas para avalarla. La recepción en el Quirinal había comenzado a las ocho, lo que significaba que Bonifacio Pignatti había tenido que estar allí con anterioridad. Los protocolos eran muy estrictos, sobre todo cuando estaba de por medio la presencia del propio rey de Italia. En aquel momento Keller escuchó a través del auricular que otro teléfono sonaba en el despacho del responsable de Amt II.

—Aguarda un momento.

Hartl debió de tapar con la mano el micrófono del teléfono porque no oyó una sola palabra de la conversación que mantuvo durante más de cuatro minutos. Le hubiese gustado escucharla porque lo que acababan de comunicarle a quien tenía al otro lado de la línea telefónica lo hubiese llenado de gozo. Supo, sin embargo, que algo muy importante había ocurrido, lo dedujo del tono de voz que le preguntaba:

—¿Cuándo has estado con el contacto?

Keller miró su reloj y calculó:

—Me vi con él poco después de la dos y hemos terminado el almuerzo sobre las cuatro, quizá las cuatro y media. ¿Por qué me lo preguntas?

—Desde entonces tratan de localizarlo, pero no lo consiguen.

—¿Qué piensas?

—Por ahora nada, pero el hecho de que no esté localizable es para nosotros una buena noticia. Ahora tengo que dejarte.

—¡Aguarda un momento!

—¿Sí?

—Estoy citado para dentro de veinte minutos con otro cliente para ofrecerle el beato mozárobe, ¿qué hago?

Se hizo un breve silencio en la línea.

—Acude a la cita. Puede que no le guste que lo dejes plantado, aunque avisases previamente. Pero has de mostrarte muy cauto, la filtración puede estar circulando en estos momentos por más sitios de los que podamos imaginar. No estaría de más que lo sondeases sobre el asunto. Llámame para informarme, con toda discreción, cuando termines la reunión.

Colgó sin despedirse, lo que no molestó demasiado a Keller. Dejó escapar un suspiro de alivio y recordó que para después de su entrevista con López-Riga se

había citado con la jovencita del café Greco.

Cuando Hartl colgó el teléfono no sabía que el Sicherheitsdienst había descubierto que el obersturmbannführer se había ido de la lengua mucho más de lo debido con su amiga. Tampoco sabía que quien él conocía como Monika Gessler era judía y su verdadero nombre Ruth Wissemann. Tampoco que tenía una hermana llamada Magdalena.

La reunión con monseñor López-Riga desbordó las previsiones más optimistas que Keller hubiese podido imaginar. El cardenal había quedado impresionado ante el folio encuadernado en tosca piel de becerro que había puesto delante de sus ojos. Durante largo rato había pasado una y otra vez las recias vitelas que constituían el cuerpo del volumen, deteniéndose ante las espléndidas páginas iluminadas con escenas del apocalipsis que ilustraban su contenido. Los colores eran vivos y brillantes. Su realismo, pese a que las escenas ponían de manifiesto la desbordada imaginación del autor, resultaba sobrecogedor. El purpurado español había acariciado algunas de aquellas ilustraciones con la punta de sus dedos con cuidado exquisito, con mimo.

Cuando con voz medrosa le preguntó por el precio de aquel tesoro, no pudo evitar una mueca de contrariedad al escuchar la cifra.

—Cincuenta mil marcos.

Su eminencia, después de haber ponderado hasta la hipérbole la maravilla que tenía ante sus ojos, hizo un movimiento instintivo y se apartó del beato, como si fuese algo pecaminoso.

—Lo siento, pero esa cifra no está a mi alcance.

Keller había esbozado una liviana sonrisa y comentó, como si fuese una argucia de vendedor, que el precio podía negociarse. Sin embargo, el cardenal señaló que, con aquel precio de partida, el manuscrito estaba fuera de sus posibilidades. El antiguo benedictino creyó detectar frustración en sus palabras. Fue entonces cuando comentó:

—¿Y si su eminencia tuviese un ingreso imprevisto?

—¿Qué quiere usted decir? —El purpurado se había puesto en guardia, como si hubiese olfateado un peligro invisible.

—Quizá encontrásemos a alguien dispuesto a ser generoso con su eminencia.

—¿A cambio de qué? —López-Riga estaba a la defensiva.

Keller sabía que se jugaba su éxito en aquel momento. Tomó el beato en sus manos y se lo entregó al cardenal.

—Será para vuestra eminencia, con un desembolso mucho menor, si os alineáis en una determinada facción de cara al próximo cónclave.

El prelado preguntó, sin vacilar un instante:

—¿Cuál es la facción?

—La que dé su apoyo a alguien en la línea del arzobispo de Milán o quizá el

de Turín, incluso el de Florencia.

Tampoco ahora el cardenal meditó su siguiente pregunta.

—¿Cuánto tendría que pagar?

Keller simuló hacer cálculos acerca de una cifra que tenía tasada de antemano.

—Digamos que la mitad.

—Veinticinco mil marcos sigue siendo una cantidad que está muy lejos de mis posibilidades.

Keller se pasó la mano por el mentón. Sabía que tenía la pieza a su alcance y que el negocio estaba casi cerrado, pero quería obtener las mayores ganancias posibles.

—¿Cuánto podría su eminencia poner encima de la mesa?

López-Riga demoró algo más su respuesta.

—Diez mil marcos.

—Si dobláis esa cifra creo que esa joya mozárabe será para su eminencia.

El cardenal pareció sopesar la propuesta.

—Veinte mil marcos, ni uno más. Y mi voto para quien propongáis.

Keller entrecerró los ojos, como si padeciese miopía y quisiese ver con mayor nitidez el rostro del hombre que tenía delante.

—¿Eso significa que su eminencia aceptaría cualquier nombre y guardará secreto de este acuerdo?

—Sí.

—¿Aunque la propuesta no sea de su agrado?

—Usted vistió hábitos de benedictino, según me dijo en otra ocasión, ¿verdad?

—Así es, eminencia.

—Entonces no descubro nada si le digo que no podrá salir un papa que no esté alumbrado por el Espíritu Santo, sea cual sea el voto que emita este humilde clérigo. —El cardenal mostró una dentadura perfecta al sonreír de una forma que denotaba siglos de experiencia.

Poco antes de las nueve de la noche, Keller, que había localizado un locutorio público que le ofrecía más garantías que las cabinas del hotel, pidió una conferencia con el despacho de Hartl. Después de varios intentos, la operadora le dijo que no obtenía respuesta. Decidió dar un corto paseo, pensando en que simplemente estaría en el servicio. Cinco minutos después realizó un segundo intento que tampoco le permitió establecer contacto. Desconcertado y enfadado, entre otras razones porque las nueve y media era la hora fijada para la cita con la joven que iba a calentar su cama aquella noche.

Presa de un malhumor que crecía por momentos, paró un taxi y le indicó que lo llevase al hotel Eden. Aunque fuese desde una de las cabinas haría un último intento, al menos para constatar la presencia de Hartl en su despacho, aunque

solamente se saludasen.

Cuando entró en el vestíbulo la joven ya lo aguardaba sentada en uno de los sillones. No parecía una prostituta. Se acercó hasta donde estaba, componiendo la mejor de sus sonrisas y le besó la mano que ella le había extendido, como si fuese una dama.

—Querida, enseguida estoy contigo. Dispénsame, pero he de hacer una llamada, será cuestión de unos minutos.

—No hay prisa, *mon chéri*, tenemos toda una noche por delante.

Keller se acercó a recepción y pidió línea para una de las cabinas. El nuevo intento terminó como los anteriores.

Aunque trataba de mostrarse tranquilo, los nervios lo tenían atenazado. Apresuradamente había comprado un sombrero para tapar su tonsura y ocultar su condición de sacerdote, y un nuevo ejemplar del *Völkischer Beobachter* que exhibía doblado convenientemente. Eran los dos elementos con que trataba de proteger su identidad, mientras aguardaba en una de las filas para adquirir los billetes de tren.

Había prometido al taxista el doble del importe si lo dejaba en su destino, la Anhalter Bahnhof, antes de la una. El taxista había recorrido el trayecto con pericia y a la una menos cinco estaba en la puerta de la estación de ferrocarril.

Niccola se puso en la larga fila de personas que había ante el mostrador donde se expendían los billetes, sin dejar de mirar el reloj, nervioso ante el paso de los minutos. Estaba convencido de que su mejor, y tal vez la única, oportunidad que tenía para salir de Berlín estaba en aquel tren, porque la Gestapo estaría ya indagando sobre Rolando Brancusso. En el bolsillo del abrigo que había quedado en casa de Magdalena Wissemann estaba el resguardo del equipaje depositado en la consigna a dicho nombre, también un billete de tren para el expreso de Milán y lo que era más grave, el *rapporto rosso* que, en un error de principiante, no había destruido. No solo ponía al descubierto el nombre del Círculo Octogonus, sino que contenía las instrucciones para que abandonase Berlín en el primer tren que saliese hacia Roma.

Su mejor carta en aquellos momentos estaba en el tiempo de que disponía y en el billete para el expreso con destino a Milán que salía de aquella misma estación a las diecinueve y veinticinco, que despistaría al menos momentáneamente a la policía.

La Gestapo, mientras tanto, interrogaba a Magdalena Wissemann con brutalidad. Lo hizo hasta que ella, cerciorada de la muerte de su hermana Ruth, confesó su sangre judía. Sólo entonces tomó conciencia de la inutilidad de negarlo, pero aún soportó, durante un tiempo precioso para Niccola, un duro castigo al ser interrogada acerca del propietario del abrigo y del sombrero que colgaba en la percha de la entrada.

Los nazis dedujeron que si el abrigo que estaba allí tenía un resguardo de la consigna ferroviaria de aquella misma mañana y un billete de tren para aquella

tarde, su propietario con toda seguridad se encontraba en el piso cuando ellos llegaron. Ésa era la causa por la que se había demorado en abrirles la puerta. Estaba facilitando la huida de aquel individuo que, con las prisas, se había dejado atrás su abrigo y su sombrero.

Montaron un dispositivo para registrar los edificios de aquella manzana, pero era ya demasiado tarde. El portero de uno de los inmuebles les indicó que había visto salir a un sujeto desconocido, pero les hizo una descripción tan incompleta que apenas les sirvió.

Era la una y media cuando el Mensajero llegaba a la ventanilla. Indicó el billete que deseaba y el individuo que había al otro lado del cristal lo miró por debajo de la negra visera con que cubría su frente.

—Ha tenido mucha suerte.

—¿Por qué dice eso?

—Porque solamente queda uno.

—Pues sí que es suerte.

—¿Me da su pasaporte, por favor?

El Mensajero, tras una ligera vacilación, le entregó su verdadero pasaporte, donde figuraba como Niccola Storzi y quedaba recogida su condición de sacerdote. Sabía que era un riesgo, pero sería mucho peor dejar un rastro con el nombre de Brancusso. Su atolondramiento y su falta de experiencia al emprender el viaje le habían proporcionado una posibilidad insospechada, que no dudó en utilizar.

—Hace bien en marcharse, padre. No soplan buenos vientos para ustedes —comentó el hombre en voz baja.

Niccola asintió sin decir palabra, pero dedicó una sonrisa al funcionario, pagó el importe y se marchó rápidamente hacia los andenes. Deseaba ocupar su asiento lo antes posible, como si ello fuera una garantía de seguridad.

Llegó la hora de la partida, pero el tren no se puso en movimiento. Niccola se sentía peor conforme pasaban los minutos.

Acalorado y sudoroso pensó en bajarse y buscar otra vía de escape. Esperaba ver entrar en el compartimento, de un momento a otro, a los de la Gestapo, pero se limitó a esconder su rostro detrás de las páginas del panfleto nazi, presa de la angustia que lo tenía paralizado. Ésa era la razón por la que no había abandonado el tren.

Estaba empapado en sudor cuando el tren, con doce minutos de retraso —los peores de su vida—, dio un potente silbido y arrancó lentamente en medio de grandes bufidos y nubes de humo y vapor. Magdalena Wissemann aún resistía los golpes y las vejaciones de la Gestapo. Se negaba a dar a sus verdugos los datos del dueño del abrigo que colgaba en una percha de su domicilio.

Cuando uno de ellos descubrió los dos pasaportes a nombre de Monika y Magdalena Gessler con su fotografía y la de su hermana, flamantes y sin usar,

Magdalena Wissemann, tras una brutal paliza en la que sus torturadores se habían empleado con particular encono, decidió que había llegado al límite. Después de dos horas no pudo más y confesó que el propietario del abrigo había ido a llevárselos; también les dijo que su nombre era Niccola Storzi, sin saber que tanto la carta como el resguardo de la consigna estaban a nombre de otra persona.

Mientras que uno de los policías la sujetaba por detrás, el otro tiró con saña de su blusa y la desgarró, después le arrancó el sujetador y la amenazó con quemarle los pechos con el cigarrillo que fumaba, si no les explicaba detalladamente las razones por las que aquel individuo había viajado desde Italia para llevarles los pasaportes. Presa del pánico, les explicó que le había facilitado información acerca de una operación denominada Eitles Gold. Los pasaportes para poder abandonar Alemania eran el precio.

El grito de Magdalena fue desgarrador. Su torturador le había apagado el cigarrillo sobre uno de sus pechos.

—¡Además de perra judía, una traidora!

Aunque los de la Gestapo no sabían nada sobre una historia tan extraña, quedaron asombrados porque lo que acababan de escuchar coincidía con la historia que les había contado Ruth Wissemann antes de suicidarse. Apuntaron todos los datos para incluirlos en el informe que elevarían a sus superiores.

En aquellos momentos lo único que los sacaba de quicio era la divergencia de nombres. Se aplicaron de nuevo a la tortura y sobre Magdalena cayó una lluvia de golpes e improperios. Cansados de maltratarla, sin obtener más información, sus verdugos decidieron no perder más tiempo, convencidos de que, tal vez, hubiese algo de verdad en la fabulosa historia de los tres millones de marcos en lingotes de oro que les había contado y que la diferencia estaba en que el propietario del abrigo habría mentido a la judía, protegiéndose con un nombre falso. En realidad, el individuo respondería al nombre de Brancusso.

Por otro lado, los desconcertaba aquella carta, escrita en un viejo pergamino con forma de octógono del que pendía una cinta de seda roja, rubricada con la extraña firma «el Círculo Octogonus», donde le indicaban que abandonase Berlín. Vigilarían la consigna de la Anhalter Bahnhof y cuando encontrasen al tal Brancusso, tendría que explicarles muchas cosas.

Uno de los policías, haciendo gala de una sorna que tenía mucho de sadismo, pidió permiso a Magdalena Wissemann para utilizar su teléfono, porque necesitaba hacer una llamada urgente. Después la amenazó con romperle la cabeza si les había mentido.

Buscó el número de la estación de ferrocarril y, tras acreditarse, pidió que le pusiesen con el jefe de estación al que dio órdenes estrictas de que, bajo ningún concepto, se entregase el equipaje depositado en consigna a nombre de un tal Rolando Brancusso. Magdalena Wissemann puso cara de sorpresa cuando escuchó aquel nombre. Colgó y realizó una nueva llamada; siguiendo el protocolo

que tenían establecido, indicó su nombre y graduación, el lugar donde estaba y el número de teléfono desde el que llamaba, después explicó a su compañero del cuartel general de la Gestapo, que necesitaba hablar con el jefe de su unidad. En un par de minutos dio cuenta de la información obtenida y señaló el nombre de Rolando Brancusso para que indagasen acerca de aquel individuo. Como si fuese un asunto menor, comentó:

—También sería conveniente indagar acerca de una supuesta operación bautizada con el nombre de Eitles Gold.

—Repíteme el nombre.

—Eitles Gold. —Soltó una carcajada y apostilló—: Se trataría de comprar el voto de los cardenales en el cónclave que se avecina por tres millones de marcos.

—¡Qué barbaridad! —Se escuchó por el auricular, antes de que el capitán que mandaba su compañía colgase.

—Despídete de tu bonita casa porque estoy seguro de que ya no volverás verla —le espetó el policía a Magdalena.

A la mujer aún le quedaron fuerzas para sostenerle la mirada, tenía un nudo en la garganta, pero decidió no darles la satisfacción de verla llorar por aquello.

—Vámonos, ya tenemos a la zorra —indicó a su compañero.

—Podríamos echar una ojeada, ¿no te parece? —Un destello de codicia brilló en sus ojos.

El sonido del teléfono fue estridente. Los dos miembros de la Gestapo intercambiaron una mirada y el que había efectuado la llamada cogió el auricular.

—¿Sí?

—¿Otto Flück?

—Sí, ¿quién llama?

—Un momento.

El silencio en la línea fue muy breve.

—Soy el obersturmbannführer Fischböck.

—¡A la orden, señor!

—Dígame, Flück, ¿quién le ha hablado a usted de la operación Eitles Gold?

—Una judía.

—¿Cómo ha dicho usted?

—Una judía, señor, se llama Magdalena Wissemann. Con anterioridad lo ha hecho una hermana suya, llamada Ruth, que se ocultaba bajo el nombre de Monika Gessler.

—¿Cómo han descubierto a esas mujeres?

—Hace unos días nos llegó un chivatazo. Alguien había identificado a una judía que actuaba en Pigalle, el *cabaret* de la Herrenstrasse. Tuvimos que hacer algunas comprobaciones porque... porque...

—Porque la tal Monika Gessler era la amante del obersturmbannführer Hartl

—le ayudó Fischböck

—En efecto, señor. En el interrogatorio nos habló de esa operación y de que tenía una hermana, también ella se ha referido a Eitles Gold. En este momento, señor, procedemos a su detención.

—¡Traigan a esas dos mujeres al cuartel general! ¡Inmediatamente!

—Lo siento, señor, pero eso no es posible.

—¿Cómo dice?

—Ruth Wissemann se ha suicidado.

—¿Y la hermana?

—Está aquí, señor.

—¡Tráiganla inmediatamente!

El policía escuchó un golpe seco. El obersturmbannführer había colgado el teléfono. Miró a su compañero con la sorpresa dibujada en el rostro.

—Lo siento, pero tenemos que irnos.

El otro puso cara de resignación. Permitieron a la detenida que se cubriese con un abrigo, la sacaron de su casa y la introdujeron, a empellones, en el Volkswagen que aguardaba junto a la acera. En un par de horas la habían golpeado con verdadera saña, dejando su cuerpo dolorido y maltrecho.

A las nueve de la noche las gestiones de la Gestapo habían permitido obtener alguna luz sobre Rolando Brancusso, pero las averiguaciones carecían de efectividad. Ya sabían que había llegado a Berlín la víspera, en el tren procedente de Roma y que se había alojado en la pensión Weissensse, en una callejuela que daba a la Invalidenstrasse, donde se registró con ese nombre y como viajante de comercio. *Frau Harpe*, la dueña de la pensión, había indicado que hablaba un alemán perfecto y que le había resultado extraño ver siempre al señor Brancusso con la cabeza cubierta. También supieron que un joven, del que la dueña de la pensión apenas pudo dar una vaga descripción, dejó una carta para el señor Brancusso y que se había despedido de ella por la mañana. Asimismo, sabían que no había sacado otro billete para el tren que salía con destino a Milán, pero ignoraban su paradero. Tampoco, hasta aquel momento, tenían datos sobre una sociedad que respondiese al nombre de Círculo Octogonus. Era la primera vez que se encontraban con un nombre como ése.

Magdalena Wissemann había permanecido, incomunicada, en uno de los calabozos del cuartel general de la Gestapo. Cerca de las diez de la noche recibió la visita de los policías que aquella mañana la habían detenido y golpeado. Fue sometida a un nuevo interrogatorio y a una refinada tortura, sin que se hubiese repuesto del maltrato anterior. Pese al tormento, no pudieron obtener más información de la que ya habían logrado, salvo indicarles que Niccola Storzi era de Venecia. La desgraciada mujer había reiterado, en medio de gemidos, que el

dueño del abrigo le había dicho que se llamaba de esa forma y que, hasta que ellos lo mencionaron, no había escuchado el nombre de Rolando Brancusso.

La opinión de aquel par de criminales era que se mostraba contumaz y la amenazaron con ponerla en manos de especialistas capaces de hacer hablar a las piedras. Era la medianoche cuando le dieron un plazo para ablandarla.

—Reflexiona hasta el amanecer. Si mañana no nos cuentas todo lo que sabes, te arrepentirás mil veces de haber nacido.

La mujer, con las manos atadas a la espalda, no contestó. Tenía la mirada perdida, los labios rotos y adheridos grumos de sangre reseca, uno de los ojos cerrado por la hinchazón y el otro enrojecido por el dolor y el llanto. Un largo corte en una de sus mejillas producido por el anillo de uno de los policías, al propinarle una de las muchas bofetadas que había soportado, los pómulos tumefactos por los golpes recibidos y todo el cuerpo dolorido como consecuencia de las dos palizas soportadas. Uno de sus pechos tenía una horrible quemadura, cerca del pezón. Estaba aterida de frío y había empezado a tiritar, en parte por la baja temperatura de la inmunda mazmorra de los sótanos de la Prinz Albrechtstrasse y en parte por la fiebre que se había apoderado de su cuerpo. Magdalena Wissemann pensó, horrorizada, en la larga noche que tenía por delante.

También se presentaba larga para Niccola Storzi, pero por otros motivos. Poco a poco, una vez acomodado en su compartimento, fue serenando sus alterados nervios. Nunca en su vida, ni siquiera cuando tuvieron que ponerlo a salvo de las iras del fanatismo nazi por sus crecientes críticas a las acciones del régimen, había vivido una situación como aquella. La diferencia, probablemente, se encontraba en que entonces contaba con el apoyo de la Iglesia católica, mientras que ahora había tenido que afrontar las dificultades en solitario. Pero si sus nervios se habían relajado, un sentimiento de culpa, que no había aflorado con anterioridad, se fue apoderando de su ánimo, sumiéndolo en una especie de depresión.

El recuerdo de Magdalena Wissemann, a la que había abandonado en manos de sus verdugos, se convirtió paulatinamente en una dolorosa obsesión. No sabía si lo que sentía por aquella mujer podía calificarlo como amor, pero desde luego había experimentado una atracción a la que no pudo sustraerse y, ahora, en aquel tren que cruzaba los helados campos del invierno centroeuropeo, se sentía tan mal como no recordaba en su vida. Nunca sabría si en lugar de esconderse y huir podría haber hecho frente a aquellos dos individuos y tratar de salvar a una mujer, a la que por el simple hecho de ser judía le esperaba un horrible destino. Trató de justificarse pensando que, ponerse a salvo, suponía llevar hasta el Círculo Octogonus el terrible secreto que le había desvelado y evitar que los nazis logran convertir en realidad los criminales propósitos que habían maquinado a través de la operación Eitles Gold. Sin embargo, en lo más recóndito de su alma,

sabía que la verdadera razón por la que había huido, ante la amenaza que suponía la Gestapo, era el miedo y que fue incapaz de enfrentarse al peligro con un mínimo de dignidad, como la que había demostrado ella, al actuar con la resolución que lo había hecho.

Niccola Storzi supo aquella noche que, para el resto de su vida, habría de cargar con la cruz de su cobardía.

—¡Despierta perra!

Con aquel grito, los policías que, en pocas horas, habían convertido a Magdalena Wissemann en poco menos que un desecho humano, trataron de sacarla del sueño que la había vencido. Estaba echada en el sucio camastro de su celda, en posición fetal, con las manos atadas a la espalda. No hubo reacción al grito y uno de los matones le propinó una patada en el costado. El dolor debió de ser fuerte, pero la mujer permaneció inmóvil. Tenía los ojos cerrados, aunque era difícil saber si dormía o simplemente la hinchazón no le permitía abrirlos.

Una nueva patada tampoco tuvo respuesta. Solo entonces sus verdugos se dieron cuenta de que, por el momento, a Magdalena Wissemann no podrían seguir atormentándola, porque estaba inconsciente.

—Creo que es inútil. Está muerta.

Con un gesto de repugnancia tocó la pierna de la mujer y comprobó que estaba caliente; aún aleteaba algo de vida en su cuerpo.

—Aún vive, pero no creo que dure mucho. Ésta no podrá contarnos nada más.

Se olvidaron de ella.

Mientras subían las escaleras que conducían a la superficie, uno de los policías preguntó a su compañero.

—¿Por qué crees que se ha empeñado en mentirnos al afirmar que Brancusso se llamaba Storzi?

La pregunta hizo dudar a su compañero.

—¿Y si no nos ha mentado?

—¿Qué quieres decir?

—Que el propietario del abrigo se llamara realmente Storzi y hasta ahora hayamos buscado por un camino equivocado.

—Brancusso existe, la patrona de la pensión lo ha confirmado y a ese nombre llegó el extraño mensaje escrito en pergamino.

—Pero no sabemos si Brancusso es un nombre falso. No perdemos nada buscando a Niccola Storzi.

Poco después de las nueve y media de la mañana los datos sobre Niccola Storzi se amontonaban en un despacho del cuartel general de la Gestapo. Sabían que tras ese nombre había un sacerdote católico que, cuando se difundió en las

iglesias la encíclica *Mit brennender Sorge*, había lanzado duras críticas contra el régimen por lo que se vio obligado a abandonar el Reich a toda prisa con destino a Roma. Esas circunstancias explicaban dos de las afirmaciones realizadas por *frau Harpe*: que su huésped hablaba un correcto alemán, lo que encajaba con la larga estancia de Storzi en Berlín, y que no se quitaba nunca su sombrero porque de esa forma ocultaría la coronilla que señalaba su condición de eclesiástico católico. Cuando algunos minutos después, desde la Anhalter Bahnhof, les comunicaron que en el tren que había salido con destino a Roma iba un pasajero con billete para esa ciudad que respondía al nombre de Niccola Storzi y que la maleta de Rolando Brancusso permanecía en la consigna de la estación, se disiparon las últimas dudas acerca de la verdadera identidad del propietario del abrigo encontrado en casa de Magdalena Wissemann.

Aún no se les había escapado porque el tren tardaría todavía en llegar a Roma algunas horas. Según la información recibida desde la estación ya había salido de Milán, pero aún tenían tiempo suficiente para detenerlo. Les sobraban los cargos para hacerlo, desde falsificación de pasaportes hasta utilización de identidad falsa, aunque realmente encontrándose en un tren de la Bahn, la compañía ferroviaria del Reich, tampoco era necesario. La Gestapo, que tenía bajo control y sometidos a estricta vigilancia todos sus trenes, llevaría a cabo su detención, sin necesidad de muchos formulismos. Un acuerdo con la Italia de Mussolini permitía actuar a la policía en los trenes del país de origen, aunque circularasen en territorio de la otra potencia.

A las once horas y catorce minutos, en la estación telegráfica montada en uno de los vagones del tren, se recibía un escueto mensaje codificado, con la nota de urgente, para que se entregase a la policía. Cuando los de la Gestapo lo decodificaron, supieron que el cable procedía de su Cuartel General y que el texto era expeditivo:

Procédase detención del malhechor Niccola Storzi. Viaja con destino a Roma. Utiliza nombre Rolando Brancusso. Es delincuente peligroso.

Cuartel General de la Waffen-SS

Poco antes del amanecer, tras salvar los túneles del San Gotardo, el tren había entrado en territorio italiano. A partir de ese momento el jesuita barajó la posibilidad de abandonarlo, la presencia de la policía, que recorría de vez en cuando los vagones, había acabado por destrozarle los nervios. Los había visto pasar en dos ocasiones por el pasillo y la visión de aquellos individuos de altivo aspecto, enfundados en sus largos abrigos de cuero negro, que delataba su pertenencia a la temible policía política del Reich, era intranquilizadora. En las dos ocasiones había pensado que allí terminaba su viaje, al menos como un pasajero más del tren. En una de ellas, uno de los policías, al comprobar que llevaba el *Völkischer Beobachter*, le había dedicado una mueca que pretendía ser una sonrisa.

Como fórmula para evitar un encuentro no deseado o posibles complicaciones, no se había levantado de su asiento durante las largas horas de viaje, lo que significaba que no había comido ni bebido. Al amanecer la sed se había convertido en una tortura, más insoportable a cada minuto que pasaba.

Simplemente, el hecho de pensar en levantarse y acudir al vagón restaurante le producía escalofríos y estaba convencido de que, no quitarse el sombrero en el interior del tren, levantaría inmediatamente alguna sospecha.

Como tantas personas obligadas a huir u ocultarse, Niccola Storzi creía, erróneamente, que se encontraba en una situación mucho más precaria de lo que era en realidad. Pensaba que toda la policía alemana estaba informada de sus movimientos y, en consecuencia, todos dirigían su atención hacia él.

A las ocho de la mañana, con las primeras luces del día, había tomado la decisión de abandonar el tren en Milán. Eso significaba retrasar su llegada a Roma, pero sus nervios no podían soportar por más tiempo la tensión a que estaban sometidos desde hacía cerca de veinte horas, las mismas que llevaba huyendo. Allí podría comer y beber, relajarse e incluso descansar hasta que decidiese la forma de llegar hasta Roma.

Nunca sabría lo acertado de aquella decisión porque poco después de que se apease, la Gestapo llevaba a cabo una exhaustiva identificación de todos los pasajeros. Recorrieron todos los vagones y compartimentos, inspeccionaron cada rincón del tren, pero al cabo de una hora, su búsqueda había resultado inútil y así

lo comunicaron a su cuartel general. Ignoraban que en Milán se les había perdido la pista de Niccola Storzi. Uno de los policías, al ver abandonado el *Völkischer Beobachter* en un asiento, recordó al individuo que lo leía. Sólo entonces le llamó la atención la imagen de aquel viajero que no se había quitado el sombrero.

Era noche cerrada cuando el taxi giró para enfilarse por la vía de la Conciliazione, hasta su final en el mismo borde de la piazza de San Pedro.

El pasajero que iba recostado en el asiento posterior vestía un traje muy arrugado y cubría su cabeza con un sombrero de fieltro. No llevaba ninguna clase de equipaje y su aspecto cansino estaba acentuado por el enrojecimiento de sus ojos que delataban muchas horas de vigilia.

Pagó al conductor la elevada suma en que había ajustado ocho horas antes el viaje desde Milán. En el trayecto desde la capital lombarda apenas se habían detenido en tres ocasiones y solamente el tiempo justo. Una para tomar un bocadillo y un capuchino y las otras dos, una de ellas ya cerca de Roma, para repostar gasolina. Antes de despedirse del taxista, le apuntó en un papel la dirección de una pensión situada en una de las calles que daban a la piazza Santa Maria in Trastevere y le dio las indicaciones precisas para llegar hasta allí. Se despidió de él con un apretón de manos y el deseo de un feliz retorno a Milán.

Niccola Storzi echó a andar por la piazza de San Pedro, mientras escuchaba cómo se perdía en la noche el ruido del coche. Había estado fuera tres días, pero tenía la sensación, mientras cruzaba la solitaria plaza, de que su ausencia había sido mucho más prolongada. Miró el impresionante paisaje, como si llevase varios meses de ausencia y en ese tiempo muchas cosas hubiesen cambiado. Sobre todo tenía la impresión de que él era una persona diferente a la que había acudido a Berlín, a la cita de la cafetería Grossdeutschland.

Hacía una noche desahogada, aunque no comparable al gélido frío de Berlín; se alzó el cuello de la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y echó a andar hacia su apartamento. Mientras caminaba, escuchando sus propios pasos en el silencio, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Magdalena Wissemann, ignorante del triste destino que la vida le había deparado.

Adormilado, palpó varias veces con la mano antes de acertar a coger el teléfono que no paraba de sonar. A Herbert Keller le costaba trabajo abrir los ojos, porque apenas había descansado unas horas después de que cerca de las siete de la mañana, exhausto tras de una noche de fogosidad, se quedase dormido en los brazos de la joven que compartía su cama.

Ella dejó escapar un gruñido de protesta, pero no llegó a despertarse.

—¡Dígame! —Su malhumor se acentuó al comprobar que eran poco más de las once de la mañana.

—Buenos días señor Keller —saludó afable el recepcionista—, le paso una llamada.

Hubo un breve silencio y luego escuchó a alguien que preguntaba:

—¿Herbert Keller?

—Al aparato, ¿quién llama?

—¿Es usted Herbert Keller?

—Ya le he dicho que sí, ¿quién llama?

—Un momento.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Quién...? —Keller miró el teléfono y estuvo a punto de colgar. Esperó unos segundos, justo para escuchar una voz autoritaria.

—*Herr Keller*, creo que está usted en su habitación del hotel Eden. No diga nada y escúcheme con mucha atención.

—¿Quién es usted? —gritó.

—Soy el teniente coronel Hans Fischböck, obersturmbannführer de las Waffen-SS y ahora no vuelva a abrir la boca. —Keller había enmudecido, casi contenía la respiración—. Preste mucha atención a lo que voy a decirle. Encuentre al contacto y hágalo urgentemente, hace casi veinticuatro horas que tratamos de localizarlo inútilmente.

Fischböck ignoraba que la última llamada recibida por Albert Hartl en su despacho había sido de Taras Borodajkewycz, cuando el dirigente del Amt II ya sabía que sus horas al frente de aquel departamento estaban contadas.

—Ayer...

—¡No me interrumpa! ¡Ya sé que ayer estuvo usted almorzando con él, pero nos resulta imposible localizarle! ¡No sabemos dónde se ha metido y nos urge encontrarlo!

A Keller empezaba a molestarle el tono y las formas que empleaba aquel individuo. A pesar de la advertencia, preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Le he dicho que no me interrumpa.

—Creo que usted se confunde, *herr Fischböck* —Keller omitió su grado intencionadamente—, yo no soy uno de los hombres a sus órdenes. Por lo tanto no me trate como si fuese uno de ellos.

—¡Usted trabaja para nosotros!

—Lo que no significa que esté encuadrado en ninguna de sus unidades para que me trate como a un subordinado.

—Está bien, *herr Keller*, le ruego que guarde silencio mientras le explico lo que tengo que contarle porque es sumamente importante.

—Muy bien, le escucho.

—Hemos descubierto que se han producido peligrosas filtraciones de información en la operación en la que usted participa. Ya hemos logrado taponar una de las vías, pero posiblemente haya más y, como usted bien sabe, ésta es una

operación donde hemos de movernos con todas las garantías. A pesar de las dificultades, usted deberá permanecer en Roma mientras no reciba otras instrucciones. Pero, por el momento, paralice cualquier iniciativa que hubiese tomado. Tengo entendido que ha mantenido contacto con dos de sus objetivos y tenía previstos otro más.

—En efecto —asintió Keller.

—Quede claro que lo que le estoy indicando no es obstáculo para que más adelante prosigamos con la operación. Pero, insisto, por ahora absténgase de realizar cualquier acción. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, pero usted comprenderá, *herr Fischböck*, que yo no voy a hacer caso al primero que llama por teléfono a la habitación de mi hotel.

—¿Qué quiere usted decir?

—Simplemente, que quién me garantiza que usted tiene autoridad para darme las instrucciones que acaba de impartir, como si fuese uno de los hombres que están a sus órdenes. Ni siquiera puedo saber si usted es ese *obersturmbannführer* de las *Waffen-SS* que dice ser.

Se produjo un silencio en la línea, la joven se removió inquieta en la cama, pero continuó dormida. Las formas de su cuerpo convertían a aquella mujer en una tentación poco menos que irresistible. La cólera de *Fischböck* se puso de manifiesto en que elevó el tono de voz, hasta gritar:

—Dígame entonces ¿cómo se explica usted que conozca detalles como los que le he revelado? ¿Cómo puedo saber yo que usted ha mantenido contactos con dos, digamos clientes, y plantea hacerlo con otro? Puedo decirle que a uno de ellos le ha ofrecido el libro de horas de María de Flandes y a otro un beato mozárabe. ¿Cómo puedo saber que ayer se vio con su contacto e incluso que almorzó con él? ¿Explíqueme cómo sé que ha habido una filtración relacionada con la operación en la que usted participa y que se nombra con dos palabras? Voy a decirle más, *herr Keller*, la vía de filtración que hemos taponado se llama *Albert Hartl*, con quien usted habló ayer por teléfono y luego ya no pudo contactar con él, tal y como habían quedado.

Keller estaba sorprendido.

—¿Sabe por qué no pudo hablar? —prosiguió el *obersturmbannführer*—. Porque se encontraba ya y comunicado y bajo arresto.

—¿Cómo... cómo...!

Se había despalilado por completo y, de un salto, se había sentado en el borde de la cama. Su movimiento había sido tan brusco que la joven se despertó:

—¿Ocurre algo, cariño?

Instantes después Keller escuchó por el teléfono la irritada voz del oficial de las *Waffen-SS*.

—¿Quién está con usted?

—Nadie.

—No mienta, ¿quién ha hablado?

—No es nadie, una jovencita con quien... con quien he pasado la noche.

—¡Imbécil! —gritó el teniente coronel.

Keller había enmudecido, después de un breve silencio Fischböck preguntó:

—¿Ha escuchado algo de nuestra conversación?

Keller se sentía mal. ¿Quién era aquel individuo para maltratarlo? Sin embargo, su instinto deividor le dijo que no era el momento de tensar más la cuerda, ya lo había hecho hacía unos minutos. Las aguas, por alguna razón que desconocía, bajaban turbulentas y lo mejor era aguantar el chaparrón. Si tenía oportunidad ya ajustaría cuentas con aquel Hans Fischböck. No se le olvidaría su nombre.

—Nada, además no sabe alemán. —Le costó trabajo pronunciar aquellas palabras.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Muy bien. —El obersturmbannführer parecía que deseaba rebajar la tensión que su insulto había producido a través de la línea—. Si puede localizar a su contacto, llámeme.

La joven se desprecizó de forma voluptuosa y se acarició el sexo con lascivia. El exclaustro no pudo evitar una sonrisa, cogió el teléfono y siguió escuchando:

—Ahora, escúcheme con mucha atención, pero, para mayor seguridad, será mejor que le diga a esa señorita que se marche al cuarto de baño y cierre la puerta, por favor.

Aquello eran otras formas. Keller tapó el micrófono con la mano.

—Querida, ¿te importa dejarme solo? ¿Por qué no te das un baño? Te prometo que estaré contigo en unos minutos.

La joven hizo un mohín y cruzó desnuda la habitación. Caminaba dando pequeños saltitos que agitaban morbosamente sus senos. Se sentó en un taburete y dejó entreabierta la puerta del cuarto de baño.

—Ya estoy solo.

—Muy bien. ¿Ha oído usted hablar del Círculo Octogonus?

—¿Cómo ha dicho usted?

—El Círculo Octogonus. —Todo el cuidado puesto por el oficial de las Waffen-SS para no dar pistas a posibles escuchas sobre Eitles Gold a lo largo de la conversación parecía haber desaparecido.

—¿Qué es eso?

—No lo sabemos con exactitud, pero se trata de una organización cuyo cuartel general está en Roma.

—¿El Círculo Octogonus? ¿A qué se dedica?

—Por el momento, lo ignoramos. Pero sospechamos que puede tener alguna conexión con el Vaticano.

—¿Por qué sospechan eso?

—Porque sabemos que algún sacerdote católico pertenece a ella.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? —preguntó un tanto amoscado.

—Por dos razones, *herr* Keller. La primera, que usted está implicado en la operación y creemos que un agente del Círculo Octogonus ha estado en Berlín para obtener información de la misma, y la segunda, que usted ha mostrado sobrada competencia cuando le han encomendado tareas para nosotros.

—Antes me ha llamado imbécil —no se había podido contener.

—Lo lamento *herr* Keller, le presento mis excusas.

—Disculpa aceptada. Me ha dicho que tienen conocimiento de que algún sacerdote católico pertenece a esa organización y que posiblemente hayan conseguido alguna información sobre nuestra operación; ¿puede facilitarme algún nombre?

Se hizo un breve silencio, Fischböck estaba buscando entre los papeles que tenía encima de su mesa.

—Niccola Storzi.

—¡Niccola Storzi! ¡Ese sacerdote ha estado en Berlín hasta hace año y medio!

—¿Lo conoce!? —Fischböck estaba sorprendido.

—¡Claro que lo conozco!

—Es la primera buena noticia en un día pésimo —comentó el obersturmbannführer.

—¿Dónde está ahora Storzi? —preguntó Keller.

—Ayer estaba en Berlín, pero le perdimos la pista. Posiblemente cogió un tren con destino a Roma, pero, si llegó a cogerlo, se nos ha escapado durante el viaje. En estos momentos no sabemos dónde está, aunque antes o después llegará ahí y suponemos que se refugiará tras los muros del Vaticano. Me refiero a que se acogerá a la inmunidad que le asiste mientras no salga de esos miles de metros cuadrados que son los Estados Pontificios y a los que no podemos acceder. También sabemos que imparte clases en el Teutonicum.

—¿Qué papel represento yo en este juego?

—Necesitamos hacerle algunas preguntas a ese sacerdote y usted puede ayudarnos. Si se lo explica a su contacto, él se encargará de localizarlo.

—¿Quién le hará las preguntas?

—Nosotros. Su trabajo es localizar a su contacto, para que saque a Storzi de su madriguera y lo ponga a nuestro alcance. Aunque... aunque...

Se hizo un breve silencio en la línea.

—Fischböck, ¿está usted ahí?

—Aunque, aunque si su contacto no aparece en las próximas horas, podría encargarse usted de hacer ese trabajo.

—¿Localizar a Storzi para hacerle salir del Vaticano?

—¿Por qué no? Podría ser usted quien se encargase de esa misión.

—¿Quiere decir eso que me está pidiendo que localice a Storzi?

Fischböck debió de darlo por hecho.

—Póngase en movimiento, Keller. ¡No podemos perder un minuto!

Le molestaba la actitud de aquel individuo dándole órdenes, como si fuese un miembro de las Waffen-SS.

—Un momento. ¿A quién de los dos busco?

—Trate de localizar primero a ese viénés del demonio y si no aparece en las próximas dos horas, busque a Storzi.

—Todavía no le he dicho que acepto, Fischböck.

—Pero estoy seguro de que lo hará.

—¿Por qué está tan seguro?

—¿Cuál es el precio?

Keller dudó por un instante. Era la oportunidad para hacerse con un buen pellizco.

—Quiero veinte mil.

—De acuerdo.

—Veinte mil libras esterlinas.

El silencio en la línea telefónica fue muy breve.

—De acuerdo.

Keller le facilitó el número de cuenta en una entidad bancaria de Ginebra. Fischböck pidió que le repitiese los números para comprobar. El obersturmbannführer no titubeaba.

—El ingreso debe efectuarse en un plazo máximo de veinticuatro horas.

—Solamente la mitad, la otra mitad cuando concluya el trabajo. Ya sabe, ésa es la norma.

—Me parece justo —concedió Keller, sorprendido de lo fácil que había resultado todo y con la sensación de que había perdido una oportunidad de hacerse con una suma más sustanciosa.

—En ese caso, no pierda un minuto y empiece a trabajar. Todo lo que acabamos de hablar tiene un plazo de caducidad.

—¿Cuál?

—Hoy.

—¿Hoy? —Apartó el auricular de su oreja y lo miró con cara de incredulidad, como si dudase de que aquel aparato hubiese transmitido fielmente lo que acababa de escuchar—. Eso es sencillamente imposible, *herr* Fischböck.

—Es posible, siempre y cuando usted no pierda un instante.

—¿Quiere que me ponga a trabajar y aún no ha ingresado el dinero!

—Eso puede darlo por hecho, pero sepa que el trato tiene validez hasta la medianoche de hoy.

—Apenas dispongo de doce horas.

—Si no encuentra a su contacto, le sobran casi todas para concertar una cita con Storzi. Su trabajo consiste, simplemente, en atraerlo a donde nosotros podamos atraparlo.

Sin saber muy bien por qué, Keller preguntó:

—¿Qué hago con los tres libros que me entregó Hartl?

—Póngalos a buen recaudo y, por el momento, olvídense de ellos. Como le he explicado, llegado el momento, le diremos lo que tiene que hacer, porque la operación continúa en marcha.

—¿Le interesaría que hiciese algunas indagaciones acerca de ese Círculo Octogonus que ha mencionado antes?

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, antes me ha dicho que no saben muy bien qué se esconde detrás de esas dos palabras. ¿Tal vez, y o...?

—Cualquier información sobre el Círculo Octogonus será bien recibida, *herr* Keller.

Se hizo un silencio largo. Fue el propio oficial de las Waffen-SS quien lo rompió:

—¿Está usted ahí?

—Sí, sí, estoy aquí. Hago cálculos sobre el precio de su agradecimiento.

—¿Quiere usted explicarse?

—Tendrá que doblar la cantidad que hemos acordado.

—Usted está loco, Keller. —Fischböck había prescindido de toda clase de tratamiento—. ¿Cree que el dinero florece en los jardines?

—No creo que veinte mil libras sea una suma exorbitante, sobre todo teniendo en cuenta que han decidido invertir una fortuna en una operación que se les puede ir al traste.

—¡Es usted peor que el diablo!

Dejó escapar una risita, convencido de que el otro había picado el anzuelo.

—Eso mismo decía el prior de mi monasterio, antes de que abandonase el monacato.

—Muy bien, Keller, pero no verá una sola libra de esas veinte mil hasta que no facilite información válida sobre Octogonus.

—¿Acaso no se fía de mí? —Dio a sus palabras un tono de dignidad ofendida.

—¿Y usted de nosotros?

—Muy bien, si consigo información solamente la tendrán previo pago de esa suma.

—También en eso estoy de acuerdo, *herr* Keller —el obersturmbannführer arrastró las últimas sílabas.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Puede.

—¿Por qué han detenido a Hartl?

—Por irse de la lengua en la cama. La cabaretera que se hacía llamar Monika Gessler era una judía y su verdadero nombre Ruth Wissemann. Había soneado al obersturmbannführer todos los detalles de la operación, probablemente para pasárselos al Círculo Octogonus.

—¿Ha dicho se hacía llamar?

—Sí, ayer se suicidó arrojándose por una de las ventanas de su apartamento.

Keller pensó en el desperdicio que suponía una cosa así. Monika Gessler, a la que había visto actuar en varias ocasiones, tenía un cuerpo maravilloso.

—Si quiere un consejo, se lo doy gratis: ¡Apártese de las mujeres, son un peligro! ¡Empiece por echar a esa ramera que tiene metida en el cuarto de baño!

—Nuestro trato no incluye que se inmiscuya en mi vida privada —gruñó Keller.

—En eso lleva usted toda la razón, pero he de hacerle una pequeña matización. Su vida privada me importa un bledo, siempre y cuando no perjudique el trabajo que tiene que realizar para mí. Y ahora, *herr* Keller, escúcheme con mucha atención porque voy a facilitarle cierta información que, si la utiliza con habilidad, hará salir al conejo de su madriguera.

Fischböck le detalló los pormenores que podía utilizar para hacer que Storzi se sintiese atraído, tenían que ver con su visita al piso de la Bendlerstrasse, con su abrigo y su sombrero, y también con Magdalena Wissemann.

Estaba claro que, para él, la discreción estaba circunscrita a la operación Eitles Gold, era mucho menos cauto con lo relacionado con el Círculo Octogonus.

—Si localiza a su contacto le transmitirá usted todo lo que acabo de contarle.

—Perfectamente.

La joven que lo veía por la entreabierta puerta del cuarto de baño le sonrió.

—Una última cosa. No se le ocurra engañarme. Usted solamente actuará siempre y cuando su contacto no aparezca.

—¿Y cuándo daré por concluida mi búsqueda? —ironizó.

—Si dentro de dos horas no lo ha localizado, actúe.

—¿Cómo me pongo en contacto con usted?

—Anote un número de teléfono.

—Aguarde un momento.

Se acercó hasta la mesa escritorio con el teléfono en la mano y garabateó con un lápiz el nombre de Fischböck y un número. Cuando colgó el teléfono Herbert Keller se frotó las manos. Iba a conseguir una pequeña fortuna con muy poco esfuerzo.

Llamó a la joven, la sentó sobre sus muslos y la besó en la boca a la par que le acariciaba los pechos.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando sonó otra vez el teléfono. Miró el aparato y dudó si cogerlo, pero pensó que podía ser Fischböck, posiblemente se habría olvidado de darle alguna orden más.

—¿Dígame?

—Soy Taras Borodajkewycz.

A las dos en la Casina de Pío IV

Ése era el escueto mensaje del *rapporto rosso* que el padre Storzi se había encontrado en el suelo de su habitación. Mientras dormía, alguien lo había introducido por debajo de la puerta, ya que no estaba allí cuando llegó la noche anterior.

Pensó en los profundos cambios habidos en su vida en muy poco tiempo, porque no le llamó la atención que le dejaran un mensaje por debajo de la puerta. Recordó la impresión que había recibido cuando una semana atrás aquel individuo, que arrastraba un pie al caminar, se le había acercado al aula donde acababa de impartir su clase.

Empezaba a acostumbrarse a cosas que no podía considerar normales. Porque no lo era pertenecer a una sociedad secreta como el Círculo Octogonus, ni viajar con identidad falsa, ni actuar de correo para asuntos que provocarían un escándalo mundial si saliesen a la luz pública, ni salir huyendo por las terrazas de las casas, ni abandonar el equipaje o atravesar dos países con la policía pisándole los talones.

Se sintió cómodo al vestir sus ropas talaras, su indumentaria de sacerdote, sin necesidad de ocultar su verdadera identidad. Aunque era muy tarde, el hambre lo impulsó a bajar al comedor para tomar alguna cosa que le aliviase el forzado ayuno de dos días sólo interrumpido por un bocadillo. Allí estaba la bondadosa y enérgica sor Benedetta, disponiendo las mesas para el almuerzo. La monja se sorprendió al verlo.

—¡Padre Storzi, bienvenido! ¡Sabía que había llegado, pero no lo esperábamos por lo menos hasta dentro de tres o cuatro días! ¿Ya ha terminado el congreso?

Niccola le dio una falsa explicación con una sonrisa en los labios:

—He adelantado el viaje porque, en realidad, mi interés se centraba exclusivamente en una de las conferencias.

Para desviar la conversación de un terreno por el que no deseaba transitar, preguntó a la religiosa:

—A ver, sor Benedetta, ¿con qué puedo llenar el vacío de mi estómago? Le aseguro que tengo hambre vieja.

Ella lo miró de arriba abajo e hizo una mueca con los labios.

—No me extraña, ¡se le ve muy desmejorado! ¡Venga, siéntese, que va a comer como un monseñor! ¡Aunque a estas horas no sé muy bien qué darle!

—Para un pobre hambriento como el que tiene delante, cualquier cosa vendrá bien, incluso un mendrugo de pan.

La monja hizo el gesto de llevarse las manos a la cabeza, aunque las almidonadas puntas de su toca lo dificultaban.

—¡Ay Dios!

Se alejaba hacia la cocina, comunicada por unas puertas batientes con el comedor, cuando apareció la hermana portera, una ancianita menuda que parecía deslizarse cuando andaba.

—Padre Niccola, lo llaman por teléfono.

El jesuita, que se acababa de sentar y desdoblaba la servilleta sobre su regazo, hizo ademán de levantarse, pero permaneció sentado al escuchar la voz de sor Benedetta que tronaba:

—¡Eso sí que no! ¡Usted se sienta y desayuna, así fuese Su Santidad quien lo llama! —Y dirigiéndose a la portera le gritó porque sabía de su sordera—: ¡Hermana, tome razón de quién llama y dígame que lo haga dentro de un rato!

Miró el enorme y redondo reloj que colgaba en la pared y vio que eran casi las doce y media.

—¡Dígame que llame a la una!

—Tal vez sea urgente —protestó el sacerdote sin mucha convicción, sabedor de que con sor Benedetta era batalla perdida.

—¡Ni hablar! ¡Lo primero es lo primero!

Niccola dirigió una mirada de resignación a la hermana portera y se limitó a preguntar:

—¿Sabe quién ha llamado?

—Me lo ha dicho, pero no lo recuerdo. Es un nombre raro, me ha sonado extraño.

—¿No sería el padre Leiber?

—No, no... ya le digo, era un nombre raro. No lo recuerdo.

En realidad, Storzi no tenía nada que hacer hasta poco antes de las dos, en que atravesaría los jardines vaticanos para acudir a la Casina de Pío IV, que era como se conocía un pequeño pabellón de verano, construido a mediados del siglo XVI, donde algunos papas se habían aliviado de los rigores del estío romano.

—Está bien, sor Loreto, dígame a esa persona que llame un poco más tarde, según lo ha dispuesto sor Benedetta.

La portera desapareció del comedor tan silenciosamente como había llegado.

Sor Benedetta cumplió su promesa de agasajarlo como a un monseñor. A los pocos minutos apareció con una bandeja repleta de exquisiteces.

—¡Tómese primero esta taza de caldo de puchero! ¡Resucita a un muerto!

¡Todo lo que le he puesto es *bocatto di cardinale*!

Después de disponer los alimentos convenientemente, permaneció de pie, con las manos recogidas sobre su impoluto delantal, y le preguntó:

—¿Qué tal por Berlín?

El padre Storzi se encogió de hombros y comentó con cierta desgana:

—Se ha convertido en una ciudad peligrosa.

—¿Qué quiere decir con eso, padre?

—Que la policía puede entrar en un local, detener a varias personas o disparar contra ellas sin que la gente se inmute. Al parecer, eso forma parte de la vida cotidiana.

La monja se santiguó mientras exclamaba:

—¡Ave María Purísima!

—También aquí la policía actúa con contundencia.

—Pero nuestro Duce ha limpiado Italia de malhechores.

Nicola levantó la cabeza y miró a los ojos de la monja con un punto de tristeza en su mirada. No le cabía la menor duda de que sor Benedetta era una buena mujer, que había entregado su vida al servicio de sus semejantes.

—¿Y si los malhechores no lo son?

Sor Benedetta lo miró extrañada, antes de continuar con sus tareas.

—¡Qué cosas dice usted, padre Nicola!

Comió tranquilamente en medio del silencio del enorme comedor, roto, de vez en cuando, por el ruido de la cacharrería que llegaba, apagado, procedente de la cocina.

Aunque era un tormento pensar en su actuación cuando la Gestapo irrumpió en el piso de Magdalena Wissemann y la forma cobarde en que se había marchado, dejándola sola ante tales energúmenos, no podía dejar de pensar en ella ni apartar aquellos pensamientos de su cabeza. No le consolaban las palabras de la mujer diciéndole que lo más importante era que se pusiese a salvo y llevase hasta el lugar adecuado lo que le había contado en la Grossdeutschland. Como si fuese el aleteo de una mariposa, en su mente revoloteaba una pregunta que lo desasosegaba: ¿Qué habría ocurrido en aquel piso de la Bendlerstrasse si no hubiese llegado la policía?

Faltaban cinco minutos para la una cuando la hermana Loreto se presentó de nuevo, era como una aparición. La anciana sorprendió al jesuita sumido en sus cavilaciones, ajeno al mundo que lo rodeaba.

—Padre Nicola, la misma persona de antes está al teléfono.

Miró la hora en el reloj del comedor y al ver que todavía no era la una, pensó que esa persona tenía mucha prisa. Acompasando su paso al de sor Loreto llegó hasta la portería y cogió el teléfono.

—Sí, sí... soy yo.

—Me llamo Hans Kränkel y nos conocimos en Berlín. —Había decidido

utilizar su nombre falso para no quemar en un asunto como aquel su verdadera identidad. Si se difundía que había llevado a una trampa a un sacerdote, las puertas de numerosos clientes se cerrarían para siempre.

Niccola trató de recordar, pero su mente no alumbraba aquel nombre.

—Perdone, pero no recuerdo.

—Haga memoria, Domingo de Ramos de hace dos años.

El jesuita sintió un escalofrío. Fue el día en que se leyó en las iglesias la encíclica *Mit brennender Sorge*. Lo recordaba perfectamente, él decía misa en la iglesia del convento de los padres benedictinos. Algunos feligreses y dos monjes le ayudaron a salir de la iglesia para ponerlo a salvo de las iras de los nazis. Revivió aquellos instantes grabados en su memoria, podía ver cómo los ánimos fueron caldeándose conforme avanzaba en la lectura del texto papal. La furia se desató cuando, como colofón, realizó algunos comentarios de su propia cosecha, los murmullos de desaprobación de muchos de los asistentes se convirtieron en gritos amenazadores, impidiéndole continuar. Hubo luego un momento de relativo silencio, que aprovechó para pronunciar las palabras del Evangelio donde Jesús señalaba que no se podía servir a dos señores. Fue entonces cuando se desató la violencia, arreciaron los gritos y los más exaltados avanzaron hacia el presbiterio.

El prior de los benedictinos que, presuroso, había acudido a la iglesia, al ser avisado de lo que estaba ocurriendo, trató de aplacar los enardecidos ánimos, a la par que daba instrucciones a los dos monjes que lo acompañaban para que, junto con los feligreses que trataban de proteger al celebrante, lo sacasen de allí y lo pusiesen a salvo.

—Fue un día complicado.

—Pudo haberlo sido mucho más, de no ser por el padre Schönhöffer.

Niccola recordó que ése era el nombre del prior.

—¿Quién es usted?

—Uno de los monjes que acudieron con el padre Schönhöffer y que, siguiendo instrucciones de nuestro prior, le ayudamos a salir del atolladero en que estaba metido.

—¡No me diga!

—Me gustaría hablar con usted, padre Storzi, ¿sería posible?

—Verá, ya no estoy en Berlín.

—¿Quién habla de Berlín! Estoy en Roma, podríamos vernos dentro de un rato.

Niccola tuvo un mal presentimiento. Fue algo instintivo. ¿Por qué quería verle aquel individuo? ¿Por qué precisamente en aquel momento?

—Entonces no tuve tiempo de darle las gracias... —Disimuló el jesuita.

—Como comprenderá, padre Storzi, eso carece de importancia. Me limité a cumplir con mi obligación.

—¿Está asignado a una iglesia de Roma?

—No, no, ¡qué va! La verdad es que dejé los hábitos a las pocas semanas de aquel Domingo de Ramos.

La mayor parte de los secularizados en Alemania se habían incorporado a las filas del partido nazi, recordó Niccola.

—¿Por qué quiere verme?

Keller, habituado a las estrategias de mercadeo, supo que allí se jugaba la carta clave de su apuesta. Bajó el tono de su voz, como si le confiase un secreto de suma gravedad.

—¿Le interesaría recibir noticias de Magdalena Wissemann?

El silencio que se produjo fue lo suficientemente largo como para indicar al taimado Keller que había dado en el centro de la diana. Pero cuando tenía que mostrarse como un maestro del engaño era a partir de ahora. Había descubierto su juego y tenía que ser habilidoso para que no se descubriese el as que guardaba en la manga. Estaba siguiendo el proceso mental del jesuita al que trataba de engañar. Supuso que en aquel momento Storzi estaría planteándose la cuestión fundamental y, efectivamente, llegó a su oído la pregunta.

—¿Por qué piensa usted que yo estoy interesado en tener noticias sobre esa persona?

Keller no lo dudó, no podía permitírselo. Era el momento del todo o nada. Si hubiese dispuesto de más tiempo, se habría permitido una estrategia diferente.

—Porque hace dos días, cuando usted estaba con Magdalena Wissemann, la Gestapo procedió a arrestarla.

—¿Cómo sabe usted eso? —Storzi casi había gritado al teléfono.

—Porque soy el portero del inmueble.

—¿¡Usted!?

—¿Acaso le extraña? Tengo que ganarme la vida y ésa es una forma decente de hacerlo. Lo vi entrar, aunque usted no se percató de mi presencia; iba demasiado nervioso, pese a su indumentaria lo reconocí inmediatamente. Ya no le vi salir.

—¿Ha venido usted a Roma para hablar conmigo de la señorita Wissemann?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—He venido para hacer un trato con usted.

—No le entiendo.

—Es muy fácil.

—¡Explíquese, por favor!

—Tal vez quiera usted recuperar el abrigo y el sombrero que se olvidó en su huida.

—¿Tiene usted el abrigo y el sombrero?

—Sí. —Keller guardó silencio unos instantes antes de rematar su plan—. También los documentos que había en sus bolsillos.

—¿Cómo es que lo tiene usted?

—La policía debió de interrogar a *fräulein* Wissemann con mucha dureza. — Storzi sintió que se le encogía el estómago—. Cuando la sacaron su aspecto era lamentable. ¡Menudos canallas!

—¡La vio usted!

—Cuando la arrastraban. La pobre mujer apenas podía tenerse en pie.

A Niccola se le formó un nudo en la garganta y comprobó cómo las lágrimas resbalaban por su rostro. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para sobreponerse. Su voz sonó temblorosa, a duras penas lograba controlarla.

—¿Cómo es que tiene usted mi abrigo? —le preguntó de nuevo.

—Cuando la policía se marchó subí al piso de *fräulein* Wissemann.

—¿Acaso la policía dejó la puerta abierta? —preguntó Storzi, que no acababa de entender muy bien por qué el individuo que estaba al otro lado del teléfono actuaba de aquella forma.

—No, pero ya sabe... los porteros...

—Tenía usted una llave del piso.

—Así es.

—¿Por qué subió?

—Bueno... ya sabe...

Niccola no necesitó más para percatarse de que aquel individuo era un truhán. Había subido al piso para robar alguna cosa de valor, después del registro de la policía. Pensaría que no habría un inventario de bienes y, antes de que la policía regresase para las labores de incautación, que invariablemente seguían a la detención de los judíos, podía sacar algún provecho.

—Robó usted mi abrigo que estaba colgado en la percha.

—Yo no sería tan duro, padre Storzi. Piense por un momento que esos papeles estuviesen en poder de la Gestapo. Supe que era el suyo porque lo vi cuando entró en la casa y pensé, sobre todo después de comprobar los documentos que había en sus bolsillos que, además, estaban a un nombre que no se correspondía con el suyo, que, tal vez, le interesaría recuperar esa prenda.

—¿No irá a decirme que ha venido a Roma para devolverme el abrigo y el sombrero?

—Bueno... creo que podríamos llegar a un acuerdo razonable.

—¿Cuánto quiere?

Keller tuvo que contenerse para no manifestar la alegría que lo invadía. Estaba tocando el éxito con la punta de sus dedos. Ahora tenía que dejar que fuese el jesuita quien se mostrase deseoso de acabar con aquello lo antes posible.

—¿Por qué tanta prisa, padre Storzi?

—Porque estoy seguro de que ya tiene usted pensada la cifra que va a pedirme.

Decidió dar la última vuelta de tuerca.

—Me ha llamado la atención una extraña carta escrita en un pergamino con forma octogonal, donde le conminan a que abandone Berlín. Tiene una firma extraña, el Círculo Octogonus.

Storzi apretó con fuerza el teléfono y notó cómo su cuerpo empezaba a sudar.

—¿Cuánto quiere? —repitió sin poder evitar un tono de preocupación.

Para Keller había llegado el momento de sacar la carta que guardaba en la manga. Se sabía ganador. Había logrado atrapar a la presa en sus redes, incluso mucho más fácilmente de lo previsto.

—¡No pretenderá que cierre el trato por teléfono! Le propongo vernos dentro de una hora en un lugar discreto, ¿qué le parece una trattoria que hay en la piazza de Pasquino frente al palazzo Pamphili?

Storzi comprobó que eran cerca de la una y media. No disponía de tiempo para entretenerse con Keller, a las dos tenía que estar en la Casina de Pío IV. Tampoco podía entretenerse mucho, si deseaba ser puntual.

—Tendrá que adelantarme una cifra, si sus exigencias no están a mi alcance sería inútil que nos viésemos.

—¿Acaso no le interesa lo que le ofrezco?

—Me interesa siempre que usted no se haya vuelto loco. Si ha venido desde Berlín para esto, me temo que...

No lo dejó acabar, el cura se le podía escurrir en cualquier momento. Tenía la partida prácticamente ganada, pero no se podía permitir ningún error. Puso en práctica una de sus argucias de vendedor que le permitía tantear el terreno.

—¿Cuánto estaría dispuesto a ofrecer?

Storzi recordó que disponía de unos setecientos marcos. Era la cantidad que no había gastado de los fondos que le habían entregado para su viaje. A ello se podían añadir sus ahorros que montaban una suma similar.

—Puedo ofrecerle quinientos marcos.

La cantidad no era importante, pero no quería espantar a la pieza. Era consciente de que también podía levantar sospechas si aceptaba la primera cifra que se le ofrecía.

—Tendrá que darme el doble y pagarme los gastos.

—¿Qué gastos?

—El viaje desde Berlín y el alojamiento en Roma.

—¿Eso cuánto supone?

—Veamos. —Simuló hacer cálculos murmurando unas cifras que el jesuita pudiese escuchar—. Unos ciento ochenta marcos más.

Tras un breve silencio, Storzi tenía ya mucha prisa, el jesuita aceptó la oferta.

—Me parece bien, pero habrá que posponer nuestro encuentro.

—¿Posponer, dice? —Keller temió que todo se fuese al traste.

—Tendremos que dejarlo para esta tarde, ¿le parece bien a las seis?

—¿En el mismo sitio?

—Sí, podemos vernos en la trattoria de la piazza de Pasquino. Conozco el lugar.

—Allí estaré —confirmó el espía.

—¿Cómo podré identificarle?

—Supongo que no ha cambiado tanto desde que lo vi cruzar el vestíbulo hace unos días como para que yo no pueda reconocerlo. —El jesuita escuchó una risilla que le resultó desagradable.

Cuando Niccola Storzi colgó el teléfono se sentía como un estúpido, tenía la boca amarga y el desasosiego metido en el cuerpo. Ya conocía el destino de Magdalena Wissemann; si no estaba muerta, la habrían internado en uno de los campos de trabajo adonde, se rumoreaba, eran conducidos los judíos de Alemania. Quizá, aquella tarde, cuando se viese con Hans Kränkel, lograrse algún detalle más.

Caminaba hacia la Casina, ignorante de la trampa en la que había caído, sin pensar en otra cosa que no fuese el destino de aquella mujer con la que se había visto en dos ocasiones y apenas conocía, pero que, en tan pocas horas, se había estremecido hasta lo más profundo de su ser.

Mientras Diego von Bergen bajaba la ampulosa escalera de la embajada, pensaba que su viaje a la capital del Reich había surtido algunos efectos. Al menos, ahora le informaban de las acciones que el Sicherheitsdienst ponía en marcha. Había manifestado su disconformidad con una operación cuyo objetivo era el rapto de un sacerdote en Roma, que además era un ciudadano italiano. Hizo patente su rechazo, porque no acababa de ver claro una cosa como aquélla, aunque le garantizaban que todo se haría con mucha limpieza y, desde luego, no habría forma de implicar al gobierno alemán en una cuestión que, efectivamente, era muy escabrosa desde un punto de vista diplomático.

En el pequeño patio que había delante de la sede diplomática le aguardaban el secretario de la legación y el chófer. Subió al coche y durante el trayecto recibió una catarata de información, acerca de la documentación que habían recibido la víspera. Era una cuestión sumamente delicada porque, según fuentes vaticanas, al parecer de toda solvencia, se esperaba que Pío XI tuviese una ligera mejoría. Sería suficiente para que el pontífice estampase su firma en una nueva encíclica que dejaría la *Mit brennender Sorge* en una amistosa declaración de desacuerdo. El nuevo texto pontificio, según la documentación que les habían hecho llegar, a través de la red que la Abwehr tenía establecida, estaba redactado en un hermoso latín de largos periodos gramaticales, que no aligeraban en un ápice una condena sin paliativos al régimen nazi, a su política y a sus dirigentes. También atacaba con dureza al fascismo impuesto por Mussolini en Italia.

Al cabo de un rato de silencio el embajador comentó:

—Esto es una verdadera bomba.

—También yo lo creo así, señor. *Nella Luce* es un ataque frontal a nuestro Reich. Su conclusión final es que la doctrina cristiana y el nacionalsocialismo son incompatibles.

Von Bergen asintió con un ligero cabeceo.

—Siguiendo las instrucciones de su excelencia, he colocado en su cartera una copia del texto que se nos ha dado como definitivo.

—Aunque no lo crea, es de gran importancia para nosotros que también incumba a los italianos.

—Si usted lo dice.

—¿Puede asegurarme que Pignatti no está al corriente de su contenido, ni de las últimas noticias?

En un movimiento instintivo el secretario se encogió de hombros.

—Excelencia, siempre existe una posibilidad, pero es muy poco probable que sepa algo.

—¿Cuál es la probabilidad?

—Me atrevería a decir que hay un noventa por ciento de posibilidades de que no sepa nada.

—Es decir, que puede saberlo —gruñó malhumorado Von Bergen.

—Creo que no.

Von Bergen dejó que su mirada vagase a través de la ventanilla.

—Lo sabremos dentro de muy poco.

El impresionante Mercedes negro se desplazaba, impoluto y majestuoso, por la vía del Tritone en dirección a la plaza Barberini para embocar desde allí la vía Veneto. Los lujosos vehículos, que hacían furor en los círculos más distinguidos, eran uno de los medios que los nazis habían dispuesto como manifestación y símbolo externo del poder del nuevo Estado.

El embajador iba al hotel Majestic, allí había quedado con su colega Pignatti en aquella improvisada y urgente reunión, donde el diplomático alemán esperaba lograr su objetivo: conocer la fuente por la que el embajador italiano había tenido conocimiento de la operación Eitles Gold. A cambio le ofrecería el texto de la *Nella Luce*, la nueva encíclica que estaba a punto de ver la luz, algo que llenaría el horizonte de problemas.

Von Bergen estaba irritado porque, desde la tarde anterior, había resultado imposible localizar a Pignatti. Hacía poco más de una hora que habían logrado establecer contacto con él y a toda prisa habían acordado aquella reunión que, para el meticuloso espíritu germánico, era todo un monumento a la improvisación. ¡Nunca entendería a aquellos italianos!

A la hora indicada llegó a la Casina, el hermoso pabellón de aires renacentistas perdido en medio de los jardines vaticanos. Tiró de una cadenilla, escuchó el tintineo de una campana y se dispuso a aguardar a que le abriesen mirando los labrados adornos de la recia puerta de roble. Pero todo fue tan rápido que Niccola tuvo la seguridad de que el hombrecillo que apareció ante él estaba aguardando al otro lado. Se encontró con el mismo individuo de la noche de su ingreso en Octogonus, quien se mostró tan adusto como entonces.

—Acompáñeme, por favor.

Cruzaron un vestíbulo, donde por todas partes proliferaban mármoles de diferentes colores, y lo introdujo en una pequeña salita.

—Aguarde, por favor, será sólo un instante.

Era un lugar recogido y agradable. Pegado a una de las paredes, bajo un cuadro que representaba a la Santísima Trinidad, había un pequeño escritorio abierto y sobre el tafilete de su mesa unos papeles impresos, unas cuartillas emborronadas y una estilográfica; daba la impresión de que alguien había interrumpido su tarea.

Se acercó y no pudo resistir la tentación de leer.

El impreso era un opúsculo, en cuyo margen había algunas anotaciones hechas a mano. Se trataba de una dura diatriba basada en la llamada *Taxa Camarae seu Cancellariae Apostolicae*. Había oído hablar de la *Taxa Camarae*, un supuesto documento papal, debido a León X, en el cual se recogía una lista de graves pecados y una tarifa en la que se determinaba el precio para poder dar su absolución. Auténtica simonía sacramental. La cantidad variaba según el pecado y la suma correspondiente había de ingresarse en el tesoro pontificio. En las cuartillas se esbozaba una defensa de la Iglesia.

La entrada del padre Leiber lo sorprendió enfrascado en la lectura de los papeles que recogían los treinta y cinco casos en que, supuestamente, León X había establecido tarifas por el perdón. No pudo evitar ruborizarse.

—Una más de las muchas muchacumnias que nuestros enemigos han levantado.

Con aquellas palabras el responsable de Octogonus quitaba importancia a la incorrección que acababa de cometer. Abrió los brazos para estrechar entre ellos a un hermano.

—¿Qué tal por Berlín?

Storzi se encogió de hombros y comentó:

—No puedo decir que haya sido un viaje de placer, pero creo que la misión que llevaba está cumplida.

—Eso es lo fundamental. Ven, pongámonos cómodos y cuéntame —Leiber señaló dos sillones que flanqueaban una primorosa mesita decorada con incrustaciones de estilo morisco.

Niccola le explicó, sin omitir detalle, la conversación mantenida en la Grossdeutschland. Nada le contó sobre su visita al piso de Magdalena Wissemann, ni del turbión de acontecimientos que se habían desatado a partir de aquel momento. Leiber lo escuchó sin interrumpirlo. Cuando hubo concluido, le preguntó para que confirmase los aspectos relativos al nombre de la operación, la cifra que los alemanes habían invertido y el nombre del individuo al que había que eliminar: Herbert Keller.

—¿No te dio ninguna pista acerca de dónde podíamos encontrar a ese Keller?

—Lo único que me dijo fue que, si lo eliminábamos, la operación estaría abortada.

—Perfecto, el Mensajero ha realizado un excelente trabajo. Octogonus sabrá recompensarte a su debido tiempo.

Leiber iba a ponerse de pie, dando a entender que daba por concluida la

reunión. Niccola estaba sorprendido ante la reacción del responsable de Octogonus, quien no había mostrado la más leve alteración al recibir una noticia como aquella: ¡Los nazis estaban dispuestos a comprar la votación del cónclave, que todos esperaban como inminente, y lo había escuchado como si fuese el rumor de la lluvia!

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

—¿Cuál es la causa del *rapporto rosso* que se me envió conminándome a abandonar Berlín con urgencia?

—Porque nos llegó aviso de que los nazis estaban tras la pista de Magdalena Wissemann. Habían descubierto que su hermana, que mantenía una forzada relación sentimental con un obersturmbannführer, era judía. Están obsesionados con la pureza de la raza, lo ario y la superioridad de lo germánico. Supimos que era cuestión de días o incluso de horas que llegasen hasta ella. Estabas en grave peligro. Si ya habías recibido la información, cada hora que permanecieses en Berlín significaba correr un riesgo innecesario. Si los nazis supiesen que Octogonus está actuando en Berlín, tendríamos graves problemas. El peligro era tal que, incluso, estuvimos a punto de cancelar tu entrevista.

—¿Cancelar la operación? ¿Cómo?

—Alguien te habría aguardado a tu llegada a Berlín, a la Anhalter Bahnhof.

Niccola no pudo evitar un ligero estremecimiento. Leiber se percató de la tensión que había atenazado al Mensajero, quien había pensado no decirle nada acerca de la cita que tenía concertada para las seis de aquella tarde, pero la importancia que el responsable de Octogonus acababa de dar al hecho de que los nazis fuesen ajenos a posibles actuaciones del Círculo Octogonus en territorio del Reich lo hizo dudar.

—Ya estás a salvo.

—No es eso.

Leiber arrugó la frente.

—¿Algún problema?

Niccola asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Hay algo que no me has contado?

—Sí, y creo que debes saberlo.

—En ese caso, lo mejor será que te expliques.

Le contó, sin señalar las razones que lo impulsaron a ello, su cita con Magdalena Wissemann y la llegada de la Gestapo a su domicilio inmediatamente después de que él lo hiciera, su huida y la pérdida del abrigo con su billete de tren, la papeleta de la consigna y el sobre con el *rapporto rosso*.

—¿Crees que la Gestapo puede tener el abrigo?

El responsable del Círculo Octogonus mostraba ahora evidentes signos de preocupación.

—Está aquí en Roma.

Leiber se puso de pie y clavó su mirada en Storzi, que no sabía si continuar sentado.

—¿Quieres repetir eso último que has dicho?

—Antes de venir he recibido una llamada de un tal Kränkel, Hans Kränkel, el portero del inmueble donde está el piso de Magdalena Wissemann. Es un antiguo fraile benedictino que abandonó los hábitos y que me ayudó, por indicación del padre Schönhöffer, prior de su convento, a escapar de la ira de los nazis cuando en la misa del Domingo de Ramos de 1937, después de su lectura, hice comentarios públicos a la encíclica *Mit brennender Sorge*.

Leiber se pasó la mano por la mejilla con aire pensativo.

—¿Ese tal Kränkel ha venido hasta Roma solamente para traerte el abrigo?

—En realidad, quiere hacer negocio.

—¿Te ha pedido dinero a cambio de entregarte el abrigo, el *rappporto rosso* y los otros papeles?

—Exactamente.

—¿Cuánto te ha pedido?

—Mil marcos, más otros ciento ochenta por los gastos del viaje.

Leiber empezó a pasear de un lado a otro y Niccola decidió ponerse de pie.

—Eso significa que ha tenido que abandonar Berlín casi al mismo tiempo que tú.

Storzi hizo un gesto de duda para asentir a continuación.

—Tuvo que hacerlo el mismo día que yo, en un expreso que salía por la tarde con destino a Milán y luego, luego...

—¿Por qué dices eso?

—Porque no creo que le diese tiempo a tomar el tren directo a Roma. Tenía la salida poco después de la hora en que la Gestapo se presentó en casa de Magdalena Wissemann y, si hubiese cogido el de ayer, todavía no habría llegado a Roma. También... también ha podido venir en coche.

—¿En coche el portero de un inmueble? No lo creo.

—Es poco probable —asintió Niccola.

—Ese Kränkel se arriesga a coger tu abrigo en una casa controlada por la Gestapo y viene a Roma a por mil marcos, abandonando la portería sin tiempo apenas de solicitar un permiso para hacerlo... Aquí hay algo que no acaba de encajar. —Leiber reflexionaba en voz alta.

—¿Qué piensas que ha ocurrido?

—Posiblemente ese individuo no haya salido de Berlín —sentenció Leiber.

—¡Pero me ha citado a las seis de la tarde en una trattoria de la piazza de Pasquino!

—¿Cómo sabes que es Kränkel quien acudirá a esa cita? Ni siquiera estás en condiciones de garantizar que la persona que ha hablado contigo por teléfono se

llame de ese modo. —Leiber meneó la cabeza dubitativo—. Esto apunta en otra dirección. Me temo, Niccola, que te han tendido una trampa. ¡Menos mal que me lo has contado!

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Lo primero de todo identificar a ese Hans Kränkel. ¿En qué convento de los benedictinos estaba cuando lo de la *Mit brennender Sorge*?

—En el que tienen en la Wilhelmstrasse.

Leiber agitó una campanilla.

—¿Ha llamado? —preguntó el individuo que le había abierto la puerta a Niccola.

—Necesito el número de teléfono del convento benedictino de la Wilhelmstrasse, en Berlín. Tengo que hablar con el prior. Es muy urgente.

El hombrecillo se retiró sin decir palabra.

—¿Debo acudir a la cita?

Leiber se encogió de hombros.

—Lo mejor será no tomar ninguna decisión hasta que hablemos con el prior de ese convento.

Sacó una pitillera de plata y le ofreció un cigarrillo a Storzi, que lo aceptó. Después de la primera calada Leiber le preguntó:

—¿Por qué acudiste a casa de Magdalena Wissemann el día siguiente de la entrevista? Si hubiésemos considerado que era un lugar seguro, habríamos preparado allí el encuentro, pero sabíamos que los nazis andaban tras su pista, aunque ignorábamos que estaban pisándole los talones. Lo descubrimos todo en cuestión de horas.

Niccola sintió cómo se ruborizaba.

—No acudí por razones de la misión que tenía encomendada.

Leiber lo midió con la mirada, en sus ojos vio la misma dureza de la noche en que literalmente lo habían secuestrado en la piazza de Spagna para conducirlo a su presencia. En aquel momento supo que el hombre que estaba frente a él con las vestiduras sacerdotales podía matar a un hombre sin pestañear.

—¿Una mujer hermosa *fräulein* Wissemann?

—Hermosa y atractiva.

—Comprendo.

La embarazosa situación para Niccola la resolvió la presencia del portero.

—La llamada está lista.

—Aguarda un momento.

Leiber apagó el cigarrillo en un cenicero y en tres zancadas salió del pequeño gabinete.

Niccola aprovechó la ausencia para recobrar parte de su serenidad. Estaba avergonzado al haber desvelado la causa de su visita a la casa de Magdalena y por haber dejado el rastro de un *rapporto rosso* que podía crear problemas a

Octogonus. También se sentía confuso ante las dudas que Leiber había mostrado acerca de la identidad de Hans Kränkel y el verdadero propósito que encerraba la cita de la trattoria de la piazza de Pasquino, y desconcertado ante la actitud que había de tomar en aquella coyuntura.

—El beneditino que te ayudó a huir de las iras nazis y que colgó los hábitos poco después se llama Herbert Keller.

El anuncio de Leiber hizo que Niccola palideciese de forma instantánea.

—¡Mi querido Bonifacio!

Von Bergen estrechó la mano de su colega italiano. Los dos diplomáticos eran conscientes de que su encuentro estaría ya en boca de todos, por lo que sería inútil andarse con rodeos. Nadie albergaría dudas de que la conversación giraría en torno a la salud del pontifice y del cónclave en ciernes. Pero una vez que se encerrasen en el reservado que les habían dispuesto en la quinta planta del Majestic nadie conocería los vericuetos por los que discurriría su conversación.

Habían escogido el hotel de vía Veneto, no solo por el prestigio del lugar, sino porque no habían dispuesto de un mínimo de tiempo para preparar el encuentro con más tranquilidad y en uno de los salones del hotel sería el almuerzo que el conde Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de la Italia fascista, ofrecía al cuerpo diplomático. El hecho de que hubiese invitado también a las legaciones diplomáticas acreditadas ante la Santa Sede señalaba algunos de los objetivos que pretendían cubrirse con el ágape. A pesar de los desmentidos vaticanos, se esperaba un inminente relevo en la silla de San Pedro y ése era un asunto de primerísima importancia para la Italia de Mussolini, quien diez años atrás había cerrado un importante acuerdo con Pío XI, que había significado el levantamiento de la prohibición que pesaba sobre los católicos de participar en política y el final de una actitud de declarada hostilidad de la Santa Sede, que se consideraba expoliada en sus derechos cuando las tropas piamontesas de Víctor Manuel entraron en Roma para culminar la unificación de Italia.

Una vez a resguardo de oídos indiscretos —también los camareros que habían servido las bebidas se habían retirado—, el italiano fue directo al asunto.

—Mi querido embajador, no disponemos de todo el tiempo que a su excelencia y a mí nos gustaría, apenas veinte minutos, así que vayamos directamente al grano. ¿Qué es eso tan importante que su excelencia tiene que comunicarme?

Diego von Bergen apartó la aceituna y dio un sorbo a su vermut.

—¿Recuerda la encíclica que hace dos años se publicó bajo el título de *Mit brennender Sorge*?

—Levantó ampollas en su gobierno —apuntó Pignatti con un punto de malicia.

—Cierto —murmuró el alemán—, nuestras relaciones con la Santa Sede se tensaron mucho.

—Pero ¿a qué viene ahora traer a colación esa encíclica?

Von Bergen sonrió para sus adentros. La pregunta denotaba que Pignatti no estaba al corriente del texto de la *Nella Luce* o era un consumado maestro del arte del disimulo.

—¿Sabe su excelencia si hay en marcha algún proyecto parecido a aquél y que pueda afectarles a ustedes?

Pignatti frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir su excelencia?

—Simplemente lo que acabo de comentarle; ¿tiene conocimiento de algo parecido a la *Mit brennender Sorge*, aunque en términos mucho más duros, que afecte a su gobierno?

—No, ni creo que haya nada en ese sentido. Su Santidad está agradecido a nuestro Duce por haber resuelto a plena satisfacción el espinoso asunto del Vaticano con los pactos Lateranenses. Precisamente, tanto nuestro gobierno como la Santa Sede quieren dar realce al décimo aniversario de su firma que, como su excelencia sabe, será dentro de unos días. Solo la delicada salud de Su Santidad ha impedido concretar los detalles finales. —Pignatti exhibió la amplia sonrisa que tanto cautivaba a las mujeres.

Von Bergen dio un sorbo a su vermut.

—En ese caso y, dadas sus seguridades, nada tengo que decirle. Le propongo un brindis para celebrar lo bien que todo marcha para ustedes.

Se puso de pie y alzó su copa. Pignatti permaneció sentado, la sonrisa se le había congelado.

—¡Por los fastos del décimo aniversario del tratado de Letrán!

El italiano no hizo ningún movimiento.

—¿Qué iba a decirme su excelencia?

El alemán esbozó una leve sonrisa.

—¿Está interesado?

Pignatti se sabía ya perdedor del primer asalto. Aquel maldito teutón conocía algo que a él se le escapaba. Acababa de hacer el ridículo.

Sabía que el almuerzo del conde Ciano era la prueba más palpable de que el gobierno de Mussolini estaba preocupado con la situación que se vivía en la Santa Sede, las aguas no discurrían mansas. Las relaciones entre su gobierno y la Curia eran cada vez más tensas, pero tenía el convencimiento de que el estado del Papa aparcaba cualquier iniciativa. Casi todos pensaban que Pío XI no llegaría a mediados de febrero y Von Bergen le estaba hablando de la publicación de una encíclica. Por un momento, pensó que su colega quería jugar con él; sin embargo, desechó rápidamente la idea porque Von Bergen no era amigo de bromas, más bien todo lo contrario. Entre el cuerpo diplomático era tema de

conversación la rigidez de sus formas y su seriedad en el trato. Un asunto tan delicado no permitía concesiones a la frivolidad.

—¿Qué es lo que sabe su excelencia?

—¿Está interesado? —Reiteró.

—Por supuesto. Como sabe su excelencia, la información es la esencia de nuestra actividad.

—En tal caso he decirle que su excelencia tiene información en la que mi gobierno está vivamente interesado.

Pignatti pensó que podía estar jugándose su carrera. Si lo que Von Bergen le decía era verdad y no había informado a Ciano, con quien iba a verse en pocos minutos, habría cometido el error más grave de su vida. Estaba a tiempo de remediarlo, porque se apuntaría un gran éxito si informaba al ministro directamente. Se supo atrapado y disponía de pocos minutos.

Los tres días pasados en Ostia con Donatella Pellegrini le estaban pasando factura. Apenas había tenido tiempo de nada porque hacía poco más de dos horas que había regresado de su escapada.

—¿Puede su excelencia concretar la propuesta?

—Como le digo, tiene una información que para nosotros es de suma importancia. Yo le ofrezco la mía a cambio de la suya. Puedo asegurarle que no quedará defraudado.

Aunque Pignatti sabía sobradamente que lo que le estaba pidiendo era consecuencia del desliz que había cometido en la recepción del Quirinal, quiso escucharlo de la propia boca del germano. Ya tenía decidido entregar la pieza, pero ofrecería una pequeña resistencia por razones de dignidad.

—¿Qué información es la que desea su excelencia?

Diego von Bergen no vaciló:

—La fuente por la que llegó al conocimiento de la operación Eitles Gold.

—No puedo.

—Puedo ofrecer una garantía a su excelencia.

—Le escucho.

—Nosotros no haremos pública su revelación. En ese terreno puede estar tranquilo.

Pignatti supo que su informante era hombre muerto y también que para él la vida tenía que continuar.

—¿Me asegura su excelencia que lo que me ofrece es información acerca de una supuesta encíclica que ataca a mi gobierno?

—Le ofrezco algo más, mi querido colega. Le ofrezco el texto de la encíclica.

El italiano miró la delgada cartera de piel que reposaba sobre una mesita, a Von Bergen no se le escapó la ansiedad que había en sus ojos.

—Ahí guardo un ejemplar para usted, si me facilita el nombre que le he pedido.

—Taras Borodajkewycz —fue un murmullo avergonzado.

Von Bergen sacó una estilográfica y una agenda de piel:

—¿Quiere repetírmelo, por favor?

Pignatti deletreó el nombre del espía que con gran esfuerzo el Sicherheitsdienst habían logrado introducir en los círculos internos del Vaticano y Von Bergen anotó cuidadosamente el nombre, arrancó la hoja de su agenda y se la guardó en el bolsillo. Su ancha cara rebosaba satisfacción. Cogió la cartera, sacó unos folios pulcramente mecanografiados y se los entregó a Pignatti.

—Ha sido bautizada como *Nella Luce*.

La trattoria se llamaba Piccola Tavola y el nombre hacía honor al lugar. Era un pequeño establecimiento, muy tranquilo, situado en uno de los laterales de la recoleta piazza donde en la antigüedad los romanos solían colgar pasquines con versos satíricos y críticas anónimas en una pequeña estatua que adornaba el lugar, lo que acabó dando nombre a aquel rincón que se abría entre la monumental piazza Navona y la vía del Governo Vecchio flanqueada por hermosas casas renacentistas.

Poco antes de las seis de la tarde dos individuos vestidos con monos del Grupo Industrial Caproni, que habían trabajado en los aledaños de la plaza, dieron por concluida su jornada y entraron en el local, se acomodaron en la barra y pidieron café. Era los únicos clientes del establecimiento, aparte de un anciano con una llamativa y larga barba blanca, que estaba sentado a la mesa que había junto al calor del horno donde cocían la pasta y sumido en la lectura de las páginas de *Il Corriere della Sera*.

Unos minutos después entraron otros dos hombres, impecablemente vestidos, que tomaron asiento en una mesa junto a la puerta, pegada a la ventana del establecimiento. El individuo que atendía la trattoria se acercó hasta ellos con una solicitud que no había tenido con los trabajadores. También pidieron café. A través de la ventana vieron cómo llegaban, casi al mismo tiempo, dos jóvenes en una motocicleta Guzzi de manillar alto, ruidosa y con un tubo de escape que era una chimenea, y un Fiat negro, imaculado y brillante, también con dos ocupantes.

Mientras que los motoristas se apearon y comenzaron a mirar la motocicleta, como si extrañasen el ruido y la humareda, uno de los individuos del Fiat que había estacionado justo delante de la trattoria bajaba la ventanilla y hacía un gesto casi imperceptible a los dos que estaban junto a la ventana.

Sonaron las seis en las campanas de Sant'Ivo alla Sapienza, la iglesia en la que el genial Borromini trabajó en los años centrales del siglo XVII, en plena eclosión del barroco, cuando Niccola Storzi doblaba la esquina que desde la piazza Navona daba a la de Pasquino. Entró en la trattoria buscando con la mirada encontrarse

con Hans Kränkel.

El anciano que estaba enfrascado en la lectura del diario alzó la vista y, al ver al sacerdote, dejó de hacerlo; dobló el periódico y lo colocó debajo de su brazo. Era la señal que esperaban los dos individuos de la mesa situada junto a la puerta; se levantaron y en sus manos aparecieron unas lugger amenazantes.

En la calle el conductor del Fiat, pendiente de lo que ocurría en el interior, puso el motor en marcha a la par que el otro se bajaba y abría una de las puertas traseras del vehículo.

Todo sucedía según una planificación que en pocas horas había sido concretada hasta en sus más pequeños detalles y cuyo objetivo era raptar al jesuita que acababa de entrar. Lo que no estaba previsto en tan minucioso plan era que el Círculo Octogonus también había trazado su propia estrategia. Niccola Storzi se había convertido en un cebo para atrapar a Herbert Keller. Las instrucciones de los agentes eran capturarlo con vida, posiblemente encontrarían en él una preciosa fuente de información acerca de Eitles Gold.

La presencia de los operarios del Grupo Industrial Caproni y de los motoristas era su respuesta. Uno de estos últimos se había acercado hasta el conductor del vehículo y lo amenazaba con una pistola, mientras que el otro había sorprendido al que sostenía la puerta, golpeándole con tal fuerza entre el cuello y el hombro que un crujido seco señaló que le había roto la clavícula. Cayó en el asiento trasero.

En el interior de la trattoria había sonado un disparo. El dueño del establecimiento, horrorizado, se había refugiado detrás del mostrador porque los dos hombres vestidos con los monos se enfrentaban a los que pretendían raptar al sacerdote; también ellos empuñaban armas cortas. Hubo un momento de desconcierto que el anciano del periódico intentó aprovechar para escabullirse, pero se encontró con que el motorista que había dejado fuera de combate a su adversario, le cerraba el paso.

Luego todo sucedió muy deprisa. Sorprendidos los raptos, uno de ellos herido por el disparo de una beretta, abandonaron su presa y salieron del local disparando a ciegas. El motorista que amenazaba al conductor se vio obligado a agacharse para protegerse, mientras que los otros tres individuos lograban introducirse en el vehículo donde pensaban llevarse a Storzi. El Fiat se alejó a toda velocidad en dirección al corso Vittorio Emanuele II.

Antes de que la gente, que ya acudía a fisgonear al lugar del tiroteo, formase una aglomeración y mucho antes de que llegase la policía, los motoristas se alejaron en su Guzzi por la piazza Navona, mientras que los operarios del Grupo Industrial Caproni se llevaron al anciano y al sacerdote hasta un furgón que estaba aparcado a pocos metros, en la calle de Santa Maria delle Anima.

En unos minutos todo lo que quedaba del enfrentamiento era el pánico del dueño de la trattoria, algunos casquillos de bala en el suelo y toda clase de

comentarios en boca de la gente.

En el Sicherheitsdienst había cundido el desaliento. Las noticias que llegaban de Roma y de la Santa Sede solo podían calificarse como pésimas.

La víspera, Von Bergen alertaba sobre la inminente aparición de una encíclica, dirigida a todos los católicos del mundo, donde el pontífice atacaba con dureza las acciones políticas del Reich. Según el embajador estaba redactada y pendiente de la firma del Papa, si aún no había visto la luz era debido a la precaria salud de Pío XI, pero la firmaría en cuanto mejorase un poco. En aquel terreno la única posibilidad que los nazis podían barajar a su favor radicaba en la gravedad de su salud. Algunas voces señalaban que, dado su estado, no había muchas probabilidades de que llegase esa mejoría, aunque desde el Vaticano se indicaba lo contrario.

Aquella mala noticia venía a sumarse a la indiscreción de Albert Hartl con Monika Gessler, en realidad Ruth Wissemann, con la que, sin sospechar su verdadera identidad, había alardeado de su reunión con el mismísimo Adolf Hitler, pavoneándose de su ascenso en el organigrama del partido. Ella se había valido de artimañas para sonsacarle numerosos detalles de la operación Eitles Gold. La lamentable actuación del responsable del Amt II había supuesto una filtración cuyas últimas ramificaciones todavía no habían sido capaces de cuantificar, aunque tenían la convicción de que la presencia de Niccola Storzi en Berlín estaba relacionada con ello.

Cuando recibieron noticia del fracasado intento de rapto del jesuita que, en opinión de Reinhard Heydrich, Hans Fischböck había organizado de forma improvisada, supieron que ahora les resultaría casi imposible llegar hasta su objetivo porque con el fracaso de la piazza de Pasquino habían encendido las alertas. Lo resguardarían tras los invisibles, aunque infranqueables muros del Estado vaticano. Aquel individuo, que se les había escurrido de entre las manos en dos ocasiones, contaba con la protección del misterioso Círculo Octogonus, cuyos tentáculos, por lo que habían podido conocer, se extendían mucho más allá de lo que imaginaron en un primer momento. Aunque la información se les perdía una y otra vez, era una organización cuya existencia se remontaba varios siglos atrás, tenía una estructura muy consolidada y su misión era proteger al papado y sus intereses. Sus miembros funcionaban como un servicio de inteligencia. Al parecer tenían agentes entrenados para afrontar las misiones más insospechadas y para matar si fuese necesario.

El frustrado intento de secuestro se había saldado, además, con la pérdida de uno de sus agentes, Herbert Keller que, aunque no formaba parte de su estructura organizativa, había mostrado su eficacia en diferentes ocasiones. Había sido raptado por agentes del Círculo Octogonus, los mismos que habían abortado el plan trazado para secuestrar a Storzi.

A todo ello se sumaba el hecho de haber perdido contacto con Taras Borodajkewycz, con quien no habían podido comunicarse desde hacía cuarenta y ocho horas. Las últimas noticias recibidas en relación con el espía no eran precisamente tranquilizadoras. El embajador Von Bergen había informado que la fuente, a través de la que su colega italiano había tenido conocimiento de la existencia de Eitles Gold, había sido el propio Borodajkewycz, que, al parecer, se había mostrado demasiado locuaz como consecuencia de un exceso de bebida y por causa de su propia tendencia a manifestar la importancia de sus relaciones con los miembros de la Curia.

Su misteriosa desaparición hacía que en Berlín se temiese lo peor.

La operación para hacerse con los votos necesarios en el cónclave se dirigía a un fracaso estrepitoso.

La policía italiana se hizo cargo del cadáver que había aparecido colgado de la viga de un templete, levantado en un céntrico parque de Roma. Lo habían descubierto los encargados de la limpieza, poco después del amanecer.

Los barrenderos quedaron horrorizados. El cuerpo de aquel desgraciado había sido salvajemente mutilado. Le habían cortado los pies y las manos, arrancado la lengua y sacado los ojos.

La policía descubrió dos piedras en sus bolsillos y metido en la boca un pequeño trozo de tela negra en el que había cosidas dos tiras rojas formando un aspa. Todo apuntaba a que se había cometido un crimen ritual. A mediodía el cadáver había sido identificado por personal del hotel Eden, que días atrás había denunciado la desaparición de uno de sus clientes, el señor Herbert Keller, ciudadano alemán. Entre sus pertenencias había aparecido un pasaporte a nombre de Hans Kränkel, así como tres valiosos manuscritos.

Por la tarde el comisario Luca Brosetta, encargado de la investigación del caso Keller, mantuvo una reunión con el forense. El médico le certificó que aquel sujeto ya estaba muerto cuando lo colgaron de la viga del templete que, dedicado a Hércules, se levantaba en medio del pinar que se alza cerca del Tíber muy cerca de la fuente de los Tritones.

Desde el depósito de cadáveres, Brosetta se marchó directamente a la cita que había concertado con el profesor Grazioli, quien mantenía su despacho en la vieja universidad situada en el palazzo della Sapienza, en uno de cuyos patios se levantaba la iglesia de Sant'Ivo, muy cerca de la piazza Navona.

A Grazioli, que tenía bien cumplidos los ochenta años, le habían permitido permanecer allí cuando, en 1935, la Universidad de Roma sacó sus instalaciones del histórico recinto para dar respuesta al creciente número de alumnos que acudían a sus facultades. El profesor, que era una vieja gloria más próxima al siglo XIX que al XX, recibía allí sus escasas visitas, atendía las consultas de algunos eruditos y daba los retoques finales al último de los volúmenes de su monumental *Storia Generali di la Città di Roma*. A su edad conservaba una lucidez mental que causaba la admiración de los pocos que frecuentaban su persona.

Brosetta había resuelto algún caso gracias a los vastos conocimientos que

sobre la ciudad tenía aquella enciclopedia viviente, que recordaba con profusión de detalles la gloriosa jornada en que las tropas de Víctor Manuel entraron en Roma, el 20 de septiembre de 1870.

Llegó a la cita con unos minutos de retraso y el *vecchio dottore*, a quien el paso del tiempo no había dulcificado su temperamento de cascarrabias, lo recibió malhumorado en un despacho oscuro, atestado de libros y donde se acumulaban capas de polvo centenarias.

—¡Llevo aguardando cerca de media hora! —exageró enseñándole su reloj de pulsera, una verdadera pieza de museo.

—Mis disculpas, *dottore*, el trabajo...

El comisario sabía que era el pago por la catarata de información que esperaba recibir.

—Mi visita, *dottore*, está relacionada con ese cadáver que hemos encontrado, según le he adelantado por teléfono.

Sacó del bolsillo de su abrigo un sobre del que extrajo un trozo de tela negra con la cruz aspada en rojo y en el que podían apreciarse algunas manchas de sangre. El anciano miró al policía con suspicacia y después concentró su atención en el pedazo de tela.

—¿De dónde ha salido esto? —Los grises ojillos de Grazioli brillaban.

—Alguien se lo metió en la boca.

—¿Dónde han encontrado el cadáver?

—Suspendido de una viga del templo de Hércules, pero los informes del forense señalan que cuando lo colgaron ya estaba muerto. Estaba horriblemente mutilado, le habían cortado los pies y las manos, y también le habían arrancado la lengua y los ojos.

—*Per la Santa Madonna!*

Brosetta se quedó esperando algo más pero fue inútil, Grazioli tenía concentrada su atención en el extraño trozo de tela.

—¿Sabe usted quién puede esconderse detrás de eso? —preguntó al profesor.

Grazioli hizo un gesto apesadumbrado.

—Solo puedo decirle lo que señala algún rumor, pero nada se sabe de cierto.

—¿Podría ser algo más explícito?

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del Círculo Octogonus?

—¿Cómo ha dicho? —El policía había sacado del bolsillo de su ajada americana una libretilla y un lápiz.

—Desde hace siglos se habla de la existencia del Círculo Octogonus, una especie de secta secreta, un círculo interno dentro de los servicios de espionaje pontificios.

El comisario se quedó con la mano suspendida en el aire.

—No comprendo, *dottore*....

—¿Tiene usted prisa?

—Ninguna.

—En ese caso, póngase cómodo. Voy a contarle una larga historia, aunque ha de saber que no existe un solo testimonio, un solo documento —Grazioli alzó la mano con el dedo índice estirado— que avale lo que voy a decirle. Todo son rumores, muy insistentes en ciertos ambientes, pero sin una sola prueba fehaciente. Por supuesto, son muchos los que lo niegan todo y señalan a los enemigos del Papa como los difusores de una terrible calumnia, cuyo único objeto es manchar la imagen del Vaticano.

Brosetta cruzó una pierna sobre otra y pidió permiso al *vecchio dottore* para fumar. Grazioli le acercó un cenicero y continuó con su parlamento. El anciano debía de sentir añoranza por su cátedra.

—El espionaje vaticano —Brosetta conocía la existencia de un servicio secreto dependiente del papado, pero nunca se lo habían explicado detalladamente—, tiene sus orígenes en el pontificado de Pío V, que reinó entre 1566 y 1572, lo que no significa que con anterioridad los papas no hubiesen tenido hombres a sueldo para ese tipo de actividades. Con Pío V, lo que se hizo fue darle una estructura organizativa. Los Estados Pontificios, como cualquier poder temporal, necesitaban de su propio servicio de espionaje para disponer de información a la hora de tomar decisiones. Esto que le cuento no es un rumor, sino una verdad histórica acerca de la que hay numerosas pruebas de su existencia. Sus misiones iban desde la obtención de información general hasta actuaciones muy concretas, pasando por la realización de toda clase de operaciones encubiertas. Su lema era: « Por la cruz y por la Espada » . Esa red de espionaje estaba extendida por toda Europa, pero vigilaban de un modo especial en la ciudad de Roma, desde los lupanares hasta los palacios de la más encumbrada nobleza. Sus informes se entregaban de palabra o por escrito; siempre lo hacían en pequeños pergaminos que depositaban en un buzón de bronce que había en la sede del Santo Oficio.

—¿Qué tiene que ver la Inquisición con esto? —preguntó Brosetta, temiendo que el profesor se perdiese por los pasillos de la historia.

—No sea impaciente, joven —lo recriminó Grazioli—. Toda esta historia comenzó bastantes años atrás, cuando un tal Miguel Ghislieri llegó a Roma, llamado por el cardenal Juan Pedro Caraffa, que más tarde sería papa con el nombre de Pablo IV. A Ghislieri, que era muy aficionado a las sociedades secretas, le fue encomendada la misión de montar una red de espías para vigilar el cumplimiento de la ortodoxia y sobre todo para controlar a los enemigos del papado. Fue el propio Ghislieri quien tipificó las diferentes clases de delitos que serían materia de actuación por parte del Santo Oficio. Los clasificó en siete categorías, a saber: herejes; sospechosos de herejía; protectores de los herejes; magos, brujos o hechiceros; enemigos de la Inquisición y quienes rompiesen, violasen o ultrajasen los símbolos de la misma. Su red de espías hizo que en

Roma no se moviese un papel sin que él, que había sido premiado con el cargo de máximo responsable del Santo Oficio, tuviese detallado conocimiento de ello. Sus agentes cometieron impunemente, bajo el paraguas protector que le proporcionaba su organización, toda clase de atropellos y violaciones. Eran los verdaderos dueños de Roma. Cuando en pleno verano de 1559 murió Pablo IV, la plebe romana se amotinó y convirtió en blanco de sus iras a quienes los habían aterrorizado durante años. Muchos fueron asesinados y sus cadáveres ultrajados. Ghislieri se vio obligado a huir de la ciudad protegido por algunos de sus hombres, llevándose consigo, en ocho carruajes, la mayor parte de los archivos inquisitoriales. La ciudad fue un caos hasta finales de aquel año, en que la elección de un nuevo papa, enemigo del anterior, trajo el orden. Una de las primeras medidas del nuevo pontífice fue mantener a Ghislieri, que ya había alcanzado la púrpura cardenalicia, en el destierro. Su eminencia se retiró a un solitario monasterio donde sus enemigos pensaron que acabaría sus días. Sin embargo, la sorpresa surgió cuando en el nuevo cónclave que se celebró entre diciembre de 1565 y enero de 1566, el cardenal Ghislieri fue elegido papa. Contaba con el apoyo de Felipe II de España, quien desde hacía años pasaba una sustanciosa mensualidad a su eminencia. Tomó el nombre de Pío V y su llegada al pontificado supuso, como ya le he dicho, la organización del servicio de espionaje vaticano. Con el paso de los años la estructura inicial se asentó y amplió de forma considerable.

Brosetta fumaba parsimoniosamente, soportando la lección de historia que el *vecchio dottore* le estaba impartiendo. Verdaderamente era un pozo de sabiduría tan profundo que nadie podía medir, pero no acababa de explicarse qué tenía que ver todo aquello con el trozo de tela negra que había aparecido en la boca del cadáver, cuyo asesinato le habían ordenado investigar.

—En 1604 —prosiguió Grazioli— un magistrado del tribunal de Metz, llamado Denis Lebey de Batilly, escribió un curioso libro titulado *Traicte de l'Origines des Anciens Assassins porte-couteaux*. Se trataba de un pequeño volumen de sesenta y cuatro páginas, muy difícil de conseguir, donde el autor disertaba sobre asesinos y asesinatos; Lebey de Batilly dedicó especial atención a la forma como los asesinos sacrificaban a sus víctimas. La obra fue impresa en Lyon y el cardenal Camilo Borghese, a través del embajador español en París, se hizo con uno de los ejemplares. Su lectura lo dejó vivamente impresionado, sobre todo por la figura de los llamados *fida'i*, una secta de fanáticos dispuestos a inmolarse, que había aparecido en un alejado paraje, en pleno corazón de los territorios dominados por el islam, conocido como el castillo de Alamut. Allí eran entrenados física y mentalmente hasta que se mostraban ciegamente dispuestos a sacrificarse por su jefe, un extraño personaje al que se conocía con el nombre del Viejo de la Montaña.

Grazioli interrumpió su explicación, se levantó y buscó en una de las

estanterías que cubrían por completo las paredes de su despacho, tomó en sus manos un volumen y buscó una página que leyó atentamente. Se había levantado una nubecilla de polvo al sacar el libro de su sitio.

—Aquí está. —Devolvió el libro a su lugar, se sentó de nuevo y comentó a modo de excusa—: No estaba seguro de la fecha.

» Al ser elevado el solio pontificio —continuó— en la primavera de 1605, Borghese, que tomó el nombre de Paulo V, decidió crear dentro del servicio de espionaje una unidad especializada en asesinatos selectivos. Una especie de *fida'i* católicos a los que se bautizó como *miles Christi* y aquí, mi querido amigo, es donde empieza el rumor y surge la leyenda. ¿Era cierto eso que se decía? ¿Se trataba de una calumnia más de las muchas que por entonces se lanzó desde el bando protestante sobre el Vaticano? —se preguntó a sí mismo el *vecchio dottore*—. Nadie podrá darle una respuesta a esta cuestión. Ése es uno de los muchos misterios que envuelven a la Santa Sede.

» Si los *miles Christi*, caso de que existiesen, eran fanáticos al servicio del Papa, ¿qué tenía que ver aquella gente perdida en las profundidades de la historia con el cadáver de Herbert Keller?», se preguntó Brosetta, que no dejaba de encender un cigarrillo detrás de otro.

—Como le he dicho a partir de ese momento se teje la leyenda, sin que sepamos qué hay de realidad y qué de mentira, incluso de insidia. ¿Sabe usted quién asesinó al rey de Francia Enrique IV, a quien se atribuye la célebre frase: « París bien vale una misa » ? —le preguntó Grazioli con un destello de malicia brillando en sus ojillos grises.

—Lo siento, *dottore*.

—Fue Françoise Ravaillac, pero lo que a nosotros nos interesa es que se dice que era un *miles Christi*. Una leyenda cuenta que mientras en San Pedro se decía, en medio de la mayor pompa fúnebre, una misa por el alma del monarca asesinado, en una capilla secreta se decía otra por el alma de Ravaillac, cruelmente ejecutado como autor del regicidio. Las investigaciones realizadas sacaron a la luz que Ravaillac era miembro de una sociedad conocida con el nombre del Círculo Octogonus, aunque son muchos los que sostienen que eso no era más que una invención. En todo caso corrió el rumor y, desde luego, si ese Círculo existe, es muy poco lo que se sabe acerca de él. —Brosetta anotó el nombre de la sociedad—. Los que defienden su existencia dicen conocer incluso su lema: « Dispuestos al dolor por el tormento, en el nombre de Dios ».

—¿Quiere decir que sería un grupo de élite a los que se encomiendan misiones especiales? —preguntó Brosetta.

—Puede llamarlos así, pero como le digo nadie ha podido aportar una sola prueba de su existencia. Se dice que cuando ejecutaban a sus víctimas las mutilaban en función del delito por el cual habían sido asesinadas. Si habían hablado demasiado se les cortaba la lengua, si habían visto lo que no debían se les

sacaban los ojos, si habían ido a un lugar prohibido se les cortaban los pies. Ahora ya sabe por qué le estoy contando todo esto. Si hay algo de verdad en toda esta historia, ese desgraciado debió de hacer muchas cosas.

—Pero ¿y el trozo de tela? ¿Qué significado tiene?

—Me ha dicho que no tenía prisa —protestó el *vecchio dottore*.

—Disculpe.

—Se dice que, para escarmiento de las gentes —prosiguió Grazioli—, colgaban los cuerpos sin vida en algún lugar público. Me ha dicho usted que el forense afirma que ya era un cadáver lo que habían colgado en el templo de Hércules.

—Así es.

—En ese caso, todo encajaría: las mutilaciones y la exhibición del cadáver. Según los rumores que circulan en torno al Círculo Octogonus, nos encontraríamos con un tercer elemento que estaría relacionado con su trozo de tela. Se cuenta que cuando aparecía un cadáver cuya muerte había sido obra de los *miles Christi*, éstos dejaban su sello. —Cogió el trozo de tejido que estaba sobre la mesa—: Aquí lo tiene, un aspa roja cosida en un trozo de tela negra.

—¿Piensa usted que hay una relación entre esta muerte y el Círculo Octogonus?

El *vecchio dottore* le alargó el trozo de tela al comisario.

—El rumor señala que ésta es su firma, pero vaya usted a saber. Podría tratarse de un detalle macabro, de unos asesinos que han escuchado algún comentario sobre esa sociedad secreta y tratan de hacerse pasar por *miles Christi*.

Brosetta rumió en silencio lo que acababa de contarle Grazioli; al cabo de un rato preguntó:

—Antes, *dottore*, cuando le he mostrado ese trozo de tela, he creído detectar que le causaba una gran impresión, como si estuviese sorprendido. Sus palabras exactas han sido: *Per la Santa Madonna!* ¿Por qué se ha sorprendido?

Grazioli cogió un abrecartas y se puso a jugar con él.

—Porque no se tiene constancia de que los agentes del Círculo Octogonus hubiesen actuado desde hace tiempo. Han transcurrido muchos años desde que se tiene referencia de sus últimas actuaciones, aunque el espionaje papal nunca ha dejado de funcionar.

—¿Podría contarme alguna de las historias que se cuentan de esos asesinatos?

A Grazioli se le iluminaron los ojillos.

—Por supuesto. Uno de los más famosos tuvo lugar a finales del siglo XVIII, concretamente en los últimos días de 1797, cuando el general Mathurin-Léonard Duphot, uno de los mejores estrategas de Napoleón Bonaparte, fue asesinado en medio de un tumulto que se produjo en Roma, donde un numeroso grupo de

personas se manifestaba ante la embajada francesa, pidiendo la proclamación de la república en los Estados Pontificios. Durante la refriega alguien clavó un estilete al general, quien en pocos minutos murió desangrado en el suelo. Junto al cadáver del militar se afirma que se encontró un trozo de tela negra con las aspas rojas señaladas, la marca de Octogonus. Unos años después de la muerte de Duphot, a comienzos del siglo XIX, algunos miembros relevantes de los *carbonari*, nombre con el que se conocía a los integrantes de una sociedad secreta que, vinculada a la masonería, impulsaba el liberalismo dentro de los Estados Pontificios, fueron asesinados. En sus cadáveres mutilados se encontraron los trozos de tela, la marca del Círculo Octogonus.

» En fin —suspiró Grazioli—, también está la muerte del conde Pellegrino Rossi, jefe del gobierno papal, que fue asesinado el 15 de noviembre de 1848, cuando, acompañado del nuncio, monseñor Morichini, iba en una carroza al palazzo della Cancelleria. Un individuo abrió la portezuela y le clavó una daga en el cuello.

—¡Pero eso que me está contando se refiere a una persona de la confianza del pontífice! —exclamó Brosetta.

—Así es, pero hay quien sostiene que fueron *miles Christi*, agentes del Círculo Octogonus, porque Rossi estaba tomando medidas demasiado liberales. Lo cierto es que la investigación fue cerrada sin que se sacase nada en limpio y se rumorea que su asesino dejó caer en la carroza un trozo de tela negra con las consabidas aspas rojas. En todo caso los defensores de la existencia de los *miles Christi* del Papa señalan que el método utilizado recuerda mucho al que empleó Ravaillac para acabar con la vida de Enrique IV. Como verá hay mucho rumor, mucho comentario en torno a esa secta.

—Ya veo.

—Respondiendo a su pregunta, lo que me ha llamado la atención es que han transcurrido muchos años desde que se apuntase a que agentes del Círculo Octogonus habían actuado. ¡Casi un siglo, si es que su mano fue la que acabó con la vida de Rossi!

El comisario repasó las notas que había tomado.

—¿Podrían los autores del crimen haber simulado las mutilaciones y... y la firma de autor?

El *vecchio dottore* no respondió inmediatamente, parecía entretenido con el abrecartas.

—Como le he dicho, ésa es una posibilidad, desde luego; pero me parece poco probable.

—¿Por qué dice eso?

—¿Qué iban a ganar unos asesinos con el traslado del cadáver para colgarlo en un lugar público? Eso supone un riesgo innecesario.

—Podrían haberlo hecho con el propósito de despistar a la policía.

—Podiera ser, pero no eche en saco roto que posiblemente se encuentre usted ante una manifestación de esa larga tradición.

—¿Hay alguna otra razón para su sorpresa? —preguntó Brosetta.

—Más que otra razón para la sorpresa, lo que me llama la atención es la existencia de un rumor.

—¿Le importaría explicármelo?

—Desde hace algunos años ha circulado, de forma insistente, una historia según la cual el Círculo Octogonus había desaparecido y también los *miles Christi*. Aunque ése es un rumor que había aparecido en otras ocasiones. Quienes defienden la existencia del Círculo Octogonus y de los *miles Christi* afirman que sus miembros solamente intervienen en circunstancias excepcionales. La sociedad emerge a la superficie en situaciones muy concretas y cuando las amenazas que pesan sobre la Iglesia son muy graves. A veces, durante largos períodos de tiempo han permanecido aletargados o, tal vez, no hayan tenido interés en que sus acciones fuesen identificadas. Ahí es donde radica, precisamente, mi sorpresa.

—¿Podría ser más explícito? —Planteó un Brosetta expectante.

—Si han sido los *miles Christi* o lo que es lo mismo, agentes del Círculo Octogonus, tiene que haber ocurrido algo muy grave para que hayan tomado la decisión de exponer el cadáver. Tengo la impresión de que con ello pretenden algo más que ajustarle a alguien las cuentas.

—¿Qué cree que han pretendido?

—No dé por sentado que detrás de ese crimen esté el Círculo Octogonus. Pero si es así, posiblemente se trate de un aviso.

—¿Podría ser más explícito? —insistió una vez más el policía, que parecía repetir un estribillo.

Grazioli encogió sus frágiles hombros de una forma casi imperceptible.

—Supongo que habrá gente detrás de ese... ese... ¿Sabe el nombre del asesinado?

—Keller, Herbert Keller.

—Por ese camino creo que ha de investigar. ¿Qué más sabe usted del muerto?

—Entre sus pertenencias se han encontrado tres libros, se trata de unos manuscritos, al parecer muy valiosos; desde luego son muy antiguos. También se ha hallado entre sus pertenencias un pasaporte a nombre de un tal —Brosetta miró sus notas— Kränkel, Hans Kränkel, y un papel conteniendo una relación de títulos de libros.

—¿Cómo sabe entonces que se trata de Keller y no de Kränkel?

El comisario esbozó una sonrisa. Grazioli, a pesar de sus muchos años, demostraba estar en plena forma.

—En el hotel estaba registrado como Keller y había dado como profesión la de marchante en obras de arte, aunque todavía no sabemos con qué nombre

entró en Italia. La policía de aduanas no nos ha podido facilitar información.

—Supongo que ese Keller era alemán.

—Al menos eso indica su pasaporte.

—¿Sabe qué estaba haciendo en Roma?

—Mis hombres están en ello, aunque me imagino que trataría de negociar la venta de algunos de esos ejemplares o tal vez había venido a comprarlos.

—Es posible que cuando sepa la razón exacta de su estancia en nuestra ciudad, tenga alguna clave importante.

Brosetta asintió.

—Los viejos tenemos una mala costumbre, comisario.

—¿A qué se refiere?

—Nos gusta dar consejos, aunque no nos los pidan. Yo voy a darle uno muy simple. Si fuese el Círculo Octogonus quien estuviese detrás de esa muerte, le recomiendo que tenga cuidado.

—¿Por qué me lo dice?

—Porque necesariamente se trataría de un asunto de envergadura, y he de suponer que no les gustará que metan las narices en sus asuntos.

—En ese caso, ¿por qué exponer el cadáver?

—Ya se lo he dicho antes, están enviando un mensaje a alguien.

—¿Cree que el asesinato de ese Keller podría estar relacionado con esos valiosos libros?

El *vecchio dottore* se tomó otra vez un tiempo para responder.

—No lo sé, pero creo que no... A no ser... a no ser que contengan una información peligrosa para el Vaticano. ¿Sabe usted de qué libros se trata?

Brosetta pasó varias hojas de su libreta.

—Uno es un libro de horas, creo que se llama así; al parecer perteneció a la condesa María de Flandes. Otro es un volumen sobre el apocalipsis, que escribió un monje de un monasterio español, muy antiguo, también. El tercero un códice bizantino, lleno de bellas ilustraciones.

—Por lo que dice se trata de obras muy valiosas, pero no parece que su contenido deba preocupar en el Vaticano. A lo mejor los libros son una tapadera para esconder algún otro asunto.

—¿Le gustaría ver esos ejemplares?

—Claro que sí. ¡Me encantaría!

—En ese caso, ¿por qué no me acompaña a la comisaría?

Grazioli quedó fascinado con los libros y se ratificó en su opinión de que, al menos aparentemente, nada había en ellos que pudiese haber llevado a que los *miles Christi* acabasen con la vida del alemán. Aportó un argumento más que al comisario le pareció de mucho fundamento.

—Si la causa de su muerte radicase en estos manuscritos, no le quepa la menor duda de que ya no estarían aquí. Entérese de quién era realmente ese tipo y es posible que encuentre el cabo del ovillo que le permita desenmarañar la madeja. Pero tenga mucho cuidado, Brosetta; si se tratase del Círculo Octogonus, ya ha visto de lo que es capaz esa gente.

En aquel momento sonaron unos golpecitos en la puerta del despacho del comisario.

—¡Pase!

Era uno de sus hombres.

—Disculpe comisario, acaba de llegar el informe de aduanas que estábamos esperando.

Brosetta lo interrogó con la mirada.

—Ningún Herbert Keller ha cruzado nuestras fronteras en lo que llevamos de mes.

—En ese caso su verdadero nombre es Hans Kränkel.

—Lamento decirle que tampoco lo ha hecho ningún Hans Kränkel.

—¡Qué extraño! Ese individuo llevaba alojado en el Eden tres días y la reserva la habían hecho desde Berlín veinticuatro horas antes. —Brosetta estaba pensando en voz alta—. ¡Aquí hay demasiadas cosas que no encajan!

—Hemos averiguado algo más, señor.

—¿Sí? —El comisario miró al policía.

—Con ese nombre no ha habido nadie alojado en ningún otro establecimiento de la ciudad. Al menos no existe ninguna ficha. Pero hay un dato todavía más importante, señor.

—¡Dígame!

—Uno de los porteros del Eden afirma que *herr* Keller pasó la noche con una prostituta, posiblemente de las que se dejan ver por el café Greco.

La presencia del *vecchio dottore* hizo que el comisario se contuviese y no lanzase alguna maldición sobre el policía. Su mirada fue iracunda, pero se limitó a preguntarle:

—¿Se sabe quién es?

—La hemos localizado y está aquí.

—¿¡Por qué no me lo ha dicho antes!? —le gritó al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa, donde bailaron los numerosos objetos que había sobre ella.

—Señor, apenas he tenido tiempo de... —se excusó el subordinado.

—Lo siento, *dottore*, pero he de hablar con esa mujer.

Brosetta se había puesto de pie, ofreciendo su mano al historiador.

—Muchas gracias por su colaboración, me ha sido usted de gran utilidad. —Miró su reloj y comprobó que era cerca de la media noche—. Daré orden de que lo acompañen hasta su domicilio.

Grazioli se levantó, se puso su abrigo y su sombrero. Después de despedirse, miró al comisario y le recomendó:

—Tenga mucho cuidado. No olvide que es posible que se enfrente a algo muy peligroso.

Monseñor Gerardini estuvo todo el día fuera de Roma. A las nueve de la mañana había salido con dirección a Viterbo para dirigir una plática, en el marco del retiro espiritual que anualmente hacía la Congregación del Oratorio. Las monjas sentían una especial predilección por la fogosa oratoria de su eminencia que, cada año, por los días en que enero declinaba, acudía a la hermosa ciudad del alto Lacio, fundada por los etruscos y que conservaba espléndidas muestras de su pasado arquitectónico.

El retiro se celebra invariablemente, al menos desde que Gerardini acudía, en el llamado Salón de los Cónclaves, uno de los que encerraba el Palacio de los Papas, una construcción del siglo XIII, de marcado estilo gótico.

Al cardenal le encantaba subir por la impresionante escalinata que conducía a la primera planta, rodeado de aquellas siervas de Dios que lo trataban como a un verdadero pontífice.

A su regreso a Roma se encontró con la noticia del asesinato de Herbert Keller. Su secretario le informó cumplidamente de los macabros detalles que concurrían en el crimen perpetrado y le comentó que, aunque la policía no había hecho público ningún comunicado, era rumor abonado que en la boca de aquel desgraciado habían metido un trozo de tela negra en la que estaba cosida un aspa roja.

—El Círculo Octogonus —murmuró un Gerardini cuyo rostro había perdido el color.

—Así es, eminencia.

El purpurado meditó unos segundos.

—La reunión de anteayer no tuvo lugar.

—¿A qué reunión se refiere su eminencia?

Gerardini trató de sonreír, pero en sus labios apenas apareció una mueca.

—Jamás hemos conocido a ese individuo.

—Por supuesto, eminencia.

—Repíteme otra vez todo lo que recuerdes —le exigió el comisario por enésima vez.

Silvana Ortolano, que era el nombre de la joven con quien Keller había pasado la última noche de su vida, hizo un mohín de disgusto, pero repitió una vez más lo que recordaba de su relación con Keller, que era muy poco.

Lo había conocido la tarde anterior en el café Greco, habían quedado en pasar juntos la noche, en el Eden, que era el hotel donde se alojaba su cliente. Catalogó al alemán como un buen amante, aunque algo brusco. Hicieron varias veces el amor hasta que, cerca del amanecer, se quedó dormida. Cuando despertó, aquel individuo mantenía una conversación en alemán, de la que no se enteró de nada.

—¿Nada? ¿Ni una sola palabra? —preguntó Brosetta una vez más.

La joven pareció recordar algo.

—Bueno, sé que el individuo que llamó se apellidaba Fischböck.

Al comisario se le pusieron los ojos como platos.

—¿Cómo has dicho?

—Que se llamaba Fischböck.

—¿Cómo sabes eso, si no te enterabas de nada de lo que hablaban?

—Porque mi cliente lo apuntó junto a un número de teléfono que ese individuo le debió de dar.

—¿Dónde lo apuntó?

—En un papel de cartas del hotel, de los que había en el escritorio.

Brosetta miró al policía que lo acompañaba, éste hizo un movimiento negativo de cabeza.

—Eso sería antes de que te mandase al cuarto de baño.

—No.

El comisario la taladró con la mirada.

—¿No? ¿Cómo es que lo viste, entonces?

—Porque la puerta no estaba cerrada del todo, vi cruzar a mi cliente con el teléfono en la mano y escribir algo. Lo lei cuando recogí mi sostén que había ido a parar a aquella mesa. Recuerdo que estaba escrito a lápiz.

—¡Melzzi!

—¿Diga señor?

—¡Que vayan de nuevo a la habitación de Keller! A ver si tenemos suerte y había un papel debajo del que utilizó para anotar ese número...

—A la orden, señor.

Cuando el policía salió, Brosetta indicó a la chica:

—Ahora explícame la segunda conversación.

—¿Otra vez? —se quejó ella.

—¡Las que hagan falta!

—Fue una conversación muy corta. También habló en alemán y no me enteré de lo que hablaron. Lo único que puedo decirle es que a mi cliente le sentó muy mal esta segunda conversación. No sé si fue porque ya me había llamado y yo, que estaba sentada sobre sus muslos, había empezado a hacerle carantoñas; se le veía tan sonriente que pensé que a lo mejor hasta conseguía una propina. Pero después de esa segunda llamada estaba muy enfadado. Cuando colgó me dijo que me vistiera y me marchase. Lo hice sin perder un instante. ¡Menos mal que siempre cobro por anticipado!

Cerca de las cuatro de la madrugada Robert Leiber recibió el mensaje que llevaba esperando desde hacía horas.

El teléfono había sonado primero cuatro veces, en una segunda llamada otras tres, y solo cuando volvió a hacerlo una tercera vez, lo descolgó. Por la expresión de su rostro lo que llegó hasta sus oídos debió de sonar como música celestial.

—La operación está en marcha.

—¡Magnífico! Géminis, recuerde las instrucciones, no debe quedar el más mínimo testimonio de nuestro paso, ni testigos de nuestra actuación.

—No debe preocuparse ni por una cosa ni por otra. Lo primero que hicimos fue eliminarlos. Cogidos por sorpresa, no tuvieron tiempo de reaccionar. La información era correcta, se trataba de cuatro individuos, no hemos encontrado a nadie más.

—¿Qué se ha hecho con los cadáveres?

—Hemos seguido sus instrucciones. Fueron lastrados y a estas horas están en una de las pozas del Tiber sirviendo de pasto a los peces. Han desaparecido sin dejar rastro.

—¿Y el oro?

—Donde nos dijo Borodajkewycz, en el sótano.

—¿Cuánto?

—Hemos contado cuarenta y tres cajas, cada una de ellas tiene cinco lingotes de cinco kilogramos cada uno. En total suman mil setenta y cinco kilogramos. Están perfectamente embalados y, como nos dijo, están marcados con el anagrama de Reichbank.

—¿Cuándo tiene prevista la salida?

—Dentro de diez minutos. Acabamos de terminar el trabajo de carga.

—¿Algún problema?

—Ninguno, se trata de un lugar muy tranquilo, algo apartado. Lo habían escogido a propósito.

—¿Qué hacen nuestros hombres en este momento?

—Están procediendo al camuflaje de los vehículos. En unos minutos serán dos furgonetas de la Cruz Roja con matrícula del Estado vaticano.

—Muy bien, Géminis, ya sabe lo que tiene que hacer. Cuando llegue a su destino comuníquemelo por la vía habitual.

—Comprendido.

Leiber colgó el teléfono, estiró las piernas, se desperezó y encendió un cigarrillo. Si en aquellos momentos había un hombre satisfecho en el mundo, ése era él. Todo había salido tal y como estaba planificado. Aunque la operación, organizada en apenas veinticuatro horas, tenía todavía mucho trabajo por delante, la parte más peligrosa y difícil había sido resuelta con éxito.

Fumó relajadamente contemplando las volutas que formaba el humo de su cigarrillo; cuando apagó la colilla en el cenicero efectuó una llamada. Descolgaron al primer toque porque quien estaba al otro lado de la línea telefónica hacía rato que la esperaba. Con absoluta frialdad pronunció una sola palabra:

—¡Proceded!

Muy cerca de donde había aparecido el cuerpo sin vida de Herbert Keller, los mismos jardineros encontraron otro cadáver. Conservaba las manos y los pies, pero desde el suelo podía verse que su cara estaba desfigurada.

Se trataba de un individuo, cuyo rígido cuerpo, vestido con ropas sacerdotales, colgaba en el techo de la *antae* del templo de Portuno —el dios de los ríos y de los puertos— situado, al igual que el de Hércules, en los jardines del llamado Foro Boario.

Cuando el juez de guardia dio su autorización, los agentes de la policía lo bajaron y entonces comprobaron que le habían arrancado los ojos y tenía cosida la boca, de forma burda, con hilo del que se utilizaba para las cañas de pescar.

—¡Hay que ser cabrones! —exclamó uno de los jardineros al ver más de cerca las mutilaciones del difunto.

Después de que el juez realizase las oportunas diligencias y el forense no pudiese reparar, Luca Brosetta, que no podía quitarse de la cabeza el consejo que le había dado el *vecchio dottore*, ordenó a uno de sus hombres:

—Quítele el sedal con que le han cosido la boca.

Con mucho cuidado y algo de repulsión el agente fue deshaciendo los puntos; cuando hubo concluido, su jefe le indicó que le abriese la boca. Le costó trabajo por causa del *rigor mortis*, pero logró bajar el maxilar inferior y ver que la boca

era una cavidad sanguinolenta de la que faltaba la lengua y en la que habían introducido un trozo de tela negra, que el policía extrajo, utilizando unas pinzas. Tenía cosidas dos barras rojas formando un aspa.

El registro del cadáver mostró que llevaba piedras en los bolsillos y, a diferencia del que habían encontrado la víspera, carecía de documentación.

—¡Qué barbaridad! —comentó uno de los policías.

—Es la obra de un sádico —señaló el juez, antes de marcharse, dando por concluida allí su tarea.

—*Mamma mia!* ¡Yo sé quién es el padre!

La exclamación sonó a la espalda de Brosetta.

—¿Quién ha dicho eso?

Era una señora entrada en años que no paraba de santiguarse, cubría su cabeza con un velo negro de encaje, de los utilizados por las mujeres para ir a misa. Con la otra mano, en la que sostenía un pequeño misal, trataba de taparse la boca. Tenía la cara desencajada.

—Es el padre que dice la misa primera en Santa Maria. —La mujer señaló en dirección a la fuente de los Tritones, más allá de los jardines, al otro lado de la calle, donde se alzaba Santa Maria in Cosmedin, una bella iglesia de fachada barroca que conservaba un airoso campanario de época románica. Era una iglesia muy visitada porque empotrada en uno de sus muros se encontraba la Bocca della Verità, relacionada con una curiosa leyenda medieval, según la cual cuando un mentiroso introducía allí su mano era mordido por la feroz bocca.

—¿Sabe cómo se llama?

—Es el padre Taras —gimió la mujer—. Llevaba poco tiempo por aquí. Puede preguntar en la parroquia.

La mujer estaba muy alterada, señaló de nuevo en dirección a la iglesia y balbució algo ininteligible antes de desplomarse sin sentido. Dos de los agentes se agacharon solícitos para atenderla.

—Melzzi, vaya a Santa Maria in Cosmedin a ver si alguien puede darnos más información.

Conforme pasaban los minutos aumentaba el número de curiosos que se acercaban. El comisario dio órdenes precisas para que la gente quedase a una distancia prudencial. Mientras que uno de sus hombres interrogaba a los tres jardineros que habían encontrado el cadáver, él no podía apartar la mirada del cuerpo inerte del sacerdote.

Los jardineros estaban impresionados con aquella segunda experiencia, en apenas veinticuatro horas. Era poco lo que podían explicar, salvo que sería a eso de las nueve cuando encontraron el cadáver del sacerdote colgado de la viga, completamente rígido.

Luca Brosetta decidió interrogar personalmente al sacristán de Santa Maria in Cosmedin. El hombre, de unos cincuenta años, con una cabeza poblada de hirsuto pelo negro, estaba muy impresionado. Le confirmó que, en efecto, a pesar de que el destrozo de la cara hacía difícil la identificación, no albergaba dudas de que el cadáver correspondía al padre Taras Borodajkewycz. También informó de que hacía aproximadamente tres meses que había sido adscrito a la parroquia, pero que sus funciones eran mínimas. Únicamente acudía para decir la misa primera, la de las siete y media, y se marchaba nada más terminarla.

—¿Qué otros datos puede facilitarme?

—El padre Taras era persona poco comunicativa. Ya le digo, cuando acababa la misa se marchaba y hasta el día siguiente.

—¿Siempre venía a decir esa misa?

—Siempre, y tengo que decir que era muy cumplidor. Faltó en un par de ocasiones, pero siempre avisaba con antelación suficiente para que se tomaran las providencias necesarias.

—¿Sabe dónde vivía el padre Taras? ¿Algo sobre posibles familiares o amistades?

—Salvo que era austríaco, sabíamos muy poco de él. Puedo decirle —el sacristán bajó la voz como si revelase una confidencia secreta— que a don Antonio le llegó hace unos tres meses una orden de muy, muy arriba en la que se le indicaba que el padre Taras quedaba adscrito a nuestra parroquia.

—Muy, muy arriba, ¿qué quiere decir?

El sacristán bajó aún más la voz, como si temiese que sus palabras conjurasen alguna clase de peligro:

—Llegó del mismísimo Vaticano, un decreto de la mismísima Secretaría de Estado. —Cuando dijo « mismísima » abrió desmesuradamente los ojos; miró el cadáver de Borodajkewycz y sentenció—: El padre Taras debía de tener buenas agarraderas.

—¿Ha dicho antes que era alemán?

—Así es.

—Sin embargo, su apellido...

El sacristán sacudió en un gesto negativo su enorme cabeza.

—¿Quién es el párroco?

—Don Antonio. —Dijo aquello como si se refiriese al rey Víctor Manuel.

—¿Dónde está ahora don Antonio?

El sacristán alzó la mirada hacia el sol, poniéndose una mano a modo de visera para que la luz no le molestase e hizo cálculos.

—Estará para llegar de un momento a otro.

Brosetta pensó cómo sabría la hora cuando estuviese nublado.

—Entonces, vámonos para la parroquia.

Don Antonio Cordelini era persona de edad avanzada, aire bonachón y con aspecto de no haber matado una mosca. Su vida sacerdotal había transcurrido en tres destinos, un pueblecito perdido en los Abruzzos cuando salió del seminario allá por 1894, donde permaneció durante doce años; una parroquia de Nápoles en la que realizó una excelente labor durante cerca de tres décadas, amén de ser el capellán de un convento de monjas carmelitas, y Santa Maria in Cosmedin, un apacible retiro del que disfrutaba desde hacía poco más de cuatro años. Allí concluiría, si Dios y la Virgen María no disponían otra cosa, su ministerio sacerdotal.

Estaba abrumado con la noticia que acababa de recibir. Las lágrimas asomaron a sus cansados ojos. Todo indicaba que era un buen hombre, que había entregado su vida a la Iglesia, y que no podía entender ciertas maldades.

Brosetta respetó durante unos minutos el dolor del párroco. Se había sentado, desmadejado, en su vetusto sillón de sacristía y no paraba de dar pequeños sorbos al vaso de agua que le había traído el sacristán.

—¿Qué podría usted decirme del padre Taras?

El anciano sacerdote, que no acababa de salir de su espanto, le respondió con otra pregunta:

—¿Quién puede hacer una cosa así? —Parecía sinceramente conmovido.

El comisario recordó la historia que le había contado Grazioli y aguardó a que don Antonio se sosegase algo más. El silencio de Brosetta tuvo su premio.

—El padre Taras era de Viena...

—El sacristán me ha dicho que era alemán.

—Claro, Austria forma parte del Reich —le aclaró don Antonio—. Su familia procedía de Ucrania. Llegó a Roma hace algunos meses para desempeñar labores en algún dicasterio de la Curia. Me dieron instrucciones de que quedaba adscrito a mi parroquia, pero sus funciones estarían limitadas. En realidad, apenas nos veíamos porque su actividad parroquial se reducía a decir la misa primera. Me ha ahorrado los madrugones invernales que mis huesos ya no llevan todo lo bien que sería menester, aunque no ejercía las funciones de coadjutor que esta parroquia necesita. Pero —don Antonio se encogió de hombros—, eso es lo que había y a mí, como a lo largo de toda mi vida, me tocaba obedecer. Ya sabe cómo son estas cosas. ¡Qué le voy yo a contar a usted...!

—¿Qué opinión tenía usted del padre Taras?

Don Antonio dio otro sorbo al agua y con un enorme pañuelo se sonó la nariz.

—Como le digo no he tenido ocasión de tratarlo mucho. Cuando más hablábamos era los domingos en que la misa primera es un poco más tarde y porque también decía la de las once. Últimamente se le notaba algo nervioso. Hace un par de semanas, al terminar esa misa dominical, sostuvo una conversación con dos individuos que lo aguardaban a la puerta de la sacristía, no puedo decirle de qué hablaron porque lo hicieron en alemán, pero el padre Taras

elevó un par de veces la voz, casi llegó a gritar. Estaban discutiendo por algo.

—¿No sabe nada acerca de esas personas?

—Nada, no los había visto en mi vida, lo único que puedo decirle es que no se trataba de feligreses. Recuerdo que iban muy bien vestidos.

A pesar de que Brosetta realizó numerosas preguntas al párroco, no pudo sacar nada más. Antes de despedirse, le formuló una última pregunta:

—¿Le suena a usted de algo una sociedad llamada el Círculo Octogonus?

Antes de responder, don Antonio se sonó otra vez la nariz.

—Creo que se trata de un bulo muy extendido sobre el que circula todo tipo de rumores. En mi opinión no existe nada con ese nombre, todo es una pura invención urdida por los enemigos de la Santa Madre Iglesia, a la que dan pábulos mentes calenturientas.

Una vez que el párroco se hubo cerciorado de que el comisario había salido del templo, tras recibir el correspondiente aviso del sacristán, realizó una llamada telefónica.

—Ha venido la policía haciendo preguntas porque han asesinado al sacerdote que me ayudaba en mi ministerio.

—¿Y por qué llama aquí?

—Porque creo que el comisario encargado del caso no tiene muchas pistas, pero por alguna razón que desconozco ha conseguido alguna información sobre el Círculo Octogonus.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque me ha preguntado si sabía algo sobre él.

—¿Qué le ha dicho?

—Que son bulos, rumores falsos urdidos por los enemigos de la Iglesia.

—Muy bien. Ha cumplido usted perfectamente su papel.

Berlín, 2 de febrero de 1939

INFORME RESERVADO

Niccola Storzi, sacerdote jesuita, conocido por su desafección a nuestro amado Führer, pertenece a una organización secreta conocida con el nombre del Círculo Octogonus, donde es conocido con el nombre del Mensajero. Abandonó Berlín en la primavera de 1937 para instalarse en Roma, donde ejerce como profesor de Sagradas Escrituras en el Teutonicum. Recientemente ha viajado hasta la capital del Reich, bajo la falsa identidad de Rolando Brancusso, con el objetivo de recabar información de Magdalena Wissemann sobre la operación Eitles Gold. El tal Niccola Storzi logró abandonar Berlín y el territorio del Reich con la información obtenida.

Magdalena Wissemann, de raza judía, había tenido conocimiento de la mencionada operación, así como de importantes detalles de ella, a través de su hermana Ruth, camuflada bajo el nombre de Monika Gessler y convertida en la amante del obersturmbannführer Albert Hartl, quien, seducido por ella, había efectuado imprudentes comentarios a Ruth Wissemann, que era el nombre real de la amante de Hartl. Había encubierto su verdadera identidad como actriz de *cabaret* en un espectáculo erótico en el club Pigalle.

Los tres han pagado cumplidamente su traición al Reich.

En el caso de Hartl se le invitó, para que su nombre no quedase manchado por la infamia de la traición, a que él mismo pusiese fin a su vida, dejando una carta en la que explicase las razones de su decisión. Incomunicado en su propio despacho, se descerrajó un tiro en la boca, utilizando su lugger reglamentaria.

La versión oficial de su muerte ha sido que fue su deseo, como buen servidor del Führer, poner fin a su existencia al conocer que había mantenido relaciones carnales con una judía.

La información obtenida por Storzi ha colocado en graves dificultades las posibilidades de éxito de la operación Eitles Gold.

Posteriormente Herbert Keller, agente destacado en dicha operación y que había llevado a cabo con notable éxito los primeros movimientos encaminados a alcanzar los objetivos previstos en Eitles Gold, fue detenido, casi con toda seguridad, por agentes del Círculo Octogonus y, después de ser salvajemente torturado, ha sido asesinado por el Círculo Octogonus, que ha dejado su marca en el crimen. Igual suerte ha corrido el agente del Sicherheitsdienst, Taras Borodajkewycz, cuyo cadáver, también mutilado y con la marca del Círculo Octogonus, fue encontrado en un lugar próximo al que había aparecido el de Keller.

Se tiene la convicción de que tanto Keller como Borodajkewycz han puesto en conocimiento del Círculo Octogonus muchos más detalles relacionados con Eitles Gold de los que Storzi pudo obtener de Magdalena Wissemann. Dicha información les ha permitido apoderarse de tres millones de marcos en lingotes de oro del Reichbank, que estaban depositados en lugar seguro, en una villa de las afueras de Roma, embalados en cuarenta y tres cajas. En total mil setenta y cinco kilogramos de oro en lingotes de cinco kilogramos.

Los cuatro hombres que tenían como misión la custodia de los lingotes han desaparecido, sin dejar rastro.

Obersturmbannführer Hans Fischböck

Cuando concluyó la lectura del informe, Reinhard Heydrich hacía verdaderos esfuerzos para contenerse. En el centro de su fracaso se encontraba aquel sacerdote, que se le había escurrido literalmente de entre las manos.

El máximo responsable del Sicherheitsdienst tenía clara una cosa. Una actuación como aquélla no podía quedar impune. La apuesta, en la que había intervenido el Führer en persona, había sido demasiado fuerte para que quedase en un lamentable fracaso y en la pérdida de una fortuna sacada de las arcas del Reichbank. Se imponía un escarmiento ejemplar sobre Niccola Storzi, ese jesuita, protegido por una oscura y secreta sociedad de la que ignoraban su estructura y organización, hasta aquel momento.

El criterio de Heydrich era que si en Roma habían fallado, la causa se encontraba en la improvisación que había presidido todas las actuaciones. Se hacía necesario preparar un plan concienzudo, lo que no significaba trazarlo con lentitud, para tomarse cumplida venganza y reparar en lo posible el fracaso cosechado. Era cuestión de planificarlo de forma inteligente y de actuar con más astucia que sus enemigos. Ahora sabían que habían de vérselas con una

escurridiza organización y también que era un adversario de consideración, porque su poder y sus tentáculos llegaban mucho más lejos de lo que cualquiera podía imaginar.

Durante una mañana un grupo de expertos analizó los pormenores de una actuación de represalia y a primera hora de la tarde elevaron una propuesta a Heydrich, quien la discutió largamente con sus colaboradores. Después de analizar sus ventajas e inconvenientes, decidieron ponerla en marcha. Lo harían de forma inmediata porque su sed de venganza no admitía demoras.

La misión se encomendaría a un comando de las Waffen-SS.

Las dos ambulancias con matrícula del Estado vaticano habían viajado durante más de ocho horas a lo largo de un recorrido que les llevó a atravesar el Lacio, la Umbría, las Marcas y la Emilia-Romaña antes de llegar a su destino. Eran pasadas las dos de la tarde cuando Géminis —cuya estatura y corpulencia quedaban disimuladas por la vestimenta propia de un enfermero— se presentó en la sede del patriarcado de Venecia, tal y como Robert Leiber le había indicado. Allí preguntó por el padre Alberti.

No lo retrajo lo intempestivo de la hora, tampoco el hecho de que ni él ni sus hombres hubiesen comido ni se hubiesen permitido un ligero descanso. ¡Ya tendrían tiempo!

Tiró de una cadena y hasta sus oídos llegó el sonido de una campana. Tuvo que llamar en otras dos ocasiones, la última con mucha insistencia, para que apareciese un orondo sacerdote, que estaba de un pésimo humor. Apenas abrió dos palmos de puerta.

—¿Qué desea? —le escupió casi con hostilidad.

Géminis lo midió con la mirada, antes de responderle con calculada serenidad.

—Necesito ver al padre Alberti.

—¿A estas horas? —Había malas pulgas en la pregunta.

—Sí.

El monosílabo desconcertó al clérigo.

—¿Quién desea verlo?

—Dígale que ha llegado la visita que espera de Roma.

—¿Cuál es el motivo de la visita?

—Eso no es asunto suyo.

El sacerdote decidió que no le gustaba aquel individuo fortachón que se mostraba tan seguro y altivo. Además le había interrumpido el almuerzo.

—¡Aguarde!

Dio tal portazo que vibró el marco de la puerta. Géminis soportó en el zaguán una larga espera, que adjudicó a alguna triquiñuela del malhumorado cura.

El padre Alberti frisaría los cincuenta años, pero tenía un aire juvenil. Era alto

y espigado, de formas amables. Lo acogió afectuosamente, acompañándolo hasta un despacho que se abría a un claustro donde se combinaban elementos góticos y una decoración con resabios moriscos. Allí, lejos de miradas indiscretas, el agente del Círculo Octogonus le entregó un sobre.

Alberti lo abrió sin ocultarse, el texto estaba escrito en un pergamino octogonal anudado con una cinta de seda roja.

Géminis ignoraba su contenido —lo único que sabía era que había de entregarlo personalmente al administrador general de la diócesis y que estaba lacrado con el sello de Octogonus—, pero lo que allí había escrito surtió efectos inmediatos, como si se tratase de un poderoso talismán.

Pusieron a su disposición dos lanchones de transporte, de bajo calado, que pertenecían al servicio diocesano. El propio Alberti lo acompañó hasta el embarcadero privado que el patriarcado tenía en la Dársena Grande, donde los hombres que habían llevado por media Italia aquella fortuna en lingotes de oro trasladaron la carga desde las ambulancias hasta las embarcaciones. En poco más de una hora la operación había sido realizada y el oro del Reich estaba preparado para viajar por la laguna hasta su siguiente destino. Las dos ambulancias se quedaron en una de las naves de la dársena.

A pesar de que el día era desapacible —hacía mucho frío y la lluvia caía mansamente pero sin cesar— el agente de Octogonus rechazó las amables invitaciones que se le hicieron para aguardar a que el tiempo mejorase.

—En un día como éste, en la laguna el frío y la humedad se meten hasta el tuétano de los huesos —comentó Alberti.

Géminis negó con una sonrisa en los labios.

—Agradezco su interés, pero tenemos instrucciones muy concretas. Si se puede navegar, lo haremos.

Los hombres se acomodaron en las embarcaciones, que apenas contaban con una toldilla de lona para protegerse de las inclemencias del tiempo, lo mejor que pudieron. El viaje en los lanchones duró casi dos horas, que fue el tiempo empleado para llegar a la isla de Murano.

Fondearon en el pequeño puerto que había en la desembocadura del río Vetrà, donde ya les aguardaba una camioneta propiedad de Pietro Vivarini, uno de los más importantes maestros vidrieros asentados en la isla donde, desde finales del siglo XIII, se habían instalado los hornos de vidrio para fabricar el famoso cristal de Venecia.

El gobierno de la Serenísima República había decidido su traslado fuera de la ciudad para alejar el peligro de los incendios, que se desencadenaban con una frecuencia preocupante. Allí, en los talleres de Murano, desde 1292, se elaboraba el vidrio que tanta fama y beneficios económicos habían proporcionado durante siglos a la orgullosa República. El nombre de Murano se había hecho famoso por la calidad y la belleza de sus cristales. De aquellos talleres habían salido

verdaderas obras de arte, como la llamada copa Barovier; una joya del siglo XV que había despertado ambiciones por su posesión.

La localidad, formada por cinco islas unidas por puentes sobre los canales, era una Venecia en miniatura. Al calor de la riqueza se habían levantado algunas importantes construcciones como la iglesia de Santa María y San Donato, rematada en un espléndido ábside románico, que daba al canal dedicado a este último santo y cuyo esbelto campanario mostraba uno de los perfiles más característicos de la población; o la iglesia de San Pietro Martire, que conservaba en su interior pinturas de los grandes maestros de la escuela veneciana: Giovanni Bellini, Veronés y Tintoretto.

La lluvia arreció mientras trasvasaban a la camioneta las cajas de madera, sin ninguna clase de distintivo que delatase los lingotes de oro del Reichbank. A las inclemencias del tiempo se sumaron las primeras sombras de la noche. Cuando concluyeron, después de tantas horas de tensión y esfuerzo, el cansancio había hecho mella en los hombres, pero Géminis era consciente de que todavía no podían distraerse. La operación, aunque hasta aquel momento había rodado según los planes previstos, estaba llena de peligros. Cuanto antes concluyesen, mejor, y aún les quedaba una larga tarea por delante.

—¿Qué tiempo empleará en hacer su trabajo? —preguntó el agente de Octogonus a Pietro Vivarini.

El maestro vidriero, que conducía la camioneta —los hombres de Géminis iban atrás junto a la preciada carga—, respondió con otra pregunta, sin apartar los ojos de la pequeña carretera que corría paralela al canal de San Donato. La visibilidad era mala y los faros del vehículo proporcionaban una luz difusa que apenas disipaba las sombras.

—¿Cuántos lingotes son?

—Doscientos quince.

—Eso hace un total de... —Vivarini hacía cálculos.

—Mil setenta y cinco kilogramos —le ayudó Géminis.

La camioneta dio un salto brusco al coger un bache. En la parte de atrás se escucharon algunas maldiciones.

—Si no surge ningún problema y con los dos hornos a pleno rendimiento, unas cuarenta horas.

—¿Tanto?

El vidriero sujetó con fuerza el volante.

—¡Agárrase, amigo, si no quiere dar con la cabeza en el techo!

Justo a tiempo, porque la nueva sacudida fue mucho peor que la anterior. Atrás se repitieron las maldiciones. Vivarini resopló, se pasó el dorso de la mano por la frente empapada en sudor. Con una bayeta sucia intentó quitar el vaho del cristal que dificultaba todavía más la escasa visibilidad. Se rascó en el cogote como si rebuscase por allí una respuesta.

—Solamente dispongo de dos crisoles y luego está el problema de los moldes. Reducir el tamaño de los lingotes es una gangarrera, eso es lo que nos llevará más tiempo. Veo difícil que le podamos recortar algunas horas. Por cierto, ¿se ha traído usted la estampilla?

Géminis lo miró desconcertado.

—¿La estampilla? ¿Qué es eso?

—¡El sello! ¡El sello para estampar los nuevos lingotes! Se me dijo que deseaban que apareciese la marca del Papa.

—¡Ah! Ya... ya comprendo. Sí, lo he traído conmigo.

El tiempo que tardaron en llegar al taller de Vivarini se le hizo eterno por culpa del traqueteo de la camioneta. Rápidamente, descargaron las cajas que quedaron apiladas en un rincón de una nave de regulares dimensiones, donde ardían los dos hornos.

Allí, desde hacía ya más de dos siglos, según rezaba un tosco cartel, desgastado por el paso de los años, los Vivarini habían fabricado cristalerías, vajillas, objetos de decoración y piezas especiales encargadas por clientes caprichosos. El rótulo anunciaba el comienzo del negocio familiar a partir de 1718, donde siete generaciones habían trabajado, a caballo entre la artesanía y el arte.

Los hombres de Géminis se situaron junto a las cajas, mientras que su jefe echaba un vistazo al local acompañado del propietario, que trataba de mostrarse obsequioso.

—¿Sabía usted que la vajilla en la que se sirvió el banquete nupcial del emperador Napoleón III con Eugenia de Montijo salió de estos talleres?

Géminis, que escrutaba con ojos de estrategia las puertas y ventanas del lugar, para calibrar la mejor forma de organizar la defensa en caso de un posible ataque, respondió con un frío «no». Su sequedad disuadió a Vivarini de hacer nuevos comentarios.

—Tengo entendido que, además de usted, son ocho los operarios que trabajan en este taller.

—Sí señor, ocho.

—Usted, sus dos hijos varones, la menor de sus hijas y cinco contratados de la calle, cuatro hombres y una mujer.

El vidriero, un cincuentón de formas orondas y con aire bonachón, se detuvo, ofreció un cigarrillo a Géminis que éste rechazó. Mientras lo encendía parsimoniosamente se acercaron hasta la boca de los hornos, allí la temperatura subía de forma tan considerable que el frío imperante desapareció. Reflejos dorados brillaron en los rostros de los dos hombres por efecto de la luz que salía de las bocas, que estaban abiertas. En su interior el rojo tomaba tonalidades anaranjadas. Fue entonces cuando Vivarini comentó:

—Veo que está perfectamente informado.

Un esbozo de sonrisa apareció en la boca del agente de Octogonus.

—En 1937 declararon ustedes al fisco unos beneficios de veintiocho mil setecientas treinta y cinco liras.

El vidriero se quedó atónito, mirándolo, sin decir palabra, con el cigarrillo colgando de la boca.

—Si los lingotes están mañana a las cuatro de la tarde...

—¡Mañana a las cuatro! ¡Eso es imposible! —lo interrumpió Vivarini.

—... habrá ganado la misma cantidad que ingresó ese año, pero en menos de veinticuatro horas. —Géminis no se había inmutado.

El veneciano dio una calada al cigarrillo y lo tiró al suelo, pisándolo hasta deshacerlo.

—¿Habla en serio?

—Completamente. Pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál?

—Habrá de hacerlo solamente con la ayuda de sus hijos.

—¡Imposible!

—Mis hombres y yo le ayudaremos en todo lo que podamos.

Vivarini, nervioso, encendió otro cigarrillo. Supo que tenía por delante la oferta de su vida y por ella estaba dispuesto a reventar, pero como avezado negociante, estrujó la suerte que se le había aparecido.

—Treinta y cinco mil liras y puede darlo por hecho, aunque nos dejemos la piel en los crisoles.

Géminis se limitó a alargar su mano y el vidriero la estrechó.

La mansión de los Storzi era un bello ejemplar de palacio renacentista en el que, como en muchas otras casas venecianas, se apreciaban fuertes reminiscencias góticas.

La primera planta ofrecía un sólido paramento almohadillado en cuyos bloques era perceptible el desgaste producido por los años y por la acción del agua, la sal y la erosión. El paso al segundo cuerpo lo proporcionaba una hermosa galería, a la que se abrían una serie de pétreos ventanales rematados en arcos ojivales con numerosos adornos, donde también el paso del tiempo había dejado su huella. Las paredes conservaban restos de haber estado esgrafiadas. El tercero, de mucha menor altura, aparecía rematado por un friso donde se alternaban la piedra y la madera, formando llamativas composiciones escultóricas protegidas de las inclemencias del tiempo por un alero que volaba generoso sobre la calle y el canal porque, como las casas señoriales de Venecia, la de los Storzi tenía una puerta a tierra firme y otra al canal.

Como venía ocurriendo desde hacía varios días, a primera hora de la mañana unos individuos deambulaban por la zona, embelesados en la decadente belleza de las construcciones del barrio de San Rocco. Visitaron la famosa escuela donde,

frente a la iglesia de Santa Maria Gloriosa dei Frari, estaba la mansión de los Storzi. Pasearon por la amplia plaza que se abría delante de la fachada gótica del templo, que guardaba en su interior importantes pinturas de Tiziano, el más grande de los maestros de la escuela veneciana. En una de las naves se levantaba su monumento funerario. Quedaron sorprendidos con la fuerza emanada por los cuadros de Tintoretto que decoraban desde el siglo XVI la Scuola Grande di San Rocco y con la magnificencia del edificio construido, después de que por intercesión del santo acabase una terrible epidemia de peste.

Pero su mayor interés no estaba en aquellas joyas artísticas que, como tantas otras, se alzaban a cada paso por los rincones de Venecia; su objetivo era el palazzo Storzi. Habían observado minuciosamente las entradas y salidas que se producían a lo largo de cada jornada, hasta el punto de tener una completa información acerca de los moradores de la vivienda y de las visitas que recibían. Comprobaron que, en realidad, en aquella casa había muy poco movimiento.

Cada día, muy temprano, llegaba la misma joven que se marchaba la víspera, después de la hora del almuerzo; sobre las diez, aparecía un muchacho con un carrito donde transportaba unas cajas con viandas y, luego, hacia el mediodía, quien entraba en casa de los Storzi era un individuo, cuyas trazas señalaban de forma inequívoca que se trataba de un médico. Permanecía en la mansión algo menos de un cuarto de hora. A la caída de la tarde hacía acto de presencia una mujer joven, con el inconfundible atuendo de las enfermeras. Pasaba la noche en la casa y se marchaba poco después de que llegase la joven de la mañana.

Comprobaron también que siempre abría la puerta la misma persona. Una anciana, que presumiblemente ejercía funciones de ama de llaves o algo parecido. Aunque ignoraban si había alguien más en el interior, estaban convencidos de que tenía que haber personal de servicio.

Estudiaron los posibles accesos a la vivienda y concluyeron que la entrada por el lado del canal era complicada. Tenía la ventaja de ser un lugar poco transitado, pero resultaba problemático encaramarse a la galería del primer piso. Era más fácil por la parte de tierra, allí escalar hasta la galería no presentaba ninguna dificultad, pero tenía el inconveniente de ser una zona mucho más concurrida. Al final decidieron que la forma más fácil era por la puerta principal y el mejor momento el tiempo que había entre la salida de la joven que se marchaba después del almuerzo y la llegada de la enfermera.

El timbre sonó suavemente y al cabo de un minuto apareció la anciana. La mujer, sorprendida al verse con una pistola delante de su cara, retrocedió torpemente. Eran tres los individuos que irrumpieron en el vestíbulo y lo hicieron sin apenas ruido. Uno de ellos se encargó de dormirla aplicándole a la nariz un pañuelo empapado en cloroformo.

Fue mucho más fácil de lo que habían previsto en el mejor de los supuestos

posibles. Quienes habían allanado la morada de los Storzi nunca supieron que en la casa había dos criadas más, en régimen de internas, y que en aquellos momentos se encontraban en el cuarto de la plancha ordenando ropa. Tampoco las doncellas se enteraron de lo que estaba ocurriendo en la parte noble del edificio hasta mucho después.

El comando enviado por el Sicherheitsdienst para acabar con la vida del padre del Mensajero localizó a su objetivo en la biblioteca. El juez Storzi se encontraba solo, enfundado en una gruesa bata de lana y confortablemente acomodado en un sillón orejado, al calor de una chimenea en la que chisporroteaban gruesos troncos de roble. Sumido en la lectura de la última novela de una de sus escritoras favoritas, Pearl S. Buck, que unos años atrás había sido galardonada con el premio Nobel de literatura. Estaba tan abstraído que apenas se percató de que un asesino se acercaba sigilosamente.

Tenía la inveterada costumbre de dejar entreabierta la puerta de la biblioteca, su refugio preferido desde hacía cuatro décadas, lo que facilitó la silenciosa entrada del oficial de las Waffen-SS, cuyas pisadas quedaron amortiguadas por la mullida alfombra que cubría el suelo, una joya de finales del siglo XVIII, realizada a medida en unos talleres de Estambul. En aquella estancia los Storzi habían atesorado libros durante generaciones, configurando una magnífica biblioteca.

Cuando el anciano juez, alertado por un pequeño ruido, se quitó las gafas de lectura y alzó su cabeza, apenas pudo vislumbrar el rostro del criminal que tenía a su espalda.

Al estrangularlo, apretó con tanta fuerza, que el frágil cuello no resistió y el padre de Niccola Storzi murió ahogado en un vómito de su propia sangre, que manchó los negros guantes del asesino. Una ligera convulsión de las piernas indicó que la vida había abandonado el cuerpo del juez.

Cerciorado de que Storzi estaba muerto, sacó del bolsillo interior de su abrigo un sobre y lo colocó cuidadosamente entre las manos del difunto. Era su tarjeta de visita.

El nazi paseó triunfal su mirada por las labradas estanterías de la biblioteca, atestadas de volúmenes que iban del suelo al techo, salvo en el espacio que ocupaba un lienzo perteneciente a la escuela veneciana, que los expertos atribuían a Tiziano, donde el maestro había representado una conocida escena mitológica: *Danae recibiendo la lluvia de oro*.

No lo pensó dos veces. Arrimó una pequeña escalerilla de biblioteca a la pared, lo descolgó y, valiéndose de un abrecartas, desencajó el lienzo del marco y lo desmontó del bastidor con la pericia de un experto. Después examinó su textura comprobando que su flexibilidad era buena, pese a los años. Quedó convencido de que no sufriría desperfectos si lo enrollaba cuidadosamente. Utilizó para envolverlo las grandes páginas de un ejemplar de *Il Popolo d'Italia*,

ocultando aquella obra maestra de la escuela veneciana a posibles ojos indiscretos.

Antes de marcharse miró el cuerpo sin vida del juez y murmuró entre dientes:

—Espero que Rolando Brancusso venga a Venecia.

Salió de la biblioteca e hizo un gesto con la cabeza a sus hombres, que aguardaban vigilantes en el vestíbulo, donde la anciana ama de llaves continuaba sumida en el sopor producido por el cloroformo. Abandonaron sigilosamente la mansión de los Storzi donde acababan de dar el primer paso de la venganza del Sicherheitsdienst.

En los potentes hornos del taller de los Vivarini se trabajaba sin descanso. Su hija Paola, la que llevaba la contabilidad, se había encargado de visitar el domicilio de uno de los asalariados para que, aquella misma noche, indicase a los demás que la jornada del día siguiente sería de asueto. La explicación fue que su padre y sus hermanos tenían que ausentarse por un asunto familiar grave.

La noticia causó extrañeza, sobre todo porque los hornos estaban funcionando a toda potencia, según denotaba la densa humareda que salía por sus chimeneas. Era más que probable que por la isla circularan los más variados rumores, pero el precio que Vivarini había negociado hacía que mereciese la pena afrontar los comentarios. A la misma hora en que eran introducidos en el crisol los primeros lingotes de oro, Niccola Storzi recibía la noticia de la muerte de su padre. Fue su hermano Alvisé quien le comunicó su asesinato. Eran las nueve de la noche.

—El forense me ha dicho que tiene el cuello destrozado y que la causa de su muerte ha sido por ahogamiento en su propia sangre; quien lo ha estrangulado le ha roto varias arterias del cuello, muy afectadas de arteriosclerosis.

Niccola, al recibir por teléfono la terrible noticia, tuvo la desagradable sensación de que existía una relación entre aquella muerte y los últimos acontecimientos de su vida.

—Cuando Chiara abrió la puerta —le explicaba Alvisé—, tres individuos la sorprendieron y con un pañuelo le administraron una dosis de cloroformo, que la dejó dormida durante más de una hora. Las doncellas, que estaban en sus quehaceres en la otra punta de la casa, no se enteraron de nada. Nadie se percató de lo que había ocurrido, hasta que llegó la enfermera, pasadas las siete. Sus llamadas insistentes, sin respuesta, hicieron que una de las doncellas acudiese a abrir, extrañada de que no lo hiciese la tata. Se la encontró tendida en uno de los sofás del vestíbulo. Fue la enfermera quien descubrió el cadáver de papá.

—¿Qué dice la policía?

—Perdona un momento...

Tras un breve silencio en la línea, Alvisé le dio una extraña respuesta:

—Están trabajando sobre la hipótesis de un robo. Piensan que la muerte de papá ha sido como consecuencia de encontrarse en la biblioteca, en el momento en que entraron los ladrones.

—¿Por qué piensan eso?

—Porque han robado el cuadro *Danae recibiendo la lluvia de oro*.

—¿Han robado el cuadro? —se extrañó Niccola.

—Sí, han desmontado el lienzo del marco para facilitar su transporte y se lo han llevado.

—Así que un robo ha sido la causa de la muerte de papá.

—Eso parece, aunque hay algo en todo esto que no encaja —comentó Alvisé bajando el tono de su voz.

—¿Qué es lo que no encaja?

—El libro que papá estaba leyendo y sus gafas han aparecido tiradas en el suelo. Debí de forcejear, en un intento inútil por defenderse.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Eso no es lo misterioso, sino que sostenía entre sus manos una extraña carta. —Las palabras de Alvisé eran poco más que un susurro, estaba claro que no deseaba que nadie más escuchase aquello.

Niccola sintió un escalofrío.

—¡Explicate, Alvisé, por favor!

—Aguarda un momento, perdona...

Ahora el silencio fue más largo. A su tristeza se sumaba un nerviosismo que crecía conforme pasaban los segundos. Por un momento, cuando su hermano le habló de robo, pensó que había errado al relacionar su muerte con los últimos acontecimientos de su vida. La espera se prolongó un par de minutos, que se le hicieron eternos.

—¿Niccola? ¿Niccola, estás ahí?

—¡Sí, sí! ¡Dime!

—¡Perdona, pero esto es peor que un manicomio! ¿Qué te estaba diciendo?

—Que papá tenía una carta en sus manos.

—¡Ah sí! Se trata de un sobre dirigido a un tal Rolando Brancusso.

—¿Cómo has dicho!?

Más que una pregunta, lo que salió de su boca fue un grito cargado de angustia.

—¿Por qué has gritado?

Le costó trabajo responder, tenía un nudo en la garganta por lo que hizo un verdadero esfuerzo para preguntar:

—¿Qué contenía ese sobre?

A Alvisé Storzi le causó estupor la reacción de su hermano a través del teléfono.

—Te noto alterado, Niccola.

—Alvisé, dime qué contenía ese sobre. Por favor.

—Un extraño pergamino con forma de octógono, atado con una cinta roja, donde se le indica al tal Brancusso que abandone Berlín. —Otra vez las palabras

de su hermano llegaban como murmullos apagados—. Está firmada por el Círculo Octogonus. Como te digo todo resulta muy extraño.

—¿Quién sabe lo de esa carta? —preguntó angustiado.

—Nadie.

Alvise Storzi pudo escuchar a través del teléfono el suspiro de alivio que debía escapar su hermano.

—Bueno, en realidad lo sabe la tata y, tal vez, la enfermera. Cuando se descubrió el cadáver de papá, lo primero que hizo fue llamarme por teléfono. Vine inmediatamente y me extrañó que tuviese una carta en las manos, cuando el libro que leía y las gafas estaban en el suelo. La cogí, leí su contenido y quedé desconcertado. ¿Quién es ese Rolando Brancusso a quien estaba dirigida? ¿Qué es el Círculo Octogonus? ¿Qué hacía esa carta en manos de papá? ¿Qué tiene que ver él con todo eso?

—¿Qué hiciste?

—Me puse muy nervioso. Pensé que detrás de ese sobre podía haber un asunto turbio. Ya sabes los hilos que se mueven en los procesos judiciales, y papá había intervenido en algunos muy sonados. Aunque no tenía motivo alguno para pensarlo, temí que con una investigación por delante hubiese algún misterio en su vida que pudiese manchar su imagen. No sé, como te digo esa carta me ha puesto muy nervioso. Tenía un sello en lacre negro y había sido abierta. Sin embargo, no ha llegado por correo y Chiara dice que nadie trajo nada en los últimos días. Ya sabes... la vieja tata lo controla todo.

A Niccola no se le deshacía el nudo de la garganta. Su hermano estaba haciendo suposiciones extrañas sobre hechos ocultos en la vida de un hombre que había convertido la justicia en la norma de su existencia, que había sido un padre ejemplar y un amante esposo, y todo por su culpa. Tuvo que esforzarse para no contar a su hermano la verdad de aquella historia. ¡A su padre lo habían matado por su culpa y quien lo había hecho le dejaba un mensaje muy claro! ¡Él sabía quiénes eran los asesinos, pero no podía decirlo! ¡Estaba ligado por un juramento de por vida a mantener el secreto de Octogonus!

—Alvise, escúchame con atención. No se te ocurra comentar con nadie lo de la carta, por favor.

—¿Qué sabes de ello?

—Sé por qué estaba esa carta en las manos de papá, como también sé por qué lo han asesinado.

—¿Cómo dices? ¡Explicate!

—Ahora no puedo, te lo contaré todo cuando nos veamos en Venecia. Lo más importante es que guardes absoluto secreto sobre todo lo referente a esa carta.

—¿Quién es Rolando Brancusso, Niccola? ¿Quién se esconde detrás del Círculo Octogonus? —insistió Alvise.

—Ahora no puedo decirte nada. Te lo explicaré todo cuando llegue a Venecia.

Advierte a la tata y también a la enfermera que no hagan comentarios. Escúchame con mucha atención porque es muy importante lo que voy a decirte. ¡Ni se te ocurra salir de la casa!

—¿Por qué he de hacer una cosa así?

—¡Porque te va la vida en ello!

—No digas sandeces, ¿por qué iban a querer matarme?

—¡Hazme caso, Alvise! ¡Por lo que más quieras!

—No, si no me lo explicas.

—Los mismos que han matado a papá, no vacilarán en matarte a ti.

—¿Por qué? —gritó.

—Ya te he dicho que no puedo explicártelo. Hazme caso y que la policía esté alerta. Dales algún argumento, para algo eres un renombrado picapleitos.

Preguntó a su hermano acerca de las gestiones para el entierro, pero Alvise le dijo que todo estaba pendiente del forense. Todavía no habían levantado el cadáver, estaban esperando la orden del juez. Antes de colgar, su hermano insistió una vez más en que le explicase el misterioso significado de aquella carta y las razones por las que su vida también estaba en peligro. Pero Niccola se limitó a hacerle una vaga promesa de que hablarían de ello cuando llegase a Venecia.

Rompió a llorar como no recordaba haberlo hecho desde sus años de adolescente. Gemía desconsoladamente, cuando el teléfono volvió a sonar. Antes de responder, se sonó la nariz, congestionada por el llanto.

—¿Dígame?

—Padre Storzi, le llama el padre Leiber —le comunicaron desde la centralita del colegio.

—Pásemelo.

—Un momento, le pongo.

El responsable del Círculo Octogonus se mostró cauto.

—¿Tienes noticias de tu familia?

—Mi hermano Alvise acaba de comunicarme la muerte de mi padre. No sé si sabes que lo han asesinado.

—¡Lo sé, lo sé y lo lamento mucho, Niccola, mucho! Te llamo porque acabo de escucharlo en Radio Bari. ¡No sabes cuánto lo siento!

—Muchas gracias, ¿qué ha dicho la radio?

—Poca cosa. Han dado un breve donde señalan que, en Venecia, unos ladrones se han apoderado de un valioso cuadro de Tiziano y han acabado con la vida del juez Storzi, cuando leía apaciblemente en su biblioteca.

—Así es, todo apunta a que ésa ha sido la causa de su muerte —mintió sin sentir escrúpulos.

—¿Qué piensas hacer?

—Prepararme para viajar a Venecia, quiero salir lo antes posible.

Leiber se planteó que era posible que quienes lo buscaban también tuviesen noticia de la muerte de su padre. Asistir al funeral significaba correr un grave riesgo porque los nazis no iban a cejar tan fácilmente en su empeño. Pero no quiso decirle por teléfono que acudir al entierro no era lo más recomendable. Tendría que hacerlo cara a cara.

—¿Te molestaría una visita en este momento? Me gustaría estar contigo y poder abrazarte.

—En absoluto, será reconfortante.

Veinte minutos después sonaron unos golpecitos en la puerta de su habitación, Niccola estaba terminando de hacer su maleta para tomar el rápido de Venecia que salía aquella noche a las doce. El tren llegaba a la capital del Véneto a las ocho de la mañana.

—¡Adelante!

Al ver el equipaje, Robert Leiber frunció el ceño. Se acercó hasta Niccola, lo abrazó y le susurró palabras de aliento al oído, mientras pensaba la forma de decirle que, por muy doloroso que le resultase, no debía abandonar la protección que le ofrecían los límites del Vaticano.

—Veo que tienes mucha prisa.

—Si me entretengo, perdería el tren.

—Siéntate un momento y explícame todo lo que sabes acerca de la muerte de tu padre.

Niccola, que había vuelto a la tarea de hacer la maleta, se puso alerta. ¿Qué significaba una pregunta como aquélla? Dejó escapar un suspiro.

—Si me demoro, no estaré mañana en el funeral de mi padre. El rápido de Venecia sale a las doce.

—Puedes hacer el viaje en automóvil. Es más cómodo y tardarás menos. Ahora, por favor, aunque te resulte doloroso, cuéntame todo lo que sabes. Es posible que hablar de ello te haga más bien del que piensas. No hay mejor terapia que descargar nuestras penas.

Niccola se sentó en el borde de la cama y dejó el sillón del escritorio para Leiber. De forma resumida le explicó la conversación mantenida con su hermano, sin mencionar para nada el *rapporto rosso* que había aparecido en las manos de su padre y recalcó el valor del cuadro robado como motivo del crimen. No quería que Octogonus fisgonease en el asesinato, al menos no lo deseaba hasta que supiese con detalle todo lo que había ocurrido.

—Supongo que eres consciente de que corres un riesgo de muerte acudiendo a Venecia.

—¿Por qué lo dices?

—Ya han intentado matarte en Roma, te atrajeron a la piazza de Pasquino porque no se atreven a franquear los límites del Estado vaticano; si lo hiciesen y fueran descubiertos, el escándalo sería monumental. Pero en Venecia pueden

intentarlo de nuevo.

—Por nada del mundo dejaría de asistir al entierro de mi padre. —Niccola se puso de pie y continuó con los preparativos de su equipaje.

—Tal vez hayan asesinado a tu padre para hacerte salir de aquí.

Niccola, que estaba de espaldas a Leiber, se detuvo, como si lo hubiese alcanzado una flecha. Se volvió y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que no podemos descartar que los nazis estén detrás del asesinato de tu padre.

—¿Sabes algo que me estés ocultando? —preguntó Niccola.

—No. Sencillamente, estoy barajando una posibilidad.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó tratando de aparentar ingenuidad.

Leiber lo miró y esbozó una leve sonrisa.

—¿No serás tan incauto como para pensar que los nazis han dado por concluidos sus planes para apoderarse del individuo que les ha destrozado la operación para conseguir un papa a su medida?

Niccola hizo un gesto de resignación.

—¿No pretenderás que permanezca el resto de mi vida, como Pío Nono, encerrado aquí?

—No exactamente. —Leiber también se levantó—. El peligro que se cierne sobre tu persona, porque saben quién eres, irá disminuyendo conforme pase el tiempo. A veces, incluso, los enemigos de hoy son los aliados de mañana. La vida da muchas vueltas y algunas son de campana. Pero en este momento el peligro es muy grande.

Niccola fue hasta el armario, cogió unas camisas y las colocó cuidadosamente en la maleta.

—Ya te lo he dicho, nadie impedirá que esté junto al cadáver de mi padre. Es una deuda que si no pago ahora jamás tendré ocasión de hacerlo.

Lo dijo con tal convicción que Robert Leiber supo que solamente utilizando la fuerza física podría impedir que se marchase. Su espíritu práctico lo llevó a tomar la única decisión no violenta que tenía a su alcance. El Círculo Octogonos daría una protección adecuada al Mensajero.

Los torsos desnudos de los Vivarini eran el fiel reflejo del esfuerzo que estaban realizando. Jamás habían trabajado de aquella forma, sin darse el más mínimo descanso, sin concederse un respiro. La noche, como consecuencia del ritmo impuesto y del agobio que suponía la cadena de trabajo que habían establecido, transcurrió deprisa.

Tras la sorpresa inicial de Vivarini, al abrir la primera de las cajas y encontrarse con unos lingotes donde relucía la esvástica, que simbolizaba al Reich alemán, la rutina había llegado a imponerse: abrir las cajas, colocar los lingotes en el crisol, aguardar a que se fundiese, sacarlo, verterlo en los moldes, estampillarlos con las armas del Estado vaticano y dejarlos enfriar.

El calor de los hornos, continuamente alimentados y funcionando a toda potencia, hizo que en el interior de la nave se crease una atmósfera cálida, acogedora, incluso agradable. A ello colaboró de manera importante el que *mamma* Vivarini se portase de forma generosa, como una verdadera matrona. Los obsequió con una improvisada cena, a base de pasta, embutidos y fruta que hizo desaparecer el hambre acumulada por los hombres de Géminis tras un prolongado ayuno. Luego establecieron turnos para ayudar a los vidrieros, aunque no era mucho lo que podían hacer.

Poco después de la medianoche Géminis tuvo en sus manos los primeros lingotes de nuevo cuño. Su tamaño era justo la mitad de los que habían fundido y ahora tenían el reluciente emblema que acreditaba a su nuevo propietario. Parco en palabras, no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—El resultado es magnífico —comentó palmeando la espalda de un sudoroso Vivarini.

El maestro vidriero tomó otro de los lingotes, lo examinó detenidamente con aire de experto y lo sopesó.

—Yo diría que perfecto. No se aprecia ni una mácula.

El agente de Octogonus miró el reloj.

—El único problema es el tiempo, ya es pasada la medianoche y...

—Ahora todo irá mucho más deprisa. Con los hornos a pleno rendimiento, si no surgen problemas, cada colada nos llevará unos veinte minutos. —Hizo cálculos y sentenció—: Trabajaremos a un ritmo de sesenta kilos por hora. Unas

dieciséis o diecisiete horas. Habremos concluido entre las cuatro y las cinco de la tarde.

—Mejor a las cuatro que a las cinco.

Vivarini se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—En todo caso, dentro del plazo fijado.

A las nueve de la mañana *mamma* Vivarini los obsequió otra vez, ahora con un suculento desayuno. Hogazas de pan crujiente, recién horneado, cortado en generosas rebanadas, cuencos con mantequilla, botes de mermelada, grandes lonchas de jamón, gruesos dados de queso padano, colocados en su propia corteza limpiamente horadada, dos jarras de leche y otra más de humeante café. ¡Todo un festín!

El proceso no se interrumpió. Vivarini, que rebosaba más satisfacción que sudor por los poros de su cuerpo, porque habían logrado ganar una hora larga al tiempo calculado, estableció los turnos para comer. Géminis le pidió permiso para usar el teléfono de su oficina, una especie de cuchitril, aislado de la nave por unas mamparas de cristal, sostenidas por listones de madera que iban del suelo al techo. El grosor de los cristales garantizaba un cierto grado de confidencialidad.

—Mi despacho es todo suyo.

El agente de Octogonus hizo dos llamadas, muy breves. Informó, según el plan previsto, de la marcha de la operación y pidió al administrador de la diócesis de Venecia que los lanchones estuviesen en el mismo lugar donde habían desembarcado la víspera, a partir de las tres de la tarde.

Luca Brosetta no había cesado en sus pesquisas y, con muchas dificultades, trataba de cerrar un complicado rompecabezas cuyo resultado empezaba a vislumbrar, lleno de preocupación. Lo que había descubierto hasta aquel momento apuntaba en dos direcciones y ninguna de ellas conducía a un lugar apacible. Como buen sabueso olfateaba el peligro desde la lejanía.

Después de que identificase el cadáver de Borodajkewycz, acudió de nuevo al *vecchio dottore*, quien se había mostrado, aparte de vivamente interesado, muy preocupado por la aparición de un segundo cadáver y que también en este caso fuese alemán. El historiador, que ya le había advertido del peligro que significaba husmear, no ya en las entrañas del Círculo Octogonus, donde nadie había logrado entrar, sino en sus aledaños, le insistió en que tuviese mucho cuidado si no deseaba aparecer una mañana colgado por el cuello en algún punto de Roma, adornado con un trozo de tela negra con un aspa roja.

—El hecho de que sea sacerdote añade un punto más de morbo a lo que sin duda es una auténtica guerra. Ya le dije que debe de tratarse de un asunto muy grave. Estoy convencido de que es algo terrible lo que se oculta detrás de estas muertes.

—¿Apostaría ya por el Círculo Octogonus? —preguntó el policía.

Grazioli hizo un gesto de duda.

—Yo me atrevería a decir que sí.

—¿Cuál cree usted que puede ser la causa de estas muertes?

—Si realmente son los *miles Christi*, no le quepa duda alguna de que desde las cloacas del Vaticano están respondiendo a algún ataque o a alguna amenaza. ¡Vaya usted a saber por dónde van los tiros, con lo complicado que es ese mundo!

—El hecho de que los dos muertos sean alemanes ¿podría significar algo?

—Es posible que sea algo casual, pero la vida me ha enseñado que hay pocas casualidades. Corren rumores de que a Pío XI le queda poco tiempo de vida. Supongo que son muchos los que afilan sus garras para la lucha que se avecina. La elección de un papa, sin que yo pretenda ofender al Espíritu Santo —compuso una falsa expresión de devoción en su rostro—, ha sido por lo general una dura batalla, en muchos casos extraordinariamente cruenta.

—Herbert Keller recibió, la víspera de su muerte, dos llamadas en su habitación del hotel Eden, una desde Berlín, aunque no hemos logrado identificarla porque la Compañía Alemana de Teléfonos se ha negado a facilitarlo, y otra desde aquí, desde Roma, un apartamento de la vía Farini.

—Eso entra dentro de lo normal.

—No, si el inquilino de ese apartamento alquilado se llamaba Taras Borodajkewycz.

Grazioli apretó los labios y dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—Ya se lo he dicho antes, en la vida hay pocas casualidades. —Hizo un breve inciso y sentenció—: Se está librando una guerra y es más que probable que los alemanes tengan que ver algo en ello.

—¿Por qué lo dice?

—Por una razón elemental, joven. ¿Cuál es la causa por la que no les facilitan el abonado de Berlín, desde donde se hizo una de las llamadas al hotel Eden? Usted está investigando el asesinato de un ciudadano alemán, ¿qué tienen que ocultar para no colaborar en su esclarecimiento?

Brosetta resopló.

—Efectivamente, la policía alemana se ha mostrado poco propicia a la cooperación, lo mismo que en el Vaticano, pese a que uno de los fiambres era sacerdote. ¿Sabe qué me han dicho los curas?

El anciano lo interrogó con la mirada.

—Que el asesinato no se ha producido en el Estado vaticano y, en consecuencia, ése es un asunto de la policía italiana.

—¡Eso es todavía más grave que lo de la compañía de teléfonos de Alemania!

—Ni siquiera han mencionado su muerte en *L'Osservatore Romano*.

—¡Los famosos silencios de *L'Osservatore* que dicen mucho más que una crónica a cuatro columnas! —exclamó Grazioli—. En esas muertes hay encerrado bastante más de lo que ya de por sí revelan. Fíjese, Brosetta —el *vecchio dottore* fue señalando con los dedos cada una de sus afirmaciones—. Cadáveres con signos de tortura, expuestos a la luz pública, como se hacía antiguamente después de las ejecuciones; pistas para los iniciados sobre la autoría de las muertes; dos en veinticuatro horas; los dos ciudadanos del Reich; uno de ellos sacerdote; ni en Alemania ni en el Vaticano quieren saber nada de esos asesinatos. ¿Puede pedirse más?

—La prensa, además, está echando leña al fuego. ¿Ha leído los titulares de *Il Popolo*?

Grazioli movió una mano, como si espantase una mosca inexistente.

—¡Bah! Andan despistados.

—Pero no paran de presionar —protestó el policía—. ¡Son como moscas cojoneras!

—Sopórtelos lo mejor que pueda y busque en las cloacas del Vaticano o... en Berlín. Aunque si yo fuera usted...

—¿Sí?

—Dejaría correr el agua bajo los puentes.

—No comprendo...

—Si los alemanes no tienen interés y los muertos son ciudadanos de ese país... Si en el Vaticano lo despiden con cajas destempladas, siendo uno de ellos sacerdote... Si de por medio anda el Círculo Octogonus que ha dejado patente su autoría para quien quiera verlo... Si las relaciones entre Berlín y el Vaticano están revueltas... Si estamos a las puertas de un cónclave que se presenta particularmente complicado... ¿A quién le importan dos cadáveres, aunque hayan sido exhibidos en público?

Luca Brosetta se quedó mirando a Grazioli.

—A mí.

—¡Mi querido amigo! ¡Me ha dado la alegría de la jornada! Puedo afirmar que en Roma queda todavía un hombre íntegro, aunque bastante estúpido. —El *vecchio dottore* dijo aquello con absoluta sinceridad.

Ambos estaban ajenos a que en la comisaría del Aventino, a la que estaba adscrito el comisario Brosetta, acababa de llegar una orden verbal del Ministerio del Interior, dada por Guido Bussarini, máximo responsable del orden público. Había sido contundente y expresivo: el caso pasaba a los *questorinos*, la policía de seguridad.

Esa decisión significaba que la investigación de los asesinatos de Keller y Borodajkewycz pasaba a mejor vida. Era una forma de dar carpetazo a un caso que apenas si estaba abierto. Cuando Brosetta tuvo conocimiento de ello, supo que su intuición no le había engañado, las barreras con que chocaba eran

infranqueables.

Llamó a Grazioli por teléfono y le comunicó lo sucedido. Lo habían asignado a la lucha contra la prostitución callejera. El Duce había entablado su particular cruzada para limpiar Roma de una imagen que desdecía de las grandezas que propalaba a los cuatro vientos la verborrea fascista.

—En una de nuestras conversaciones me dijo que tenía usted esposa y seis hijos —comentó el historiador.

—Así es; Aldo, el mayor, tiene dieciséis años.

—Pues qué quiere que le diga, que me alegro mucho de que lo hayan apartado del caso. Usted es un buen hombre.

No cabía ni un alfiler en Santa Maria Gloriosa dei Frari, la más gótica de las iglesias venecianas. Bajo sus altas y severas bóvedas ojivales se apiñaba una muchedumbre. El llamado «Coro de los Frailes», un recinto marmóreo, incrustado en la nave central, impedía ver en toda su extensión el mar de cabezas que abarrotaba el templo. Allí se había dado cita el mundo judicial veneciano: magistrados, jueces, fiscales, abogados, procuradores y una masa de gente, formada por amigos, conocidos y deudos de los Storzi. La noticia de la violenta muerte del juez y del robo del cuadro había conmocionado a la ciudad.

El ataúd con su cadáver, sepultado en flores, reposaba delante del presbiterio donde su hijo, auxiliado por media docena de sacerdotes, concelebraban la misa de *corpore in sepulto*. La imagen de Niccola resaltaba sobre el impresionante fondo del retablo de la Asunción, que Tiziano pintó para los franciscanos en 1518. También eran escandalosamente visibles varios individuos, todos enlutados que, ajenos a la celebración, permanecían atentos a cualquier circunstancia. Nadie los conocía. Era la protección que el Círculo Octogonus había establecido sobre el Mensajero.

Los integrantes del comando del Sicherheitsdienst comprendieron que con aquel alarde de protección y con la multitud allí congregada era un suicidio intervenir. Apenas había espacio para desenfundar las armas y mucho menos para apuntar a su objetivo. Con mucha dificultad abandonaron el templo, fastidiando a los asistentes y pidiendo continuas excusas por las molestias.

Una vez fuera, donde el concurso de gente era también muy numeroso, pues eran muchos los que no habían podido acceder al templo, decidieron que quizá allí tendrían una oportunidad.

No la tuvieron porque la masa humana que salió de la iglesia de los franciscanos a la conclusión del funeral, impedía cualquier acción y los guardaespaldas formaban una barrera infranqueable en torno al jesuita. En medio de continuas manifestaciones de duelo, muchas lágrimas y alguna llantina, Niccola llegó hasta el cementerio, adonde lo acompañaron dos centenares de

personas. Tampoco allí los alemanes encontraron la ocasión propicia para intervenir con un mínimo de posibilidades y lo que era más grave, habían levantado las sospechas de los guardaespaldas, que empezaban a indagar quiénes eran aquellos individuos a quienes nadie parecía conocer.

Los nazis supieron que, como en Berlín, Niccola Storzi se les había escurrido de entre las manos, aunque todavía les quedaba una carta que estaban dispuestos a jugar.

Una vez en el palazzo familiar, después de despedir al gentío que los había acompañado en su regreso del cementerio y de compartir con ellos un pequeño refrigerio con que les obsequiaron, los dos hermanos se encerraron en la biblioteca donde su padre vivió tantas horas placenteras y donde había encontrado la muerte. El marco del cuadro que permanecía sobre una mesa y el hueco en la pared eran mudos testigos de la tragedia ocurrida.

Hasta aquel momento los dos hermanos no habían dispuesto de unos minutos de intimidad y era mucho lo que tenían que hablar.

El menor de los Storzi sacó de su billetera, donde lo guardaba cuidadosamente doblado, el *rapporto rosso*. Niccola trató de cogerlo, pero Alvise retiró la mano.

—Primero tendrás que explicarme qué significa esto. ¿Quién es Rolando Brancusso? ¿Qué es el Círculo Octogonus? ¿Quiénes son esos individuos, vestidos de negro, que no te han quitado ojo de encima desde que llegaste a Venecia y por qué ahora vigilan esta casa?

—Creo que lo mejor será que me entregues esa carta y te olvides del asunto.

Alvise negó con enérgicos movimientos de cabeza.

—¿Que me olvide de conocer la causa por la que nuestro padre está muerto? Ni lo sueñes, Niccola. He accedido a ocultar pruebas a la policía, consciente de que cometía un delito, porque pensé que esta extraña carta podía manchar el buen nombre de mi padre. Pero no estoy dispuesto a ignorar el motivo de su muerte. A lo largo de estas horas no he dejado de pensar en qué se esconde detrás de todo esto. Así que empieza a hablar.

Se sentó en uno de los sillones que había delante de la chimenea —que chisporroteaba alegremente y caldeaba la estancia—, el mismo donde su padre había sido asesinado, e invitó a su hermano a hacer lo mismo, dándole a entender que disponía de todo el tiempo que fuese necesario.

Niccola permaneció de pie.

—Si te he dicho que te olvides de este asunto es por tu bien, pero si te empeñas en saber...

—Sí, me empeño.

—Está bien, es posible que algún día te arrepientas de conocer lo que voy a revelarte.

El sacerdote se dirigió a una de las estanterías para buscar un libro, sabía dónde tenía que hacerlo y lo encontró rápidamente. Luego, se cercioró de que la

puerta estaba cerrada para asegurarse de que nadie más escucharía sus palabras y, finalmente, sosteniendo la Biblia entre sus manos, exigió a su hermano que jurase sobre ella guardar silencio de por vida acerca de lo que iba a conocer.

Tocó con la punta de los dedos la negra piel de la cubierta del libro sagrado y puso a Dios por testigo de su silencio. Después Niccola se sentó y comenzó a hablar:

—La clave de la muerte de papá se encuentra, efectivamente, en esa carta. Quien la colocó en sus manos estaba dejándome un mensaje: hemos asesinado a tu padre porque, todavía, no hemos logrado matarte a ti.

Alvise se estremeció.

—¿Por qué han hecho eso?

—Porque ésa es una actuación muy germánica.

—No te entiendo.

—Los nazis quieren matarme, y a lo han intentado, pero no han podido hasta el momento y ya sabes... los germanos se guiaron siempre por el derecho de sangre. La familia responde por cualquiera de sus miembros, es el *jus sanguinis*.

Alvise Storzi estaba desconcertado.

—¿Por qué quieren matarte? Ya sé que los has denunciado reiteradamente, que los has acusado públicamente de actuar contra los derechos más elementales de las personas. ¡Por eso te sacaron de Alemania y te trasladaron a Roma!

—Hay algo más, Alvise. Recientemente he viajado a Berlín, con una misión muy concreta. Eso los ha enfurecido porque he echado por alto sus planes.

—¿Qué planes?

—Han intentado comprar la voluntad de un grupo de cardenales con el objetivo de conseguir en el próximo cónclave un papa que comulgase con sus ideas. Con ese objetivo su servicio secreto, el Sicherheitsdienst, había diseñado una operación en la que habían invertido tres millones de marcos en oro.

—¿Tres millones de marcos? ¡Eso es una fortuna!

—Viajé a Berlín con pasaporte falso, a nombre de Rolando Brancusso, de profesión representante de tejidos, para hacerme con las claves de la operación.

—¿Por qué tú?

—Eso no tiene importancia.

—¿Las conseguiste?

—Sí, pero los nazis descubrieron mi presencia y lo que era mucho más grave, el motivo de ella. En un primer momento, trataron de eliminarme, pero ya ves que no lo consiguieron y entonces han buscado la venganza. Ésa es la causa por la que han matado a papá y me temo que no paren ahí. Ten mucho cuidado, tú también eres mi familia.

La advertencia hizo estremecerse a Alvise, que miró hacia el hueco donde había estado la *Danae recibiendo la lluvia de oro*.

—¿Y el robo del Tiziano?

Niccola compuso en su cara una expresión de duda.

—No tengo una explicación concreta para eso. Lo más probable es que los asesinos aprovecharan la ocasión para llevarse algo valioso, que a la vez diese a la policía una pista para investigar por un camino equivocado. Supongo que no les interesa que salgan a la luz los verdaderos motivos del crimen. Esto no es otra cosa que un ajuste de cuentas.

Alvise desdobló el *rapporto rosso* y preguntó:

—¿Qué es el Círculo Octogonus? Suena a secta secreta.

Ésa era la pregunta que Niccola había estado esperando y temiendo desde que se habían encerrado en la biblioteca. Cogió la Biblia, se puso de pie y la colocó en su sitio. La atmósfera se había cargado de tensión.

—Corren muchos rumores acerca de Octogonus, rumores sobre si verdaderamente existe o simplemente se trata de una fábula que ha sido alimentada a lo largo de los siglos.

—Pero aquí está la prueba evidente de su existencia.

—Alvise golpeó con su índice el *rapporto rosso*.

—¿Qué prueba? ¿Un papel donde alguien ha escrito el nombre del Círculo Octogonus? Eso es algo que podría hacer cualquiera y utilizar un pergamino para darle... darle una cierta pátina, destinada a proporcionar soporte a los incautos que creen ver realidades donde solo hay falsedades.

Alvise se puso de pie y se enfrentó a su hermano.

—Me has dicho que Rolando Brancusso es un nombre falso que utilizaste para ir a Berlín. Este sobre está dirigido a él. Cuando te he preguntado acerca de quién se oculta detrás del Círculo Octogonus, que es quien firma este mensaje —lo agitó delante del rostro de su hermano—, has eludido la respuesta. Creo que me merezco una explicación después de que le haya costado la vida a nuestro padre.

—Lo siento, no puedo decírtelo, me obliga un juramento.

—¡También yo estoy bajo juramento!

—Por eso no podrás revelar nada de lo que te he contado sin poner en peligro tu alma.

—Ésa es tu garantía para decirme sin miedos qué es lo que se oculta tras ese nombre.

—Lo siento, Alvise, no puedo decirte nada más. Ya te he contado demasiado, mi silencio está ligado a un juramento.

—¡Por teléfono me prometiste que hablaríamos!

—¿Acaso no lo estamos haciendo?

—Pero estás ocultándome algo que creo tener derecho a saber.

Niccola se acercó a la chimenea, extendió las palmas de sus manos para calentárselas en el fuego, dando la espalda a su hermano. Lo atormentaba encontrarse entre el juramento que hizo al ingresar en el Círculo Octogonus y el legítimo derecho, que esgrimía su hermano de conocer con detalle las razones

por las que su padre había sido asesinado. Miraba el crepitar de las llamas. A su mente vino la imagen de Magdalena Wissemann, nada habría ocurrido de no haber acudido a su casa.

En aquel momento unos suaves golpes sonaron en la puerta.

—¿Quién es? —La voz de Alvise sonó desabrida.

La puerta de la biblioteca se entreabrió y apareció una de las doncellas.

—Perdone, señor, han traído unos paquetes, el mensajero dice que son urgentes.

—¿Unos paquetes? ¿Quién los ha traído?

—Un joven, señor. Ha dicho que uno es para usted y otro para el padre, después se ha marchado rápidamente. ¿Qué hago con ellos?

—Déjalos ahí. —Alvise señaló la mesa que había entre los sillones.

Estaban envueltos en un papel negro acharolado y nada los distinguía.

—¿El señor desea alguna cosa? —preguntó la criada antes de retirarse.

—Nada, muchas gracias, cierra la puerta, por favor.

Niccola estaba tan absorto en sus pensamientos, que daba la sensación de no haberse percatado de la presencia de la doncella.

—Toma, uno es para ti.

Niccola alargó la mano como un autómatas, sin apartar la vista del fuego, mientras que Alvise rasgaba el papel y abría el suyo.

Sucedio en cuestión de segundos. Sonó un silbido penetrante y se escuchó un grito de dolor. Cuando Niccola se volvió, con el paquete en las manos, pudo ver cómo su hermano, con la pechera ensangrentada, se desplomaba sobre la alfombra.

Un pequeño virote le había atravesado la garganta.

La herida era mortal y apenas pudo recoger el angustioso gorjeo que emitía, sin poder articular palabra. Con los ojos desencajados, trataba de pedir a su hermano un auxilio que éste no le podía prestar. En sus brazos y en el mismo lugar donde su padre había muerto, Alvise agotó de forma dolorosa los últimos instantes de su vida.

Niccola dejó que la cabeza de su hermano reposase suavemente en el suelo, le cerró los ojos, hizo la señal de la cruz en su frente y se santiguó, mientras murmuraba una oración para que sus pecados le fuesen perdonados.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

Comprobó el interior de aquella caja de madera y vio que tenía instalado un mecanismo muy simple: al abrirla accionaba un disparador que lanzaba hacia arriba un virote de ballesta. A una distancia de cincuenta o sesenta centímetros era letal y su disparo la convertía en un arma mortífera.

Vio el otro paquete en el suelo, lo abrió cuidadosamente y con los brazos extendidos. Al retirar la tapa, escuchó el mismo silbido que había llegado hasta

sus oídos hacía unos instantes, solo que ahora el virote acabó clavado en la madera del labrado artesonado que decoraba el techo de la biblioteca.

Sobre el cadáver se juró a sí mismo que las muertes de su padre y su hermano serían vengadas. No era una actitud cristiana, pero aquel compromiso le salió del alma.

Antes de salir de la biblioteca, arrojó al fuego el *rapporto rosso* que el Círculo Octogonus había enviado a Rolando Brancusso.

El *vecchio dottore* no creía en las casualidades, pero a veces éstas se producían. Ocurrió una fría mañana de febrero en la ciudad suiza de Ginebra.

Poco después de las diez un cliente, vestido con un traje de *tweed*, de excelente corte, que le daba un aire de *gentleman* inglés, arropado con abrigo azul marino, bufanda y sombrero subía los suaves peldaños de la oficina del Credit Suisse. Llevaba un maletín de cuero negro y un largo portarrollos, cuando el portero, impecablemente vestido con su uniforme gris, lo vio a través de los immaculados cristales de la puerta, le franqueó la entrada y lo saludó con un sonriente:

—Buenos días, señor —a la vez que se llevaba la mano libre al ala de su sombrero de copa.

Al cliente le satisfizo que lo recibiesen de aquel modo.

Aunque era poco probable que el portero lo recordase, no era la primera vez que entraba en aquel santuario del dinero. Tenía abierta una cuenta numerada en clave y contratado el alquiler de una caja fuerte.

Cruzó el vestíbulo respirando la atmósfera de sosiego y tranquilidad imperante que, sin duda, era parte muy importante de la imagen de confianza y seguridad que los bancos suizos ofrecían a una clientela preocupada por la inestabilidad de un mundo en efervescencia. Todavía no se habían superado las consecuencias del terrible *crack* de la bolsa neoyorquina de 1929, que habían golpeado de forma muy grave la economía mundial.

Con el paso firme de quien ya ha recorrido el camino, se acercó hasta una mesa apartada. Mostró su pasaporte y deletreó una clave numérica y silábica a un servicial y orondo empleado de gruesas lentes y brillante cabeza en la que no había un solo pelo. El hombre sacó de uno de los cajones de su mesa un libro mayor, encuadernado en tela, y con sus regordetas manos pasó varias hojas de un papel holandés de excelente calidad, hasta encontrar lo que buscaba. Comprobó los datos del pasaporte y miró a Jacob Schramm a la cara.

—Todo en regla, ¿exactamente qué desea?

—Acceder a la caja y efectuar un ingreso en libras esterlinas.

—Perfectamente, ¿tiene usted la bondad de acompañarme?

El cliente hizo un leve movimiento de cabeza y siguió al empleado hasta un

despacho al final de una amplia galería, sobriamente amueblada. En la puerta podía leerse en brillantes letras de bronce «Cuentas numeradas». El empleado golpeó suavemente en ella.

—¡Adelante!

Abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Por favor, usted primero.

Se acercaron hasta la mesa que ocupaba el jefe de la sección de Cuentas numeradas.

—Buenos días —saludó el empleado—, el señor desea hacer un ingreso en libras esterlinas y también acceder a su caja fuerte.

—Excelente —el individuo se levantó y le extendió la mano, que el cliente estrechó cordialmente—, tenga la bondad de tomar asiento, por favor.

El empleado se retiró discretamente, cerrando la puerta tras él.

—Considérese en su casa, ¿en qué podemos servirle?

—Desearía acceder a mi caja fuerte y efectuar un ingreso en la cuenta.

—¿De qué suma estamos hablando?

—Veinte mil libras esterlinas.

—Muy bien.

El director cogió un impreso, rellenó los datos, anotando la cantidad indicada; antes de presentárselo a la firma le preguntó:

—¿Es en efectivo?

Por toda respuesta sacó de la cartera dos fajos de billetes.

—Ahí las tiene. ¡Cuéntelas!

Con agilidad de banquero, el director contó los billetes y fue anotando en un papel las cantidades parciales. La suma resultó correcta.

—Firme aquí, por favor.

Pulsó un timbre y, mientras le entregaba un resguardo, apareció un empleado que se hizo cargo del dinero.

—Necesito una copia del recibo de ingreso.

—Sin ningún problema, se la extenderé inmediatamente.

El director hizo un segundo recibo, que selló con un tampón negro con la palabra «duplicado».

—Si le parece bien, yo mismo lo acompañaré hasta el despacho del responsable de la cámara de las cajas.

Después de superar las barreras que suponían los estrictos controles de seguridad y bajar dos plantas, Jacob Schramm se encontró a solas en una cámara blindada, diseñada para que los clientes disfrutasen de absoluta confidencialidad. Con cuidado depositó en su interior el portarrollos donde había una verdadera joya. Llegado el caso, su valor en el mercado negro podría reportarle una fortuna. No resistió la tentación de abrir el cofre donde guardaba una notable colección de diamantes.

Concluida la operación, el director del departamento le entregó un sobre para guardar las llaves. Después de cerrarlo, la firma del cliente y un sello de la entidad garantizaban la seguridad hasta la próxima vez que necesitase acceder a ella.

Su regreso al vestíbulo coincidió con un momento de numerosos movimientos y un pequeño revuelo, apenas perceptible, pero que no escapó a su ojo policíaco. Se había roto una parte de la tranquilizadora armonía que se respiraba a su llegada y de la que hacían gala los establecimientos bancarios de la Confederación Helvética.

El jefe de la sección de Cuentas numeradas lo acompañó hasta la salida, donde el portero le abrió la puerta de forma tan obsequiosa como a la entrada. Schramm miró el portafolios vacío y se lo regaló para no molestarse en llevarlo. Acto seguido se despidió con un apretón de manos y un hasta pronto. Salió a la calle y recibió una gélida bofetada de aire en el rostro. A una decena de metros había dos furgonetas de la Cruz Roja con matrícula del Estado vaticano y los motores en marcha. Le llamó la atención la presencia allí de unos vehículos como aquéllos. Resultaban tan extraños como la fuerte protección de que estaban rodeados.

¿Qué demonios hacían en la puerta de un establecimiento bancario suizo dos ambulancias vaticanas?

Se demoró colocándose los guantes y el sombrero y cruzó la adoquinada e impoluta plaza hasta una pequeña cafetería que había al otro lado. Entró y se sentó en un incómodo sillón junto a una de las mesas que había pegadas a una cristalera, desde la que tenía una vista panorámica. Pidió un café y aguardó hasta que vio salir del edificio del banco a tres individuos; uno de ellos dio instrucciones a los que custodiaban las ambulancias, que se perdieron por una puerta metálica de color gris acerado que habían abierto los dos sujetos que le acompañaban.

No tenía prisa y después del primer café, pidió un segundo mientras hojeaba las páginas de un diario local. Aguardó, pacientemente, durante más de hora y media, contemplando cómo algunos de los hombres que habían vigilado las ambulancias paseaban de un lado a otro para combatir el intenso frío reinante. Además se protegían con unos tabardos grises que les daban un aire militar, a la vez que les permitían ocultar armas ligeras. Así estuvieron hasta que las puertas volvieron a abrirse y aparecieron las ambulancias.

¡Qué astutos!, pensó. ¡Con razón se han mantenido en el centro del poder dos mil años! ¡Tenían mucho que aprender de los métodos empleados por el Vaticano a lo largo de su densa y rica historia!

Bajo aquel camuflaje el Vaticano acababa de depositar o tal vez retirar una suma de dinero que había de ser ciertamente importante a tenor del dispositivo que había desplegado. Schramm lo asoció a los importantes movimientos que en aquellos momentos estarían produciéndose en la Curia, relacionados con las

expectativas que se abrían ante la muerte del sumo pontífice, algo que todos daban como inminente.

Aquel individuo jamás sabría lo cerca que había estado aquella mañana de los tres millones de marcos de oro destinados a la operación Eitles Gold y que a partir de aquel momento reposarían en la caja fuerte del Credit Suisse, bajo la forma de lingotes más pequeños que los salidos de las arcas del Reichbank y marcados con el escudo del Estado vaticano. Haberlo sabido tampoco habría significado gran cosa, pero se habría reafirmado en sus convicciones sobre el valor de la experiencia acumulada durante siglos por los mentores vaticanos.

Todas las campanas de Roma y del mundo católico doblaron en la mañana del 10 de febrero de 1939. A las cinco y media de la madrugada Pío IX acababa de fallecer.

Nella Luce, la encíclica en la que el pontífice arremetía contra los totalitarismos, alertando a los católicos de la amenaza que tales regímenes significaban, había quedado pendiente de su firma. Circulaban rumores por las estancias vaticanas de que una mano muy próxima al pontífice había ejercido su influencia para que ni la firma, ni el sello de Su Santidad —el llamado anillo del pescador— llegara a estamparse en el documento. Muchos habían pensado que el 4 de febrero pudo haber sido el día de la firma. El papa, que apuntaba desde los días anteriores una cierta mejoría, se levantó temprano para decir misa, pero una crisis cardíaca lo obligó a volver a la cama rápidamente. Ya no abandonó el lecho, la causa final de su muerte fue una insuficiencia renal.

Los rumores más insistentes apuntaban a que el médico personal de Pío XI, el doctor Petacci, padre de Clara Petacci, la amante del Duce quien, a instancias del conde Ciano, advertido por Bonifacio Pignatti de la inminencia de la publicación de la encíclica, había desautorizado que su paciente realizase ninguna clase de esfuerzos. Algunas lenguas apuntaban algo mucho más terrible, que el propio doctor Petacci había suministrado al Papa una inyección que puso fin a su vida.

Ése era el final, pero muchos sabían que el texto llevaba redactado desde varios meses atrás y que, por circunstancias ignoradas, lo habían retirado en diferentes ocasiones de la carpeta de firmas de Su Santidad, cuando la salud de Pío XI aún le permitía ejercer sus funciones con cierta normalidad.

Niccola Storzi vivió los días previos al cónclave bajo la protección que suponían los límites del Estado vaticano. Después de sacarlo de Venecia, tras el entierro de su hermano Alvisé, las órdenes de Robert Leiber habían sido muy estrictas: no saldría, bajo ningún concepto, hasta que se serenasen los ánimos, cosa que, en su opinión, no ocurriría antes de que se celebrase la elección del nuevo pontífice.

Leiber temía un nuevo ataque de los nazis.

Por su parte la policía de Venecia estaba desconcertada porque la hipótesis

con la que habían trabajado para encontrar a los asesinos del juez Storzi, establecida sobre la base del robo del famoso cuadro atribuido a Tiziano, se vio gravemente afectada con el envío de aquellos mortíferos paquetes, que habían costado la vida a uno de los hijos del juez asesinado. Después de aquello, el móvil del robo ya no estaba tan claro para explicar el origen de unos crímenes cuya relación era evidente. Hubo quienes tuvieron la sensación de que alguien deseaba acabar con la familia. Con el paso del tiempo el caso perdió fuerza y quedó sin resolver, sepultado en el olvido.

Las jornadas que precedieron al momento en que los sesenta y dos miembros que integraban el colegio cardenalicio eligieron al nuevo papa en febrero de 1939, se vivieron con intensa agitación, atizada desde la prensa. La elección se convirtió en una de las más politizadas de la historia.

En todas las cancillerías se hacían apuestas sobre el nombre del nuevo pontífice, y en los alrededores de la piazza de San Pedro se mantenía una lucha sin cuartel porque, mientras que las potencias democráticas pugnaban porque del cónclave surgiese un papa que se enfrentase a la amenaza de los totalitarismos, alemanes e italianos deseaban uno que sepultase la *Nella Luce* en las profundidades de los archivos vaticanos.

En la esfera diplomática corrían rumores de que los alemanes habían realizado importantes movimientos para conseguir un papa adicto a sus principios. Aunque nada había trascendido acerca de la existencia de una operación denominada Eitle Gold fuera de círculos muy reducidos, se apuntaba a que los cadáveres del Foro Boario estaban relacionados con los movimientos previos al cónclave.

El embajador francés ante la Santa Sede, Charles-Roux, a instancias de su ministro, Georges Bonnet, había vuelto a reunirse con los cardenales franceses y les propuso que votasen en bloque por el secretario de Estado, cardenal Pacelli. Todos mostraron su acuerdo con la única excepción del cardenal Tisserant, que se inclinaba por otro candidato, precisamente porque en sus declaraciones públicas se había manifestado más contrario a los nazis que Pacelli. No olvidaba que el secretario de Estado había cerrado un acuerdo con los nazis, plasmado en el concordato de 1933.

Tras la reunión, donde los prelados franceses, una vez más, aseguraron al embajador que a la postre no habría problemas con el voto de Tisserant, Charles-Roux se dirigió al café Venchi, en el corazón de la vía Veneto, para reunirse en uno de sus reservados con su colega D'Arcy Osborne. Preferían un lugar improvisado, antes que sus propias embajadas, porque con la tensión del momento las legaciones diplomáticas estaban sometidas a vigilancia permanente, por espías de países antagonistas. Nunca se había vivido una situación parecida. Miembros de las respectivas embajadas se encargaban de mantener una discreta vigilancia en el lugar.

Después de que el diplomático galo informase al británico de los excelentes resultados de la reunión que acababa de mantener D'Arcy comentó, atusándose una de las guías de su pelirrojo mostacho:

—Veo, mi querido François, que los planteamientos de *sir* Eric Phipps comienzan a tomar forma.

El francés puso cara de extrañeza.

—No comprendo a su excelencia.

—Quiero decir que empiezan a dar sus frutos las sugerencias que nuestro embajador en París hizo a *monsieur* Bonnet.

Charles-Roux frunció el ceño. Como siempre, el representante de Su Graciosa Majestad trataba de apuntarse un tanto, cuando el trabajo lo había realizado él. No soportaba a aquel presumido con más apariencia que fundamentos.

—¿Cuántos votos ofrece su excelencia al proyecto? —preguntó sin disimular su malhumor.

El inglés carraspeó ligeramente y comentó, con cierto aire de desprecio:

—Como su excelencia sabe, la Gran Bretaña no es un país católico.

—En ese caso, y tratándose de la elección de la cabeza visible de la Iglesia católica, ¿no le parecería a su excelencia más adecuado mantener una actitud menos arrogante?

—La elección del papa, por la influencia que ejerce en el mundo, es algo que nos concierne a todos.

—Ésa es una cuestión en la que su excelencia y yo estamos de acuerdo, pero su excelencia no debe olvidar que el papa sale elegido con votos en el cónclave. No bastan las buenas intenciones, como muy bien sabe su excelencia el infierno está lleno de ellas.

Charles-Roux era consciente de que la única opción que tenía para conseguir sus propósitos era cerrar filas con los británicos, pero no estaba dispuesto a que D'Arcy Osborne apareciese como el factótum de la operación que estaban tejiendo, cuando en realidad los ingleses allí aportaban muy poco, dado que aquél era un asunto de «papistas». Lo más que podían hacer era ejercer su influencia sobre el gobierno estadounidense, dada la importancia de los católicos en Norteamérica.

En aquellos momentos, muy cerca del Venchi, en otro café de la via Veneto, el Rossatti —las clientelas de uno y otro se mostraban irreconciliables y jamás un asiduo de uno entraba en el otro— se reunían Diego von Bergen y Bonifacio Pignatti para tratar del mismo asunto.

—Las preferencias de nuestro Führer están centradas en el arzobispo de Milán.

Pignatti meditó un momento.

—El cardenal Schuster tiene posibilidades, aunque me temo que ciertos

acontecimientos le estén perjudicando.

—¿A qué se refiere su excelencia?

—A lo que parece ser el fracaso de la operación Eitles Gold.

Von Bergen, a quien se le había ensombrecido el semblante, no dejó que concluyese la frase.

—Sobre Eitles Gold he de decirle, mi querido colega, que mi gobierno no está interesado en dicha operación.

—¡Ya! —exclamó el italiano.

—Estoy convencido de que para lograr la elección de un papa con el que podamos mantener unas relaciones cordiales, contaríamos con sustanciales apoyos —insistió el alemán, que no quería hablar de un fiasco como el que habían sufrido con Eitles Gold.

—Pero esos apoyos tendrán que estar muy bien coordinados.

—¿Sugiere su excelencia algún nombre?

Pignatti simuló que repasaba mentalmente una posible lista.

—¿Por qué no Pacelli?

—¿El secretario de Estado?

—Fue nuncio en Berlín y cerró con ustedes un concordato. Las relaciones no fueron malas, teniendo en cuenta que la situación no era la más propicia.

Von Bergen tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no traslucir su alegría. Para el Führer, Eugenio Pacelli era otra de sus preferencias. Si cerraba filas con los italianos, las probabilidades eran muchas.

—Podríamos estudiar esa posibilidad —se limitó a decir.

—Una vez que el cónclave haya comenzado no encontraremos —Pignatti utilizó el plural de forma consciente— otro candidato que ofrezca mejores perspectivas, tanto por su actitud como por sus posibilidades. No olvide su excelencia que desde el lugar que ocupa se manejan los más importantes hilos de la Curia.

A las seis de la mañana del primer día de marzo, con una misa en la que se invocaba la asistencia del Espíritu Santo, los setenta y dos cardenales que integraban el colegio cardenalicio iniciaban el cónclave. Los purpurados se encerraron en la Capilla Sixtina para comenzar las sesiones que desembocarían en la elección de un nuevo pontífice. Una muchedumbre se agolpaba en la piazza de San Pedro, donde se vivía la expectación de los grandes acontecimientos. A media mañana, de la chimenea que anunciaba el resultado de las votaciones surgió un chorro de denso humo, acababa de producirse la primera votación.

Fummata nera.

Un grito de decepción se elevó en el cielo de Roma, aún no había papa.

Millones de católicos y no católicos de todo el mundo estaban pendientes de los boletines informativos de sus aparatos de radio, donde se emitían

continuamente programas relacionados con el cónclave. En todas partes se tenía conciencia de la importancia del papel que había de desempeñar el nuevo pontífice. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo en la famosa estancia decorada por algunos de los grandes artistas del renacimiento como Perugino, Botticelli o Signorelli y sobre todo por Miguel Ángel Buonarroti, y los expertos trataban de explicar el significado de una primera votación fallida. Se hacía toda clase de conjeturas y éstas se intensificaron cuando en el cielo de Roma surgió una segunda *fummata nera*.

Aunque dos votaciones sin alcanzar el *quorum* de los dos tercios, establecido en la norma canónica para que un candidato fuese elegido, eran en realidad muy pocas —hubo elecciones de pontífices que se prolongaron durante meses—, la expectación reinante, incrementada por las posibilidades informativas que ofrecía un adelanto como la radio, bastante difundido y a su uso, había generado un clima de impaciencia general.

El 2 de marzo a las cinco y veinticinco de la tarde, ante los ojos de la muchedumbre congregada en la enorme elipse flanqueada por columnas que Bernini trazara entre 1656 y 1667 a instancias de Alejandro VII, el delgado hilo de humo que surgió de la chimenea fue, poco a poco, tomando cuerpo: era blanco. Había llegado la *fummata bianca* que todos esperaban. ¡El cónclave acababa de elegir al sucesor de Pío XI!

Las especulaciones se intensificaron.

Una hora después, la voz potente del cardenal protodiácono anunció en medio de un silencio expectante:

—*Annuntio vobis gaudium magnum, habemus papam, eminentissimum ac reverendissimum dominum cardinalem Pacelli, sibi nomem imposuit Pius XII!*

Una atronadora ovación acogió la noticia, aunque la inmensa mayoría de los congregados ignoraba quién era el cardenal Pacelli. La importancia del momento radicaba en que la cátedra de San Pedro estaba ya ocupada y que el vacío se había llenado.

Curiosamente, en todas las cancillerías se vivía un dulce sabor a victoria, aunque levantaba dudas que el nuevo pontífice reinaría con el nombre de Pío XII.

En Berlín, donde Pacelli estaba bien visto, cayó como un jarro de agua fría el anuncio del nombre que había elegido como pontífice. ¿Significaba continuidad en sus planteamientos ante la situación política que se vivía? ¿Publicaría la *Nella Luce*? ¿Saldría a la luz la encíclica, temida por unos y ansiada por otros, donde se condenaba el totalitarismo de Alemania e Italia?

Muy pronto, cuatro días después de la elección de Pío XII, en Berlín respiraron tranquilos, después del estrepitoso fracaso de Eitles Gold. El nuevo pontífice no les plantearía problemas inmediatos. Su Santidad se había reunido con los cuatro cardenales alemanes: Adolf Bertram, Michael von Faulhaber,

Theodor Innitzer y Karl Josef Schulte, y les había comunicado su enorme interés por los asuntos de Alemania de los que era un profundo conocedor. La *Nella Luce* no se publicaría y enviaría una carta al Führer en la que hacía fervientes votos por la prosperidad del pueblo alemán.

Poco después, cualquier duda sobre las intenciones del romano pontífice quedaba despejada, cuando Pío XII dio instrucciones al nuncio en Berlín, el cardenal Cesare Orsenigo, para que, con motivo del cincuenta cumpleaños de Hitler, la nunciatura organizase una grandiosa recepción.

En Londres y París estaban desolados. Encontraron una explicación a la inesperada situación con que se encontraron cuando, a pesar de que los miembros del sacro colegio estaban obligados por un voto de silencio acerca de lo ocurrido en el cónclave, supieron que el primero de los rivales que había tenido Pacelli había sido el arzobispo de Florencia, Elia Dalla Costa, pero que después los votos se centraron entre el propio Pacelli, que contó con el apoyo de los sectores más conservadores del cardenalato, frente al antiguo nuncio en París, Luigi Maglione, el preferido de Tisserant por sus declarados planteamientos antitotalitaristas. Al parecer, había sido fundamental el miedo a los bolcheviques, y el hecho de considerar que Adolf Hitler era el freno más seguro para oponerse a la amenaza roja.

Niccola Storzi vivió jornadas de desconcierto ante la actitud adoptada por el nuevo pontífice. Se había enfrentado a la criminal política seguida por los nazis. Había conocido de primera mano hasta dónde estaban dispuestos a llegar, lo que incluía jugar con las creencias más sagradas de los católicos. Había perdido a su padre y a su único hermano a manos de aquellos asesinos, y su propia vida estaba circunscrita al exiguo perímetro del Estado vaticano, porque fuera de sus límites su vida no valía una miserable lira. A pesar de todo aquello, Su Santidad, con quien le ligaba un juramento de por vida a través del Círculo Octogonus, felicitaba al Führer con motivo de su cumpleaños.

Particular dolor le había producido la pérdida de sus seres más queridos, no solo por la forma en que habían muerto, sino porque se consideraba culpable de sus muertes. Con demasiada frecuencia tenía que apartar de su mente el deseo de venganza que lo invadía. Se asustaba al pensar que no actuaba en esa dirección por una razón elemental: no sabía hacia dónde encaminar sus pasos, pero la fuerza del juramento que había hecho sobre el cadáver de su hermano se mantenía viva en su mente.

SEGUNDA PARTE

Berlín, últimos días de abril de 1945

En el búnker de la cancillería, Adolf Hitler, inmerso en un delirio producto de una fantasía enfermiza, movía unidades militares inexistentes para conseguir una defensa efectiva de Berlín. Todas las esperanzas del decrepito Führer en la que él llamaba la batalla final estaban depositadas en un grupo de ejércitos al mando del general Steiner y en el ejército del general Wenck. Ellos harían retroceder a los rusos hasta más allá del curso del Oder. Pura ficción.

La realidad era que, desde el día 24, las tropas soviéticas del general Chuikov habían cruzado el canal Teltow por el sur de Berlín y que, a lo largo de aquella jornada, habían fijado sus posiciones en torno a la línea circular del metro de la ciudad. Dentro de aquel anillo el general Weidling trataba de organizar a sus diezmadas tropas, compuestas por unidades muy heterogéneas, donde se integraban los restos de divisiones que se habían replegado sobre Berlín, muchachos de las juventudes hitlerianas y hombres mayores de sesenta años, reclutados a la fuerza en las últimas semanas para la defensa de la capital de Reich.

Fuera de aquella bolsa, prácticamente aislada porque el día 27 los rusos se habían apoderado del aeródromo de Tempelhof, combatían algunas unidades de la Wehrmacht y grupos de las Waffen-SS que, con la decisión de los fanáticos, luchaban en formaciones dispersas contra los soviéticos. Aún quedaban puntos por los que se podía abandonar la ciudad, aunque fuera el peligro era incluso mayor que permanecer en Berlín para quien no tuviese organizada no solo la salida, sino un seguro refugio donde protegerse.

La mañana del domingo 29 Hans Fischböck, que había llegado a Berlín dos días antes, escuchó, poco después de las ocho de la mañana, la emisión de la Werwolsender, la emisora del Reich que emitía desde la Königswusterhausen. La noticia lo dejó sumido en la perplejidad.

«Heinrich Himmler ha sido despojado de su cargo de Reichsführer acusado de traición a nuestro amado Führer. Olvidando sus deberes y sus responsabilidades, el traidor ha ofrecido la rendición del Reich a los enemigos de la patria. Su infame actuación lo convierte en traidor convicto y en enemigo del Reich y del pueblo alemán» .

Después de digerir el significado de la noticia, llegó a la conclusión de que no podía demorar un instante más la decisión que barajaba desde la noche anterior. Fischböck había regresado a Berlín para mantener una entrevista con el depuesto Reichsführer. La reunión no se había podido celebrar y ahora conocía las causas. Supo que era la hora de abandonar Berlín, porque lo que tenía que hacer ya no era posible. Tal vez se había equivocado al acudir a una ciudad cuyas condiciones eran mucho peores de lo que se había imaginado. La capital del Reich era una trampa.

Pensó que no era momento para lamentaciones, sino de decisiones, además había otra razón, que solo él conocía, para haber realizado aquel viaje. Más importante que la entrevista con Himmler. Tal y como estaban las cosas, no podía permitirse el lujo de perder un minuto.

Los casi seis años de guerra, destrucción y sufrimiento vividos en Europa no habían pasado a Hans Fischböck una factura excesiva. Se mantenía en una excelente forma, no había perdido el altivo porte de su figura y la única señal visible del paso de los años era que su pelo empezaba a encanecer en las sienes. Había alcanzado el grado de general de las Waffen-SS, aunque en aquellos momentos su graduación era un lastre del que tenía que deshacerse, si deseaba convertir en realidad sus proyectos.

Se vistió con un traje de paño barato y corte vulgar, como si fuese un modesto empleado, y se colocó unas gafas cuyos cristales eran simples vidrios, pero que formaban parte de su nueva imagen, como lo era su cabello también ahora teñido de negro, después de dejarlo crecer. Recogió lo más imprescindible en un maletín, muy desgastado, como el que miles de empleados berlineses llevaban a su trabajo, donde había camuflado un doble fondo, el trabajo magistral de un artesano holandés. Allí guardó un sobre con dinero norteamericano y británico, varios cheques confirmados contra una cuenta de la sucursal en Ginebra de la Union de Banques Suisses y la clave numérica de otra cuenta de depósitos en Zurich, la carta del Reichsführer Himmler que lo acreditaba como responsable de la Aussenweg y una lista de teléfonos, con las iniciales de sus titulares. Comprobó que llevaba en su billetera el pasaporte que le facilitaba una nueva identidad, los datos de una cuenta numerada en un banco de Ginebra y una suma no despreciable en libras esterlinas colocó; en la pistola que colgaba en su costado una beretta italiana, guardó dos cargadores en los bolsillos de su raída chaqueta e introdujo un afilado cuchillo en la funda que ocultaba en el interior una de sus botas. Cogió unos prismáticos y los colgó de su cuello.

Sin sentir añoranza por los agradables momentos vividos entres aquellas paredes —Fischböck era un hombre práctico—, abandonó su elegante apartamento de la Heerstrasse. Salió a la calle y el desolador panorama de destrucción que había por todas partes no le produjo ninguna emoción.

Con más dificultades de las previstas llegó hasta la Anhalter Bahnhof. La imagen que ofrecían los alrededores de la estación de ferrocarril era dantesca. Por todas partes se veían edificios derruidos, algunos de ellos ardiendo, y tirados por las calles, entre montones de escombros, cadáveres insepultos. En el ambiente flotaba una sensación de pánico que se reflejaba en los rostros de la gente, que caminaba presurosa. Se repetían horribles historias que contaban quienes durante las semanas anteriores habían arribado, procedentes del Este, buscando refugio en la capital. Los rusos cometían salvajadas tan dolorosas que resultaban increíbles. Se había esparcido el rumor de que era una venganza por lo que los alemanes habían hecho en Stalingrado. A muchos, les costaba creer que fuese cierto lo que se decía de sus soldados y preferían pensar que era derrotismo y propaganda de los comunistas, que afloraban de las cloacas donde habían estado escondidos.

La estación de ferrocarril se encontraba atestada por gentes, que buscaban allí una protección que no podía ofrecerles su domicilio. Se sentían más seguros tras los gruesos muros de hormigón, de cuatro metros y medio de espesor, que tenían las paredes del gigantesco bunker de cinco plantas allí construido.

Hans Fischböck, con su aspecto de modesto empleado, se sumergió en la muchedumbre y, con mucha paciencia, logró descender hasta su objetivo, que estaba en la segunda planta del sótano. Allí, de un salto, ante la indiferencia de la mayoría y la sorpresa de algunos, bajó hasta las vías y echó a andar en dirección a la Nordbahnhof. Hubo quien lo miró con aire de conmiseración, como si fuese un demente que no sabía lo que estaba haciendo. Había mucha gente que había enloquecido en el atribulado Berlín de aquellos terribles días.

Ciertamente era un riesgo porque los cinco kilómetros que tenía que recorrer, siguiendo las vías del metro hasta la estación del Norte, donde según sus datos resistían algunos batallones de las Waffen-SS, estaban llenos de peligros. Podía haberse producido algún derrumbe que bloquease el camino, podía encontrarse con que los rusos hubiesen aislado en una bolsa a unas tropas, que resistían más duramente, que los improvisados batallones de niños y jubilados, que luchaban en otras zonas de Berlín. También podía ser víctima de algunas de las bandas de saqueadores, surgidas por algunos puntos de una ciudad de la que había desaparecido el concepto de autoridad pública.

Pero si quería abandonar Berlín era la única opción que tenía.

Echó a andar con paso decidido, valiéndose de una linterna para alumbrar las tinieblas del túnel, cada vez más densas. Apenas había avanzado doscientos metros, cuando un ligero ruido a sus espaldas lo hizo detenerse. Comprobó el sonido de unos pasos y el titileo de una lucecilla. Alguien lo estaba siguiendo. Continuó su camino con los cinco sentidos alerta, sin dejar de escuchar las pisadas, cada vez más cercanas. Aprovechó una curva del trazado viario para pegarse a la pared, apagar su linterna y sacar el cuchillo de su bota. En el silencio

del túnel las pisadas le llegaban cada vez más nítidas, aunque la curva le impedía ver la luz. Cuando ésta apareció de pronto, Fischböck, con los ojos acostumbrados a la oscuridad, pudo percibir con suficiente claridad la imagen de una mujer de mediana edad. A pesar de que solamente portaba una pequeña linterna y parecía inofensiva, no dudó un instante y la degolló de un certero corte en la garganta. Aquella desgraciada se desplomó, sin que le diese tiempo a gemir. Encendió su linterna y pudo ver cómo las piernas de la mujer se estiraban con estertores de muerte. Se agachó, limpió el puñal en su vestido, lo guardó y continuó su marcha.

Caminó por la vía durante cerca de dos horas, ayudándose con un plano del U-Bahn. Cruzó seis estaciones de metro, donde los refugiados lo veían aparecer por un extremo y desaparecer por el otro, como si se tratase de un fantasma. Todavía los rusos no habían llegado, aunque se notaba su proximidad. Con las pilas de su linterna a punto de agotarse, conectó con el tramo de vía que conducía hasta la Nordbahnhof, allí tuvo la pequeña satisfacción de comprobar cómo sus camaradas de las Waffen-SS resistían, con la fortaleza del fanatismo, los embates del ejército soviético, pese a la aplastante superioridad de los rusos en hombres y medios.

Buscó un lugar seguro donde descansar y aguardar a que cayese la noche para cruzar las líneas enemigas. Tenía la enorme ventaja de conocer el terreno como la palma de su mano, lo que le permitiría moverse con agilidad por una zona llena de peligros. Si a lo largo de la noche lograba cruzar los lagos y llegar a las afueras de Postdam, habría logrado su objetivo. Allí funcionaba el primer punto de apoyo de la vía de escape que desde hacía dos meses habían establecido cuando, por instrucciones del Reichsführer Himmler, se puso en marcha la operación Aussenweg para facilitar la salida del Reich a las personalidades más relevantes del partido y de las Waffen-SS. Allí lo aguardaba la persona que lo conduciría hasta la siguiente etapa, según el plan diseñado por el capitán Eric Rajakowitsch, quien había estado a sus órdenes durante los años pasados en Holanda, convertido en su fiel ayudante y excelente colaborador en la tarea de desposeer de sus bienes a las familias judías de aquel país. Los alentaban con la esperanza de que podían pagar su salida hacia Gran Bretaña o Estados Unidos, en lugar de ir a parar a los campos de concentración a los que estaban destinados.

Por tan inícuo procedimiento las Waffen-SS se habían apoderado de importantes sumas de dinero, valiosas joyas y extraordinarias obras de arte. Hans Fischböck había descubierto que el robo y la extorsión podían suponer una increíble vía de financiación para su organización y también una forma de hacerse con una fortuna personal. Tenía más de cien mil libras esterlinas, varios lingotes de oro y una valiosa colección de diamantes, además de algunas obras de arte fruto de la extorsión, depositadas en el Credit Suisse de Ginebra. Aunque se tratase de una simple bagatela en comparación con las riquezas acumuladas en las oficinas de la Union de Banques Suisses de Zurich, Basilea y Berna,

adonde habían ido a parar los frutos de aquellos años de rapiña y pillaje protagonizados por las Waffen-SS.

La llegada de la noche no supuso una disminución de la intensidad del fuego de las baterías soviéticas, que castigaban sin cesar las posiciones alemanas, machacándolas con disparos de mortero y piezas de grueso calibre. Fischböck se preparó para cruzar la barrera de fuego.

Krusnolav Draganovic, el sacerdote serbio, director del colegio de San Girolamo degli Illirici, emplazado en el 132 de la vía Tomacelli, apremiaba al taxista. La reunión se había prolongado más allá de lo previsto y llegaba tarde al encuentro con monseñor Hudal, cuya puntualidad sólo era superada por su famoso mal carácter.

El obispo era un austriaco rígido en sus formas y todavía más estricto en sus planteamientos. Anticomunista visceral, en las fechas anteriores a 1938 había impulsado la incorporación de Austria al Reich y considerado como una bendición del cielo la llegada de los nazis al poder. Estaba convencido de que eran la única barrera eficaz para evitar que los bolcheviques se extendiesen por toda Europa, como una plaga maligna. Su carácter, ya de por sí difícil, no había dejado de empeorar desde que, el año anterior, el invencible Reich de los Mil Años no dejó de acumular derrotas, hasta el desastre final que vivía aquellos días postreros de la contienda.

El taxi se detuvo ante la verja de una discreta villa, semioculta a las miradas de los viandantes por un frondoso jardín. En uno de los pilares que servían de marco a la enrejada puerta de entrada podía leerse: «Villa San Francisco». Draganovic, cuya corpulencia le dificultó bajarse del pequeño taxi, pagó apresuradamente y tiró de su voluminosa cartera de piel.

Los goznes chirriaron cuando empujó con energía la verja.

No se detuvo a cerrarla, cruzó el jardín a buen paso y saludó a los dos operarios que trabajaban en los parterres. Pulsó el timbre e instantes después un fraile, con el hábito de la seráfica orden de San Francisco, le abrió la puerta.

—¡No se entretenga padre Draganovic, monseñor está hecho una furia! ¡Llega usted con mucho retraso!

—Sí, sí, pero no se puede estar en dos sitios a la vez. —El sacerdote subía ya las escaleras, sin detenerse. Cuando entró en el despacho donde aguardaba el prelado, Hudal le gritó sin ninguna consideración:

—¿Sabe usted qué hora es!?

—Lo siento, monseñor —se disculpó mientras besaba el anillo pastoral que lucía en la mano del prelado.

—¡Que lo siente! ¿Eso es todo? —le gritó mostrándole el reloj—. ¡Llega usted con veinte minutos de retraso!

El prelado perdió algunos minutos de su precioso tiempo en reprender a un

apesadumbrado Draganovic, quien de pie y con actitud humilde soportaba el chaparrón que le caía encima. Cuando la perorata concluyó, reiteró su pesar por la tardanza.

—Lo siento mucho —murmuró en un tono muy bajo.

—¡No sé adónde vamos a llegar con tanta indisciplina! ¡Vamos, siéntese y no siga ahí como un pasmarote!

—Gracias, monseñor.

—Supongo que habrá hecho todo lo que le encargué. —El tono del obispo era autoritario y desabrido.

—Aquí está. —Palmeó la cartera que sostenía sobre sus piernas.

Alois Hudal agitó una campanilla y al punto el franciscano que había franqueado la entrada al sacerdote, apareció en el despacho.

—¡Haga pasar a *herr* Fuldner!

—Enseguida, monseñor.

Instantes después el fraile introducía en el despacho a un individuo de unos treinta y cinco años y un metro setenta y cinco de estatura, iba elegantemente vestido con un traje de raya diplomática hecho a medida. El avinagrado obispo se transformó por completo. Se levantó para estrecharle la mano efusivamente.

—¡Mi querido don Carlos! ¡Es un placer volver a verlo!

—El placer es mío, monseñor.

—¿Qué tal su viaje?

—Excelente, monseñor.

—Permítame que le presente al padre Krusnolav Draganovic.

El sacerdote, que se había levantado, estrechó la mano que le ofrecía Fuldner.

—Es un placer.

—Encantado.

—Bien, sentémonos y no perdamos tiempo, porque es mucha la tarea que tenemos por delante.

—Las noticias que tenemos de Berlín son pésimas —comentó el obispo—. Los bolcheviques estrechan el cerco sobre la cancillería, donde Hitler espera un milagro...

—El ejército del general Wenck, en el cual el Führer tiene depositadas sus esperanzas, no tiene la más mínima posibilidad —lo atajó Fuldner—. Wenck está aislado, carece de armas pesadas y de combustible, incluso le escasea la munición. Es hermoso alimentar ilusiones, pero la realidad se impone.

Monseñor Hudal extendió los brazos con las manos abiertas en un gesto de resignación y dejó escapar un suspiro.

—Se oyen cosas horribles acerca de lo que los comunistas están haciendo en Berlín, sobre todo a las mujeres. —Elevó los ojos al cielo y murmuró como si fuese una plegaria—: ¡Que Dios nuestro señor las proteja de esas bestias inmundas!

Fuldner se limitó a apretar los labios.

—El padre Krusnolav nos mostrará el proyecto que hemos elaborado durante los días pasados. Veámoslo.

El sacerdote serbio sacó de su cartera unas delgadas carpetillas que entregó a cada uno. Mientras Hudal hojeaba los folios con aire distraído, el joven se sumió en una interesada y rápida lectura. Transcurrieron algunos minutos en silencio, hasta que Fuldner se empapó de su contenido. Cuando alzó su mirada, se encontró con los ojos del obispo que lo escrutaban atentamente.

—Veo que el centro operativo quedará establecido en un colegio.

—Así es, en ese lugar podemos disponer de los elementos necesarios para expedir documentos y realizar todo el trabajo burocrático que la operación requiere.

—¿Le parece que un colegio es lo más adecuado para el alojamiento de nuestros huéspedes? No sé, la discreción es más difícil de mantener en un lugar que supongo muy concurrido.

—Hemos de tener en cuenta —señaló el obispo— que el padre Krusnolav es el director de San Girolamo degli Illirici.

—No lo sabía —se excusó Fuldner.

—Allí tenemos instalaciones a propósito y, lo que me parece más importante —señaló el cura serbio—, en San Girolamo es continua la presencia de gente que entra y sale, porque atendemos a numerosas personas en tránsito por Roma. Creo que es magnífico para nuestros propósitos.

—¿Está bajo la protección del Estado vaticano?

—Lo está.

Fuldner asintió.

—En ese caso, nada tengo que objetar.

—¿Le parece bien el dispositivo que hemos establecido para los desplazamientos? —preguntó Krusnolav.

—Lo más complicado estará en el paso de un país a otro. Veo que han establecido puntos concretos para la entrada en Italia. ¿Es necesario que las llegadas se efectúen por dichos lugares?

El obispo miró al sacerdote.

—Si ustedes tienen otros medios para entrar, por nuestra parte no existe ningún problema. En todo caso, debe saber que los pasos que hemos señalado ofrecen las máximas garantías. Ustedes simplemente tendrían que hacer llegar a los huéspedes hasta el otro lado de la frontera Suiza. Hemos escogido esas entradas porque entendemos que es más fácil hacerlo desde un país que durante la guerra se ha mantenido dentro de la más estricta neutralidad. Pensamos que, para ustedes, resultaría mucho más complicado hacerlo por Francia o por Austria.

—Bien, ése será un aspecto que consideraremos en cada caso concreto.

Utilizaremos como puntos de entrada principales los que ustedes nos proponen, pero no descartaremos otras vías.

—En ese caso... —Krusnolav titubeó un momento y miró al obispo, quien con la mirada lo animó a seguir—: En ese caso, no estamos en condiciones de garantizar su seguridad.

—Lógicamente —aceptó Fuldner.

—Bien, creo que podemos pasar a los aspectos relacionados con la financiación —propuso Hudal.

—En ese terreno, monseñor, no hay ningún problema. Podemos transferir las sumas necesarias desde una cuenta de la Union de Banques Suisses, de Zurich a donde se nos indique.

El obispo negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Aunque siempre hay posibilidad de borrar las huellas bancarias, sobre todo tratándose de bancos suizos, hemos de extremar las precauciones. Ya sabe, bajo ningún concepto el Vaticano puede aparecer como implicado en esta operación.

—¿Qué propone usted?

—Pago en mano, en oro y sin ninguna clase de registros.

—Tampoco habrá problema con efectuar los pagos en oro y que su entrega sea personal, pero necesitaremos los recibos que acrediten las entregas.

—No es posible.

—Monseñor, debe usted entender que manejamos fondos de una organización. Tenemos que rendir cuentas del empleo que hacemos de ellos.

—Lo siento, pero las instrucciones que he recibido son tajantes. No puede quedar ningún rastro. Asíéntelo en sus libros de contabilidad, qué sé yo... Supongo que tendrán fondos fuera de control...

Fuldner estaba atrapado. El obispo era un viejo zorro que conocía determinados mecanismos y por el brillo de su mirada supo que, en aquel punto, se mantendría inflexible. Se encogió de hombros y comentó con resignación:

—Si no queda más remedio...

Los labios de Hudal apenas dibujaron un amago de sonrisa. No deseaba aparecer a los ojos de aquel joven como un triunfador, cuando estaban cerrando un acuerdo de colaboración.

—En tal caso, solo necesitamos que den ustedes el visto bueno a los mecanismos de contacto que les proponemos. Han de decirnos si les parecen adecuadas las fórmulas de comunicación previstas, que se han establecido sobre la base de una discreción absoluta. Si saliese a la luz pública algún aspecto de la operación, en ningún caso la Santa Sede aparecería como implicada en la misma.

—Si no les importa, me gustaría poder ver el documento que me han entregado con algo más de detenimiento. Será cuestión de un par de días, aunque, como les he dicho, en principio, nada tengo que objetar.

—Por nuestra parte no hay problema. Ya sabe que estamos en la mejor disposición, porque es mucho más lo que nos une que lo que nos haya podido separar en algún momento.

—Monseñor es muy amable.

—Es cierto, don Carlos. Ustedes han sido el valladar que ha frenado la expansión del comunismo. Ya veremos qué ocurre a partir de este momento, con la bestia roja desatada.

—Veo que estamos de acuerdo en lo esencial y, en tal caso, creo que lo mejor es que nos pongamos a trabajar.

Fuldner hizo ademán de levantarse, pero se detuvo en el último instante ante una pregunta de Krusnolav.

—¿Cuándo cree usted que llegarán los primeros huéspedes?

—No puedo precisarlo con exactitud, pero estamos hablando, como mucho, de una semana, día arriba día abajo. La situación se complica cada hora que pasa.

—En ese caso —monseñor Hudal se levantó—, manos a la obra.

Ya de pie, Fuldner planteó una última cuestión.

—Tengo que regresar a España inmediatamente, si me es posible hoy mismo. ¿Habría algún inconveniente en que la próxima reunión la celebremos en Madrid? Sería para dejar cerrado el acuerdo y efectuar el primero de los pagos.

—Creo que no habrá problema.

Al despedirse, Carlos Fuldner lo hizo con un taconazo lleno de marcialidad, como si su tiempo de capitán de las Waffen-SS todavía estuviese vigente.

Con la llegada de la noche Hans Fischböck se preparó para cruzar las líneas del ejército enemigo y alcanzar el bosquecillo de tilos que suponía su primer objetivo. Tendría que salvar una franja de más de seiscientos metros de descampado, que se abría antes de llegar al borde de la formación boscosa. Para cruzarlo decidió, después de estudiar pacientemente la cadencia de los disparos, aprovechar los resplandores de las explosiones y desplazarse saltando a los embudos que en la tierra formaban los proyectiles, acogiéndose a la regla de que dos proyectiles no caen en el mismo sitio.

El problema estaba en la intensidad del fuego artillero, que daba una cadencia de disparo muy rápida. Calculó que, además de los morteros, la zona estaba batida por no menos de cinco baterías completas. Comprobó con cierta tristeza que, desde las filas alemanas, apenas había respuesta a la avalancha de proyectiles rusos. El tableteo de algunas ametralladoras y los disparos esporádicos de armas ligeras era todo cuanto podían oponer a un enemigo cuya superioridad era aplastante.

Cuando alcanzó los primeros árboles estaba extenuado por causa del esfuerzo y de la tensión. Se internó en el bosque, donde caían algunos proyectiles, y ayudándose con una brújula y una pequeña linterna se orientó hacia el este en dirección a los lagos. Luego sería cuestión de seguir su curso en dirección sur. Poco a poco disminuyó el estampido de los morteros y el rugido de los cañones, lo que colaboró a serenar algo su agitación. Después de dos horas de marcha, el fragor de la batalla, aunque llegaba hasta sus oídos, había quedado muy lejos.

A pesar de la brújula y del detallado plano que llevaba, la tensión y la oscuridad hicieron que, en un par de ocasiones, perdiera el rumbo. Hubo un momento en que se sintió completamente desorientado. Con tenacidad, logró resituarse y llegar al punto donde una pequeña lancha con motor estaba camuflada junto a los restos de una vieja cabaña abandonada. Encontrarlo supuso un alivio porque no sólo había logrado su objetivo, sino porque su llegada significaba un pequeño descanso. Como no podía navegar en medio de la oscuridad, hubo de aguardar a las primeras luces del amanecer para poner en marcha el motor. Aprovechó ese momento del día en que la luz no domina todavía a las tinieblas y la naturaleza no acaba de desperezarse para avanzar todo

lo posible, porque cuando amaneciese el viaje en la lancha podía resultar peligroso en un territorio donde el enemigo estaba ya infiltrado.

Su objetivo era llegar hasta Postdam, al sudoeste de Berlín, desde allí todo resultaría relativamente más fácil, si es que algo resultaba fácil en aquella Alemania descoyuntada de los días finales de la guerra.

Llegó a su destino con cierto adelanto sobre el horario que se había trazado. La corriente del río jugó a su favor y no encontró ningún obstáculo. Alboreaba cuando dobló la sinuosa curva que indicaba el final de su trayecto acuático, a la derecha aparecieron los densos juncuales donde tenía que desembarcar. Maniobró hasta embarrancar la lancha en el fango de la orilla y apagó el motor, que emitió un suave ronquido antes de enmudecer. Comprobó la profundidad, cogió su maletín y abandonó la embarcación; el agua y el fango empaparon sus ropas y el frío mordió su carne.

—¡Maldita sea! —murmuró entre dientes.

Podrían haberle advertido y habría echado ropa para cambiarse. El malhumor fue pasajero porque, instantáneamente, se impuso el sentido práctico que había presidido su existencia. Si no había cometido ningún error, estaba en el lugar previsto y eso era lo verdaderamente importante en aquel momento.

Antes de abandonar la protección que le ofrecían los juncuales, comprobó el artesanal plano que le servía para orientarse y oteó el horizonte. La granja que tenía señalada como punto de encuentro estaba en su sitio y a la distancia marcada: unos doscientos metros. Era un lugar solitario y en apariencia todo estaba en calma, aunque el paisaje tenía algo de tétrico. Comprobó la hora, aún faltaban unos minutos. De repente, vio volar sobre su cabeza una bandada de pájaros, que no supo identificar, habían levantado el vuelo a pocos metros, produciendo mucho alboroto. Instintivamente su mano había buscado la pistola.

Salió del fangal con una desagradable sensación de frío y suciedad, y aguardó, esperando la señal. A sus oídos solo llegaban los sonidos de la naturaleza. No apartaba sus ojos de la granja, pero nada parecía indicar que allí hubiese alguien. Cogió los prismáticos que colgaban de su cuello y enfocó su objetivo; vista más de cerca ofrecía un aspecto deplorable: una parte del tejado se había hundido y donde hubo puertas y ventanas se veían ahora unos negros agujeros. La fachada ofrecía el mismo estado de abandono que presentaban los campos circundantes.

Agachado en el borde del juncal, esperó durante un cuarto de hora, presa de una preocupación creciente. Algo había fallado porque la señal convenida no llegaba.

Diferentes posibilidades pasaron por su cabeza, desde un simple retraso hasta una trampa o incluso una traición. Pensó en avanzar hacia la granja, pero le asaltó la duda porque en el trayecto ofrecería un blanco perfecto para un tirador. Corriendo en zigzag necesitaría al menos un minuto y en ese tiempo un tirador

experto podía efectuar como mínimo cinco disparos, si no poseía un arma automática, en cuyo caso podía darse por muerto.

Recibir un *rapporto rosso* al cabo de tanto tiempo le había producido un molesto desasosiego. Después de años de silencio, el Mensajero había creído que el Círculo Octogonus formaba parte de un pasado, que estaba enterrado. El flamante vicario —hacía pocos meses que, a sus cuarenta y dos años, Niccola Storzi había recibido su nombramiento como comendador del hospital del Espíritu Santo— se encontró sobre la mesa de su despacho, en el llamado palacio del Comendador, un pergamino anudado con una delicada cinta de seda roja. Ni siquiera se molestó en preguntar a su secretario cómo había llegado hasta allí.

El Círculo Octogonus había reaparecido en su vida.

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN NOMBRE DE DIOS

Sin falta, mañana, que se contarán treinta días del mes de abril, acudirá, al término de la misa que se celebra a las ocho, a la sacristía de la Iglesia de Santa Maria in Traspontina.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

Se trataba simplemente de una cita, pero el Mensajero sabía lo que una cita significaba en Octogonus. ¡Habían transcurrido seis años desde entonces! Recuerdos dormidos se avivaron en su cerebro.

Surgieron con tanta nitidez que le pareció que apenas había pasado el tiempo. La Grossdeutschland, su encuentro con Magdalena Wissemann, cuyo recuerdo había permanecido presente durante todo aquel tiempo, su abortada cita y su vergonzosa huida. Las amenazas de los nazis y la muerte violenta de su padre y de su hermano. Hacía tiempo que la policía de Venecia había cerrado el caso, porque las investigaciones no conducían a ninguna parte. Como por ensalmo, todos los miedos y las dudas de aquellos tiempos, que ahora recordaba como terribles, cobraron vida.

Ciertamente Octogonus no había estado ausente todo aquel tiempo. Meses después de que Herbert Keller intentase atraerlo a la piazza de Pasquino, Leiber le había señalado que podía, de forma discreta y con protección, salir del recinto vaticano, donde había permanecido seis meses como garantía de su seguridad. Poco a poco —los nazis, con el comienzo de la guerra en septiembre de 1939, estaban ocupados en numerosos frentes— su vida adquirió un tono de

normalidad. Sin embargo, la caída de Mussolini y la nueva situación política que supuso la presencia de tropas alemanas en la Italia no ya como aliados, sino como enemigos, hizo que Leiber se decidiese otra vez por las restricciones y que su vida se circunscribiese al ámbito vaticano. La derrota alemana y su retirada hacia el norte supuso su liberación, al mismo tiempo que la de Roma.

A aquella hora las calles estaban poco concurridas. Era demasiado temprano para los romeros, para los visitantes o para los comerciantes que tenían sus establecimientos en la zona. Acababan de dar las ocho cuando Niccola salió de su residencia del palacio del Comendador, en el Borgo del Espíritu Santo, para dirigirse al lugar de su cita.

Santa Maria in Traspontina, emplazada en plena vía de la Conciliazione y construida sobre una antigua pirámide romana que, según una leyenda medieval, había sido la tumba de Rómulo, el legendario fundador de Roma. El edificio era obra del siglo XVI, muy clásica en su concepción, y se construyó para reemplazar un templo anterior que había sido destruido en el terrible saqueo que Roma sufrió a manos de las tropas de Carlos V, en 1526.

Estaban en el momento de la consagración cuando entró en el templo. Quien oficiaba lo hacía de forma rutinaria, tal vez porque no había muchos feligreses. Sin detenerse, avanzó por la nave del lado de la epístola, que conducía hasta la sacristía, y allí esperó a que el celebrante concluyese la liturgia. Cuando entró, lo hizo en medio de un revuelo de monaguillos, que contrastaban con la circunspección de los dos sacristanes que lo acompañaban.

—Supongo que usted es Storzi. —El sacerdote sostenía en sus manos el cáliz de la consagración sobre el que reposaba la patena, todo ello protegido por el purificador y la palia.

Niccola se levantó.

—Así es.

—Disculpe, será solo un momento.

Depositó el cáliz sobre un mueble cajonero y se dejó desvestir por los sacristanes. Los monaguillos jugueteaban, como pequeños diablillos, por la enorme sacristía.

—No tengo prisa.

—¿Sabe usted por qué esta iglesia no tiene tambor y su cúpula desdice mucho de la esbeltez de la fachada? —le preguntó el sacerdote, derramando amabilidad.

—No, no lo sé.

—Cuando fue construida, allá por 1566, los artilleros papales aconsejaron que la cúpula debería ser muy baja para no dificultar una posible defensa desde el castillo de Sant'Angelo.

—No acabo de comprender —comentó Storzi.

—Con su propuesta, los militares pontificios recordaban que allí había estado

la línea de fuego de la artillería de la fortaleza papal, durante el asedio a que la sometieron las tropas del emperador Carlos V.

—Ya entiendo.

—El recuerdo de aquel tiempo difícil, es la razón por la que la primera capilla del lado de la epístola esté dedicada a santa Bárbara y en su decoración abunden motivos bélicos, tan poco a propósito para un lugar como éste.

Niccola esbozó una leve sonrisa difícil de interpretar.

—Una leyenda piadosa —continuó el sacerdote— señala que, en la tercera capilla del lado del evangelio, están las columnas a las que estuvieron atados san Pedro y san Pablo, antes de ser martirizados.

—Por lo que veo, ha estudiado a fondo el templo.

—Me gusta conocer los lugares que frecuento y tengo asignada Santa Maria in Traspontina desde hace tres años.

Los sacristanes habían concluido su tarea. El sacerdote sacó de una gaveta una caja con golosinas y repartió algunas entre los monaguillos, quienes, tras recibir su óbolo, salieron disparados.

—Dejadnos solos —indicó a los sacristanes— y que no se nos moleste, tengo que comentar unos asuntos en privado.

Las grandes y labradas puertas de la sacristía se cerraron, sellando la intimidad de la conversación que iba a tener lugar.

Una vez solos, el sacerdote se acercó a Storzi y lo saludó con un cordial apretón de manos.

—Aguarde un momento, por favor.

Hizo un extraño movimiento y parte de una de las paredes giró sobre sí misma, abriendo un oscuro túnel por el que el sacerdote se perdió. Un minuto después apareció Robert Leiber.

—¡Padre Storzi! —lo saludó con jovialidad—. ¿Qué tal en tu nuevo destino?

Niccola se puso de pie para saludar al responsable de Octogonus, que se aproximaba ofreciéndole la mano.

—Tratando de situarme.

—No te será difícil, ése ha sido un importante peldaño en tu carrera y más aún a tu edad, mi querido amigo. No creas que es poca cosa la administración del hospital del Espíritu Santo. Aunque hoy, gracias a Dios, la institución no es lo que fue hasta tiempos relativamente recientes.

—Mejor es así —asintió Niccola.

—¿Conoces la anécdota que se cuenta de Lutero, cuando el agustino visitó Roma?

—Pues no.

—Se dice que quedó horrorizado con el lugar.

—¿Horrorizado?

—Sí, pensaba que todos los niños que allí había recogidos eran hijos del Papa.

Los dos clérigos soltaron una carcajada.

—Pobres criaturas —comentó Niccola—, he comprobado en los libros de ingresos y defunciones, conservados en el archivo, que fallecía cerca del noventa por ciento antes de cumplir el primer año.

—La de los niños abandonados fue una de las peores lacras que azotaron a esta ciudad durante siglos. Hubo muchos embarazos no deseados y se contaban por centenares los que cada año aparecían depositados en el torno de esa benéfica institución, que hoy queda bajo tu responsabilidad. Has de saber que de ahí a la prelatura solamente hay un paso.

—Supongo que el *rapporto rosso* que he recibido no está relacionado con la negra historia del hospital del Espíritu Santo, ni con mi carrera eclesiástica.

—Por supuesto que no, Niccola, por supuesto que no. Verás, se trata de un asunto complicado para el que el Círculo Octogonus requiere de tu colaboración.

Así que se trataba de una nueva misión. En las horas transcurridas desde que recibí el *rapporto rosso* era lo que más había temido. Verse envuelto otra vez en una actuación donde, según su experiencia, tendría que caminar a ciegas. La fidelidad de los miembros de Octogonus a su organización obligaba a no preguntar, simplemente se obedecían las instrucciones recibidas.

—Tendrás que realizar un viaje a España y mantener un encuentro con una persona que ha de entregarte algo de suma importancia.

Niccola movió la cabeza.

—¿En una cafetería?

Leiber supo lo que en aquel momento pasaba por la mente del vicario y esbozó una leve sonrisa, antes de responder.

—En este caso será un restaurante. Pero a diferencia de cuando tuviste que ir a Berlín, no tendrás que abandonar España a toda prisa. Las relaciones de la Santa Sede con el gobierno del general Franco son excelentes y podrás viajar hasta Madrid con tu verdadero nombre. Las autoridades españolas te brindarían protección si fuese necesario. Las circunstancias son completamente distintas.

—¿De qué se trata?

Leiber desabrochó varios botones de su sotana y sacó un sobre de su pecho.

—Los detalles están aquí. Tomarás el vuelo que sale mañana a las once para Madrid. En el aeropuerto de Barajas estará esperándote un coche de la nunciatura, donde tienes tu alojamiento. Por la noche asistirás a una cena, allí te facilitarán detalles acerca de una operación que se ha puesto en marcha y cuyo nombre es Pasillo Vaticano.

Niccola tuvo que contenerse para no preguntar en qué consistía y se limitó a comentar:

—Llamativo nombre.

Si con aquellas palabras pretendía conseguir alguna información, Leiber no se dio por aludido.

—Podrás regresar en el primer vuelo que sale para Roma, lo que te dejará un día libre en Madrid. ¿Conoces la capital de España?

—Sí, he estado en dos ocasiones, aunque de forma breve. En España pasé dos largas temporadas, perfeccionando mi castellano, pero estuve en el norte, en Comillas, donde está la sede de la Universidad Pontificia.

—¿Has visitado el Museo del Prado?

—No tuve ocasión.

—Pues te recomiendo que lo hagas, tengo entendido que, después de los avatares de la guerra civil, ya es visitable. Te aseguro que no te arrepentirás.

—Seguiré tu consejo. ¿Qué he de hacer a mi regreso?

—Nos veremos en la Casina de Pío IV.

—¿Alguna otra instrucción?

—No, eso es todo, como ya te he dicho los detalles están en la carta.

Antes de que el responsable del Círculo Octogonus desapareciese por el oscuro pasillo, Niccola le preguntó:

—¿Hay algún motivo especial para encargarme esta misión, padre Leiber?

—Sí, eres de los pocos agentes de Octogonus que hablan correctamente castellano y alemán.

Leiber le alargó la mano.

—Te deseo un buen viaje, nos veremos en la Casina.

Su silueta se perdió por las tinieblas del túnel y unos instantes después apareció el párroco de Santa Maria in Traspontina quien, sin que Niccola se percatase de cómo lo hacía, accionó el mecanismo que cerraba la pared. Nadie podría afirmar que en la sacristía había tenido lugar un encuentro como el que acababa de concluir.

—Creo que ya podemos abrir la puerta.

Con la beretta en la mano Hans Fischböck entró en el cobertizo que había en la parte posterior de la granja. Allí encontró el modesto Volkswagen que le habían indicado, pero no estaba el capitán Rajakowitsch. Se acercó al coche y a través de la ventanilla vio un bulto en el asiento trasero. Con un tirón abrió la puerta y contempló a un individuo envuelto en una manta. Le habló sin dejar de apuntar y entonces comprendió por qué no le habían hecho la señal convenida, se había quedado dormido.

Tiró de la manta y escuchó un gruñido de protesta. Lo agarró por la pechera y lo zarandó con violencia, al soldado le costó trabajo sacudirse la modorra. Miró su reloj y al darse cuenta de la situación, el desconcierto se apoderó de él. Salió rápidamente del coche y quedó rígido en posición de firmes.

—A la orden, señor.

—¡Se ha dormido! ¡Esto es intolerable!

El individuo, en posición de firmes, guardó silencio. Llevaba treinta y seis horas sin dormir y, cuando llegó a aquella granja abandonada, estaba al borde del agotamiento.

—¡Saque el coche! ¡Ya hemos perdido demasiado tiempo!

—A la orden, señor.

Unos minutos después el pequeño Volkswagen circulaba por una carretera secundaria en dirección a Brandeburgo, para abordar posteriormente el macizo montañoso de los Harz en dirección a Gotinga. En el maletero habían acoplado un depósito adicional perfectamente camuflado, que triplicaba la capacidad de combustible. Era la garantía para afrontar un largo viaje por un país desorganizado, donde la escasez de gasolina era uno de los mayores problemas desde hacía muchos meses.

Apenas encontraron movimiento hasta llegar a Gotinga. La vieja ciudad universitaria, orgullo de la Baja Sajonia, estaba destruida por los bombardeos aliados y sus famosas librerías habían desaparecido. Por todas partes, el Reich de los Mil Años estaba reducido a montones de escombros.

Desde allí, evitando las autopistas y las grandes vías de comunicación para disminuir la posibilidad de encuentros con tropas aliadas, avanzaron hacia el sur. A la caída de la tarde habían llegado a Wurzburg, lo que significaba que estaban

en Baviera. También la ciudad estaba casi destruida. Uno de los pocos edificios que quedaban en pie era el hospital Julius, que había ganado merecida fama por la eficacia de sus equipos médicos, donde se utilizaba el instrumental y las técnicas más avanzadas en el campo de la cirugía.

A lo largo del trayecto, no se habían detenido porque llevaban una buena provisión de raciones calóricas, de las que se suministraban a los pilotos de la Luftwaffe.

—Señor, debemos detenernos. Aquí he de buscar el combustible necesario para continuar, la aguja señala que el depósito está casi vacío.

Apenas habían cruzado algunas palabras a lo largo de más de once horas de viaje.

—Muy bien. ¿Sabe adónde tenemos que ir?

—Sí, señor.

—¿Dónde es?

—Nuestro punto de aprovisionamiento es una cervecería que hay al otro extremo de una larga avenida, que arranca del palacio episcopal. Creo que es aquel edificio, cuya cúpula se ve a lo lejos.

—Pues adelante.

—¿Usted vendrá? —preguntó el conductor.

—Por supuesto.

—Las órdenes, señor, eran que usted no vendría... para evitar riesgos.

—Las órdenes las doy yo. ¡Adelante!

El panorama en el interior de la ciudad era aún más desolador que el ofrecido desde fuera. A la destrucción se unía la luz crepuscular, con lo que todo adquiría un aire tenebroso. Apenas se veía gente por la calle. Wurzburg era poco menos que una ciudad fantasma. Orientándose por la cúpula, recorrieron numerosas calles con no poca dificultad. Los escasos transeúntes que encontraron los miraban, extrañados de ver circular un coche. Alrededor de una fuente vieron un grupo de personas, en su mayoría mujeres que, con los más variados recipientes, trataban de conseguir pequeñas cantidades de agua. Se temieron lo peor cuando se cruzaron con una patrulla de soldados aliados montada en su *jeep*, pero pasaron de largo. El tendido eléctrico y telefónico estaba, como por todas partes, destruido y por los suelos.

La mayor sorpresa se la llevaron al acercarse a la cervecería donde recibirían asistencia, según el plan establecido en la operación Aussenweg. Fueron recibidos por una ráfaga de metrallata.

El restaurante, situado en la calle de Alfonso XII, cerca del parque del Retiro, se llamaba Horcher, en referencia a su propietario, un alemán llamado Otto Horcher, que lo había abierto hacía un par de años. En muy poco tiempo se había

convertido en uno de los lugares de moda de la capital de España.

Madrid ofrecía todavía numerosas heridas de la guerra que el país había soportado, como una especie de preámbulo maligno al desencadenamiento de la conflagración mundial. La capital había sido uno de los frentes más largos del conflicto. Controlada por el gobierno de la República, las tropas franquistas habían llegado a sus inmediaciones, antes de que finalizase 1936, en un arrollador avance desde el sur. Pero sus ímpetus quedaron frenados en la Ciudad Universitaria, en Navacarnero y otros frentes, donde se combatió con fiereza durante más de dos años. La artillería y la aviación franquista causaron graves destrozos, muchos de los cuales eran todavía visibles. Los madrileños, que habían vivido pendientes del curso de las hostilidades en Europa y en el mundo, trataban, en medio de grandes dificultades, de recuperar la normalidad bajo un régimen totalitario, que había tenido importantes lazos de unión con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini.

Con puntualidad el padre Storzi llegaba al restaurante Horcher en un reluciente Packard con matrícula diplomática; vestía un traje gris que ocultaba su condición de eclesiástico.

Cuando preguntó por el reservado número dos, el *maître* se deshizo en amabilidades. Lo acompañaba Stefan Guisan, un franciscano suizo, que había nacido en un pueblecito de las proximidades de Berna. El fraile también disimulaba su condición clerical con un traje oscuro.

No sabía exactamente con lo que iba a encontrarse allí, porque las instrucciones del sobre que le había entregado Leiber eran tan parcas como lo había sido el dirigente de Octogonus. Se limitaban a señalar que acudiese con el padre Guisan a las nueve de la noche para cenar en uno de los reservados de aquel restaurante. Allí preguntaría por don Carlos Fuldner.

A pesar de ser nombre de varón, no podía apartar de su cabeza la imagen de Magdalena Wissemann y la sorpresa que le produjo encontrarse con una mujer cuando acudió a la Grossdeutschland.

El *maître* indicó su presencia con unos suaves golpecitos en la puerta del reservado, donde ya aguardaban a Storzi.

—Los señores que esperaban ustedes.

Se encontraron con dos hombres, impecablemente vestidos, que se levantaron inmediatamente. El intercambio de saludos fue cordial.

—Cuando los señores requieran mi presencia, no tienen más que pulsar —el *maître* señaló un timbre y se retiró discretamente.

—Creo que en las presentes circunstancias sobran las presentaciones por motivos de seguridad —indicó el más joven de los caballeros.

Nicola asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Si les parece oportuno, podríamos pedir ya la cena y así tratar con mayor tranquilidad el asunto que nos ha convocado.

Asintió de nuevo, maldiciendo en su fuero interno la actitud de Leiber.

¿Qué iba a tratar con aquellos dos individuos, si no tenía ni la menor idea de las razones por las que estaba allí? Estaba claro que sería el franciscano quien llevaría el peso de la reunión, aunque el fraile le había informado de que no sabía ni alemán, ni español. Tal vez ésa era una de las razones de su presencia.

El *maitre* había aparecido y con profesionalidad entregó las cartas de menú, a la vez que hacía algunas recomendaciones. Resaltó el solomillo de venado y la perdiz a la prensa, indicándoles que dejasen un huequecito para los postres, que eran uno de los atractivos culinarios de la casa. Ofreció un vino tinto de la Rioja para acompañar la comida. Fuldner y su acompañante pidieron también unas cervezas.

Cuando el *maitre* se retiró con la comanda, el más joven de ellos, que parecía llevar la voz cantante, indicó en alemán:

—Dado que monseñor Hudal desea que todas las operaciones se realicen con la máxima discreción, hemos decidido que, siempre que sea posible y las circunstancias lo permitan, la vía por la que llegarán los huéspedes será Suiza, y como punto de entrada en territorio italiano, utilizaremos los que ustedes han propuesto.

Guisan miró a Storzi y éste le tradujo al francés. El franciscano le indicó que le dijese que estaba de acuerdo.

Aceptada la propuesta, Fuldner continuó:

—Utilizaremos, preferentemente, el paso fronterizo del Estelvio para ir a Trento. A partir de ahí, ustedes nos han propuesto seguir por el curso del Adigio hasta el lago de Garda, para alcanzar Verona. Luego la carretera que, por Mantua y Módena, lleva a Bolonia. Alternativamente, utilizaremos la entrada por Chiavenna y por el lago Como para llegar hasta Milán. Luego tomaremos la autopista por Parma hasta Bolonia. Allí confluirían las dos rutas que por Florencia llegarían hasta Roma. Eso no significa que en circunstancias excepcionales tengamos que movernos por otros lugares.

Nicola no paraba de asentir, aunque no tenía la más remota idea de lo que estaba contándole aquel individuo, que hablaba un alemán perfecto, aunque con un acento que no lograba identificar.

La presencia de un camarero, que traía la bebida, interrumpió la conversación. Cuando se retiró, el mayor de los dos individuos le habló a su compañero en alemán. Nicola no se inmutó, pero supo que lo apremiaba a plantear unas cuestiones que, por lo que dedujo, debían de causarles un gran agobio. Necesitaban que el *pasillo* entrase en funcionamiento cuanto antes, a ser posible en las próximas horas porque la situación en Alemania se volvía más difícil cada minuto que pasaba.

—Monseñor Hudal nos dijo que el sistema podía ser operativo desde el mismo momento en que aceptásemos las condiciones.

Niccola tradujo otra vez para el franciscano, quien le dijo que respondiese afirmativamente.

—En ese caso, necesitamos que nuestro primer huésped esté en Roma lo antes posible; en Alemania la situación es insostenible —propuso Fuldner.

En aquel momento Niccola tuvo un vago presentimiento de lo que significaba la operación Pasillo Vaticano.

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó.

—Jacob Schramm.

—¿Por dónde llegará?

—En su caso necesitamos de la máxima seguridad, porque se trata de una persona sumamente importante para nosotros. Lo hará por el paso del Estelvio, siguiendo la vía de Trento. Es la que se nos ha ofrecido con mayores garantías.

La llegada de los camareros con la comida interrumpió de nuevo la conversación. Al reanudarse, Niccola, que ya había informado a Guisan, cometió un grave error al preguntar:

—¿Quién es Jacob Schramm?

Los dos hombres con los que estaban reunidos intercambiaron una mirada.

—No sé por qué me hace esa pregunta. —Había irritación en las palabras de Fuldner—. Una de las condiciones que dejamos establecida en nuestra primera conversación fue discreción por parte de todos. Ustedes harían su trabajo sin preguntar y nosotros mantendríamos absoluta discreción acerca de su colaboración. Eso fue lo acordado.

Niccola ofreció sus disculpas y dio una explicación, mientras que el franciscano miraba extrañado porque había intuido, por las miradas y el tono de las palabras, que se había producido algo anormal.

—No tiene importancia, pero es conveniente que desde el primer momento cumplamos escrupulosamente nuestros compromisos —sentenció el alemán—. Bien —prosiguió, dando una entonación más suave a sus palabras—, creo que ha llegado el momento de que le entreguemos lo que ha venido a buscar.

Niccola disimuló lo mejor que pudo. No tenía ni la menor idea. Las instrucciones se limitaban a señalar que había de recoger algo, sin que se especificase nada más. El mayor de los individuos despejó una parte de la mesa y de un maletín sacó cuatro relucientes lingotes de oro, que alineó cuidadosamente sobre el blanco mantel.

—Monseñor Hudal manifestó sus preferencias por pagos en oro, sin que quedase registro alguno. Aquí hay veinte kilogramos, que era lo acordado como primer pago. Su peso está estampillado y certificado por el Reichbank.

Levantó uno de los lingotes y se lo mostró a Niccola, que pudo ver en su cara inferior el símbolo del Reich, la marca del contraste que distinguía al oro de veinticuatro quilates y el peso del lingote.

¡Era oro nazi con el que iban a financiar la huida de algunos de sus jefes!

Sintió un vehemente deseo de levantarse y abandonar el restaurante. ¡Ya tenía la explicación por la que Leiber había sido tan parco!

Cuando descubrieron la bierkeller les sorprendió el tableteo de la metralleta.

El conductor frenó y aguardó expectante, Fischböck había sacado su pistola. El aspecto semiderruido del establecimiento causaba una pésima impresión. Antes de que pudiesen bajarse del vehículo, se vieron sorprendidos por unos individuos que les apuntaban con metralletas a través de las ventanillas. No podían verlos.

—¡No se muevan! ¡Y usted no haga ninguna tontería! ¡Suelte el arma y alce las manos!

—¿Está seguro de que era aquí adónde teníamos que venir? —preguntó al conductor.

—Las instrucciones señalaban este lugar, señor.

—Pues parece que algo ha debido de fallar.

—No lo sé, señor. ¡Menudo recibimiento!

Fischböck entregó su pistola.

—Ahora salgan y pónganse cara al coche, lentamente.

Los dos hombres obedecieron. Cualquier tipo de resistencia era un suicidio.

El general sintió cómo lo cacheaban y no pudo evitar la sorpresa al ver que el individuo hacía lo mismo con su conductor, ¡vestía el negro uniforme de las Waffen-SS!

—¡Soy el general Fischböck!

—¿El general Fischböck? ¡Aquí no está previsto que venga ningún general! Camine hacia la cervecería con las manos en alto y no se le ocurra hacer ninguna tontería.

En el interior de la bierkeller aguardaban otros dos soldados pendientes de cualquier movimiento que se produjese en la calle. Todo estaba destrozado. Los condujeron hasta la cocina donde, en un rincón, había una trampilla por la que unas escaleras conducían hasta un amplio sótano iluminado con lámparas de gas. Allí había otros dos hombres, uno de ellos vestía uniforme de capitán. A Fischböck le llamó la atención lo ordenado que estaba todo. Había un armero donde relucían los fusiles, cuatro literas, una pila de mantas perfectamente ordenadas y varios rimeros de latas colocadas en estantes como si estuviesen en los almacenes Karstadt. Una zona había sido habilitada como despacho, allí podía

verse una mesa con su sillón y un armario de oficina, donde lucían varios archivadores y una máquina de escribir. En el otro extremo del sótano había una mesa grande rodeada de sillas. Llamaba la atención la limpieza que imperaba.

Al capitán le costó algún trabajo reconocer al general Hans Fischböck, nunca lo había visto vestido de paisano y con una ropa tan desaliñada. En el sótano resonó el taconazo de sus botas.

—*Heil Hitler!* —saludó estirando la mano.

A Fischböck le admiró el gesto del oficial y respondió al saludo con más energía de la que hubiese podido sospechar.

—*Heil!*

Se le presentaron toda clase de excusas y se le explicó que solamente esperaban a una persona. El capitán le indicó que no era recomendable viajar de noche y Fischböck decidió descansar allí hasta el amanecer.

—Creo, señor, que podremos proporcionarle una ropa más decente que la que lleva.

—Se lo agradecería mucho, capitán. Una pregunta, ¿qué tiempo necesitaremos para llegar a la frontera suiza?

—No sé cómo encontrará las carreteras, señor. Pero por la ruta que le indicaremos, que es la menos problemática en estos momentos, serán entre siete y ocho horas.

—¿Tanto?

—En Baviera hay muchos más controles que en la Baja Sajonia, señor. El camino entre Gotinga y Wurzburg está despejado, por eso ha podido avanzar sin dificultad. Pero a partir de aquí, la situación es muy diferente.

—¿Cuál es la razón?

—En Baviera, la Werwolf está actuando con contundencia, lo que nos proporciona una cierta ventaja. Los enfrentamientos con el enemigo son continuos, lo que hace que estén mucho más alerta porque les estamos causando muchas bajas y numerosos problemas; eso significa que hemos de tener más cuidado, pero no debe preocuparse en exceso. Sabemos por dónde llevarle, hasta que lo dejemos en lugar seguro.

—¿Vendrán ustedes con nosotros? —Fischböck mostraba sorpresa.

—No, mi general. Pero, aunque usted no la vea, tendrá la protección necesaria para llegar sano y salvo hasta la frontera. Si surgiese algún problema, nosotros nos encargaremos de resolverlo. Para ello tendrá que seguir el itinerario que hemos previsto.

A Fischböck le admiraba que en aquellas circunstancias hubiese todavía una mínima organización que actuase con efectividad. Recordó la situación de Berlín, el acoso a la capital del ejército soviético y el derrotismo que imperaba por todas partes. Pensó que aquellos hombres eran un grupo de ilusos, aunque era lo mejor que podía encontrar para servir a sus intereses personales.

—¿Cuál es la mejor hora para partir?

—Con las primeras luces del amanecer, mi general. Si lo desea, puede cenar algo y descansar. Lamento ofrecerle una litera, es lo único que tenemos.

—No se preocupe. A todos nos aguardan tiempos difíciles. —Aunque a unos más que a otros, añadió mentalmente Fischböck.

El padre Storzi caminaba con paso presuroso, demasiado presuroso para su dignidad eclesiástica e incluso para el pesado maletín que, con esfuerzo, sostenía en su mano. Había dejado atrás la amplia explanada que se abría por delante del palazzo del Govenatorato y cruzaba los jardines que rodeaban la Casina de Pío IV.

Aunque fuese de los pocos agentes de Octogonus que dominaban el castellano y el alemán, no acababa de comprender por qué el máximo responsable del Círculo le había encomendado una misión como la del restaurante Horcher. Podía haberle evitado un trago tan amargo y, desde luego, estaba dispuesto a echárselo en cara.

A pesar del tiempo transcurrido, sus heridas estaban abiertas y todavía le martirizaba la violenta muerte de su padre y de su hermano a manos de los nazis. La única excusa que Leiber tenía era que él había guardado aquel secreto y nunca se lo había confesado a nadie.

Llamó a la puerta que le abrió el anciano encorvado de siempre. Los años habían pasado factura al adusto individuo que ejercía funciones de portero para Leiber, pero el tiempo no había dulcificado sus formas. Todo lo contrario.

—El padre Leiber me aguarda.

—Ya lo sé, acompáñeme —protestó sin la menor consideración.

Lo condujo hasta la misma salita donde había estado en una ocasión anterior, cuando husmeando entre los papeles se encontró con un ejemplar de la injuriosa *Taxa Camarae*. Ahora la gaveta estaba cerrada.

—¡Querido Niccola!

La jovial voz había sonado a sus espaldas. Se volvió sin disimular que su rostro manifestaba la profunda contrariedad de su estado ánimo. A Leiber no se le escapó el detalle.

—Aquí está tu encargo. —Alzó ligeramente la pesada cartera que no había soltado.

—¿Ocurre algo?

—Creo que me debes una explicación. La operación Pasillo Vaticano significa, según he podido saber, que se le va a facilitar ayuda, apoyo y todo tipo de cobertura a una pandilla de criminales.

Leiber clavó sus ojos en los de Niccola, que le sostuvo la mirada.

—Ésa es una forma de ver las cosas, pero no es la única.

—Para mí, sí.

—El hecho de que tengamos puntos de vista diferentes, no invalida ninguno de ellos.

—Hay cuestiones que, con independencia del punto de vista que se tenga, son condenables por la maldad intrínseca que encierran. El nazismo es una de ellas.

—El nazismo es una ideología que se ha enfrentado al comunismo.

—Eso no significa nada desde un punto de vista moral.

—Sin embargo, en el juego de poderes que se avecina en el futuro inmediato, hemos de considerar todos los medios a nuestro alcance para luchar contra el peligro rojo.

—Insisto en la maldad intrínseca de los nazis; además su derrota...

—Pese a la derrota —lo interrumpió Leiber— mantendrán ciertas capacidades, que no podemos despreciar. Tú has podido comprobarlo.

—¡Son unos asesinos!

—Sin ninguna duda.

Storzi hizo un movimiento negativo de cabeza y le tendió la cartera.

—Aquí hay cuatro lingotes de oro nazi, pesan veinte kilogramos. Judas también cobró su traición.

Leiber cogió la cartera y comentó:

—Judas fue un traidor, tú has cumplido la misión que se te ha encomendado y, además, tengo que decirte que lo has hecho a plena satisfacción.

—Me hubiese gustado no tener que llevarla a cabo.

—En ese caso, has de saber que tu participación en esta operación todavía no ha concluido.

Niccola apretó los labios. Una mezcla de sorpresa y rabia asomó a sus ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que dentro de unos días tendrás que hacer un viaje. En esta ocasión no será necesario salir de Italia, habrá que acudir a la frontera suiza y acompañar hasta Roma a uno de los huéspedes, a quien el Vaticano dispensará protección.

Storzi trató de poner humildad en sus palabras.

—Yo... yo no podría seguir trabajando en esta operación. Me sobrepasa, es superior a mis fuerzas.

—Sé que tendrás que hacer un esfuerzo, pero no te estoy planteando una posibilidad, sino señalándote una obligación. Ya sabes que en Octogonus no tenemos voluntad propia.

—No podría —balbució.

—Sí podrás y ¡ojalá algún día alcances a comprender las razones que me impulsan a actuar de esta manera!

El silencio que se hizo en el elegante gabinete de la Casina de Pío IV era glacial.

Vigilado y protegido por patrullas de la Werwolf, que se movían mucho más de cerca de lo que podía imaginarse, que se comunicaban a través de un complejo sistema que tenía algo de artesanal, el coche de Hans Fischböck circuló por carreteras secundarias, apenas transitadas. Su aspecto había mejorado mucho con el traje que le habían proporcionado.

Todas las noticias que recibía eran que las tropas norteamericanas estaban muy cerca. En más de una ocasión hubo de dar un rodeo por tierras de Baden-Württemberg e internarse en el corazón del sistema montañoso del Jura de Suabia para volver, más adelante, a las tierras más llanas de Baviera y, finalmente, entrar de nuevo a Baden-Württemberg, con el objetivo de no caer en manos de patrullas avanzadas de los aliados, que cada día ocupaban grandes extensiones de territorio. El ejército alemán ya no existía.

Empezaba a caer la tarde cuando afrontaron los últimos kilómetros, antes de llegar a la frontera. El camino se empinaba y las fragosidades de los Alpes hacían que el trayecto resultase más dificultoso. El tiempo de viaje desde Wurzburg se había ampliado considerablemente por causa de los problemas derivados del estado de las carreteras, que los obligó a rodeos adicionales. Apenas quedaba una hora de luz, cuando llegaron a las inmediaciones de Blumberg, muy cerca de la frontera suiza.

Una cabaña, perdida entre los pinares y próxima a la orilla sur de un pequeño lago era el punto señalado, que aparecía como el final del trayecto en el mapa que le habían entregado.

Dejaron el polvoriento Volkswagen, al que apenas quedaba combustible, oculto entre los árboles junto a un solitario embarcadero, y subieron a pie el sendero que conducía a la cabaña, eran poco más de trescientos metros. Fischböck llevaba en su mano el maletín con que salió de Berlín y la beretta. El humo que salía por la chimenea delataba la presencia de alguien en el interior de la cabaña, construida con gruesos troncos. Tenía las ventanas cerradas.

Al general le llamó la atención que la puerta estuviese abierta y que no se viese a nadie en el interior; Fischböck llamó desde fuera:

—¿Hay alguien?

El silencio fue la respuesta.

Insistió con igual resultado. Sacó la pistola, soltó el seguro y fisgoneó sin cruzar el umbral. En la chimenea ardía un fuego que había sido atizado poco antes. Hasta sus oídos llegó un ruido desde el escarpe que se elevaba detrás de la casa. Por encima de los árboles cruzó una bandada de patos silvestres en dirección al lago. Instantes después, el estampido de dos disparos ocasionó un revuelo generalizado de pájaros. El general hizo señas al conductor, mientras se alejaba de la entrada y corría hacia la frondosidad del pinar. Los dos hombres se ocultaron tras un peñasco, recubierto de musgo y semiprotegido por la arboleda, desde el que podían ver la casa. Aguardaron en silencio sin que ocurriese nada, salvo un aumento paulatino de la tranquilidad y una oscuridad creciente, que poco a poco se imponían en la agitada naturaleza. Apenas quedaba luz, cuando Fischböck dio unas breves órdenes al conductor que, pese a vestir de paisano, llevaba su arma reglamentaria, una walter del calibre 6'35. No podían continuar allí, después de casi media hora.

Fischböck decidió entrar en la cabaña. Comprobó que el fuego de la chimenea había disminuido, pero se mantenía encendido. En el interior, todo apuntaba a que los hombres que les aguardaban habían abandonado el lugar a toda prisa y poco antes de que ellos llegasen, sin que hubiese señales de cuál podía haber sido el motivo.

Trataban de encontrar alguna pista, cuando un ruido en el entarimado del porche los puso en guardia. Se pegaron a la pared, a ambos lados de la puerta, y aguardaron expectantes, pero otra vez se impuso el silencio. Pocos segundos después escuchaban de nuevo el ruido, era como si alguien rascase las tablas del suelo. Fischböck pensó en un animal y de un salto se plantó en la puerta, dispuesto a abrir fuego sobre lo que fuese.

Se encontró a sus pies con un individuo ensangrentado, que se arrastraba penosamente y empuñaba una pistola.

—No se mueva —le ordenó el general.

Desde el suelo alzó la vista, tenía el rostro crispado, la herida debía de ser dolorosa. Con mucha dificultad, preguntó:

—¿El general Fischböck?

—Hágase a un lado, mi general —indicó el conductor, que se había acercado a la puerta.

Fischböck se apartó y el chófer se acercó al herido, sin dejar de apuntar con su arma.

—Ese canalla quería traicionarnos —murmuró con dificultad, y pidió agua.

—¿A quién quería traicionar?

—Al general, había decidido avisar a los *tommies*. ¡Agua, por favor, me abraso!

—¿Quién iba a avisar a los *tommies*?

—Josef, el traidor al que acabo de matar.

—¡Vamos a llevarlo dentro! —ordenó Fischböck, más interesado por la información que por el estado del herido.

Lo acomodaron en una cama y comprobaron que tenía un agujero en el vientre, con muy mal aspecto. Aquel hombre había perdido mucha sangre, y en el esfuerzo realizado para llegar hasta la cabaña había consumido las pocas energías que le quedaban.

Bebió con ansiedad, aunque aquello aceleraría su muerte.

Improvisaron un vendaje con una de las sábanas y con dificultad creciente explicó lo ocurrido.

Allí les aguardaban, según el plan previsto, Josef y él, cuyo nombre era Helmut, miembros de las SS, a quienes se había encomendado la misión de conducir al general al punto por donde cruzarían la frontera para entrar en territorio suizo. Pero aquella tarde Josef se había puesto muy nervioso. Le planteó la posibilidad de entregar al general a los norteamericanos, para congraciarse con los *tommies*. Helmut trató de disuadirlo pero fue inútil, a pesar de indicarle que el futuro del Reich pasaba por la red de resistencia que estableciesen en el exterior. Discutieron y acabaron enfrentándose.

—¿Los disparos de hace un rato están relacionados con ello? —preguntó Fischböck

—Josef abandonó la cabaña —Helmut jadeaba cada vez más y le costaba mucho trabajo hablar—, para... para llevar a cabo su propósito. Aprovechó... aprovechó que yo había ido a la letrina. —Dio otro trago de agua—. Cuando salí se había marchado, corrí tras él y nos enfrentamos.

—¿Dónde está Josef?

Helmut contrajo el rostro de dolor.

—Acabé con él. No conseguí su objetivo, pero logré alcanzarme con un disparo.

En aquel momento llegó un sonido desde el exterior de la cabaña. Era el ruido de un motor que subía la empinada cuesta que conducía hasta allí.

—¡Los *tommies*! —exclamó el conductor, que se había asomado a la ventana.

—¡El traidor eres tú! ¡Miserable! —El general lo cogió por el cuello y tirando de la almohada para amortiguar el ruido le descerrajó dos disparos en la cabeza.

Los motores de los *jeeps* rugían cada vez más cerca, utilizaban toda la potencia que poseían para salvar la pendiente de la cuesta.

—¡Por aquí, mi general!

El conductor señaló una puertecilla en la parte trasera.

—¡Yo les detendré mientras usted se pone a salvo!

En los ojos del conductor brillaba una clara decisión. Se parapetó detrás de una recia mesa de pino, que volcó, con dos metralletas y una provisión de granadas de mano.

Cuando Fischböck salió la noche había caído sobre el bosque. Era una ventaja

para escabullirse, pero un problema para alguien que no conocía el terreno. Se alejó rápidamente ladera arriba y supo que los norteamericanos habían llegado a la cabaña, cuando escuchó la explosión de una granada, seguida del sonido de armas cortas automáticas. Se alejó pensando que, mientras escuchase el ruido de las armas, los *tommies* estarían entretenidos.

Intentaría cruzar la frontera aquella misma noche. Muy pronto el enemigo estaría alertado de su presencia en la zona y todo resultaría más difícil. Buscó entre sus bolsillos la brújula que le había servido para orientarse por los túneles del metro de Berlín, tendría que caminar en dirección sur. Solo entonces se dio cuenta de que su precioso maletín se había quedado en la cabaña; ya era demasiado tarde para volver. Su pérdida significaba un importante contratiempo, pero tampoco era el fin del mundo.

Se movió con agilidad en el silencio de la noche. No llevaba equipaje, únicamente la beretta con sus cargadores de repuesto, una billetera con su pasaporte, los datos de una cuenta numerada en un banco de Ginebra y un buen fajo de libras esterlinas para afrontar sin problemas varias semanas. En su cabeza también estaba la clave de una caja fuerte.

La capital del Trentino era una ciudad apacible que el curso del Adigio partía por la mitad. El peso de la historia había dejado una fuerte huella en su casco urbano, porque Trento había sido testigo de uno de los acontecimientos que marcaron el curso de la historia de Europa. Allí se reunió el concilio que, impulsado por el emperador Carlos I de España, estableció las líneas básicas con las que la iglesia de Roma se enfrentó al creciente poder de los protestantes.

Nicola Storzi, vestido con un elegante traje negro, dejaba correr los pensamientos que había despertado en su cabeza el titular de *Il Corriere della Sera*: «La guerra a punto de terminar. En la madrugada de ayer el general Weidling rindió sus tropas, como responsable de la defensa de Berlín». Estaba cómodamente sentado en la terraza de la cafetería Cavour, en la piazza del Duomo. La alegría se reflejaba en los rostros de la gente. El horror quedaba atrás, aunque los años que aguardaban no ofrecían un panorama de rosas. Había llegado la víspera y se había alojado en un limpio hotelito, situado en la vía Torre Vanga, cuya habitación daba a los jardines de la plaza dedicada a Dante.

La cafetería Cavour estaba en los bajos de las Casas Rella cuyas fachadas, pintadas a mediados del siglo XVI por Marcello Fogolino, causaban impresión a todos los que visitaban la ciudad. La mañana era apacible, si bien el fluir de gentes que se abrazaban, gritaban alborozadas y manifestaban sus emociones era continuo. Probablemente, eran las mismas gentes que meses atrás habían vitoreado al Duce en las concentraciones fascistas y habían proferido gritos de alabanza al Führer, el gran aliado de Mussolini.

Niccola reflexionaba, ante su capuchino, sobre la situación en que se encontraba. Octogonus había reaparecido en su vida con la misma intensidad con que surgiera seis años atrás. Era como la agitación producida por una turbina que nada ni nadie podía frenar.

Su vinculación a Octogonus le había deparado algunas de las emociones más fuertes de su vida; tal vez las más fuertes. Magdalena Wissemann había sido una breve visión que, sin embargo, había dejado una huella imborrable en su corazón y muchas dudas en su alma.

Por causa de Octogonus también había vivido el momento más doloroso de su vida, al asumir que las muertes de su padre y de su hermano fueron una consecuencia de su actuación en la operación Eitles Gold.

Los años transcurridos supusieron una crisis larvada en los que la duda asaltó el ánimo del sacerdote. Había demasiados puntos negros en la actitud mantenida por Pío XII respecto a los regímenes totalitarios. No había comprendido su silencio, que solamente podía considerar como cómplice y ahora..., ahora aquello.

¿Por qué Leiber, uno de los hombres más calculadores, fríos e inteligentes que había conocido en su vida, cometía el error de obligarle a participar en la operación Pasillo Vaticano?

Niccola meditaba sobre las razones por las que estaba sentado, en una templada mañana de primavera, en la plaza principal de Trento, cuando se certificaba la defunción del Reich de los Mil Años.

Lo sacaron de sus pensamientos unos gritos crispados. Procedían de una de las calles que desembocaban en el Duomo.

—¡Fascista! ¡Fascista!

Los insultos iban dirigidos a un individuo a quien rodeaba una patrulla de policía, protegiéndolo de un numeroso grupo de personas que lo increpaban y amenazaban. La tumultuosa comitiva se perdió por el otro extremo de la plaza y, poco a poco, los gritos se fueron apagando en la lejanía.

Pensó en la impunidad que proporcionaba la masa y la maldad con que mucha gente desataba su ira o daba rienda suelta a sus frustraciones en situaciones como aquélla. Cogió *Il Corriere* y trató de apartar de su mente la penosa imagen que acababa de desfilar ante sus ojos.

Ignoraba el tiempo que había de permanecer en aquella tranquila localidad del norte de Italia. Lo único que sabía era que recibiría órdenes de Octogonus en el momento oportuno. Leiber le había insistido, después de forzar su voluntad, para que asumiese una misión que repugnaba a lo más íntimo de su conciencia, en que se tomase unos días de reposo que tranquilizasen su ánimo, mientras aguardaba instrucciones.

El fanatismo de un soldado de la división Nordland de las SS, cuyo nombre nunca supo, porque ni se tomó la molestia de preguntárselo, durante las cuarenta horas que estuvo con él sirviéndole como conductor, fue lo que facilitó al general Hans Fischböckel tiempo necesario para alcanzar territorio suizo.

A su llegada a la cabaña, los soldados americanos se encontraron con una resistencia encarnizada. En lugar de detener sin dificultades a uno de los más directos colaboradores del Reichsführer Himmler y, lo que era más importante, dar un golpe a la operación que los alemanes habían denominado Aussenweg, fueron recibidos con una potencia de fuego que les hizo pensar en una trampa. Tardaron cerca de una hora en entrar en el pequeño refugio de montaña. Encontraron dos cadáveres: uno pertenecía a un individuo que vestía el negro uniforme de las SS, estaba desangrado, tendido en un camastro, con dos disparos que le habían volado la cabeza y una herida en el vientre. El otro, que vestía una raída ropa civil y tenía los ojos muy abiertos, estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre, acribillado a balazos. Apretaba con crispación una metralleta a la que se le había agotado la munición. No tenía documentación, pero no albergaron dudas de que se trataba del pez gordo que habían ido a buscar, el general de las Waffen-SS, Hans Fischböck.

A la mañana siguiente encontraron un tercer cadáver, también uniformado, con un tiro en la cabeza; estaba tendido en el bosque, a unos doscientos metros de la cabaña. Nunca supieron cuál era el cadáver del soldado que les había facilitado la información para llegar hasta allí. Cerca del pequeño embarcadero descubrieron un vehículo, ligeramente camuflado, se trataba de un Volkswagen al que apenas quedaba combustible. Pero lo más preciado de todo fue una cartera en la que había abundante documentación.

La confusión de los *tommies* que creían haber acabado con él y la oscuridad de la noche fueron los mejores aliados de Fischböck. A partir de aquel momento sería Jacob Schramm, con ese nombre se registraba a las nueve de la mañana en un coqueto hotel de la localidad suiza de Schaffhausen. Desde la ventana podía ver el curso del Rin cuyas aguas bajaban bravas, formando torrentes y cascadas, dado lo escarpado del terreno. Estaba a salvo, al otro lado de la frontera que separaba Alemania de la Confederación Helvética.

Jacob Schramm había dedicado buena parte del día a su persona, tomó un reconfortante baño y le produjo repulsión vestir otra vez las sucias prendas que constituían su único vestuario. Repuso fuerzas con un copioso desayuno y curioseó por el hotel. Siempre era bueno tener un conocimiento adecuado del terreno, descubrió que había una escalera de servicio y otra puerta de entrada al inmueble en la parte trasera. Se llegaba a ella por un largo pasillo al que daban varias dependencias. Luego se informó de las tiendas de ropa de la pequeña localidad, que ostentaba la capitalidad del cantón más septentrional de la Confederación Helvética.

Schaffhausen era una pequeña ciudad provinciana, pero en aquellas circunstancias no resultaba demasiado complicado pasar desapercibido. Los refugiados se contaban por centenares. Tenía un comercio suficiente para satisfacer las necesidades de sus veinticinco mil habitantes, y sus tiendas y almacenes vivían una época dorada por causa de la guerra, al convertirse en un lugar adonde llegaban quienes huían de los horrores del conflicto.

Después de aprovisionarse de francos suizos cambiando una parte de sus libras, adquirió dos pares de zapatos, compró varias mudas de ropa interior, media docena de calcetines, cinco camisas, un par de corbatas y un traje que no requirió de ningún arreglo para adaptarlo a su figura; sin embargo, deseaba que su imagen proyectase una elegancia que el traje adquirido no podía proporcionarle.

Se vistió y buscó, paseando por las calles del centro, una sastrería. Escogió dos excelentes cortes de paño para hacerse otros tantos trajes a medida. No discutió el precio, sino el plazo de entrega. El sastre, que olfateó un buen negocio, aceptó, por una cantidad adicional, las exigencias del cliente. En tres días haría una prueba de puesta y dos días después tendría los trajes a punto, en total menos de una semana. Entregó una suma a cuenta, por la que se le extendió un recibo, y quedó en acudir para la prueba en la fecha fijada.

En otra tienda de la misma calle adquirió los adminículos necesarios para el afeitado, agua de colonia y tinte para el pelo. Con las compras se le había ido la mañana y, cargado de paquetes, regresó al hotel.

Antes de comer pidió una conferencia con España, tenía que hablar con

Madrid. Le informaron de que habría de hacerlo a través de la centralita del hotel. Facilitó el número con que deseaba hablar a una amable telefonista, quien le informó, mientras manejaba con soltura una maraña de clavijas, que si no había demora en las líneas internacionales, su conferencia tardaría unas dos horas.

—¿Ha dicho usted dos horas? —preguntó incrédulo.

—Hay saturación en las líneas, señor Schramm. Ese tiempo será, si no nos encontramos con demoras, que con España son muy frecuentes.

—¡Qué barbaridad!

—Si no ha comido, le recomiendo que lo haga tranquilamente o que emplee su tiempo en cualquier ocupación, y o le avisaré.

Dos horas y media más tarde Jacob Schramm sostenía una conversación larga y dificultosa, por causa de numerosas interferencias, con Carlos Fuldner. Pensando en que alguien pudiese escucharles extremó la precaución con sus expresiones. Después de un breve saludo, se presentó simplemente como Jacob y se cuidó mucho de mencionar el nombre de la persona que estaba al otro lado de la línea telefónica.

—¿Hemos elegido ya el lugar de las vacaciones?

—Sí, será en el Alto Adigio, en el valle de Venosta, allí hay una preciosa localidad llamada Trafoi, es un lugar muy tranquilo.

—¿Cómo ha dicho?

—T-r-a-f-o-i —le deletreó.

—Creo que eso queda en el otro extremo de la frontera suiza —comentó Schramm mientras anotaba el nombre.

—En efecto.

—¿Hay alguna razón especial para que haya sido ese lugar?

—La razón principal es que se trata del Alto Adigio, donde la mayoría de sus habitantes son germanoparlantes, casi dos terceras partes de la población. Eso es algo que siempre resulta agradable.

—Queda un poco lejos, ¿no le parece?

—No tanto, Suiza es un país pequeño por el que resulta cómodo y seguro viajar.

Pensó en los últimos momentos que vivió en territorio del Reich. Si toda la seguridad establecida resultaba tan eficaz como la de aquella cabaña, podía dar su vida por perdida.

—Ya lo creo, este país es un remanso de paz —comentó—. ¿Tienen ya hecha la reserva de hotel?

—Sí, como nos indicó en su carta, hemos hecho las reservas a partir del once. Pensamos que para entonces habrá dejado resueltos todos los negocios con su abogado.

—Lo veré en los próximos días.

—Si tiene algún problema, ya sabe a quién tiene que dirigirse.

—¿Puede darme su número de teléfono? —solicitó Schramm, que no comentó nada a cerca de la pérdida de su lista telefónica. Menos mal que tenía memorizado el de Fuldner, con quien había mantenido los dos últimos meses una frecuente comunicación.

Se hizo un relativo silencio en la línea, sacudida por las interferencias.

—¿No lo tiene?

La pregunta denotaba sorpresa, pero Schramm no podía explicarle por teléfono que había perdido una cartera con importantes documentos, aunque no tanto como para poner en peligro la operación.

—No lo encuentro.

Hubo otro silencio y el general se percató de que había despertado dudas lógicas en el hombre que coordinaba Aussenweg desde España. Decidió pronunciar la palabra clave, aunque significaba un riesgo.

—Sonnewende.

Solsticio era el nombre en clave que utilizaban los integrantes de la operación Aussenweg. Inmediatamente, sin decir palabra, Fuldner le facilitó el número que necesitaba y que le permitiría entrar en contacto con el capitán de las Waffen-SS, Wilhelm Eggen, y que, desde hacía algunas semanas, había recibido el encargo de trabajar en la evacuación por territorio suizo, hasta lugar seguro, de relevantes personalidades del partido nazi.

Cuando colgó el teléfono hizo cálculos. Disponía de nueve días para llegar a la frontera italiana, tiempo sobrado para realizar las gestiones con Büchi y preparar el viaje hasta el paso fronterizo, que utilizaría para llegar a Trafoi.

En una furgoneta, aparcada al otro lado de la calle donde estaba el hotel, alguien con unos auriculares soltó una maldición.

—¡Me cago en la puta!

—¿Qué ocurre, Peter?

—¡Las malditas interferencias! ¡En España las líneas telefónicas son una mierda! ¡Siempre pasa igual! ¡Al final no he podido sacar en claro ese número de teléfono, ni otras cosas de interés!

Al salir del hotel a Jacob Schramm le llamó la atención que la misma furgoneta que había aparcada frente a la entrada, cuando regresó de las compras, siguiese allí. Cuando vio la pequeña antena que sobresalía del techo, supo que habían escuchado la conversación que acababa de mantener. Con el brazo comprobó que la beretta estaba en su sitio y disimuló lo mejor que pudo. Repasó mentalmente la conversación y llegó a la conclusión de que había dos datos importantes que podían estar en poder del enemigo. El número del capitán Wilhelm Eggen, aunque en ningún momento había pronunciado su nombre, y la palabra clave para identificarse entre los hombres que estaban organizando Aussenweg.

Presa de una creciente preocupación, fue hasta un quiosco donde vendían prensa y golosinas que había en la esquina y compró un periódico. Se detuvo a observar, por encima del diario que simulaba leer, los movimientos que se produjeron en la furgoneta. Comprobó cómo bajaba un individuo que caminaba con aire distraído hacia donde él se encontraba. Hundió su cara en las páginas y permaneció sin moverse como si estuviese muy interesado con la lectura; pasó por su lado casi rozándole. Unos segundos después echó a andar hacia la ribera del Rin y lo atravesó por un antiguo puente de piedra para acabar tomando un café en una agradable terraza, tratando de poner en orden sus ideas y con todos los sentidos alerta.

Su aspecto había mejorado considerablemente gracias al traje con que había sustituido el que le habían facilitado en Wurzburg, su nueva camisa, su elegante corbata y unos zapatos nuevos. Recordó que, de pequeño, su abuela le repetía, una y otra vez, que la parte más importante de la indumentaria de un caballero eran los zapatos; siempre pensó que lo hacía con el propósito de que cada mañana se los lustrase convenientemente.

Llevaba un cuarto de hora pensando qué podía hacer en aquellas circunstancias cuando se percató de que el individuo de la furgoneta merodeaba por los alrededores. Si necesitaba una confirmación, acababa de obtenerla. Pidió la cuenta, pagó y se marchó por la ribera del río, con el periódico bajo el brazo. Como a un kilómetro encontró otro puente, lo cruzó y preguntó por un locutorio telefónico.

Hubo de esperar unos minutos hasta que la operadora le asignó una cabina. Desde allí podía hablar con cierta intimidad. Cuando tuvo línea escuchó una voz femenina.

—¿Dígame?

—¿El señor Eggen?

—¿Quién lo llama?

—Jacob Schramm.

Un momento, por favor.

Aguardó unos instantes hasta que escuchó la ruda voz del capitán de las Waffen-SS.

—¿Dígame?

—Soy Jacob Schramm.

—¡A la orden, mi...! —No terminó la frase.

—¿Cómo ha dicho?

—Nada, señor.

—Escúcheme con atención. Desde hace unas horas estoy en Suiza, en una localidad llamada Schaffhausen.

—La conozco.

—Tengo la certeza de que unos moscones andan pisándome los talones.

¿Cuento con usted?

—Por supuesto, señor.

—¿Dónde podríamos vernos para analizar la situación?

—Podría acercarme a Schaffhausen. Estoy a menos de una hora de camino.

—No me parece lo más oportuno. Si le ven conmigo, también podrán controlarlo a usted.

—¿Propone algo, señor?

—Si usted tarda menos de una hora en venir aquí, ése es el tiempo que yo emplearé en ir a donde está usted.

—Podrían seguirle, señor.

—Es posible, pero creo que puedo despistarles. Usted está en Zurich, ¿no?

—Así es, señor.

—¿Cuántos kilómetros hay desde aquí?

—Unos cuarenta y cinco, señor.

—¿Dónde podríamos vernos?

—Hay una cafetería que se llama Leman; está junto al Museo de la Ciudad, en una pequeña isleta formada en la confluencia de dos ríos, el Limmat y un afluente. No tiene pérdida, señor. Podríamos vernos en la primera planta, por encima de la cafetería, se trata de un piso que controlamos y que, en caso de problemas, tiene salida por una puerta falsa.

—Me parece un lugar excelente.

—¿A qué hora nos vemos, señor?

Jacob Schramm consultó su reloj. Eran las cinco y cuarto.

—Entre las ocho y las nueve.

—Lo estaré aguardando, señor.

Preguntó a una de las señoritas que atendían el locutorio por una parada de taxis. Solamente había dos y una de ellas estaba muy cerca. Tomó un taxi y preguntó al chófer si estaría en disposición de llevarle a Zurich para volver aquella misma noche. El taxista se mostró dispuesto y rápidamente se pusieron de acuerdo en el precio.

—Primero tendrá que llevarme al hotel Zentrum, he de recoger unas cosas.

—¿Se aloja usted allí?

—Sí —respondió con sequedad. A Jacob Schramm no le había gustado la pregunta.

Cuando llegaron la furgoneta había desaparecido y la calle estaba poco transitada, pero el nazi decidió tomar precauciones.

—Vaya a la calle de atrás y aguarde allí. Saldré por la otra puerta.

Cruzó el pequeño vestíbulo del hotel, que estaba desierto. Entró en los lavabos y salió poco después. El recepcionista atendía en aquel momento a un viajero que acababa de llegar, fue el momento que aprovechó para ganar el largo pasillo que permitía el acceso a la puerta trasera. Nadie lo había visto y el taxi

aguardaba en el lugar indicado.

A las ocho y diez minutos Jacob Schramm pulsaba el timbre del piso donde aguardaba Wilhelm Eggen. Al abrirle la puerta, el capitán de las Waffen-SS alzó su brazo derecho y gritó:

—*Heil Hitler!*

Por toda respuesta el general comentó:

—Cierre la puerta y no sea imprudente. Además, el Führer ha muerto.

—No creo lo que dice la propaganda enemiga.

—Pues créalo, Eggen. Hace setenta y dos horas la situación en Berlín era insostenible. Los rusos estaban muy cerca del Reichstag y de la cancillería. Es cierto que, en algunos puntos de la ciudad, nuestros camaradas luchaban con bravura, pero su sacrificio carecía de sentido. Esta madrugada el general Weidling se ha rendido. Será cuestión de días que el almirante Dönitz dé carácter oficial a la triste realidad de nuestra derrota.

—El Reichsführer dijo que todo jefe u oficial que se rindiese quedaba automáticamente relevado del mando.

El general lo midió con la mirada y le espetó:

—Himmler ha sido declarado traidor. Intentó negociar una paz con los americanos a espaldas del Führer.

—¡Eso es derrotismo, mi general!

—Desgraciadamente, eso es la verdad. Si de veras quiere colaborar para preservar la esencia de nuestro proyecto, escúcheme con atención.

El general se sentó en un cómodo sofá que había en un rincón del amplio salón.

—¿Desea tomar algo, mi general?

—Si tiene whisky, me vendría bien un trago.

—¿Hielo? ¿Agua?

—Solo.

Eggen abrió un mueble bar y sacó una botella de whisky escocés. Llenó el vaso con generosidad.

—¿No me acompaña?

—Gracias, señor.

El capitán se sirvió un dedo, también solo. Al general le encantaba que en aquellas circunstancias se mantuviese la disciplina.

Con brevedad, resumió sus sospechas de haber sido espiado y le explicó cómo había conseguido despistar al individuo que le había seguido aquella tarde.

—Es muy posible que tengan el número con el que he establecido contacto con usted.

—Si no ha pronunciado mi nombre, tendrán dificultades para localizarme.

—Así lo espero. Ahora escúcheme con atención, necesito reunirme con los abogados lo antes posible. Los norteamericanos se han apoderado de una cartera

con cierta documentación que puede ponernos en un serio compromiso. Necesitamos con urgencia su asesoramiento.

—¿Cuánto tiempo permanecerá usted en Suiza?

—El día once cruzaré la frontera.

—Si les ha despistado, ¿hay alguna razón por la que haya de permanecer en Schaffhausen?

El general pensó que no, salvo recoger sus pertenencias y una visita al sastre para probarse y retirar los trajes.

—Tengo una cita con un sastre —comentó con cierto humor, después dio un trago de whisky.

Eggen puso cara de no comprender y su superior apuntó en sus labios una sonrisa maliciosa.

—En realidad, salvo pagar la cuenta en el hotel, recoger alguna ropa que tengo allí y unos trajes que he encargado esta mañana, nada tengo que hacer en Schaffhausen.

El capitán parecía extrañado, dio un sorbo a su whisky y, aunque era una incorrección, no pudo evitarlo.

—¿Ha encargado usted unos trajes?

—No olvide nunca, mi querido Wilhelm, que la imagen es primordial a todos los efectos. No se puede ir de cualquier forma. El próximo sábado el sastre me hará una prueba y el lunes estarán confeccionados.

—Comprendo, señor.

Eggen dio otro sorbo a su whisky y añadió:

—Si le parece podríamos enviar a pagar la cuenta de su hotel y recoger la ropa. El sábado lo llevaríamos a Schaffhausen para la visita al sastre y el lunes nos encargaríamos de recoger las prendas.

Sonrió de una forma que Eggen pensó que se había exlmitado.

—... Si le parece bien al general —añadió.

—Creo que no es mala idea, aunque yo también acudiré al hotel.

—¡El individuo que se aloja en el hotel Zentrum de Schaffhausen es el general Fischböck! —comentó un tipo canijo, inclinado sobre una enorme mesa llena de papeles, en la que reinaba el más completo desorden.

—Eso no es posible, el general Fischböck murió en el tiroteo de la cabaña —exclamó uno de los dos individuos vestidos de uniforme que había en la habitación habilitada como centro de documentación del ejército aliado en Stuttgart.

—¿Seguro?

—Eso dicen los informes.

—Me parece que los informes están equivocados. ¿Quién ha identificado el cadáver?

—Aguarda un momento.

Mientras el militar buscaba entre los papeles, el canijo se enderezó, tenía unas gafas de gruesas lentes que agrandaban sus ojos y le daban un aspecto de búho, nombre con que lo apodaban sus compañeros del servicio de criptografía.

—Aquí está. —Mientras leía el folio que sostenía entre las manos su rostro enrojecía—. No están seguros, porque el supuesto cadáver del general no tenía documentación y un disparo le había deformado el rostro; a pesar de todo lo dieron por bueno.

El Búho cotejó de nuevo los papeles que había estudiado.

—Se han equivocado. Entre la documentación oculta en el doble fondo de la cartera, que nuestros muchachos consiguieron en esa cabaña cercana a Blumberg, hay una serie de cheques nominativos. ¡Ese nombre coincide con el que lograron anotar los escuchas en el hotel! Ese tipo se identificó como Jacob y los cheques están extendidos a nombre de Jacob Schramm. ¡Tiene que ser Fischböckel que mantenía esa conversación!

El individuo del uniforme que había concentrado su atención en un mapa desplegado sobre la mesa exclamó:

—¡Schaffhausen está al otro lado de la frontera!

—¡Todo encaja! Pero hay algo más. ¡A ver, pásame el mapa!

Se inclinó sobre él y lo escudriñó detenidamente, a la vez que garabateaba en un papel. Al cabo de unos minutos de silencio absoluto, bajo la atenta mirada de los dos militares, exclamó con gesto triunfal:

—El once tratará de cruzar a Italia y lo hará por el paso del Estelvio.

—¿Cómo lo sabes?

—La entrecortada conversación que han transcrito nuestros escuchas, señala que el día once de este mes comenzará sus vacaciones en una localidad llamada Trafoi.

—¿Estás seguro de ese nombre?

—En la conversación lo deletrearon y, efectivamente, he comprobado que hay un Trafoi en el Alto Adigio.

—¿Por qué dices que cruzará la frontera por el Estelvio?

—Porque ese paso fronterizo está a pocos kilómetros de Trafoi.

—¿Podría cruzar por otro lugar y dirigirse luego a Trafoi?

—Podría, pero no lo creo porque eso supondría correr riesgos innecesarios. Aunque oculta su identidad bajo... —el Búho miró un papel— bajo el nombre de Jacob Schramm, el general Fischböck no podrá moverse por territorio italiano con la misma libertad que puede hacerlo en Suiza, allí no está bajo el amparo de la neutralidad. Lo más importante de todo es que conocemos su nueva identidad.

El otro individuo de uniforme, que no había abierto la boca, limitándose a tomar notas en un papel, levantó el auricular de un teléfono casi perdido en el revoltijo de planos, mapas y documentos.

—Póngame con el coronel Ward. Sí, sí muy urgente; sí, sí, de parte del capitán Jakson.

Hubo de aguardar un par de minutos, hasta que escuchó al otro lado de la línea:

—Ward al habla.

—Mi coronel, hemos descubierto que el general Fischböck no murió en el tiroteo de la cabaña, está alojado en el hotel Zentrum de la ciudad suiza de Schaffhausen, bajo la identidad de Jacob Schramm. Dentro de unos días tratará de entrar en Italia.

—¡Eso no es posible! ¡Los informes...!

—Disculpe, mi coronel, ha habido un error. El cadáver no era el del general Fischböck

—¡Maldita sea!

—Lo siento, señor.

—¿Cuándo cruzará a Italia?

—Según nuestros datos el próximo once, posiblemente por el paso del Estelvio.

—¿Cómo lo saben?

—Hemos cruzado la información de la cartera, que apareció en la cabaña, con los datos de una conversación interceptada. Todo coincide, señor.

Hubo un breve silencio.

—¿Alguna posibilidad de actuar en Suiza?

—Es muy complicado, señor. Ya sabe... los suizos... Hay mucho oro nazi en los sótanos de sus bancos.

—¡Malditos banqueros! ¡Manténgalo bajo control! ¡No repare en medios! ¡Ése es un pez demasiado gordo para dejarlo escapar! Con la máxima discreción, haga todo lo que esté en sus manos, ¿me ha comprendido?

—Sí señor.

—¡En todo caso, manténganlo vigilado en todo momento!

—A la orden, señor.

—Si no podemos hacer nada en Suiza, le echaremos el guante en cuanto ponga el pie en Italia. Buen trabajo, Jakson.

—Gracias señor.

Después de más de ocho horas de vigilancia y unos minutos antes de las diez de la noche, sin que su objetivo diese señales de vida, los agentes del servicio secreto norteamericano se dirigieron a la recepción.

—¿El señor Jacob Schramm?

El joven recepcionista, que acababa de iniciar su turno de trabajo, preguntó:

—¿Saben su número de habitación?

—Lo siento...

—No se preocupe.

Buscó en el libro de huéspedes, repasando nombre por nombre con el índice extendido.

—Aquí está, es la habit... —No completó la frase—. ¡Ah! Lo lamento, pero el señor Schramm ya no es nuestro huésped.

—¿Cómo dice!?

—El señor Jacob Schramm se marchó anoche. Exactamente —miró en el libro— abandonó el hotel a las doce y cuarto de la noche. Liquidó su cuenta y se marchó.

—¿Dejó alguna dirección?

—Nada, señor. Lo lamento.

—¡Más lo lamento yo!

Los espías norteamericanos habían llegado demasiado tarde. Hacía casi veinticuatro horas que Jacob Schramm se había marchado sin dejar rastro. No fue necesario un análisis muy detallado para comprender que su salida del hotel a aquella hora la había provocado alguna circunstancia extraordinaria.

Todavía tenían dos oportunidades. Conocían el nombre bajo el que se ocultaba y la fecha del once de mayo en el paso del Estelvio. Pero acababan de perder la más importante de sus bazas: tenerlo bajo control y actuar con contundencia si se les presentaba una ocasión propicia.

A la misma hora en que los norteamericanos habían descubierto que el pájaro había volado de la jaula, Jacob Schramm cenaba en un reservado de un restaurante de Zurich, junto al Grossmünster, un vetusto monasterio románico construido en el siglo XI. Lo acompañaban a la mesa dos abogados suizos con los que había mantenido frecuentes relaciones durante los años de la guerra. Se

trataba de Walter Büchi y Arthur Wierdekehr; necesitaba su asesoramiento acerca de algo que no lo había dejado tranquilo en los dos últimos días. También estaba el capitán Wilhelm Eggen.

Lejos de oídos indiscretos, durante la cena los cuatro hombres habían trazado el plan para que Jacob Schramm pasase con todas las garantías a territorio italiano. A los postres el general de las Waffen-SS manifestó su deseo de acudir a Ginebra.

—He de resolver unos asuntos personales.

—No hay ningún problema —comentó Büchi, que sería el encargado de acompañarle hasta la frontera y dejarle en buenas manos—. ¿Cuándo desea usted ir?

—No hay prisa.

—Como usted desee.

En aquel momento, Jacob Schramm creyó llegado el momento de plantear el asunto que le agobiaba desde que tuvo que abandonar, a toda prisa, la cabaña en las proximidades de Blumberg. Cada vez estaba más obsesionado con la pérdida de la cartera.

—Caballeros, he de comunicarles un asunto de cierta gravedad.

El acento solemne que había puesto a sus palabras causó impresión en los otros tres hombres, aunque todos sabían que el principal motivo de aquella reunión lo iba a poner ahora sobre la mesa.

—En estos momentos los norteamericanos tienen en su poder algunos datos de gran importancia para nosotros.

—¿Podría ser un poco más explícito?

—Por supuesto, mi querido Walter, como ya les he contado uno de los hombres que aguardaban mi llegada a Blumberg nos había traicionado. La inesperada presencia de los *tommyes* me obligó a salir de la cabaña a toda prisa. Allí se quedó un maletín con cierta documentación, que en estos momentos los norteamericanos estarán analizando minuciosamente.

—¿Qué clase de documentación?

Jacob Schramm puso cara de circunstancias.

—Además de algunos efectos personales, había una carta del Reichsführer, varios cheques bancarios, la clave de una de nuestras cuentas y una lista de teléfonos.

Conforme desgranaba su contenido, el rostro de los dos abogados se iba ensombreciendo. Lo que el general acababa de indicar era de suma gravedad. Wierdekehr resopló con fuerza tratando de relajarse.

—Me parece que lo mejor es que vayamos por partes —propuso Büchi, que parecía el menos afectado de los dos—. ¿Ha mencionado unos cheques bancarios?

—En efecto.

—¿Recuerda su importe?

—Calculo que sumarian unas treinta mil libras esterlinas.

—Bonita suma. ¿Recuerda en qué cuenta?

—Son unos cheques conformados —al escuchar aquella palabra Büchi frunció el ceño— en una cuenta de la Union de Banques Suisses, concretamente su sucursal de Ginebra.

—¿Ha dicho conformados?

—Así es.

—¿Eso significa que han de ser nominativos?

—A nombre de Jacob Schramm.

El general de las Waffen-SS palideció.

—¡Maldita sea! —Dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar la cristalería.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eggen.

El general tenía el rostro demudado, estaba completamente pálido. Le costaba trabajo hablar.

—A través de esos cheques han deducido la nueva identidad del general —comentó el abogado—. Ahora saben que se llama Jacob Schramm.

—Eso es algo muy grave —señaló Wierdekehr—. Muy grave.

Se hizo un silencio tenso.

—Estarán buscando a Jacob Schramm por todas partes y antes o después acabarán por encontrarlo —remachó Büchi.

—Ignoran que el general está en Zurich —intervino el capitán Eggen.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Podremos mantenerlos alejados los días que faltan para que cruce la frontera? Son demasiados y cada hora que transcurre aumenta el peligro. —Wierdekehr estaba alarmado.

—No se atreverán a actuar en territorio neutral. Las autoridades suizas...

—Hay muchas formas de actuar, mi querido Eggen.

La preocupación había ensombrecido aún más los semblantes. Se hizo un breve silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Fue Büchi quien lo rompió:

—Aunque suponga una complicación, la única opción que tenemos es cambiar la identidad del general. Hay que facilitarle cuanto antes un nuevo pasaporte. ¿Sería posible?

El abogado miró al capitán de las Waffen-SS.

—Lo tendremos en cuarenta y ocho horas.

—¿Está seguro?

—Completamente, deje ese asunto en mis manos.

Jacob Schramm emitió un profundo suspiro y dio un largo trago a su bebida.

—Sigamos con el repaso de lo que había en esa cartera —planteó Büchi algo más tranquilo—. Tienen en su poder varios cheques que les han permitido conocer la nueva identidad del general...

—Al ser nominativos tendrán dificultades para cobrarlos —lo interrumpió Wierdekehr—. No obstante, para mayores garantías, mañana a primera hora procederemos a anularlos.

—También tienen la clave de una cuenta. ¿Recuerda qué cuenta? —Planteó Büchi.

—Sí, la que está abierta aquí, en Zurich, en el Credit Suisse.

—Sólo con la clave no podrán hacer nada, si no conocen el nombre del titular. Para cualquier operación tienen que identificarse. ¿Pueden saber ese nombre?

El general dio otro trago a su copa. Había recuperado una parte de la serenidad perdida.

—No lo creo.

—Necesitamos seguridades, general. Sí o no.

—No.

—Bien, eso es una ventaja. En todo caso, mañana a primera hora elevaremos una petición de modificación de la clave. Aunque el procedimiento es engorroso, lo tendremos resuelto en un par de días. Y, como ha dicho Arthur, también trataremos de anular esos cheques de Ginebra; si no los han hecho efectivos, que será lo más probable, se convertirán en papel mojado.

Poco a poco, Schramm se iba quitando peso de encima, aunque el sobresalto al darse cuenta de que los norteamericanos conocían su nueva identidad había sido grande. Si conseguían anular los cheques y cambiar la clave, entonces la pérdida de la cartera se podría saldar con un daño mínimo.

—Ha mencionado también una carta de Himmler. —Büchi parecía un fiscal, sometiendo al acusado a un duro interrogatorio.

—Se trata de una carta del Reichsführer encomendándome Aussenweg y una lista con números de teléfono.

Büchi frunció el ceño.

—Eso significa que estarán vivamente interesados en su captura. Su persona ha ganado para ellos muchos enteros.

Jacob Schramm soltó una carcajada.

—Supongo, mi querido amigo, que con anterioridad a ese encargo había contraído méritos más que suficientes. Por lo que respecta a Aussenweg hace tiempo que conocen su existencia.

—Me alegra comprobar que no le afecta el que los norteamericanos sepan que tiene encomendada una importante misión. Veamos ahora qué hay de la lista de teléfonos.

—No creo que les sea de mucha utilidad. —El general estaba mucho más relajado—. Estaba en clave. Tendrían que realizar miles de llamadas para hacer una identificación correcta. Lo tienen muy complicado.

—¿Está seguro de que no podrán identificarlos? ¿Recuerda si había anotado algún nombre? ¿Algún indicativo que les pueda proporcionar una pista? ¿Un dato

que les permita buscar en alguna dirección?

—Como le digo lo tienen muy complicado. Solamente estaban anotados los números en clave acompañados de unas iniciales.

—Insisto en ello porque, si tienen alguna posibilidad de descubrir esos números, podemos tomar las medidas adecuadas.

El general recordó la conversación con Fuldner.

—En realidad, pueden tener una vía para descifrarlos.

—Le escucho.

—Ya les he contado que ayer mantuve una conversación telefónica con España, pero fui extremadamente cuidadoso con cada palabra que pronuncié. Sin embargo, tuve necesidad de pedir un número, precisamente el del capitán Eggen, que es uno de los que están incluidos en esa relación. Si, como sospecho, escucharon la conversación...

—Lo que acaba de decir es muy grave. ¿Pronunció en algún momento el nombre del capitán?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Eso es una ventaja, lo que no significa que dejemos de tener un problema serio porque por esa vía, antes o después, acabarían por localizarlo. ¿Ha recibido alguna llamada extraña en las últimas cuarenta y ocho horas?

Eggen negó.

—¿Qué uso tiene ese teléfono?

—Solamente lo utilizo yo.

—¿Ninguna otra persona?

—Ninguna.

—¿Bajo ninguna circunstancia?

—Bajo ninguna circunstancia.

—¿A nombre de quién está?

—A nombre de la compañía Extroc.

—Lo mejor será anular esa línea. Hablaremos con la compañía de teléfonos para que restrinjan la información sobre la misma. Para sus contactos —Büchi dirigió a Eggen una mirada cómplice— tendrá que contratar otra línea y, en mi opinión, deberá trasladar lo antes posible su centro de operaciones. Aunque logremos entorpecer la información sobre ese número de teléfono, al final conseguirán tirar del hilo que les conducirá hasta usted. No le quepa la menor duda.

Walter Büchi estaba tomando todas las medidas a su alcance. Nunca sabría que los norteamericanos estaban mucho más lejos de lo que imaginaba en aquel momento para llegar hasta Wilhelm Eggen. En otras circunstancias habrían descifrado con relativa facilidad los números de la lista, pero una interferencia

había privado a los escuchas de hacerse con ese número, que tantas preocupaciones les estaba produciendo. No sabían que el número correspondía a la compañía maderera Extroc, que servía de tapadera a las verdaderas actividades del capitán Eggen.

Después del mal trago que había supuesto el análisis de la documentación perdida por el general, el ambiente se relajó hasta el punto de que éste pidió una botella de champán.

—Como medida de prevención creo que lo mejor será que el general abandone cuanto antes el hotel donde está alojado —indicó Wierdekehr, que parecía el más afectado.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Eggen.

—Si los norteamericanos conocen su nueva identidad, tratarán de localizarle por todos los medios y aquí se ha registrado como Jacob Schramm. Ya tienen una pista.

Hubo un breve silencio, esperaban que el general diese su opinión.

—Estoy de acuerdo.

—En ese caso, mi general, creo contar con el lugar adecuado —indicó el capitán—. Podemos disponer inmediatamente de una casita en las afueras de la ciudad, donde podrá instalarse con toda comodidad.

El general alzó su burbujeante copa.

—En ese caso, procedamos a una rápida evacuación.

El cristal tintineó al chocar.

Iba a ser la última vez que Hans Fischböck utilizase el nombre de Jacob Schramm, acogido a su nueva personalidad de Günther Hessner.

Impecablemente vestido con un traje a medida, portando en su mano una reluciente cartera de piel negra y acompañado del abogado Walter Büchi, cruzaba la impoluta puerta de cristal blindado de la sucursal del Credit Suisse, en Ginebra. Faltaban diez minutos para el mediodía. En el espacioso vestíbulo de la prestigiosa entidad financiera, hasta los más mínimos detalles revelaban el poder que encerraban aquellas paredes. En el ambiente se respiraba el habitual aire de serena tranquilidad.

Jacob Schramm ofrecía un aspecto arrogante.

—Si le parece bien, mientras realiza sus gestiones, yo puedo resolver unos detalles de simple intendencia —propuso el abogado, cuya figura quedaba empuñecida a su lado.

—Perfectamente.

Llegó hasta una mesa apartada que ya le era familiar.

—¿En qué puedo servirle?

—Necesito acceder a una caja de seguridad.

—Muy bien, señor. ¿Le importaría identificarse, por favor?

Le mostró su pasaporte a nombre de Jacob Schramm.

El empleado sacó un grueso libro encuadernado en tela y buscó la página correspondiente. Lo hizo de manera que su contenido quedara oculto a los ojos del cliente.

—¿Sería tan amable de darme su clave, señor?

Schramm indicó una serie de números y letras.

Con una sonrisa en sus labios, volvió a comprobar los datos del pasaporte.

—Todo en regla. ¿Tiene la bondad de acompañarme?

Llegaron hasta un despacho sin rótulo que lo identificase. El empleado llamó suavemente.

—¡Entre!

Abrió la puerta y le cedió el paso.

—Adelante.

El individuo que se sentaba tras un amplio escritorio lo miraba con interés,

midiendo el valor del contenido de su caja de seguridad, mientras se acercaba.

—El señor Jacob Schramm desea acceder a su caja.

El general esperó a que el directivo se levantara y le extendiese la mano.

—Encantado, señor Schramm, tome asiento, por favor. Puede retirarse —le indicó al empleado, que abandonó silenciosamente el despacho.

Se identificó nuevamente, repitió su clave de acceso y el responsable de las cajas de seguridad le hizo entrega, después de buscarlo en un armario blindado, de un sobre cerrado, avalado por su firma, donde estaba la llave de la caja, cuyo cierre garantizaba un mecanismo de seguridad de tambor, cuya clave solamente era conocida por el cliente.

Descendió hasta la segunda planta del sótano, extrajo la caja de su compartimento, ayudado por un empleado, y entró en una sala cuyo único mobiliario era una amplia mesa rectangular y una silla.

—Cuando haya terminado, pulse este botón —el director señaló un timbre—, lo estaré aguardando al otro lado de la puerta.

—Muchas gracias.

Una vez solo, accionó el mecanismo, hasta que un chasquido le anunció que el cierre había quedado desbloqueado. Examinó la valiosa colección de diamantes y varios cientos de monedas y lingotes de oro, fruto de la rapiña que ejerció sobre familias judías holandesas durante los años de la guerra. A lo largo de aquel tiempo la había incrementado en varias ocasiones, hasta convertir una pequeña colección en una considerable fortuna. Seleccionó doce brillantes de parecido tamaño que sumarían un total de sesenta quilates, los introdujo en una pequeña bolsa de seda y cerró el cofre. Después sacó un portarrollos que allí guardaba. Cerró la caja y pulsó el timbre.

Cuando llegó al vestíbulo principal, Büchi lo aguardaba. Estaba charlando con uno de los directivos de la entidad.

A Niccola Storzi no dejaba de sorprenderle la inactividad con que transcurrían sus días en Trento. Si hubiese necesitado una cura de reposo no habría encontrado mejor terapia. Podía disponer de su tiempo como mejor le pareciera, ya que no tenía ninguna obligación. Incluso había sido dispensado de officiar misa mientras permaneciese en la ciudad.

Se levantaba temprano y daba un largo paseo al que invitaban las primaverales mañanas de mayo. Reponía fuerzas con un copioso desayuno, leía la prensa, dedicada casi por entero a relatar los momentos finales de la resistencia alemana, y luego disfrutaba de unas horas de lectura hasta la hora del almuerzo. Tras un ligero reposo empleaba la tarde en conocer la ciudad y sus alrededores. Había visitado el Museo Diocesano, donde se guardaban magníficas pinturas y esculturas, además de una valiosa colección de tapices flamencos, obra de Pieter van Aelst. Se había desplazado a unos quince kilómetros para

visitar el castillo de Toblino, levantado sobre una pequeña lengua de tierra que se adentraba en las aguas del lago del mismo nombre; era un lugar paradisíaco con sabor medieval. Cenaba temprano, dedicaba otro rato a la lectura y se acostaba pronto.

Fueron días de serenidad externa porque su interior estaba agitado. En los años anteriores, Roma había sido un turbión durante el tiempo de la guerra y se vivía con inusitada tensión las grandes demostraciones de exaltación a la figura del Duce, que caracterizaron los primeros tiempos del conflicto. Las gentes vibraban con sus largos e incendiarios discursos desde el balcón de la plaza Venecia. Participaban con devoción en las multitudinarias manifestaciones de fervor patriótico en las que se miraba hacia el glorioso pasado, representado por la Roma de los césares. Luego el cielo se fue llenando de nubarrones y, poco a poco, los fastos del imperio fueron apagándose. Los tonos grises, que llenaron el ambiente con los primeros reveses, se fueron intensificando hasta que estalló la tormenta.

Recordaba la caída de Mussolini, depuesto por el rey Víctor Manuel, cuando se produjo la invasión de los aliados en Sicilia. Era el 25 de julio de 1943, el mismo día que recibió su nombramiento apostólico como responsable del hospital del Espíritu Santo. El Duce fue recluido en una prisión, en un remoto lugar de los Alpes, monte Cervino, de donde lo liberó un comando alemán, en una operación increíble.

Los alemanes pasaron de ser los aliados —aunque para sectores muy amplios de la población nunca dejaron de representar la amenaza teutona del otro lado de los Alpes— que configuraban uno de los pilares del eje Berlín-Roma-Tokio a un ejército invasor, cuya actitud convirtió a Italia en un duro campo de batalla y sus consecuencias fueron muerte, miseria y dolor. Los nazis propiciaron la destrucción de símbolos como el monasterio de Montecassino, donde muchos siglos atrás Benito de Nursia había establecido uno de los primeros monasterios benedictinos, que convirtieron la máxima *ora et labora* en una referencia para el Occidente cristiano, dieron alas al comunismo, que fue uno de los principales soportes de los grupos de partisanos, o cometieron crueldades contra la población, como la matanza de las fosas Ardeatinas.

Los días finales de la República de Saló, creada por Mussolini en el norte de Italia con el apoyo de los alemanes, coincidieron con la reaparición de Octogonus en su vida. El encuentro con Leiber, que a la postre lo había conducido hasta Trento, se produjo el mismo día en que Mussolini, descubierto en la localidad de Dongo cuando pretendía abandonar Italia en medio de la evacuación de las tropas alemanas, fue ejecutado por los partisanos y su cadáver ultrajado y expuesto, junto al de su amante, Clara Petacci, en la plaza de Milán.

Pese a la aparente tranquilidad con que transcurrían los días, estaba tan desconcertado como lo estuvo durante aquellas semanas en las que vivió su

ingreso en Octogonus, su viaje a Berlín, su encuentro con Magdalena Wissemann, y la muerte de su padre y de su hermano.

¿Volvió el mismo desconcierto?, o ¿tal vez nunca había dejado de existir y solo estaba soterrado por los acontecimientos?

¿Qué estaba realmente haciendo en Trento?

Las indicaciones recibidas señalaban que aguardase instrucciones, pero los días pasaban sin que se produjese ninguna novedad. Sabía que los largos tentáculos de Octogonus llegaban a todas partes y que en el momento menos pensado se encontraría con un *rapporto rosso*. Llegó a pensar que Leiber había cambiado de opinión y le había relevado de una misión por la que había manifestado su repulsa, pero eso carecía de sentido porque, de ser así, le habrían indicado que regresase a Roma.

Una extraña llamada fue la primera alteración a la plácida monotonía en que estaba instalado desde hacía casi una semana. Ocurrió a la hora del almuerzo y quien lo había llamado, lo hizo por su nombre. El encargado de la recepción que hacía también las funciones de conserje y botones, le avisó como señor Storzi.

Cuando llegó al teléfono, escuchó una voz femenina que apenas tuvo tiempo de preguntar si quien estaba al aparato era Niccola Storzi. No supo si su respuesta afirmativa llegó hasta los oídos de quien preguntaba porque la comunicación se interrumpió. Después no hubo más intentos.

Niccola no encontraba ninguna explicación. Fuera de Octogonus nadie sabía que estaba en Trento y aquella no era la fórmula que tenía el Círculo de establecer contacto.

Los norteamericanos habían visto cómo a lo largo de aquellos días menguaban las posibilidades con que contaban para detener a uno de los generales nazis más buscados. Era como si una mano negra estuviese destrozando todas sus estrategias, establecidas a partir de la jugosa información que les había proporcionado la cartera de Hans Fischböck. Llegaban tarde a todos los lugares por donde había pasado dejando algún rastro de su presencia. Parecía como si una fuerza invisible se adelantase a sus acciones.

El general Fischböck se había convertido en uno de sus principales objetivos porque había sido un directo colaborador de Himmler en la llamada «solución final», porque sus extorsiones a las más acaudaladas familias de judíos holandeses habían dejado huella de su maldad y porque, con la documentación que obraba en su poder, resultaba ser un eslabón importante en la operación diseñada por el Reichsführer para poner a resguardo a los máximos responsables del nazismo. Hans Fischböck, bajo el nombre de Jacob Schramm, era una de las piezas clave para convertir en realidad la operación Aussenweg.

Se les había escurrido de Schaffhausen, donde una escucha casual les había

permitido localizarlo, pero el sistema de vigilancia establecido a continuación se reveló inútil. Habían tenido noticia de que estuvo alojado durante algunas horas en el hotel Edelweiss de Zurich, pero también llegaron demasiado tarde. Allí le perdieron el rastro y las otras pistas de que disponían no les proporcionaron ninguna ayuda.

Aunque no intentaron cobrar tres cheques conformados del Credit Suisse a nombre de Jacob Schramm, supieron que alguien los había invalidado, pero en la entidad de crédito adoptaron una postura de total hermetismo y no obtuvieron información sobre quién había dado la orden de anulación, ni sobre la cuenta contra la cual estaban extendidos. Tampoco lograron la más mínima información de una cuenta numerada de la Union de Banques Suisses, cuya clave poseían, salvo la indicación de que había sido clausurada. El sistema bancario suizo era un muro impenetrable y sus doradas entrañas no sabían de crímenes contra la humanidad.

Los ocupantes del vehículo charlaban animadamente, mientras avanzaban por la sinuosa carretera que se abría paso entre las escarpadas laderas de los Alpes. Hacía pocas fechas que había comenzado el deshielo y el agua corría abundante por vaguadas y cunetas. En algunos lugares formaba cascadas, cuyo espumoso murmullo era un suave canto para los oídos. La vida, aletargada durante meses en aquellas heladas cumbres, otra vez tomaba brío.

Wilhelm Eggen mantenía la vista fija en la estrecha carretera, donde las curvas se sucedían sin apenas dejarle respiro. En su rostro había un punto de tensión que no era fruto de la concentración a que le obligaba la conducción. Durante aquellos días había tenido que introducir demasiadas modificaciones en los planes trazados, obligado por las consecuencias de la pérdida del maletín del general. Para una mentalidad como la suya, educado en una meticulosidad tan estricta que bordeaba los límites de la rigidez, había supuesto ir muy forzado. Un devoto de la planificación a largo plazo desdeñaba la improvisación y consideraba los cambios de última hora como una muestra de incompetencia.

Había tenido que modificar la clave de una de las cuentas en las que había depositadas considerables sumas, también hubo de fabricar una nueva identidad para el general. La verdad era que conseguir un pasaporte no suponía mayor problema que dedicarle unas horas y un puñado de francos suizos, pero la nueva identidad arrastraba una auténtica catarata de alteraciones, porque eran numerosos los contactos que se habían establecido para el desaparecido Jacob Schramm. Con todo, lo peor fue la decisión, tomada veinticuatro horas antes, de cambiar el viaje del flamante Günther Hessner e improvisar una nueva ruta. Büchi sostenía que si los norteamericanos habían tenido acceso a la conversación telefónica que mantuvo con España desde el hotel Zentrum, de Schaffhausen, podían deducir fácilmente que el paso fronterizo que utilizaría para ir a Trafoi era el del Estelvio.

Los argumentos de Büchi no le parecían suficientes. El riesgo, en el que tanto había insistido el abogado, era algo inherente a la situación en que se encontraban. Ellos, los de las Waffen-SS, lo sabían; mucho mejor que aquel leguleyo, cuya vida discurría detrás de un bufete enterrado en papeles, tratando de sacarle partido a la interpretación de un párrafo en el articulado de cualquier

código legislativo, o amparándose en los recovecos de la ley para medrar a costa de otros. Sin duda, para el capitán era mucho peor improvisar una nueva red de apoyo, con todo lo que ello suponía, que asumir el potencial riesgo que significaba mantener el plan previsto.

Al final Büchi había impuesto sus criterios acerca de que la salida de Günther Hessner de la Confederación Helvética se produjese por un lugar diferente al que estaba previsto. Después de analizar una y otra vez la conversación que el general había mantenido con España, estaba convencido de que los norteamericanos estarían aguardándoles en el paso fronterizo del Estelvio y al otro lado de la frontera nada se podría hacer para evitar una detención que el abogado daba como segura.

No sólo habían modificado el lugar, sino la fecha. Se habían adelantado dos días. En lugar de hacerlo el viernes once de mayo, cruzarían la frontera el miércoles. De todo ello habían dado puntual información a monseñor Hudal, para que se tomasen las disposiciones oportunas y los agentes que trabajaban en el Pasillo Vaticano estuviesen advertidos.

Tenían conocimiento de que continuaban las escuchas en los alrededores del hotel Zentrum, de Schaffhausen. El general se había empeñado en comprobarlo y cuando fue para la prueba de sus trajes, indicó al capitán Eggen que circulase por el lugar, y comprobaron que allí estaba la furgoneta. Cuando dos días después el propio Eggen, que fue a recoger los trajes ya confeccionados, acudió de nuevo, otra vez los encontró a la escucha.

El día siete, uno de los pasantes del despacho de Büchi almorzó en el restaurante del hotel, indicó al *maitre* que necesitaba una conferencia con España y le facilitó el número. Se trataba de un teléfono, escogido al azar, que correspondía a un pequeño pueblo de Zaragoza. Cuando le avisaron sostuvo una conversación muy breve después de escuchar la palabra «dígame» pronunciada en castellano, se limitó a decir en alemán: «Escúcheme con atención. Todo está en orden, el señor Schramm llegará a Trafoi según los planes previstos».

Colgó, pensando en la sorpresa de quien estuviese al otro lado de la línea. Cuando los escuchas trataron de localizar a la persona que había hecho aquella llamada, había pagado su cuenta y se había marchado.

El ocho por la tarde, el general, que se había movido aquellos días con cierta libertad y a quien no parecía afectar la noticia de la rendición oficial de Alemania, firmada por el almirante Dönitz la víspera, abandonó el chalet de las afueras de Zurich que le había servido de residencia. Se reunió con Büchi y Wiederkehr, y viajaron hacia el sur hasta la pequeña localidad turística de Lugano, donde pernoctarían en un elegante hotel a orillas del lago. Después de una cena que, dadas las difíciles circunstancias por las que atravesaba Europa, podía considerarse opípara y de una plácida velada, se retiraron a descansar para afrontar al día siguiente los pocos kilómetros que les quedaban hasta el paso

fronterizo.

En la aduana Büchi demostró tener buenos contactos con la policía. Tanto la salida de territorio helvético, cuya última población era Chiasso, como la entrada en Italia se efectuó en medio de saludos, manifestaciones de amabilidad y sin registros que, de haberse producido a fondo, podrían haber puesto en un serio aprieto a Günther Hessner. Se alejaron rápidamente, nunca se sabía cuándo podía producirse un cambio en la dirección del viento. Sin perder un instante, tomaron la carretera que conducía hasta Como, la primera localidad italiana, situada a poca distancia del paso fronterizo.

Poco después el paisaje había cambiado de forma radical. Ante sus ojos se ofrecía el espectáculo de unas tierras onduladas que descendían suavemente, era la fértil llanura Padana que configuraba una buena parte de la Lombardía. Los cursos de agua bajaban potentes para engrosar el caudal del Po, pero lo hacían con mansedumbre. La conducción hasta Milán resultaba mucho más placentera. También eran visibles por todas partes los efectos de la guerra que acababa de concluir.

Unos minutos antes de las dos entraban en Milán. La capital lombarda trataba de recuperar el pulso de la normalidad, después de las dramáticas jornadas vividas las semanas anteriores. En la ciudad eran claramente perceptibles los efectos de los bombardeos aliados. No fue fácil llegar hasta su destino: el hotel Mediolanum, en el corso Magenta, cerca del semiderruido cenobio dominico de Santa Maria delle Grazie.

Nicola Storzi había decidido dedicar la tarde a realizar una visita al castillo del Buonconsiglio. Después de disfrutar de una vista panorámica de la ciudad desde la Torre Grande, que constituía el núcleo principal del llamado Castillo Viejo, se deleitaba con los primores que albergaba el Magno Palacio, la parte más artística del conjunto. Se había incorporado a un pequeño grupo de visitantes, miembros de la orden tercera franciscana de una localidad vecina, que habían acudido a Trento, acompañados de su director espiritual, para asistir a una reunión de cofrades, que aprovecharon para visitar la fortaleza.

—Estas estancias —indicaba el guarda del castillo que, ocasionalmente, ejercía de guía a los escasos visitantes, como forma de ganarse unas liras que mejorasen sus magros ingresos— fueron mandadas construir por Bernardo Clesio entre los años 1528 y 1536. Como podrán comprobar, se trata de una obra de estilo renacentista, los frescos que decoran las paredes son obra de Dosso Dosi y están dedicados a diferentes alegorías. Acérquense, por favor, y vean este detalle que pone de manifiesto el interés del pintor por...

Se produjo una pequeña aglomeración de gente en el lugar donde el guía llamaba la atención de los visitantes. En aquel momento Niccola notó que alguien, aprovechando el revuelo, deslizaba algo en su mano. Sin apenas darse

cuenta se encontró con un *rapporto rosso*. Trató de descubrir a la persona que le había hecho llegar el mensaje, pero no fue capaz de vislumbrar el menor indicio que le proporcionase una pista. Había actuado con gran astucia y aprovechado el momento oportuno.

Se apartó del grupo, abandonó la visita y salió a un amplio y solitario jardín, donde deshizo el lazo de la cinta de seda roja y escuchó de nuevo el suave crujir del pergamino al abrirlo.

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN EL NOMBRE DE DIOS

Trasládese a Milán sin pérdida de tiempo. Tiene reservado alojamiento en el hotel Sforza. Pregunte en recepción por el padre Grimaldi.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

Era tan escueto y tan inesperado como todos los mensajes de Octogonus. Consultó la hora en su viejo Omega y decidió que en poco más de una hora podía salir para Milán.

Abandonó el castillo del Buonconsiglio y, cuando llegó a la recepción del hotel, pidió que le preparasen la cuenta. Al entregarle la llave se encontró con que tenía un mensaje. No habían dejado nombre, solamente una dirección de Berlín y un número de teléfono. A Niccola le temblaban las manos cuando leyó la dirección escrita en el papel. ¡Santo Dios! Aquella dirección era... era... ¡No podía ser!

Miró del nuevo el papel y el corazón le dio un vuelco.

—¿No ha dicho quién era? —insistió.

—Lo lamento, señor Storzi. La dama que ha dejado esas señas únicamente preguntó por usted; cuando logramos hacerle entender, porque no comprendía muy bien nuestro idioma, que usted estaba fuera, nos dejó esos datos.

—¿Era una mujer?

—Sí, señor, y ha llamado hace poco rato.

Recordó que la interrumpida llamada de hacía unos días también la había hecho una mujer. ¿Habría alguna relación?

—¿Puede pasarme una llamada a este número, por favor?

—Claro que sí, es un número de aquí, de Trento —comentó el recepcionista, quien entregó una nota a la telefonista. Niccola, nervioso, se retorció las manos mientras comprobaba cómo la chica marcaba un número y manejaba las

clavijas sin mirar, con la habilidad que proporciona la práctica cotidiana.

—Su llamada en la cabina dos. —La voz de la joven era como un soniquete.

Corrió hacia la cabina, descolgó el teléfono y, lleno de excitación, dijo:

—Soy Niccola Storzi.

Contuvo la respiración mientras notaba cómo la sangre golpeaba en sus sienes.

—¿Le gustaría ver a Magdalena Wissemann?

Aunque al leer la dirección que estaba escrita en el papel, «Bendlerstrasse, 14» supo que la llamada estaba relacionada con ella, no acababa de creerse lo que escuchaba.

—¿Le gustaría ver a Magdalena Wissemann? —repetieron.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Le parece bien en los jardines del vial de San Francisco, junto a la Porta Nuova?

—¿Dónde? ¿Aquí, en Trento?

—Sí. ¿Te parece bien? —Le agradó que lo tutease, como si fuesen viejos conocidos.

En aquel instante supo que la mujer con la que estaba hablando era Magdalena Wissemann. ¡No podía creerlo!

—¿Eres tú? —También él la tuteó.

Se hizo un silencio en la línea. Cuando la respuesta llegó a sus oídos, ya la había recibido su corazón.

—Sí.

—¿Dónde... dónde has estado todo este tiempo?

—Es una historia muy larga para contarla por teléfono.

—Pero... pero ¿cómo has sabido que...?

—¿Nos vemos dentro de una hora?

—¡Por supuesto!

Cuando colgó, Niccola ya había decidido cambiar de planes.

—No me prepare la cuenta —indicó al recepcionista—. Tal vez no me marche hasta mañana.

—Como usted desee, señor Storzi.

Salió del hotel y encaminó sus pasos hacia el lugar de la cita, adonde llegó en poco más de un cuarto de hora. Se acomodó en uno de los bancos de una glorieta, en cuyo centro se alzaba una bondadosa imagen del santo de Asís. El lugar era apacible, algunas personas transitaban por él y un grupo de pequeños, vigilados con poco entusiasmo por sus niñeras, correteaban por los jardines, jugaban, se peleaban y gritaban. De vez en cuando alguno lloraba, se quejaba a las parlanchinas encargadas de su custodia y recibía un cachete, por molestar.

Trataba de distraer su mente con las pequeñas cosas que ocurrían a su alrededor. El juego de los rapaces, el vuelo de algunas palomas que tenían algo

más que manchado el bronce que representaba a san Francisco, cuya cabeza estaba cubierta por un casquete de palomina.

Pensó en la falsa imagen de las palomas, asociada a las buenas noticias que recibió el patriarca Noé, al llevarle en su pico una rama de olivo, como símbolo de que había bajado el nivel de las aguas del terrible diluvio con que la cólera de Dios castigó a la humanidad pecadora. Pero la Biblia también hablaba de que hubo otra paloma que nunca volvió al Arca.

Cada poco miraba su reloj para comprobar que las manecillas apenas avanzaban. Veinte minutos antes de la hora fijada, vio cómo una mujer se acercaba lentamente hacia donde él estaba; lo hacía con paso vacilante. El corazón le latía aceleradamente.

No podía creer que fuese Magdalena Wissemann.

—¿Me recuerdas?

Se levantó con el lastre de una terrible sensación de culpabilidad. La punzada de cobardía que le había acompañado durante seis años era tan dolorosa en aquel momento, que le resultaba insoportable. Ante sus ojos cobraba forma material la angustia que lo había perseguido por haber huido cuando la Gestapo llegó a su casa para detenerla.

—Magdalena —musitó.

Cogió sus manos con temor. Las notó fuertes y frágiles a un mismo tiempo. Ella le dedicó una sonrisa que ni sus verdugos ni los horrores de la guerra habían podido arrebatarse, en sus labios podía percibir la dulzura que un día descubrió en una cafetería de Berlín.

—Creí que habías muerto.

Ella le sonrió y en el fondo de sus ojos se intensificó la tristeza que ya los velaba hacía seis años.

—Ya ves que no.

—¿Cómo pudiste escapar?

—Después de interrogarme, me enviaron a un campo de trabajo, pero ésa es una historia demasiado larga y apenas dispongo de tiempo. Tengo que marcharme para Roma.

—¿Vas a Roma?

—Sí, busco los restos de la firma Wissemann. Aunque me temo que, como en otros lugares, la guerra se haya llevado por delante el negocio de mi familia.

—Cuéntame, ¿qué has hecho estos años?

—Ésa es otra historia también muy larga. Si no tienes inconveniente podríamos vernos en Roma.

—Estaré encantado.

—Dime, ¿dónde puedo localizarte?

Le indicó la dirección y el teléfono del Teutonicum, pero Niccola no le soltaba las manos.

Arrellanado en el asiento trasero del taxi que lo llevaba a Milán, Niccola Storzi no podía apartar de su pensamiento la imagen de Magdalena. Dejaba vagar su mirada por los verdes prados que veía desde la carretera que bajaba de Trento a Verona paralela al curso del Adigio. A un lado quedaban las azules aguas del lago Garda.

Era media tarde cuando llegó al hotel Sforza, pagó al taxista y, antes de que se diese cuenta, un uniformado botones se hizo cargo del equipaje.

Entró en un ampuloso vestíbulo semidesierto y se acercó a la recepción, donde había un único empleado con aire adusto.

—¿El padre Grimaldi?

—¿Cómo ha dicho?

Notó cómo el empleado se había puesto en guardia.

—¿El padre Grimaldi, por favor?

—Aguarde un momento.

El recepcionista se perdió por una puerta que había a su espalda, junto a los casilleros de las llaves.

En su fuero interno Niccola estaba maldiciendo a Octogonus. Los *rapporti rossi* nunca facilitaban información. Era como avanzar a ciegas por un negro túnel que no sabías adónde te conducía.

—El señor tiene reservada la habitación trescientos doce. Es muy luminosa, tiene un cuarto de baño que es una pequeña terma romana.

Cogió las llaves del casillero y pulsó un timbre que había en el mostrador. El botones acudió presto.

—Acompaña al señor a la trescientos doce.

En la mesa escritorio se encontró un *rapporto rosso*.

Günther Hessner, acompañado del capitán Eggen y de los abogados Büchi y Wierdekehr, aguardaba una llamada telefónica en la habitación de un hotel de Milán. Se les notaba impacientes porque hacía seis horas que debería haberse producido, pero el maldito teléfono guardaba silencio. Büchi había salido varias veces de la habitación, lo que no había gustado al capitán.

Wilhelm Eggen estaba convencido de que era una consecuencia de los cambios de última hora. No pensaría de aquella forma, si hubiese visto el despliegue que los norteamericanos habían montado en el paso fronterizo del Estelvio. La policía de aduanas, bajo la atenta mirada de soldados norteamericanos, comprobaba todos los pasaportes, comparaba sus identidades con las que le habían sido facilitadas y revisaba meticulosamente todos los equipajes. Nadie, ni hombres ni mujeres, escapaba al registro, la espera en el control aduanero era de varias horas. Cualquier indicio daba lugar a largos interrogatorios, en unas dependencias atestadas de viajeros.

Si el pago por las disposiciones tomadas por los abogados era un retraso en aquella llamada, que se hacía esperar, se trataba de una minucia en comparación con lo que hubiese ocurrido de haberse mantenido el operativo previsto. En ese caso el general Hans Fischböck, acusado de crímenes contra la humanidad, estaría ya detenido.

—¿Está seguro de que le dijeron a las dos? —preguntó Eggen a Büchi.

—Completamente.

El capitán hizo ostentación al mirar su reloj.

—Pues van a dar las ocho.

—No sé qué habrá podido ocurrir —se excusó el abogado, que trataba de aparentar normalidad—, pero las instrucciones eran precisas: «Aguardar una llamada que se produciría a las dos».

—¿Conoce usted a ese Krusnolav Draganovic? —preguntó el general.

—He mantenido varias reuniones con él.

—¿Le parece persona de solvencia?

—Sin duda ninguna.

—Supongo —señaló Eggen, quien a duras penas contenía su creciente malhumor— que es usted consciente de que cada minuto aumenta el riesgo que

corremos.

—Soy consciente y, créame, soy el primero en lamentarlo. No obstante, a pesar de este pequeño retraso, estoy convencido de que hemos actuado correctamente.

—¿Pequeño retraso llama a las seis horas que llevamos pendientes de ese teléfono? ¡Usted no calibra de forma adecuada el riesgo que corremos!

El abogado alzó las manos con las palmas abiertas.

—En las actuales circunstancias, con muchas líneas y centrales destruidas un retraso de varias horas no es significativo. Si les parece oportuno, yo podría intentar una llamada. Aunque suponga no cumplir las instrucciones.

—¿Qué podría ocurrir? —preguntó el flamante Günther Hessner.

—Si alguien localizase esta llamada, nos tendría controlados.

—También si localizan la que realice ese tal Draganovic —planteó Eggen.

—No es igual, él cuenta con una centralita propia.

—Bien, en tal caso aguardaremos una hora más. Si en ese plazo no han establecido contacto con nosotros... —la propuesta del general quedó interrumpida por el timbre del teléfono, que sonó con estridencia.

Los cuatro hombres se quedaron en silencio. Fue Büchi quien descolgó el aparato.

—¿Dígame?

Los otros tres seguían, expectantes, los gestos del abogado, que asentía con leves movimientos de cabeza y, de vez en cuando, repetía:

—De acuerdo, de acuerdo.

Antes de terminar señaló su indignación por la espera, pero cuando colgó el teléfono su rostro emanaba satisfacción.

—Caballeros, nuestra espera ha tenido su recompensa.

—¿Era Draganovic? —preguntó el general.

—¿Quién si no?

—¿Qué le ha dicho?

—Que el llamado Pasillo Vaticano es ya una realidad.

—¿Puede ser más explícito?

—Tienen ya previsto el alojamiento en Roma. Un lugar donde, tanto usted como los otros huéspedes que lleguen en los próximos días, se encontrarán a salvo de cualquier peligro. Estarán bajo la protección del Estado vaticano. Un centro de estudios que tiene estatus territorial de dicho Estado y por lo tanto es inviolable. Se trata del colegio de San Girolamo degli Illirici, está situado en la vía Tomacelli, en el número 132.

—Eso está muy bien, pero ¿cómo va a salir el general de aquí? —urgió Eggen—. ¡Cada minuto aumenta el peligro! ¡En cualquier momento pueden echar esa puerta abajo! ¡Esto es territorio bajo control norteamericano!

—No se impacienta, mi querido amigo...

El capitán no lo dejó terminar.

—¡Sí me impaciento! —gritó Eggen—. ¡El plan previsto contemplaba llegar a Trafoi, subir a un vehículo y viajar hasta Roma, sin ninguna detención! ¡Eso significaba reducir los riesgos a unas horas! ¡Muchas menos de las que ya llevamos en este maldito hotel!

—Eso es lo que vamos a hacer, si usted me deja explicar hasta el final la conversación que he mantenido con Draganovic.

—Tranquilícese, Eggen —le ordenó el general.

—Saldrá mañana con destino a Roma. Si el viaje se iniciase ahora habría que hacerlo durante la noche, en que apenas hay tráfico y levantaría sospechas, por lo tanto aumenta el riesgo de ser detenidos en un control. Durante el día y en un vehículo con matrícula del Estado vaticano, las posibilidades de tener un encuentro no deseado quedan prácticamente reducidas a cero. Esta noche cerraré los detalles.

—¿Eso significa que habremos de pasar aquí la noche? —preguntó Eggen.

—¡Si prefiere hacerlo bajo un puente, es usted libre de hacerlo! ¡El mejor sitio donde podemos tener al general es éste! —El abogado había levantado la voz, harto de los inconvenientes que Eggen veía a cada paso.

—Caballeros, tranquilícense. Poniéndonos nerviosos no conseguiremos nada. ¿Les importaría dejarnos al señor Büchi y a mí solos durante unos minutos? —El general miró su reloj—. Digamos media hora, pueden ustedes aprovechar para tomar una copa en el bar.

Eggen y Wierdekehr abandonaron la habitación sin decir palabra, el primero midió a Büchi con la mirada. Una vez solos, el nazi preguntó al abogado:

—¿Ha tenido ocasión de realizar la gestión que le encomendé?

—En parte.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo comprador para los diamantes, las piedras preciosas resultan fáciles de negociar. El cuadro es mucho más complicado.

—Sin embargo, tengo más interés en desprenderme de la pintura.

—Haré lo que esté en mi mano, aunque debe saber que supone asumir un riesgo.

Günther Hessner se levantó y se sirvió una generosa cantidad de whisky, sin molestarse en ofrecer al suizo.

—La vida es riesgo. Cuénteme el que puedo correr.

—El posible cliente tiene muchas dudas y, desde luego, no hará una oferta sin ver la obra. Como ya le advertí, las fotografías no han servido de gran cosa.

—¿Estaría ese cliente dispuesto a desplazarse a Roma?

—No tendría que desplazarse a Roma porque habitualmente está allí. Su presencia en Zurich era por un asunto de negocios y aproveché para hacerle la propuesta.

—Podríamos vernos discretamente.

El abogado hizo un gesto de duda.

—Usted no puede salir de San Girolamo degli Illirici. Ésa es una de las condiciones que nos han puesto. Me temo que no le permitirán recibir allí visitas.

—Yo decidiré si salgo o no.

Büchi se encogió de hombros y preguntó:

—¿Quiere que lo acompañe a Roma?

—Por supuesto, ¿le supondría algún problema?

—Todo dependerá del importe de mi comisión.

El nazi dio un trago a su whisky.

—¿Estaría de acuerdo con un diez por ciento? Como con los diamantes.

Büchi se tomó un tiempo.

—Quiero la mitad.

—Creí que habíamos acabado con los usureros —comentó el general con desprecio.

El suizo no se dio por aludido y se limitó a explicar:

—Esto es más complicado que colocar unos diamantes.

Hessner apuró el contenido de su vaso y pareció meditar la propuesta.

—Está bien, acepto, pero siempre y cuando la suma que yo perciba no baje de las cien mil libras esterlinas.

—Veo que tiene devoción por esa moneda.

—No tendría inconveniente en que fuese su equivalente en dólares americanos o incluso francos suizos.

El *rapporto rosso* era muy conciso.

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN EL NOMBRE DE DIOS

A las ocho p. m. en Casa San Sático, en la via Speronari. Pregunte al dueño por el señor Büchi. Cuando se encuentre con él, pronuncie como saludo: San Girolamo degli Illirici.

Antes de acudir a su encuentro llame al padre Grimaldi, su número es 201420. Memorice los datos y destruya este *rapporto*.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

A Niccola le sorprendió Casa San Sático. Se trataba de una tienda de comestibles, donde en la parte del fondo se servían comidas frías, cuyo plato

principal eran los embutidos. Cuando entró, estaba muy concurrida, el ambiente era popular y ruidoso. Preguntó por el dueño a un joven que colocaba una enorme pieza de mortadela sobre un mostrador.

—*Il signore Marco* —señaló a un individuo con el pelo blanco, que había junto a una caja registradora.

—Perdone, ¿ha llegado el señor Büchi?

—Sí señor, es aquel individuo —señaló con el brazo—, el de la mesa del rincón.

El individuo en cuestión era calvo y algo grueso; estaba en mangas de camisa y con el nudo de la corbata aflojado, tenía delante una jarra de cerveza y fijada su atención en unos papeles que sostenía en las manos. Su chaqueta estaba colocada sobre el respaldo de la silla. Se acercó y preguntó:

—¿El señor Büchi?

El abogado lo miró sin responder, como si esperase algo más.

—San Girolamo degli Illirici.

Büchi guardó los papeles en un sobre, se levantó y le ofreció la mano. La expresión de su rostro era poco amistosa, parecía enfadado y miraba con descaro a Niccola, tratando de calibrar al hombre que tenía delante. Sabía que no tenía que preguntarle su nombre.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

—Creo que ustedes nos deben una explicación —señaló con un tono agrio.

—¿Una explicación...? No comprendo.

—Su llamada se ha retrasado más de seis horas, nos han hecho pasar un mal trago. —Las palabras salían de su boca frías y cortantes.

—Estos días las cosas no son fáciles —explicó Niccola a quien el padre Grimaldi había advertido sobre el malhumor que había producido el retraso de la llamada.

—Ustedes tienen vía franca.

—Sí, pero cuando hay problemas nos afectan a todos. En todo caso, sepa que lo lamentamos mucho.

No sabía muy bien qué era aquello del retraso y pensó que se refería a su salida de Trento. En todo caso la excusa rebajó algo la tensión.

—¿Quiere usted tomar algo? —le ofreció el suizo.

—Un chianti, por favor.

—Disculpe un momento. Si uno no acude, ellos no vienen.

Niccola paseó su mirada por el local y comprobó que había un movimiento continuo. En efecto, la gente tenía que acudir a la caja, pagar y con un vale retirar la consumición. No se explicaba cómo Octogonus había elegido un local como aquél.

Posiblemente porque un encuentro allí pasaría mucho más desapercibido que

en cualquier otro lugar de Milán o, tal vez, porque no eran muchos los sitios que estaban abiertos al público, después de los destrozos causados por los bombardeos aliados.

El sobre que Büchi había dejado sobre la mesa atrajo su atención; Niccola levantó la solapa y comprobó que no se trataba de papeles, sino de fotografías; al ver su contenido se quedó paralizado. Eran varias fotografías de *Danae recibiendo la lluvia de oro*.

Aunque había diferentes versiones del cuadro de Tiziano, sobre todo copias debidas a otros pinceles, supo que correspondían al lienzo que seis años atrás había desaparecido de su casa.

Trató de disimular su nerviosismo, no dejaba de mirar hacia donde Büchi aguardaba para recoger el chianti. Una de las veces que sus miradas se cruzaron, correspondió a la forzada sonrisa que el abogado le dedicó. Cuando regresó con el vino, Niccola hizo varios comentarios acerca de cómo la guerra había alterado la vida en Italia. También se lamentó de los destrozos que la lucha y los bombardeos habían ocasionado en el rico patrimonio artístico italiano.

—Algunas pérdidas serán irreparables. ¿Ha visto cómo ha quedado Santa Maria delle Grazie? —comentó Büchi.

—¿Está muy afectado?

—Semiderruido. ¡Menos mal que el prior tomó algunas disposiciones y protegió con sacos terreros la pared donde está el fresco de la *Última Cena*! Todo el refectorio está destruido. ¡Ha sido un milagro que se salve la pintura de Leonardo!

—Gracias a Dios. Menos mal que Roma fue declarada ciudad abierta, de lo contrario pudo haber sido una verdadera catástrofe, dicen que Motecassino ha sido reducido a escombros y que ciudades como Asís han sufrido mucho.

—Eso tengo entendido.

—En mi Venecia natal, sin embargo, parece ser que no ha habido grandes desperfectos.

—¿Es usted veneciano?

La pregunta llevó al ánimo de Niccola la sensación de que había cometido un error. Aunque lo había hecho a propósito, pensó que podía haber planteado la cuestión de otra forma, un verdadero agente no dejaría ninguna pista sobre su persona. Añadió inmediatamente:

—Sí, aunque hace muchos años que no voy por allí. Pero ya sabe... siempre conserva uno los recuerdos de su infancia.

—Bien, si le parece vayamos a lo que nos ocupa.

—A eso he venido. —Niccola no podía apartar de su pensamiento el contenido del sobre que tenía delante. ¿Cuál era la causa por la que aquel individuo tenía unas fotografías del cuadro robado a su familia por quienes asesinaron a su padre y a su hermano?

Antes de levantarse tenía que saberlo.

—Me gustaría que me explicase todos los detalles sobre el traslado de nuestro pasajero.

—Viajaremos en un vehículo con matrícula del Estado vaticano, lo que nos garantizará la seguridad del desplazamiento. La salida hacia Roma estamos en condiciones de hacerla cuando ustedes nos indiquen, siempre y cuando nos permita realizar el viaje con luz del día.

El suizo movió la cabeza con expresión cavilosa.

—¿Mañana al amanecer?

—Sin problema.

Büchi había cogido el sobre y jugueteaba con él. Niccola leyó en su membrete: «Fotografías del cuadro de Tiziano».

No dudó.

—Veo que es persona interesada por el arte.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno... antes me ha manifestado su preocupación por el fresco de Leonardo da Vinci y ahora veo escrito en ese sobre «Fotografías del cuadro de Tiziano».

—¡Ah! ¡Ya! Se trata de unas fotografías sobre una de las pinturas que su paisano dedicó a un asunto mitológico. Como usted sabe estaban muy de moda en el Renacimiento.

—¿A cuál de ellos?

—Es una representación del mito que cuenta la inseminación de Danae por parte de Júpiter.

—¿La famosa *Danae recibiendo la lluvia de oro*?

—En efecto —asintió Büchi un tanto sorprendido.

—¿Me permite verlas?

—Claro, por qué no.

Niccola examinó las fotografías con detenimiento.

—¿Le interesa la pintura de Tiziano?

—Más que Tiziano, ese cuadro en concreto.

—¿Por alguna razón en particular?

—Un cliente de mi despacho está interesado en venderlo.

—¿En venderlo? —Niccola compuso, lo mejor que pudo, una expresión de sorpresa—. ¿Cómo? ¡Ese cuadro está en Madrid, en el Museo del Prado!

Büchi sonrió abiertamente por primera vez.

—¿No... sabe que Tiziano hizo una copia?

—No, no lo sabía —mintió—. ¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta?

—Puede, pero no sé si le responderé. —El abogado esbozó una sonrisa, el malhumor con que lo recibió era ya un recuerdo.

—¿Cuánto puede valer una obra así?

—Eso es algo que no tiene precio. Todo depende de que haya alguien interesado.

—¿Por qué no lo lleva a una casa de subastas? Ante una obra como esa tendría muchos compradores —apuntó Niccola.

—Los propietarios de obras de arte no siempre desean que estas cosas salgan a la luz. Ya sabe... la fiscalidad. Los problemas con los gobiernos, que no desean que obras importantes salgan de sus fronteras. La misma procedencia de las obras es en ocasiones... —el abogado buscó la palabra— es algo complicada. Todo ello hace que el mercado negro sea mucho más activo que el que se realiza a la luz del día.

—Ya —asintió Niccola.

Se hizo un breve silencio. Büchi dio un largo trago a su cerveza y Niccola a su chianti.

—Yo podría tener un comprador para ese cuadro.

El abogado lo miró fijamente y guardó silencio, como si calibrase lo que acababa de escuchar. Al cabo de unos segundos le preguntó:

—¿Cómo ha dicho?

—Que podría conseguirle un comprador para ese cuadro.

—¿Bromea?

—Hablo en serio.

Büchi carraspeó, se ajustó el nudo de la corbata y miró a Niccola a los ojos, tratando de leer en ellos. El sacerdote sostuvo la mirada sin pestañear.

—En realidad, ya tenemos un comprador que ha mostrado su...

—Supongo que a su cliente puede interesarle conocer otra oferta —lo interrumpió.

—Desde luego, desde luego. ¿Cuánto podría ofrecer?

—Primero tendría que ver la obra.

—Puedo garantizarle que se trata de una de las versiones salidas de las manos del artista.

—No lo pongo en duda, pero la persona interesada tendrá que verla antes de ofertar por ella.

—¿Cuánto podría ofrecer? —insistió el suizo.

Niccola se encogió de hombros.

—No sabría decirselo, pero ¿Tiziano está más cotizado que Rubens?

—¿Por qué lo pregunta?

—Hace poco la persona a la que me refiero pagó trescientas cincuenta mil libras esterlinas por una obra de ese autor.

Büchi contuvo la respiración.

—¿Cuál de ellas?

—No podría decirle el título, pero se trata también de un asunto mitológico, unos sátiros persiguiendo a unas ninfas. Una escena muy efectista, con mucho

movimiento y una gran intensidad cromática.

El abogado hacía cálculos a toda velocidad.

—¿Dónde podríamos vernos con ese comprador?

—Desde luego, en Roma.

—¿Cuándo?

—Déjeme que hable primero con él.

—¿Cuándo puede hacerlo?

—Tal vez esta misma noche. Aunque ya sabe cómo están las comunicaciones.

—Si así fuese, ¿me llamaría usted para confirmármelo?

—Si me facilita un número...

Büchi cogió su chaqueta y buscó una tarjeta de visita en la que anotó un número de teléfono.

—¡Llámemme, por favor, en el momento en que tenga noticias!

—Muy bien. Respecto a la salida, a las siete y media. ¿Usted vendrá?

—Sí, acompañaré al huésped.

—¿El lugar donde he de recogerlos?

—El hotel Mediolanum.

—De acuerdo.

—Sea puntual, por favor. ¡No olvide llamarme si logra hablar con... con Roma! —insistió Büchi una vez más.

—Si lo consigo, delo por hecho.

El teléfono en la habitación de Günther Hessner, donde también estaba Büchi, sonó poco antes de la medianoche. Niccola se había tomado su tiempo para no levantar sospechas.

El abogado había informado detenidamente al general de la conversación mantenida en Casa San Sático. Lo único que al nazi no le agradaba era que lo ignoraban todo acerca de aquel individuo. Sin embargo, Büchi lo había convencido con el argumento de que era persona de fiar, cuando los responsables de la operación Pasillo Vaticano le habían confiado la tarea de acompañarlo hasta Roma.

—¿Dígame?

—¿El señor Büchi?

—Sí.

—Tiene una llamada, le paso —indicó con voz profesional el recepcionista.

El abogado escuchó un ligero chasquido en la línea.

—¿Señor Büchi?

—Sí, soy yo.

—He hecho la consulta que le comenté. La persona con quien he hablado está interesada.

—Eso es magnífico.

—¿Cuándo y dónde podría esa persona ver el cuadro?

—Un momento.

Büchi tapó el micrófono con la mano y comentó en voz baja:

—Dice que cuándo y dónde puede el comprador ver el cuadro.

El rostro del nazi era como una máscara tallada en piedra. Al otro lado de la línea Niccola se había puesto muy nervioso. Si el suizo había pedido que aguardase, era porque la persona con la que consultaba estaba presente y eso solamente podía significar una cosa.

—El próximo lunes a las cinco de la tarde en el colegio... ¿Cómo se llama ese colegio?

—San Girolamo degli Illirici —le ayudó el suizo—. Pero me temo que habrá problemas con el padre Draganovic. Han dejado muy claro que los huéspedes no recibirán visitas.

—Dígale que será allí.

La forma en que lo dijo no admitía réplica.

Fijado el encuentro, se despidieron hasta las siete y media. Sin embargo, el teléfono de la habitación de Günther Hessner sonó apenas transcurridos unos minutos. El abogado miró al general con expresión sorprendida.

—¡Cójalo! —le ordenó el nazi.

—¿Dígame?

—Señor Büchi, tiene otra llamada, le paso.

Escuchó en la línea el mismo chasquido de la vez anterior y a continuación una pregunta:

—¿Büchi?

—Escúcheme con atención y no me interrumpa, lo que tengo que decirle es muy importante.

—¿Quién es usted?

—Escúcheme y no me interrumpa.

Un vehículo con matrícula del Estado vaticano enfiló el corso Magenta desde el piazzale Barraca. La calle ofrecía un aspecto solitario y apenas podía verse algún viandante con paso presuroso. Llevaba los faros encendidos y se detuvo frente a la puerta del hotel Mediolanum, apenas iluminada por la pobre luz de un farol de formas labradas. Niccola comprobó la hora, faltaba un minuto para las siete y media. Sacó un cigarrillo y expulsó el humo lentamente, viendo cómo las volutas escapaban del interior del vehículo por el espacio que dejaba la ventanilla a medio bajar. Esperaba ver, de un momento a otro, al abogado y al individuo que tenía en su poder el cuadro robado hacía seis años por el asesino de su padre.

¿Fue el individuo que iba a llevar a Roma quien asesinó a su padre y lo robó?, ¿o había llegado a sus manos por otra vía? En cualquier caso se le encogía el estómago pensando que había de llevar hasta Roma, siguiendo la ruta del llamado Pasillo Vaticano, a un nazi para que escapase de las manos de la justicia.

La noche que ahora quedaba definitivamente atrás había sido larga y difícil. Apenas había logrado conciliar un ligero sueño, más bien un duermevela, lleno de sobresaltos, a los que tampoco había sido ajena la inesperada e inexplicable presencia de Magdalena Wissemann. En poco más de veinticuatro horas los fantasmas que lo habían acompañado los últimos seis años habían cobrado vida.

Cuando acabó el cigarrillo pasaban ya cinco minutos de la hora fijada. Le resultó extraño que no hubiese aparecido nadie en la puerta del hotel. Abrió la portezuela y lo tonificó la fresca brisa de la mañana, se apeó y entró en el hotel. El vestíbulo estaba tan solitario como la calle: un par de limpiadoras y un adormilado recepcionista, que aguardaba a que pasasen los últimos minutos de su turno.

—¿Por favor, el señor Büchi?

—¿El señor Büchi? —El empleado se cubrió la boca con la mano para tapar el bostezo—. Hace media hora que se marchó.

Niccola recibió la noticia con desconcierto.

—No es posible. Habíamos... habíamos quedado a las... a las siete y media.

—El señor Büchi, el señor Hessner y sus acompañantes se marcharon hace rato.

—¿Sus acompañantes?

—Sí, otros dos caballeros.

Niccola estaba desconcertado. ¿Qué podía haber ocurrido?

Unos pasos a su espalda, que resonaron nítidos en la soledad del vestíbulo, lo hicieron volverse. El conductor del Ford V-8 se acercaba con un sobre en la mano.

—Un individuo ha dejado esto para usted.

—¿Un individuo?

—Uno que se ha acercado al entrar usted al hotel.

—¿Dónde está?

—Se marchó nada más entregarlo.

—¿Dijo algo?

—Sí... ¿Sería tan amable de entregarlo al señor Storzi?

Miró el sobre donde pulcramente mecanografiado aparecía su apellido. Se apartó unos pasos y lo abrió sin muchos miramientos. Contenía un *rapporto rosso*.

Deshizo el lazo y abrió el pergamino.

DISPUESTOS AL DOLOR POR EL TORMENTO, EN EL NOMBRE DE DIOS

Aunque su pasajero se haya marchado, usted prosiga su viaje hacia Roma, tal y como le había indicado el padre Grimaldi.

EL CÍRCULO OCTOGONUS

Guardó el *rapporto* en un bolsillo, tiró los restos del sobre a una de las papeleras y abandonó el hotel mascullando una imprecación bajo la mirada, algo más espabilada, del recepcionista.

Veinte minutos después Milán quedaba atrás y el potente motor del Ford rugía por la carretera que lo conduciría primero a Piacenza y después a Parma.

¿Habría descubierto Büchi algo que lo alertase? ¿Por qué recibía un *rapporto rosso* indicándole que continuase viaje hacia Roma? ¿Qué estaba ocurriendo?

Retrapado en el asiento del coche pensaba en las numerosas posibilidades que podían haberse dado. Le importaba un bledo dejar de ser el escolta de un criminal, pero lamentaba no haberle visto la cara al individuo que poseía el cuadro robado a su familia. Si no se trataba del criminal era, cuando menos, una pista para llegar hasta él. Tras más de dos horas de atormentarse intentando buscar una explicación, llegó a la conclusión de que nada conseguiría mientras viajase en aquel coche y tomó la única decisión razonable. Cuando llegase a Roma, acudiría a Leiber, tendría que darle alguna explicación.

Leiber lo había invitado a cenar en sus habitaciones privadas. Era un amplio apartamento en el palazzo del Tribunale, junto a la basílica de San Esteban, a la espalda de San Pedro. Un camarero pulcramente vestido atendía a los dos comensales, situados en los extremos de una mesa demasiado larga para confidencias.

Leiber quería agasajar a su invitado: manteles de hilo, cristal tallado, vajilla de porcelana, cubtería de plata al igual que los candelabros. La comida transcurría entre comentarios acerca del fin de la guerra, la derrota de Alemania, la resistencia de Japón en el Pacífico y el peligro que suponía el avance del comunismo. Ninguna alusión a la ayuda que desde el Vaticano se prestaba a los jerarcas nazis, que buscaban la salvación en la huida, y mucho menos al papel que en aquel entramado jugaba el Círculo Octogonus.

Servido el café, el anfitrión indicó al camarero que se retirase.

—¿Alguna bebida?

—Nosotros nos serviremos, puedes retirarte.

Una vez solos, fue el propio Leiber quien abordó la cuestión que había dado lugar al encuentro y a la cena. Encendió un cigarrillo y dio un sorbo a su café antes de empezar a hablar.

—Supongo que te habrá extrañado el... —Leiber buscó la palabra adecuada — el digamos periplo que has realizado por el norte.

—La verdad es que sí; sobre todo después de que te manifestase mis reticencias a tomar parte en una operación que, como te dije, repugna vivamente a mi conciencia.

—En ese terreno, sin duda, hemos ganado, ¿no te parece?

—Tal vez, pero creo que me debes una explicación.

El rostro de Leiber, que había hecho de perfecto anfitrión hasta aquel momento, se contrajo. Dio otro sorbo a su café y una profunda calada al cigarrillo.

—En Octogonus nadie exige explicaciones. Así ha sido durante siglos y así seguirá siendo.

Niccola comprendió demasiado tarde que había cometido un grave error al plantear la cuestión de aquella forma. Pidió excusas.

—Lo lamento. No era mi intención...

—No tiene importancia, pero es conveniente que en ningún momento perdamos de vista cuál es el terreno que pisamos. Por otra parte, estoy seguro de que tu presencia en Trento y en Milán habrán servido para algo. A veces, no podemos sospechar la importancia que tienen las cosas hasta transcurrido un cierto tiempo.

En su fuero interno Niccola sabía que el responsable de Octogonus tenía una parte de razón, nunca se podían conocer las consecuencias finales de nuestros

actos a lo que se añadía el papel que jugaba el azar. Un pensamiento sobre Magdalena Wissemann pasó fugazmente por su cabeza.

—Sin embargo, entiendo que algo he de explicarte. —Leiber lo dijo de una forma que dejaba claro que se trataba de una deferencia porque no se sentía obligado a hacerlo—. Durante la pasada noche llegó a nuestro poder información de que los norteamericanos seguían de cerca la pista de Günther Hessner.

—¿Ése es su nombre?

—Sí, ése es su nombre actual. En realidad, se trata de un general de las Waffen-SS, considerado uno de los principales colaboradores de Himmler. Los norteamericanos, presionados por el poderoso lobby judío neoyorquino, están haciendo todo lo posible por capturarlo. Ahora se protege bajo el nombre de Günther Hessner.

—¿Tienen los judíos una razón especial para desear su captura?

Leiber apuró su taza de café.

—Ya sabes lo que los nazis han hecho con tantos de ellos, pero en este caso se añade la circunstancia de que ha sido pieza principal en el saqueo de las fortunas de acaudaladas familias judías, establecidas en zonas ocupadas por los nazis durante la guerra.

—¿Por qué, entonces, Octogonus está ayudando a que estos criminales escapen de las manos de la justicia?

—Porque nosotros cumplimos órdenes, mi querido amigo. En este caso, los nazis pueden ser el muro más importante para hacer frente a la terrible amenaza que suponen Stalin y el comunismo.

—Esos nazis han sido derrotados.

—Ya hemos hablado de esto y por lo que veo seguimos teniendo puntos de vista diferentes. Los nazis tratan de reorganizarse fuera de Alemania, tienen proyectado establecer importantes bases en América del Sur y ahí Günther Hessner desempeña un importante papel. Ya está en Roma y, si todo sale como está planificado, el próximo miércoles embarcará hacia Argentina.

Eran las once de la noche cuando Niccola abandonó el palazzo del Tribunale. La noche era primaveral, lo que le estimuló a dar un paseo hasta su residencia.

Seguía sin comprender por qué Leiber lo había llamado para una operación en la que su participación se había revelado inútil. Aquella cena, sin embargo, había servido para algo: ahora sabía algo más acerca del individuo con el que estaba dispuesto a verse en San Girolamo degli Illirici y, sobre todo, que su plazo se acababa el miércoles.

A aquellas horas la vía Tomacelli estaba muy concurrida. Roma, poco a poco, recuperaba la normalidad después de la dura represión a que fue sometida por los alemanes, durante los últimos meses de la guerra, y los momentos de tensión que se vivieron con la llegada de los aliados. La ciudad no había salido mal librada en comparación con otras poblaciones italianas, algunas de las cuales habían visto cómo buena parte de sus edificios quedaban reducidos a escombros y se habían perdido para siempre innumerables obras de arte.

Haberla declarado ciudad abierta había ahorrado mucho sufrimiento.

Aunque la escasez era una realidad cotidiana a la que tenían que hacer frente la mayoría de los italianos, cada día era mayor el número de establecimientos que abrían sus puertas. Niccola vestía un traje oscuro y cubría su cabeza con un sombrero de ala pequeña, como cuando se entrevistó con Büchi en Casa San Sático. No sabía muy bien cómo afrontar su encuentro con Günther Hessner pero buscaría cómo sonsacarle acerca de la manera en que había llegado a hacerse con aquella *Danae recibiendo la lluvia de oro*. Embebido en sus pensamientos se encontró delante del número 132. Subió la pequeña escalinata que daba acceso a la puerta y pulsó el timbre. Faltaba un minuto para las cinco.

—Por favor, ¿el señor Büchi?

El joven sacerdote que le abrió la puerta puso cara de no comprender.

—¿Cómo ha dicho?

—¿El señor Büchi, un abogado suizo?

—Creo que está equivocado, señor. Esto es un centro religioso donde cursan estudios eclesiásticos los sacerdotes croatas. No es un despacho de abogados.

—Perdone, ¿no se aloja aquí el señor Walter Büchi?

—No señor, usted está confundido. Ya le he dicho que esto es un colegio para sacerdotes.

El joven casi le dio con la puerta en las narices.

Niccola no sabía qué hacer. Había aguardado con tensión creciente aquel momento que, presumiblemente, iba a conducirlo hasta el asesino de su familia o cuando menos a una vía para llegar hasta él, y ahora se encontraba con aquello. Bajó lentamente los peldaños, sumido en un mar de dudas. Echó a andar, con la sensación de que alguien lo estaba manejando como una marioneta. Las últimas

semanas de su vida eran una acumulación de hechos sin sentido.

Desde la inesperada reaparición del Círculo Octogonus después de seis años de ausencia absoluta, hasta el encuentro que lo había conducido hasta aquel colegio, donde nada se sabía del abogado con el que había ajustado un encuentro. ¿Por qué Octogonus lo había enviado a Trento? ¿Cómo había sabido Magdalena Wissemann que él estaba en aquella ciudad? ¿Por qué el encuentro que allí debería haberse producido no tuvo lugar? ¿A qué había ido a Milán? ¿Quién era realmente Büchi? ¿Por qué tenía unas fotografías del cuadro que habían robado de su casa los asesinos de su padre? ¿Por qué se había marchado el jerarca nazi del hotel media hora antes de que él llegase? La explicación que Leiber le había dado podía resultar razonable en otras circunstancias. Pensó en la reunión mantenida en la casa de comidas de Milán. Había acudido a aquella cita porque respondía a las instrucciones recibidas en un *rapporto rosso*. ¿Habría descubierto el abogado suizo algo que le hubiese llevado a cambiar de parecer?

El juramento que lo ligaba a Octogonus le impedía denunciar ante las autoridades al criminal nazi para que hubiese pagado todas sus culpas, pero no le impedía tomarse la justicia por su mano. ¿Habría conducido la divina providencia el curso de los acontecimientos de manera que él no se convirtiese en un asesino? ¿Habría sido capaz de matar a sangre fría a un ser humano, por muy depravado que fuese y por mucho daño que le hubiese hecho? Se horrorizaba sólo de pensar que se sentía capaz de hacerlo. Pero no albergaba duda alguna.

Ensimismado en sus pensamientos, no se percató de que dos individuos habían seguido sus pasos sin perderlo de vista. Cruzó el puente Cavour y al llegar a la otra ribera del Tíber lo abordaron, situándose uno a cada lado.

—Continúe caminando como si no ocurriese nada.

Niccola intentó detenerse, pero uno de los individuos, cogiéndolo por el codo, lo empujó suavemente hacia delante.

—¡Le he dicho que continúe caminando! —La invitación anterior se había convertido en una orden.

—¿Quiénes son ustedes?

—No se preocupe y continúe andando.

Después de unos metros Storzi se detuvo.

—No daré un paso más si no me dicen quiénes son y adónde vamos.

—¿No quería usted ver al señor Büchi?

—¿Quiénes son ustedes?

—Nos envía el señor Büchi. Nos ha dicho que lo llevemos hasta un lugar, donde podrán hablar tranquilamente.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ustedes?

—No tiene otra alternativa.

—No me moveré de aquí si no me dicen adónde vamos.

—Vamos al colegio de San Girolamo degli Illirici.

Niccola miró al individuo que le hablaba.

—¡No diga tonterías! Vengo de ese lugar y allí dicen no conocer al señor Büchi.

Los dos individuos intercambiaron una mirada. El capitán Wilhelm Eggen asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Comprenderá que, en las circunstancias actuales, todas las medidas de precaución son pocas.

—Significa que ahora sí podré ver al señor Büchi.

—Si nos acompaña hasta San Girolamo, por supuesto.

El ambiente en el colegio era de tranquilidad absoluta. Niccola fue introducido en una habitación de la primera planta, situada al fondo de una galería, que daba a un patio interior. Allí aguardó, junto a Arthur Wierdekehr, que era el otro individuo que lo había abordado en la calle, hasta que apareció Büchi acompañado de Eggen. Llevaba un portarrollos cilíndrico y ofrecía la mejor de sus sonrisas. Wierdekehr abandonó la habitación.

—Lamento profundamente las molestias que le hemos ocasionado, pero como ya le han explicado teníamos que asegurarnos...

—¿Asegurarse?

La sonrisa del abogado se borró de sus labios.

—Bueno... como usted sabe...

—Lo único que sé es que habíamos quedado en salir de Milán a una hora y ustedes se marcharon media hora antes y que...

Büchi lo interrumpió.

—Si nos fuimos media hora antes de lo acordado fue porque...

—Ya sé, ya sé... —lo cortó Niccola, que no deseaba dar la sensación de que se había quedado descolocado— que recibieron instrucciones. Pero su desconfianza es un gesto poco amistoso.

—Le ruego otra vez que nos disculpe, pero no teníamos otra opción. En todo caso, aquí está lo que usted deseaba ver.

El suizo sacó el lienzo del portarrollos y lo extendió lentamente y con gran cuidado sobre una mesa. Poco a poco, apareció la extraordinaria pintura, donde Tiziano había recogido la mitológica escena en que Danae recibía a Júpiter en forma de lluvia de oro, que salía de un volcán de las mismísimas entrañas de la tierra.

A Niccola no le cupo la menor duda de que era el lienzo de la biblioteca de su casa y que le había producido no pocos desasosiegos infantiles. Se inclinó sobre la tela y simuló observarla atentamente, como si fuese un experto tasador. Niccola acompañaba su observación con ligeros movimientos de cabeza, mientras que Büchi y Eggen asistían en silencio a su minuciosa contemplación. Con cuidado, palpó la textura del lienzo y se aplicó a un nuevo examen ayudado ahora por una lupa de monóculo, que colocó en su ojo derecho. Estaba simulando su papel a la

perfección.

—¿Y bien? —preguntó el abogado a aquel individuo, de quien ignoraba su nombre y cuya única garantía era saber que se trataba de un agente que trabajaba en la operación Pasillo Vaticano.

Niccola se incorporó lentamente, retiró el monóculo de su ojo, que guardó cuidadosamente, y comentó:

—Es una obra maestra, sin duda se trata de un Tiziano. Creo que es posible llegar a un acuerdo.

Büchi intercambió una breve mirada con el capitán de las disueltas Waffen-SS.

—¿Cuánto pide su propietario?

—Medio millón —respondió el suizo sin titubear.

—Supongo que estamos hablando de libras esterlinas.

—Por supuesto.

—He de entender que ése es un precio de partida y que tendrá una rebaja. Como le dije en Milán, será imprescindible que mi cliente conozca algunos detalles.

—¿A qué se refiere usted? —Eggen había torcido el gesto.

Niccola hizo un ligero movimiento de hombros.

—Bueno, quien está dispuesto a comprarlo quiere saber quién es el propietario, cuál es la procedencia del cuadro y si hay riesgo de exhibirlo públicamente. Como bien sabe el señor Büchi, a veces, la procedencia de una obra de arte no es todo lo limpia que sería de desear y no puede sacarse a la luz pública sin que caiga un aluvión de problemas sobre el propietario. Como comprenderán, se trata de cuestiones que necesariamente influyen en el precio. Aunque puedo anticiparles que la persona interesada considera que un origen oscuro no imposibilitaría la transacción.

Niccola percibió el nerviosismo de los dos hombres.

—¿Qué entiende usted por un origen oscuro? —preguntó Eggen.

—Posiblemente no sea el caso, pero imagínense que el cuadro hubiese sido robado en un momento determinado. Algo que, si bien para mi cliente no sería un problema, le impediría exhibirlo.

La duda había asomado a los ojos de Eggen y Büchi estaba muy serio. Se hizo un silencio tenso.

Niccola trataba de controlar sus nervios. Era consciente de que estaba pisando un terreno muy resbaladizo, tanto que en cualquier momento todo podía irse al traste. Tenía que avanzar muy lentamente y con todo cuidado, si no quería despertar sospechas.

—¿Su cliente estaría dispuesto a pagar el medio millón de libras, aunque hubiese ciertas oscuridades? —preguntó el abogado.

Niccola aparentó meditar una respuesta para dar más verosimilitud a sus

palabras.

—Ésa es una suma muy elevada.

—¿Sí o no? —lo apremió Eggen.

—Creo que podría llegar a trescientas cincuenta mil libras, siempre y cuando mi cliente tenga toda la información que considere adecuada.

—¿Aun cuando esa información presentase perfiles muy oscuros? —insistió Büchi.

—Ya he dicho que ése no es un problema grave.

—Muy bien —señaló el suizo—, aunque no puedo garantizárselo, creo que estamos en el camino para cerrar un acuerdo.

Niccola decidió dar una vuelta de tuerca más, consciente de que estaba en el punto crítico de la reunión.

—Quiero que sepan ustedes algo muy importante para mi cliente.

—¿Sí?

—En este terreno no admitirá suposiciones.

—Explíquese.

—Muy sencillo, pagará trescientas cincuenta mil libras esterlinas, pero tendrán que despejar cualquier duda que plantee.

Eggen estaba cada vez más serio.

—Un momento, señor... señor...

—Mi nombre no tiene importancia. Yo tampoco sé cómo se llama usted y en estos casos, créame, no es mala cosa.

—¿Puede aguardar un momento?

—Claro que puedo.

Eggen abandonó la habitación para regresar diez minutos después, acompañado por Günther Hessner. Niccola, al estrechar su mano, sintió el frío de una mirada dura que se clavaba en sus pupilas, como si quisiera leerle el pensamiento. Durante unos segundos miró el lienzo desplegado en la mesa.

—Me han dicho que está usted interesado en el Tiziano. —A Niccola le costó trabajo articular las palabras.

—En realidad, es otra persona.

—Otra persona que muestra una gran curiosidad —comentó el nazi que no dejaba de mirarlo a los ojos, como si buscara en ellos algo que no acababa de encontrar. Un vago recuerdo perdido en el tiempo.

—Hasta cierto punto es una curiosidad lógica.

—¿Nos hemos visto en alguna parte? —le preguntó de improviso.

Niccola se encogió de hombros, pero sus palabras negaron.

—No lo creo.

—No sé, su cara me resulta vagamente familiar. Pero no logro fijar el momento. ¿Por qué ha dicho que es lógica esa curiosidad?

Era desconcertante cómo aquel individuo cambiaba la conversación.

—Trescientas cincuenta mil libras esterlinas le dan derecho a tener toda la información acerca de su adquisición.

—Cuando uno compra una casa no exige saber quiénes han sido sus propietarios a través del tiempo. A veces, ni siquiera se conoce al vendedor.

—Es cierto, pero las escrituras y el registro proporcionan una amplia información, además de garantizar la legalidad de lo que se compra.

—Coincidirá conmigo en que los tiempos que corren no están para muchas garantías.

Nicola, que se sentía triunfador del pequeño duelo dialéctico, desafió al nazi con la mirada.

—En mi opinión, lo peor de nuestro tiempo ha quedado atrás, aunque las secuelas durarán años.

Al escuchar aquello la mirada del general se endureció.

—Exactamente, ¿qué es lo que quiere saber el comprador?

—Básicamente dos cuestiones.

—Enumérelas —fue poco menos que una orden.

—Primera, ¿quién es el actual propietario del cuadro?

—¿Y segunda? —lo apremió Hessner.

—¿Cómo ha llegado a su poder?

—¿Algo más?

—Resultaría muy conveniente que exhibiese un título de propiedad.

Günther Hessner soltó una agria carcajada.

—¿Cree usted que si hubiera un título que acreditase la propiedad, estaríamos en esta habitación? ¿Qué pediríamos medio millón de libras?

—Estamos hablando de una fortuna.

—¡Estamos hablando de una obra maestra de la pintura, de un Tiziano! ¡Los grandes museos del mundo pujarían por hacerse con él hasta cifras muy superiores!

—Tanto el medio millón de libras esterlinas que ustedes piden, como las trescientas cincuenta mil que ofrece la persona que yo represento, permitirían a una persona vivir lujosamente una larga vida.

—Creo que esta conversación podría eternizarse y, desde luego, ése no es mi propósito. Le propongo a usted un acuerdo razonable. Yo soy el propietario del cuadro y si esa persona está dispuesta a pagar el medio millón, le diré cómo ha llegado a mi poder. Respecto a títulos que acrediten la propiedad sepa que no existen. Si mi propuesta no le parece bien, lo mejor es dar por concluida esta reunión.

A Günther Hessner le había salido el autoritarismo militarista que llevaba dentro. Mientras que Eggen disfrutaba con la energía desplegada por su jefe, que mostraba su capacidad de mando en unas condiciones como aquéllas, Büchi temía que la sustanciosa comisión, que le había hecho viajar hasta Roma, se

evaporase como humo.

Niccola meditó unos instantes. Si aceptaba la propuesta en los términos planteados, sin ofrecer resistencia, podría levantar sospechas. Le intimidaba la forma en que el nazi le miraba, como si rebuscase un recuerdo perdido. Cada vez estaba más convencido de que aquel individuo había sido el asesino de su familia.

—Aunque la última palabra la tiene la persona que desea adquirir el cuadro, creo que en las circunstancias que usted formula la compra, habrá que rebajar la cifra que solicita.

—¿Cuánto? —preguntó Büchi.

—Al menos un veinticinco por ciento.

—¿Estaría usted dispuesto a que cerremos la venta por trescientas setenta y cinco mil libras? —preguntó Hessner.

—Probablemente.

—Eso no es una respuesta.

—Tendría que consultarlo para darle una respuesta definitiva.

Hubo un breve silencio antes de que Hessner plantease una condición.

—En justa reciprocidad a la información que usted exige, quiero saber quién sería el comprador.

Niccola vaciló, no había previsto aquella posibilidad y la realidad era que estaba completamente solo. Se extrañó de su aplomo.

—No se lo daré hasta que no me diga que acepta el precio que hemos fijado y usted me dé la información requerida sobre la procedencia del cuadro.

Magdalena localizó a Niccola, fue al día siguiente del encuentro en San Girolamo degli Illirici. Se vieron en un pequeño restaurante, muy discreto, situado en la piazza de Santa Apollonia, a la espalda de Santa Maria in Trastevere. Ella estaba muy contenta porque después de peregrinar por media Europa, la sucursal de Wissemann en Roma era la única que no había desaparecido en el embravecido mar de la contienda, que tantas cosas se había llevado por delante. Aunque tendría que acreditar sus derechos sobre el negocio, solamente había encontrado facilidades y amabilidad.

Niccola le contó la historia del cuadro y le sorprendió que a Magdalena no le extrañase tampoco la propuesta que acababa de formularle. Deseaba que apareciese como la compradora que se había inventado. Estaba tan obsesionado con acabar con la vida del asesino de su familia, que su interés por conocer cómo había conseguido dar con su paradero, en un lugar tan apartado como podía ser Trento, había pasado a un segundo plano. Ella había guardado silencio. Mientras escuchaba la historia que le contaba, apenas si hizo algunos comentarios.

Fueron dos horas placenteras que Niccola afrontó mucho mejor de lo que pudo sospechar. La turbación que vivió en Berlín, y cuyas sensaciones no habían llegado a desaparecer a lo largo de los años transcurridos, resurgió con fuerza cuando se encontraron en Trento, donde apenas si tuvieron tiempo de verse y quedar emplazados en Roma.

Los seis años transcurridos apenas habían dejado huella en su belleza, pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, que resaltaban la dulzura de su mirada. La rotundidad de sus formas había madurado y la serenidad que manifestó en los difíciles momentos vividos hacía seis años seguía presente en su comportamiento. Niccola estaba fascinado; cuando concluyó, ella le preguntó:

—¿Podrías describirme cómo es físicamente ese general de las Waffen-SS?

—Tiene mi edad, quizá algunos años más. Su estatura es parecida a la mía y tiene el cabello negro peinado hacia atrás; usa gafas, que, sin embargo, no restan intensidad a una mirada que te taladra cuando se clava en ti.

—¿Estás seguro de que ese individuo fue quien acabó con la vida de tu padre y de tu hermano?

—Tiene en su poder el cuadro que desapareció de la biblioteca de mi casa.

—Pero podría haber llegado a sus manos por alguna otra vía. Los nazis convirtieron el tráfico clandestino de obras de arte en una lucrativa actividad a lo largo de todos estos años. Karinhall, la residencia que Hermann Goering tenía al norte de Berlín, era un verdadero museo donde se amontonaban obras de arte fruto de la extorsión, el robo y el saqueo. Muchos de esos criminales tenían verdadera obsesión por adueñarse de obras de arte.

—Por eso te he pedido que me ayudes a desenmascararlo. Tienes que aparecer como compradora del cuadro, le he impuesto la condición de que para pagar las trescientas setenta y cinco mil libras esterlinas, el comprador exige conocer la procedencia. Has de aparentar que eres una experta coleccionista, que conoce las referencias de las dos obras que Tiziano dedicó a esa historia mitológica. Una está en Madrid, en el Museo del Prado, y la otra pertenecía a una familia veneciana. Conforme avance la conversación, saldrá a relucir que ese cuadro desapareció cuando se produjo el asesinato de su propietario.

—¿No levantará sospechas que yo conozca esa historia?

—Hemos quedado en que eres una amante de la pintura italiana y flamenca de los siglos XVI y XVII. No debes olvidar que, hace poco, compraste un Rubens por trescientas mil libras. Se supone que tú tienes referencias sobre las obras de esas escuelas y de ese período. Tienes a tu favor que la prensa de la época publicó la noticia de la desaparición del cuadro.

—¿No has pensado que, conociendo esa historia, resulte extraño que alguien quiera comprarlo? Su posesión podría traerle toda clase de complicaciones al propietario.

—Hay todo un submundo en el mercado del arte. Es verdaderamente negro.

—¿Crees que ese individuo reconocerá que robó el cuadro? Eso supondría tanto como admitir que fue el asesino de tu padre.

—Él no sabe que yo soy el hijo del juez Storzi. Esa muerte será, simplemente, uno más de los muchos crímenes que ha cometido. ¿Crees que le importará reconocerlo? Lo que ahora necesita es dinero en efectivo para su nueva vida, una vez que haya escapado de manos de la justicia.

Magdalena guardó silencio con la mirada fija en el mantel de la pequeña mesa que compartían.

—¿No resultaría mucho más fácil si lo denunciases a las autoridades para que lo detengan? Tú sabes dónde se oculta.

Niccola negó con un leve movimiento de cabeza.

—No puedo.

—¿No puedes?

—No, me liga un juramento.

—También faltaría a él si acabas con la vida de un individuo al que te han encomendado proteger.

La negativa de Niccola fue ahora más enérgica.

—No. Solamente se me pidió que lo trasladase de un lugar a otro y al final, como te he contado, ni siquiera tuve que hacerlo. Octogonus no me ha facilitado la información que poseo acerca de ese asesino. No me siento ligado por ningún compromiso. Si confirmamos que asesinó a mi padre, será porque yo he podido desenredar el ovillo. Para eso es para lo que necesito que me acompañes.

En pocos minutos prepararon una estrategia.

Magdalena acarició con suavidad la mano del sacerdote que reposaba sobre la mesa. Niccola sintió cómo su cuerpo se tensaba, agachó la cabeza y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no retirar la mano.

Büchi contestó a la llamada.

—¿Dígame?

—Soy el intermediario del cuadro.

—¡Dígame, dígame!

—Mi cliente acepta pagar las trescientas setenta y cinco mil libras, pero siempre y cuando se le den todos los detalles sobre la procedencia de la obra.

—Creo que el señor Hessner ha dejado claro que no tiene inconveniente en explicar esa cuestión.

—En ese caso, fijemos el encuentro.

—Por nuestra parte cuando ustedes dispongan, siempre que sea aquí, en San Girolamo degli Illirici.

—En ese lugar no es posible.

—¡Cómo que no!

—Las mujeres tienen prohibido el acceso a determinados lugares.

Se hizo un silencio en la línea. El abogado no había previsto una contingencia como aquélla. Bastante habían tenido que batallar con Draganovic para que permitiese que Günther Hessner recibiese una visita.

—¿Dónde propone que nos veamos?

Niccola había decidido actuar de forma que su actitud no levantase sospechas, aunque era consciente de que Büchi haría todo lo que estuviese en su mano para que la venta se efectuase.

—Pueden ustedes proponernos el lugar.

Hubo otro breve silencio.

—En nuestras circunstancias eso no resulta fácil. ¿Ha pensado usted en algún sitio?

—Ha de ser un lugar alejado de miradas indiscretas. Donde podamos cerrar el trato tranquilamente y con la máxima seguridad.

—Estoy de acuerdo.

—¿Le parecería bien la sacristía de una iglesia?

—No es mal sitio. ¿Cuál es su propuesta?

—¿Qué tal Santa Maria in Cosmedin?

—¿Por alguna razón especial?

—Tengo amistad con el párroco. Podríamos estar solos, sin que nadie molestase, siempre que hayan concluido los oficios litúrgicos del día. Además es un lugar poco concurrido a partir de ciertas horas, está rodeado de jardines.

—¿Llevarán el dinero?

—Las trescientas setenta y cinco mil libras.

—Muy bien, pero necesito que el señor Hessner dé su aprobación. ¿Puede llamarme dentro de diez minutos?

—Por supuesto.

Diez minutos después el abogado descolgaba el teléfono sin apenas dejar que sonara.

—Le paso una llamada —le indicó la persona encargada de la centralita del colegio.

Niccola fue directo al grano.

—Soy el intermediario. ¿Algún problema?

—Ninguno. ¿Le parece bien esta noche a las diez?

—Les aguardaremos en la sacristía. La puerta de la iglesia estará entornada.

Tal y como les había dicho, los alrededores de la parroquia estaban poco concurridos una vez que abandonaron el templo los últimos feligreses que habían asistido al manifiesto del Santísimo Sacramento y al rezo del Santo Rosario. Los últimos en salir fueron el párroco y el sacristán, que cerró las pesadas puertas con dos vueltas de llave. Günther Hessner, Walter Büchi y Wilhelm Eggen seguían atentamente todos los movimientos de la zona desde el observatorio en que se habían instalado mucho antes de la hora fijada para el encuentro.

Faltaban quince minutos para las diez cuando un hombre que llevaba un maletín, y una mujer bajaron de un taxi y encaminaron sus pasos hacia la galería que se abría ante la fachada del templo, abrieron la puerta y se perdieron en el interior. Después todo volvió a la tranquilidad y al sosiego transitoriamente interrumpidos.

El tiempo transcurría sin sobresaltos. Unos minutos antes de las diez el exgeneral de las Waffen-SS comprobó el cargador y el seguro de su pistola, hizo un gesto significativo al abogado y abandonaron la seguridad del observatorio donde habían permanecido atentos a todo lo que ocurría por los alrededores del templo.

—Vamos, Büchi, ha llegado la hora. Todo parece discurrir según lo acordado. Usted, Eggen, aguardará aquí. Manténgase vigilante, por si ocurriese algo anormal.

Se movieron sigilosamente, amparados por las sombras de la noche y la frondosidad de la arboleda que constituían los jardines del Foro Boario. Dejaron atrás la fontana del Tritón, cruzaron la calle y, buscando las zonas de mayor penumbra, llegaron hasta el soportal de la iglesia, y pasaron por delante de la

Bocca della Verità, como si fuesen dos ladrones que esquivaban la luz. La puerta cedió fácilmente a la presión del abogado y un ruido mohoso rompió el silencio. El templo estaba sumido en tinieblas, apenas difuminadas por la lucecilla de una lámpara que ardía junto al sagrario y el resplandor que salía de una puerta entreabierta a la derecha del presbiterio.

Los dos hombres, después de cerrar la puerta, aguardaron quietos y en silencio un tiempo prudencial mientras sus pupilas se hacían a la oscuridad. Después avanzaron hacia la sacristía, sorteando los obstáculos que significaban los bancos. El suelo estaba formado por mosaicos al parecer muy antiguos.

—¿Hola? —preguntó el abogado.

Desde el interior de la sacristía, Niccola le respondió.

—¿Es usted, señor Büchi?

—Sí, somos nosotros.

La sacristía era un lugar pequeño, profusamente amueblado, donde destacaba una cómoda de grandes proporciones con la tapa de mármol. Eran numerosos los cuadros que colgaban de sus paredes, todos ellos tan renegridos que apenas se adivinaba el contenido de sus escenas religiosas. A un lado se abría un pequeño despacho, allí aguardaba la pareja.

La atmósfera se había vuelto espesa de repente.

La mujer vestía un traje de chaqueta azul marino de corte clásico y se tocaba la cabeza con un sombrero de elegantes formas sobre el que caía una gasa negra, moteada con puntos de encaje, que velaba su rostro.

Los ojos del suizo se fijaron en el maletín que descansaba sobre la mesa, mientras que los del nazi escudriñaban alternativamente el rostro de Niccola y el de Magdalena, buscando algún indicio.

—¿Han traído el dinero? —preguntó el abogado.

Niccola miró de forma expresiva hacia el maletín.

—Mi nombre es Günther Hessner —se dirigió a la dama, quien se mantuvo impasible sin ofrecerle su mano, lo que hizo que el alemán contrajese el ceño.

Büchi se percató de la frialdad y preguntó solícito:

—¿Quiere ver el cuadro?

—Desde luego. —La voz de ella sonó fría, glacial.

Abrió el portarrollos y desplegó el lienzo, Magdalena Wissemann apenas lo miró un instante.

Niccola aprovechó para preguntar:

—¿Cómo llegó a sus manos?

Hessner se acarició la barbilla.

—Verá, es una larga historia que...

—Yo no lo creo —lo interrumpió ella bruscamente.

—¿Cómo dice usted?

—Esa historia es muy corta. Tiene solamente seis años.

El general había previsto la reunión en otros términos; miró a Büchi con desconfianza.

—¿Sería tan amable de contármela?

Fue Niccola quien respondió:

—Usted robó ese lienzo en Venecia, fue el sábado seis de febrero de 1939. Estaba en la biblioteca del palacio Storzi y lo robó cuando asesinó al juez Alvisse Storzi.

Niccola había sacado una pistola y apuntaba al nazi. Estaba tan nervioso que su mayor preocupación era que no se le notase. Büchi se echó hacia atrás en un movimiento instintivo.

—¡Usted está completamente loco! —El general se llevó la mano al costado para sacar su arma, pero Storzi lo amenazó.

—Levante las manos, si hace el más mínimo movimiento lo mato.

Niccola dudaba porque la reacción de aquel individuo no era la que él y Magdalena habían previsto. Lo había llamado loco, como si el cebo que había lanzado careciese del más mínimo fundamento.

El nazi lo miró fijamente a los ojos y en aquel momento se hizo la luz en su cerebro.

—¡Usted es... usted es... Niccola Storzi, alias Brancusso, el agente del Círculo Octogonus!

A Niccola se le dispararon las dudas. El individuo a quien apuntaba era el asesino de su padre y de su hermano. Sin embargo, por alguna razón se sentía incapaz de apretar el gatillo. Fischböck se percató de sus dudas y con un rápido movimiento se agachó buscando la protección de la mesa, sacó su pistola y disparó. Pudo ver cómo Niccola se doblaba con un gesto de dolor en el rostro, había soltado su pistola y se llevaba la mano al pecho. La sacristía se llenó del estampido de las detonaciones, pero los gruesos muros del templo amortiguaron el ruido.

Büchi estaba paralizado, incapaz de moverse contemplaba a los dos hombres en el suelo, porque Hans Fischböck también había caído. Miró a la mujer y entonces comprendió por qué el general de las Waffen-SS yacía inmóvil y junto a su cabeza se formaba un charco de sangre. Magdalena Wissemann tenía una pistola en la mano.

La mujer miró al abogado y le ordenó:

—¡Márchese inmediatamente! ¡Esto no va con usted!

Antes de que el suizo saliese a toda prisa de la sacristía, la mujer, que no dejaba de encañonarle, le espetó:

—¡No se le ocurra abrir la boca!

El abogado negó con la cabeza y abandonó la iglesia sin mirar para atrás.

Magdalena, tras comprobar que el criminal nazi estaba muerto —le había acertado con un disparo en la frente— se agachó sobre Niccola. Tenía una herida

en el hombro derecho por la que sangraba de forma abundante, estaba aturdido. Buscó con que taponarla y lo hizo destrozando un blanco roquete que colgaba de una percha.

—Aprieta fuerte y aguanta.

Cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Qué haces? —le preguntó desde el suelo con una voz que apenas le salía del cuerpo.

—Pedir una ambulancia, esa herida tiene mala pinta, estás perdiendo mucha sangre.

—¡Ni se te ocurra!

Trató de incorporarse para detenerla, sin conseguirlo. El esfuerzo le hizo perder el sentido, por lo que no pudo oír la breve y extraña conversación que Magdalena sostuvo por el auricular.

Durante toda la mañana lo buscó por todas partes, pero el sacristán de Santa Maria in Cosmedin no encontraba su roquete. No había nada anormal y en la sacristía todo estaba en orden, aunque si alguien hubiese llevado a cabo una inspección detallada habría encontrado en una de las paredes dos pequeños orificios de bala, que habían sido cuidadosamente disimulados.

Fue don Antonio Cordelini, el anciano párroco, quien le indicó que dejase de buscar, posiblemente se lo habría llevado la lavandera. El sacristán se resignó por respeto a la jerarquía, pero hubiese jurado, por la salvación de su alma, que la víspera lo había dejado colgado de la percha de pie que había junto a la puerta del despacho.

—¡No pierdas más tiempo! ¡Vete a saber dónde lo habrás dejado!

—Colgado en esa percha —rezongó el sacristán—. Tal vez tenga algo que ver con los ruidos que dicen se escucharon anoche por aquí.

—¿Ruidos? ¿Qué ruidos?

—Alguna feligresa me ha dicho que anoche se escucharon sonidos extraños. Unos estampidos fuertes y cierto movimiento de...

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bobadas! En vez de perder el tiempo cotorreando, aplícate a limpiar los candelabros del altar de Santa Ana. ¡Están tan negros que ni parece que sean de plata!

Era una austera habitación de paredes blancas completamente desnudas, salvo por el crucifijo que colgaba sobre la cabecera de la cama donde reposaba Niccola Storzi. El mobiliario se reducía a una pequeña mesita de noche, una silla y un armario empotrado. Hacía un par de horas que había recobrado el conocimiento, le dolía la cabeza y sobre todo el hombro que tenía inmovilizado con unos fuertes vendajes. La enfermera que lo atendía le había traído un vaso de leche y cuando él le preguntó dónde estaba, le dijo que en la clínica de La Milagrosa y le explicó que había tenido mucha suerte con que una joven pasase por el lugar donde lo habían dejado malherido los ladrones que le habían atacado. Los médicos tuvieron que intervenirle de urgencia y durante varias horas temieron por su vida. También supo que había estado inconsciente casi veinticuatro horas.

Niccola no hizo ningún comentario y se limitó a beber la leche templada con tragos pequeños y espaciados.

Bajo los efectos que la anestesia aún producía en su organismo, trataba de reconstruir lo acaecido en la sacristía de Santa Maria in Cosmedin, pero a partir de un momento determinado, justo cuando se dio cuenta de que no era capaz de disparar al criminal que tenía delante, sólo recordaba un fuerte dolor en el pecho. Después todo se sumía en la penumbra, la última imagen era la de Magdalena haciendo una llamada telefónica, pero no estaba seguro de que hubiese sido así.

Unos golpecitos en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones, en el umbral se recortó la figura de Robert Leiber. Se acercó a la cama mostrando la mejor de sus sonrisas.

—¿Cómo está el herido?

Niccola respondió con una pregunta:

—¿Qué haces aquí?

Leiber, sin dejar de sonreír, tomó asiento en la silla.

—Visitar a un amigo.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Tranquilo, nos han dicho que debes guardar un tiempo de reposo, la herida te ha hecho perder mucha sangre y la extracción de la bala ha resultado bastante complicada. Aunque no estás fuera de peligro, los doctores dicen que lo más grave ya ha pasado.

Niccola dudó antes de preguntarle, pero al final se decidió.

—¿Sabes exactamente qué ha ocurrido?

Leiber asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué ha sido de Günther Hessner?

—Su verdadero nombre es Hans Fischböck

—¿Quién es Fischböck?

—El individuo que te disparó.

—¿Sabías quién era?

—Por supuesto, Hans Fischböck era un general de las Waffen-SS, uno de los más estrechos colaboradores de Himmler.

—Así que ése era el individuo que tendría que haber traído hasta Roma.

—En efecto. —El responsable de Octogonus meditó unos segundos—. Sin embargo, no llegaste a verlo porque, como ya te expliqué, fue necesario acelerar el viaje para traerlo hasta Roma.

—Pero en Milán, siguiendo instrucciones muy precisas, establecí contacto con su abogado, un suizo llamado Büchi.

Leiber asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—¿Ese contacto te ha llevado a verlo en Roma?

—Sí.

—Supongo que habría una razón especial para hacer una cosa así.

—Muy especial.

La enfermera entró en la habitación.

—Lo siento, padre Leiber, pero la visita ha terminado. El médico ha recomendado reposo absoluto y no se debe cansar al paciente.

—Apenas llevo cinco minutos —protestó el sacerdote.

—Son demasiados.

—Déjenos unos minutos más, por favor.

La enfermera miró su reloj.

—¡Cinco minutos, ni uno más! —advirtió, levantando un dedo admonitorio.

Cerró la puerta y dejó a los dos hombres con su conversación.

—Me decías que habías tenido un motivo muy especial para verte con Fischböck, ¿te importaría decírmelo?

Niccola vaciló un instante.

—No tienes obligación de hacerlo —puntualizó Leiber.

—Ya, pero en realidad, no me importa que lo sepas. Ese general de las Waffen-SS fue quien asesinó a mi padre y a mi hermano.

—¿Qué me estás diciendo!

—Lo que acabas de oír.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una historia muy larga. ¿Recuerdas que la prensa especuló con que el motivo de la muerte de mi padre había sido el robo de una obra atribuida a Tiziano?

—Perfectamente. Creo que se trataba de un cuadro de asunto mitológico: *Danae recibiendo la lluvia de oro*.

—Veo que tienes buena memoria.

—¿Pero...?, ¿pero qué tiene que ver...?

—El cuadro estaba en poder de Günther Hessner. Buscaba un comprador para hacerse con una suma importante en efectivo.

—¿Cómo lo supiste?

—A través de Büchi. Le planteé la posibilidad de comprarlo, pero le dije que la persona que estaba interesada quería conocer los antecedentes.

—¿Llegó a confesar que él había sido el autor del robo?

—No, pero cuando descubrió que yo era Niccola Storzi me disparó en el momento en que lo amenazaba con una pistola.

—¿Ibas a dispararle?

Niccola se encogió de hombros, lo que le provocó una punzada de dolor.

—Pude hacerlo, pero no fui capaz.

—Él se dio cuenta de tus dudas y te disparó —aventuró Leiber.

—Así fue.

—¿Qué ocurrió después?

Leiber no obtuvo respuesta a su pregunta.

—¡Se acabó el tiempo! ¡Ni un segundo más!

—¿Ya han pasado los cinco minutos?

—¡Y algo más!

Leiber apenas pudo despedirse, la enfermera casi no le dio opción. A Niccola le hubiese gustado continuar aquella conversación.

Unos minutos después la enfermera entró de nuevo en la habitación.

—Le he traído el periódico, por si quiere entretenerse un rato. ¡Ha aparecido colgado un cadáver en uno de los templos del Foro Boario!

—¿Un cadáver?

—Al pobre desgraciado le habían cortado las manos. ¡Hay que ver la mala gente que anda suelta por el mundo!

—¡A ver, a ver! ¡Déjemelo!

En la primera página podía verse una fotografía, de no muy buena calidad, en la que aparecía colgado el cuerpo de un individuo entre las columnas del templo de Hércules. Había que adivinar que le faltaban las manos.

Niccola leyó con avidez. Había recibido un disparo en la frente que había acabado con su vida, el cadáver llevaba un pasaporte alemán a nombre de Günther Hessner. Le habían cortado las manos, aunque no se sabía aún si aquella monstruosidad se la hicieron antes o después de matarlo. También había aparecido en su boca un trozo de tela negra en la que había cosidas dos tiras rojas formando un aspa. El periódico también informaba de que en la misma zona había sido encontrado otro cadáver, éste con un tiro en la cabeza. Se trataba de un directivo de una empresa maderera suiza, llamada Extroc, cuya sede estaba en Zurich. La policía, por el momento, no había establecido ninguna relación entre las dos muertes.

No necesitó leer más.

¿A quién había llamado Magdalena Wissemann desde la sacristía? ¿Por qué Leiber...?

—Aquí tengo otra cosa para usted. —La enfermera había entrado de nuevo en la habitación—. Esto es de parte del padre Leiber.

Niccola reconoció el portarrollos donde estaba guardada la pintura de Tiziano.

¿Cómo era posible que estuviese en poder de Leiber? Si lo tenía, ¿por qué le había hecho aquellas preguntas? ¿Qué papel había desempeñado Magdalena en aquel asunto?

Confuso, dejó caer el periódico y pidió a la enfermera:

—Por favor, ¿quiere abrirlo?

Con mucha desenvoltura, sacó el lienzo que extendió sobre la cama.

—¡Qué maravilla! ¡Vaya regalo!

Niccola no contestó, estaba demasiado abrumado.

Al cabo de un rato la enfermera lo metió en el portarrollos, con mucho más cuidado del que había puesto en sacarlo, y lo guardó en el armario. Antes de

retirarse, el paciente le preguntó:

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—Eso tiene que decirlo el doctor.

Quedó sumido en un sopor, en parte por los analgésicos y en parte por la turbación que le había producido la visita de Robert Leiber. Unos suaves golpes en la puerta que anunciaban una nueva visita lo desperezaron; era Magdalena Wissemann.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues ésa, y no otra, es la verdad de esta historia.

Niccola permaneció varios minutos con la mirada perdida en la blancura del techo. Magdalena, que sostenía su mano libre entre las suyas, respetó el prolongado silencio.

—Entonces, ¿Leiber sabía desde hace seis años que los asesinos de mi familia eran los integrantes de un comando nazi que se tomaba venganza por el fracaso de la operación Eitles Gold?

—Así es.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Eso es algo que tendrías que preguntárselo a él.

—Es una mente perversa.

—No lo juzgues con tanta dureza; simplemente, es el responsable del Círculo Octogonus y esa circunstancia ha determinado numerosas decisiones a lo largo de su vida. Imagino que esa responsabilidad no es una tarea fácil.

—¡Resulta tan increíble!

—Supongo que para él fue un trago muy difícil ver cómo tu padre y tu hermano pagaban con su vida por algo a lo que eran completamente ajenos. Leiber no lo ha olvidado a lo largo de estos años y ha esperado a que llegase el momento para vengarse. Ya sabes lo que se dice...

—¿Qué se dice?

—La venganza es un plato que se sirve frío.

Niccola guardó otra vez un prolongado silencio.

—¿Cuál es la razón por la que has intervenido en todo esto?

—No hay una sola razón.

—En ese caso, ¿cuáles son las razones?

—Los nazis destrozaron a mi familia y cuando digo que la destrozaron es que acabaron con la vida de mis padres, desaparecidos en 1938, y de mi hermana Ruth, obligada a soportar toda clase de vejaciones, para acabar quitándose la vida. Ésa sería una poderosa razón, pero hay más. Hans Fischböck me sacó del campo de concentración donde me habían internado. No lo hizo por altruismo, sino para extorsionarme. Sabía que mi familia poseía importantes bienes en

distintos lugares de Europa y que, con la muerte de mis padres y de mi hermana, yo era su única propietaria. Ese canalla estaba dispuesto a exprimirme como a una naranja a la que se le extrae el zumo.

—¿Qué ocurrió?

—Ya había comenzado la guerra, los nazis se habían apoderado de Holanda, donde mi familia tenía una buena parte de sus bienes, diamantes depositados en un banco de Amsterdam. Supieron de su existencia porque un empleado nos traicionó y les facilitó la información. La tarea de Fischböck, que entonces tenía el grado de coronel de las SS, era por aquellas fechas obtener para la organización todos los recursos posibles con los que financiar los proyectos de Himmler. Encontró una verdadera mina en las fortunas de familias judías, a las que se extorsionaba mediante vagas promesas de evitar el siniestro destino que les aguardaba en los campos de concentración. Sin embargo, los diamantes solamente podían ser retirados por mí. El banco se mostró muy riguroso a la hora de permitir el acceso a sus cajas privadas de seguridad, que era donde estaban depositados. Estamos hablando de más de mil doscientos quilates, en piezas no menores de quilate y medio.

Niccola resopló.

—¿Fuiste a Amsterdam?

—Más bien me llevaron. Me sacaron del campo de concentración donde me habían internado y durante varias semanas me dedicaron cuidados especiales para que recuperase algunos kilos y mejorase mi aspecto. Cuando consideraron que podía ofrecer la imagen adecuada a una rica propietaria, me trasladaron en un coche, fuertemente custodiado, hasta Amsterdam. Allí, Fischböck me ordenó lo que tenía que hacer: sacar los diamantes del banco y entregárselos. Supe que toda resistencia era inútil, ya conocía los métodos que empleaban. Una vez que hube hecho lo que me ordenaron, me llevaron hasta la estación para devolverme en un tren al campo de concentración. Para ellos ya era mucho menos importante y me llevaban con menos vigilancia, gracias a eso pudieron liberarme. Por primera vez en muchos años el azar jugaba a mi favor.

—¿Cómo fue?

La Estación Central de Amsterdam estaba abarrotada. Yo iba custodiada por dos individuos. De repente, se produjo un alboroto porque alguien había empujado a un oficial que cayó sobre las vías del tren. Se formó un gran revuelo y los dos esbirros que me custodiaban se distrajeron momentáneamente, lo justo para que alguien me liberase. Una barrera humana se interpuso entre mis salvadores y los dos guardianes. A la salida, me subieron a un coche que me condujo a una granja de las afueras, donde estuve oculta varias semanas. Después me llevaron a Inglaterra.

—¿Quién te liberó?

—El Círculo Octogonus.

—¿¡Cómo has dicho!?

—El Círculo Octogonus. No olvides que yo trabajé para ellos a cambio de que nos facilitasen la salida de Alemania tanto a mi hermana Ruth como a mí. Cuando se enteraron de que había sido detenida por la Gestapo no me perdieron la pista y al saber que estaba en Amsterdam prepararon mi fuga en la estación. No me preguntes por los canales de que se valieron para obtener aquella información, sólo sé que fueron eficaces y que si hoy estoy aquí fue gracias a su actuación.

Hacía rato que a Niccola le rondaba una pregunta por la cabeza, pero no acababa de decidirse a formularla. Magdalena continuó explicándole que durante los años vividos en Inglaterra realizó algunos trabajos para Octogonus, pero cosas menores.

—Creo que me los encargaban como fórmula para que pudiese ganar algún dinero. Era como una compensación por el trabajo que realicé cuando Octogonus logró abortar la operación Eitles Gold.

—Desde luego fue muy importante que los nazis no pudiesen manipular la elección del papa.

—No me refiero a eso, sino a ciertos rumores que circulan, aunque nadie los ha confirmado en ningún momento —comentó Magdalena.

—¿A qué te refieres?

—Se dice, aunque en voz muy baja, que los nazis perdieron los tres millones de marcos que habían destinado a la operación. Más de mil kilogramos de oro.

Niccola estaba sorprendido de la cantidad de información que ella poseía.

—¿Perdieron los nazis el oro destinado a aquella operación?

—Al menos, ése es el rumor que circula.

—Eso explica algunas cosas.

La voz de Niccola se había quebrado ligeramente. Magdalena le apretó la mano y su voz brotó llena de ternura.

—Ésa es otra de las razones por las que estoy aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que estuve en Amsterdam sabía que Hans Fischböck era el asesino de tu familia.

—¿Cómo te enteraste?

—En otoño de 1940, que es cuando me obligaron a viajar a Holanda, los nazis eran los dueños de Europa. Hacía pocos meses que París se había rendido y los británicos estaban acorralados, a duras penas habían logrado poner a salvo sus tropas, sacándolas de las playas de Dunquerque. Eran tan prepotentes que ni siquiera se molestaban en guardar las apariencias. Escuché una conversación donde comentaban cómo Fischböck se jactaba de haber acabado con la vida del juez Storzi y de su hijo. Fue horrible porque en aquel momento creí que eras tú quien había muerto.

Niccola sintió un aleteo en el estómago y notó cómo su cuerpo se acaloraba. Su inexperiencia con las mujeres era tal que no sabía cómo tomar las últimas palabras de Magdalena. Al menos sirvieron para que se decidiese a plantearle lo que llevaba rato rondando en su cabeza.

—Supongo que fue Octogonus quien te informó de que yo estaba en Trento.

—Me dijo algo más, que estabas en Trento y que Octogonus te había encomendado la misión de escoltar a Hans Fischböck hasta Roma, donde quedaría bajo la protección del padre Krusnolav Draganovic, a quien han convertido en pieza especial de la operación Pasillo Vaticano.

—¿Por qué fuiste hasta allí?

Magdalena se tomó unos segundos.

—Octogonus quería que yo estuviese a tu lado cuando supieses que el nazi al que ibas a ayudar a escapar era el mismo individuo que había robado el cuadro de la biblioteca de tu familia y había asesinado a tu padre y a tu hermano.

—Sin embargo no viniste a Milán; allí iba a encontrarme con él.

—No fui porque ya estaba previsto que tú no lo recogerías.

—¡Cómo que...!

—Todo estaba planificado de antemano. Cuando tú llegaras al hotel, Octogonus ya lo habría sacado de allí con el pretexto de que los aliados estaban pisándole los talones. Pero eso no es todo.

—¿Ah, no?

—Robert Leiber te encargó esta misión porque se trataba de Hans Fischböck. Precisamente porque se trataba de él y no otro de entre las docenas de criminales nazis a quienes están ayudando a eludir la acción de la justicia. No olvides algo que constituye una regla inquebrantable en Octogonus, que se ha mantenido a lo largo de los siglos. El Círculo nunca abandona a sus agentes.

—¿Qué quieres decir?

—Se sentían en deuda contigo, igual que conmigo. Por su causa tu padre y tu hermano habían muerto a manos de los nazis que buscaron vengarse de la familia Storzi, considerando que el Mensajero había sido pieza fundamental en el fracaso de Eitles Gold y en la pérdida del oro que habían destinado a esa misión. Han aguardado seis años para ofrecerte la posibilidad de vengarte.

—Pero sacando a Fischböck del hotel antes de que yo lo recogiese, cortaban el contacto.

—Te olvidas de Büchi.

Niccola contuvo la respiración.

—¿Qué papel tenía ese picapleitos en todo esto?

—¿No lo adivinas?

—Prefiero que me lo digas tú.

—Él fue quien te puso sobre la pista de que Fischböck, bajo el nombre de Günther Hessner, era el asesino de tu familia. ¿Crees que las fotografías del

cuadro estaban en la mesa de Casa San Sático por casualidad?

—¡Santo Dios! ¡Todas estas semanas Leiber ha estado moviendo los hilos de mi vida como si yo fuese una marioneta!

—En realidad, te ha ofrecido la posibilidad de vengar la muerte de tu familia. Niccola estaba abrumado.

—Sin embargo —comentó después de un prolongado silencio—, eso no explica tu presencia en todo esto.

—Leiber solicitó mi intervención, algo que yo no podía negarle después de lo que Octogonus había hecho por mí. Según me dijo, tenía dos razones para hacerlo. La primera, porque deseaba darme una oportunidad acerca de algo que yo le había pedido: enfrentarme a ese criminal. Y la segunda porque no tenía claro que en el momento decisivo tú afrontases el reto de acabar con su vida.

Niccola hizo un gesto con la cabeza.

—Hay que ser de hielo para planificar una cosa así. Leiber asusta.

—Para dirigir el Círculo Octogonus se requieren cualidades muy especiales y, desde luego, él las posee en un grado muy elevado —ratificó Magdalena.

—Cuando hablo con él tengo la sensación de que lo hago con alguien que no ejerce el sacerdocio.

Ahora el silencio fue muy largo. Magdalena continuaba sosteniendo la mano de Niccola y entre ambos se cruzaban miradas que tenían algo de furtivas, como si se tratase de dos adolescentes que juegan al amor. Fue ella quien habló:

—Tuve una razón más para ir a Trento.

Su voz había sonado diferente y Niccola percibió el matiz. Era consciente de que ella esperaba una reacción; sin embargo, él la demoraba por miedo a que no respondiese al chispazo de ilusión que había pasado en su mente.

—¿Cuál?

Sus ojos brillaron al pronunciar aquellas dos palabras.

—Quería verte.

Una sensación de gozo recorrió su cuerpo maltrecho. Con su mano libre la atrajo hacia él y ella se inclinó. Sus labios apenas se rozaron, Magdalena se echó hacia atrás, como si hubiese cometido una falta, aunque se sentía feliz. Miró su reloj y se puso de pie.

—Creo que debes descansar. El médico dice que te recuperarás sin problemas, pero perdiste mucha sangre y eso te ha debilitado.

Niccola no escuchaba. Estaba sosteniendo consigo mismo un duro combate. Nunca se había imaginado una situación como aquella, aunque la había soñado tantas veces que ni podría contarlas. Al final las palabras salieron de su boca casi de forma espontánea.

—Te quiero.

Magdalena cogió su mano y la apretó.

—Y yo a ti.

La llegada de la enfermera rompió el hechizo del momento.

Agradecimientos

El Círculo Octogonus debe aspectos importantes de su ser a numerosas personas. Entre ellas quiero tener un reconocimiento especial a Maria Borrás por sus atinadas sugerencias. A mi amigo Anthony Raymond por su ayuda y consejo. A María Amor Fernández por las correcciones que realizó al texto original. A Enric González por su información sobre ciertos aspectos de la Roma de Mussolini. Y a Chris, mi esposa, por animarme en los momentos de dificultad.

PETER HARRIS

Bibliografía

- BEEVOR, Anthony:** *Berlín. La caída: 1945*. Crítica. Barcelona, 2002.
- BOKUN, Branco:** *Spy in the Vatican, 1941-1945*. Nueva York, Tom Stacey Ltd., 1997.
- BROWDER, George:** *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*. Oxford, Oxford University Press, 1996.
- CAVOLI, Alfio:** *La papessa Olimpia*. Milán, Editoriale Scipioni, 1992.
- CORNWELL, John:** *Hitler's Pope. The secret History of Pius XII*. Nueva York, Penguin Books, 2002.
- CHUIKOV, Vasili:** *The End of the Third Reich*. Londres, 1992.
- FRATTINI, Eric:** *La santa Alianza*. Espasa Calpe. Madrid, 2004.
- MABIRE, Jean:** *Mourir à Berlin*. París, 1995.
- PASSELECQ, Georges y SUCHECKY, Bernard:** *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo. La encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó*. Madrid, PPC Editorial, 1995.
- SOLAR, David:** *La caída de los dioses*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2005.
- TREVOR-ROPER, Hugh:** *Los últimos días de Hitler*. Edit. Alba. Barcelona, 2000.
- ZIEMKE, Earl:** *La batalla de Berlín. Fin del Tercer Reich*. Editorial San Martín. Madrid, 1982.



PETER HARRIS (San Antonio, California, 1951). Cursó estudios de arqueología y sociología en UCLA. En su formación pesan fuertes raíces españolas, procedentes de su abuela materna.

Vive en la Costa del Sol, aunque por razones profesionales pasa temporadas en Italia por su actividad como traductor e investigador de los archivos vaticanos.

Desde hace algún tiempo estudia los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial y determinados aspectos del conflicto desde la perspectiva alemana. Fruto de ese trabajo han sido títulos como *El pintor maldito* y *Operación Félix*.

Otras de sus novelas son *El enigma Vivaldi*, *La conspiración del Templo*, *El Círculo Octogonus*, *La serpiente roja*, *El secreto del peregrino* y *El mensajero del Apocalipsis*. Todas ellas han sido *best sellers*, al haber tenido una gran acogida de crítica y público.